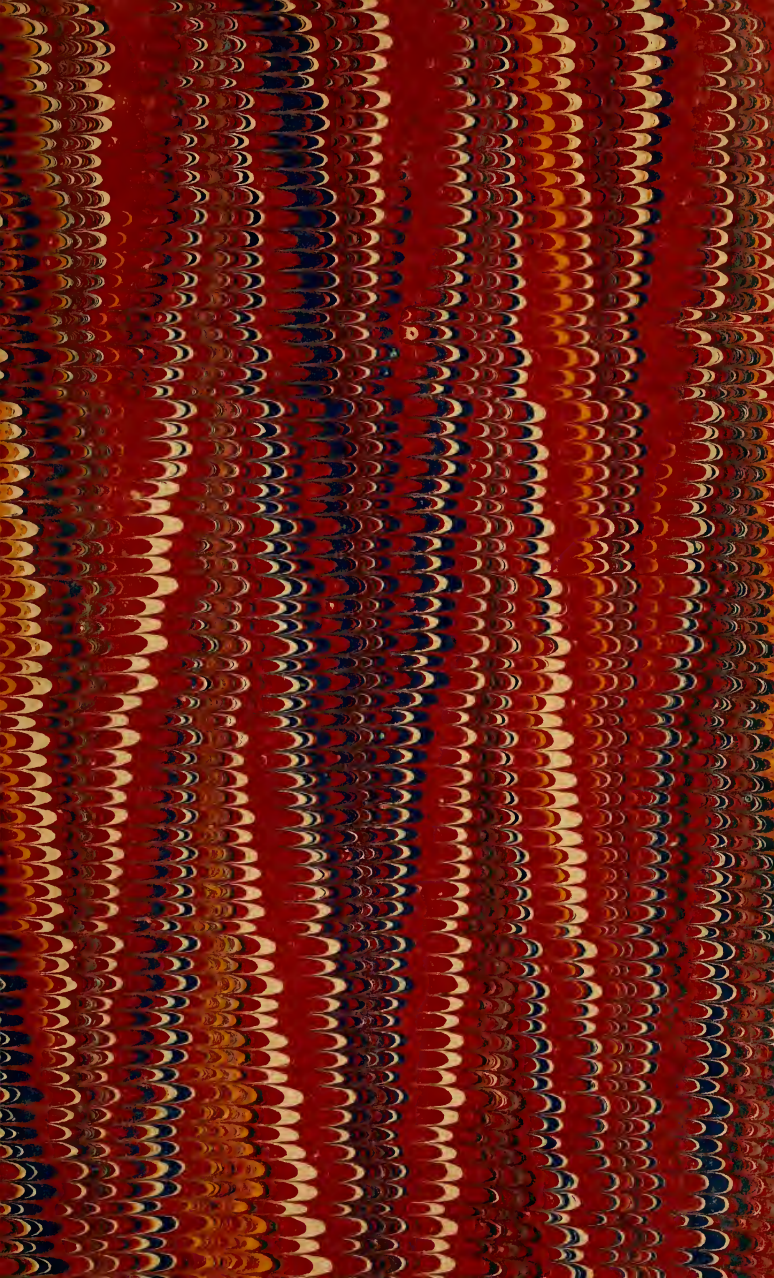


LIBRARY OF CONGRESS.

Chap. PR 4516 Copyright No.

Shelf J 6 S7

UNITED STATES OF AMERICA.





EL CABALLERO
DON
JUAN JALIFAX



ANDRÉ W.

B. GART.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA.
LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Pepita Jiménez.

Por Don JUAN VALERA.

Edición Americana Ilustrada. Un hermoso tomo de 219 páginas, con 7 láminas, el retrato y autógrafo del autor y varias viñetas alegóricas. Encuadernación de mucho gusto artístico y bonitamente decorada. Buen papel, tipo claro, etc., etc. Precio, \$1.25.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Un bonito tomo de 348 páginas con 12 láminas, encuadernado en tela inglesa. \$1.25.

La misma, edición económica, 50 centavos.

Las Minas del Rey Salomón.

Por H. RIDER HAGGARD.

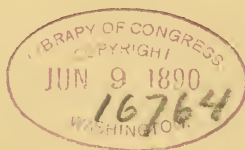
Una novela inglesa llena de aventuras y de escenas interesantísimas. 50 centavos.

EL CABALLERO
DON JUAN JALIFAX

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR LA
SEÑORITA MULLOCK

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR
F. RAMÍREZ



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1890

PR 4516
.J6 S7

COPYRIGHT, 1890,
BY D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

CONOCIDAS son en todos los países donde se habla el inglés las obras de la afamada novelista Miss Mulock, y consideramos que la presente es una de las más dignas de ser vertidas al castellano.

“*El Caballero Don Juan Jalifax*” es un tipo acabado de lo que los ingleses y norteamericanos llaman *self-made man*, ó sea del hombre que se ha formado á sí propio, ó que sin deber á sus padres más que la simple existencia, que como dice muy bien la autora—no siempre es una bendición para el que la recibe. Sin heredar bienes de fortuna, ni un nombre en que apoyarse, ni recibir siquiera la elemental educación que el niño en sus primeros años necesita; del que, en fin huérfano y sólo en el mundo desde su niñez se ve obligado á ganarse la subsistencia y á educarse á sí mismo y llega por sus virtudes, energía, constancia y talento, á colocarse á la altura de los que privilegiados por la suerte con un nacimiento afortunado ó una educación debida á otros, hallan fácil el camino tan escabroso para los que no poseen aquellos dones.

Alguien ha dicho que la nobleza es como el vino, y que

para hacerse noble se necesita el transcurso de doscientos años ; pero no es menos cierto que el fundador de una familia ilustre cuyos descendientes sólo tienen que imitar sus virtudes y heredar sus riquezas, es un tipo de nobleza que puede competir dignamente con el añejo Conde ó Marqués.

El Caballero Don Juan Jalifax es un cumplido modelo de esto último, y la naturalidad y verosimilitud con que la autora desarrolla el plan de su obra, llena de episodios interesantísimos, no pueden ser ni más perfectos ni más acabados, por lo que no dudamos que los lectores hallarán en ella agradable entretenimiento al par que saludables enseñanzas y simpáticos modelos que admirar é imitar.

F. RAMÍREZ.

NUEVA YORK, *Mayo de 1890.*



EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX.

CAPÍTULO I.



PÁRTATE de ahí, muchacho, y deja pasar al señor de Fletcher ; ¡ haragán ! ¡ perezoso ! . . .

Yo creí que la buena Sara Watkins, en otro tiempo mi criada, iba á añadir el epíteto de vagabundo á los anteriores, pero se contuvo.

Mi padre y yo miramos á nuestro alrededor, sorprendidos ante aquella sarta de calificativos, más cuando el muchacho aludido volvió la cabeza y fijó por un momento su mirada en nosotros, cesó nuestra sorpresa. Pobre, enfangado y miserable, parecía, en efecto, un vagabundo.

—No es necesario que te metas en el fango, muchacho ; arrímate á la pared y podremos cobijarnos tú y nosotros—dijo mi padre haciendo entrar mi pequeño carruaje de mano en el callejón, bajo techado y al abrigo de la lluvia. El muchacho, con una mirada de agrado, ayudó á empujar el carruaje. Aunque tendría próximamente mi edad, su brazo era fuerte, y su mano áspera y ennegrecida por el trabajo. ¡ Qué no hubiera yo dado por ser tan robusto y tan alto !

Sara gritó desde la puerta :

—¿No quiere el señorito Félix entrar y sentarse un rato al lado del fuego?

Para mí era siempre un tormento moverme ó andar, y preferí estarme quieto mirando caer aquel aguacero de otoño, y sus aguas precipitarse por la calle abajo; además, sentía la necesidad de mirar á aquel muchacho.

Él apenas se había movido, y permanecía recostado contra la pared, no sé si por cansancio ó por apartarse de nuestro paso. Al parecer se ocupaba poco ó nada de nosotros, y tenía su vista fija en la acera (pues la Calle Alta de nuestra ciudad de Norton Bury se permitía el lujo de tener aceras) viendo el efecto de las gotas de agua al caer y reventarse en las piedras. Su cara parecía indudablemente demasiado seria y huraña para un muchacho de su edad. Voy á permitirle retratarlo, cosa que puedo hacer con facilidad, apesar de haber transcurrido más de cincuenta años desde aquella época.

Tenía los ojos pardos y hundidos, con las cejas fuertemente pronunciadas; la nariz como la mayor parte de las narices Sajonas, sin nada de particular; los labios bien delineados, cayendo uno sobre otro, firmes y cerrados; la barba cuadrada y resuelta, de ese tipo que inspira energía y carácter á toda la fisonomía, y sin lo cual, las más bonitas facciones parece que carecen de algo. Como he dicho antes, era alto y de robusta complexión, y yo, desventurado, enfermo y enclenque, reverenciaba la robustez física. Todo en él parecía indicar la posesión de aquello de que yo carecía: su fuerte musculatura, sus anchos y cuadrados hombros, sus saludables mejillas, aunque delgadas, y hasta sus rizos de brillante y áspero cabello.

—Creo que la lluvia va á cesar pronto—dije yo, aunque dudando que me oyese. ¿En qué estaría pensando con tanta atención aquel muchacho á quien pocos hubieran con-

cedido siquiera la facultad de pensar? Yo no creo que mi padre lo miró una vez siquiera, ni pensó más en él después de haberle concedido un refugio á nuestro lado por un sentimiento de justicia. Hombre de negocios, no le faltaba en qué ocupar su imaginación. Yo veía en la expresión de sus facciones, y en la inquietud con que tanteaba con su bastón los pequeños charcos, que estaba ansioso de verse en su tenería contigua. Sacó por último su gran reloj de plata, y dijo :

—Veintitrés minutos perdidos por este aguacero, Félix, hijo mío, ¿cómo podría yo ponerte otra vez á salvo en casa? ¿Á no ser que quieras venir conmigo á la tenería . . .

Yo moví la cabeza en señal de inconformidad. Era duro, en verdad, para mi buen padre tener por hijo único una criatura que á los diez y seis años era tan inútil como un niño de pocos meses.

—Es preciso que yo encuentre alguien que te acompañe á casa.

Aunque mi padre me había provisto de un carrujito en que, con una pequeña ayuda exterior, podía yo acompañarlo algunas veces desde nuestra casa á la tenería y á las juntas de la “Sociedad de los Amigos,” nunca se atrevía á dejarme sólo en ninguna parte.

—¡Sara!—gritó.—¿Querrá alguno de tus hijos ganarse medio real?

Sara se hallaba fuera del alcance de la voz, y yo noté que al oír el muchacho que se hallaba á nuestro lado las palabras de mi padre, su rostro se encendió, é involuntariamente dió un paso hacia nosotros. Hasta entonces no me había fijado en la expresión de necesidad que estaba pintada en su semblante.

—¡Padre!—dije yo por lo bajo; pero, al parecer, el muchacho había reunido todo su valor, y dijo :

—Señor, yo deseo trabajar; ¿puedo ganar ese medio real?

Y quitándose su vieja y rota gorra, miró fijamente á mi padre que, examinándolo con atención, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Juan Jalifax.

—¿De dónde eres?

—De Cornwall.

—¿Tienes padres?

—No, señor.

Yo hubiera deseado que no hubiese continuado aquel interrogatorio; pero sin duda mi padre tendría sus motivos para hacerlo, bondadoso como era, aunque por sus modales algunas veces no lo parecía.

—¿Qué edad tienes, Juan Jalifax?

—Catorce años, señor.

—¿Estás acostumbrado á trabajar?

—Sí, señor.

—¿En qué clase de trabajo?

—En cualquiera que se presente, y yo pueda hacer.

—Bueno—dijo mi padre, después de una páusa—tú puedes acompañar á mi hijo á casa y te daré dos reales . . . pero veamos antes, ¿se puede confiar en tí?

Y cogiéndole por un brazo, y mirándole con unos ojos que eran el terror de todos los chiquillos de Norton Bury, sonaba las monedas de plata en el bolsillo de su largo chaleco, y agregó:

—Veo que eres un muchacho en quien se puede confiar.

Juan Jalifax ni contestó, ni apartó su mirada. Comprendía, sin duda, que aquel era un momento crítico, y necesitaba reunir todas sus fuerzas para resistir el ataque.

Lo consiguió, y venció con el silencio.

—Te daré ahora los dos reales, ¿no es así?

—No, señor, hasta que los gane.

Mi padre deslizó la moneda en mi mano y se alejó.

La lluvia continuaba, aunque no con tanta fuerza, y nosotros nos veíamos obligados á permanecer bajo techado.

Juan Jalifax se volvió á recostar silencioso en su primitivo puesto, y sólo cuando las ráfagas de viento, penetrando en el callejón, me hacían tiritar, se levantó y me arregló cuidadosamente el abrigo, diciéndome:

—Parece que no es Vd. muy fuerte.

—No—le contesté.

Permaneció en pie mirando con atención al lado opuesto de la calle, donde se hallaba la casa del Alcalde, con su escalinata y pórtico y sus catorce ventanas, una de las cuales estaba abierta, dejando ver un grupo de pequeñas cabezas. Eran los hijos del Alcalde á quienes yo conocía solamente de vista, y no trataba, porque su padre era un abogado y el mío un curtidor, aunque honrado y próspero, y ellos pertenecían al grupo de la Abadía y de los ortodoxos, y yo al de la Sociedad de los Amigos. Aquellos sonrosados muchachos parecían muy divertidos al vernos tiritar. Por mi parte me importaba poco; pero mi pobre compañero, desamparado y sin hogar, á la vista de aquellos alegres y abrigados niños, y comparando las respectivas posiciones, no sé lo que pensaría.

De pronto apareció en la ventana la cabeza de una niña, mayor que los demás y á quien yo había visto otras veces con ellos. Era una visita. Nos miró y desapareció.

Al poco rato vimos entreabrirse la puerta de la calle, y que una especie de lucha ocurría detrás de ella, pues llegaron á nuestros oídos las siguientes palabras:

—¡ Sí quiero ! ; te digo que quiero !

—Vd. no hará eso, señorita Ursula.

—¡ Sí, lo haré . . . !

Y apareció la pequeña niña con un pan en una mano y un cuchillo en la otra. Cortó un gran pedazo, y alargándolo por la puerta, dijo :

—Toma, muchacho ; tienes hambre, ¿ verdad ? Toma ésto.

La criada la obligó á entrar, y cerró la puerta. Oímos un grito que hizo á Juan estremecerse. Miramos á la ventana que se cerró también, y no oímos más.

Al cabo de un minuto, Juan cruzó la calle y cogió el pedazo de pan. En aquellos tiempos el pan era un artículo de lujo que el pobre rara vez probaba, alimentándose solamente con harina de centeno. Probablemente Juan Jalifax no habría probado en muchos meses un pan de trigo como aquél, que se comió con avidez.

Tan pronto como cesó la lluvia emprendimos el camino para casa, bajando por la Calle Alta en dirección á la Iglesia de la Abadía, y conduciendo él mi carruaje en silencio. Yo deseaba hablar, y oír de nuevo el agradable acento de los naturales de Cornwall.

—¡ Qué fuerte eres !—exclamé, cuando con un repentino empujón me salvó de ser atropellado por un ginete que cruzaba y que no era otro que el joven señor Brithwood de la casa de Mythe, el cual nunca se cuidaba de si atropellaba ó no al que encontraba en su camino.

—¡ Qué fuerte y qué alto !

—¿ De veras ? Tal vez, pero yo necesito mis fuerzas.

—¿ Para qué ?—le pregunté.

—Para ganarme la vida.

—¿ En qué trabajas ?

—En todo lo que se presenta, pues no tengo oficio.

—¿ Te gustaría aprender uno ?

Se detuvo un momento, como pensando lo que iba á contestar, y dijo :

—Hubo un tiempo en que pensé que me gustaría ser lo que fué mi padre.

—¿ Y qué fué tu padre ?

—Un estudiante, y un caballero.

—Según eso ¿ no te gustaría aprender un oficio ?

—Sí, señor ; ¿ porqué no ?

—¿ Vive tu madre ?

Á estas palabras se volvió de repente ; sus mejillas se encendieron, y sus labios temblaron.

—Mi madre ha muerto, y á mí no me gusta oír á personas extrañas hablar de ella.

Le pedí que me perdonase, y comprendí que había amado y llorado á su madre.

Transcurridos algunos minutos le dí á entender mis deseos de que no fuésemos extraños el uno para el otro.

—¿ De veras ?—me contestó con una sonrisa.

Aquella sonrisa, mezclada de agradecimiento y sorpresa, me llegó al corazón.

—¿ Has viajado mucho por el país ?—le pregunté.

—Mucho en los últimos tres años, para ganarme la vida ; ya segando, ó ya recogiendo lúpulo ó manzanas. Sólomente este último verano no pude trabajar, porque estuve enfermo con el tífus.

—¿ Y qué hiciste entónces ?

—Refugiarme en una granja hasta que estuve bueno. Ya estoy completamente bien.

Pronto nos hicimos amigos. Él me conducía con el mayor cuidado, y hasta se paró una vez para alcanzarme una rama de hojas de castaño, diciéndome :

—¡ Qué bonito ! ¿ No es verdad ? solamente que el color de las hojas anuncia que el otoño se acerca.

—¿ Y cómo vivirás en el invierno, cuando no te sea posible trabajar en el campo ?

—No lo sé—me contestó.

Permaneció silencioso, y en su semblante se pintó el dolor. Yo me arrepentí de haberle causado aquella pena, y exclamé, al ver que salíamos de la alameda de árboles y cruzábamos la calle :

—Ya estamos en casa.

—¿ Es esa su casa ?—me preguntó, echando una mirada á la escalinata, resguardada por maciza balaustrada, que conducía á la hermosa casa de mi padre.

—Tenemos, pues, que despedirnos—añadió.

Aquellas palabras me hicieron daño. En mi triste y solitaria existencia, la cara de aquel muchacho había sido para mí como un rayo de sol, una reflexión de la alegre infancia y de la robustez que me estaba negada. Verlo apartarse de mí era como volver á la obscuridad.

—No te vayas todavía—le dije, tratando penosamente de salir de mi pequeño carruaje.

—Supongamos que Vd. me permite que yo lo lleve en mis brazos . . . tengo fuerzas para ello, y tendría gracia, ¿ no es verdad ?—me dijo, echándolo á broma y tratando de llevarlo á efecto.

Yo no estaba acostumbrado á aquellas demostraciones de ternura. Eché mis brazos alrededor de su cuello, y con el mayor cuidado me colocó en la puerta de la casa. Hecho ésto, me dijo adiós, y se dispuso á marcharse.

Me entristecí de tal manera ante la idea de su separación, y le dije tantas cosas que se detuvo y me preguntó :

—¿ Qué quiere Vd. que haga, señor ?

—No me llames señor ; yo soy un muchacho como tú, te necesito, y no quiero que te vayas. Aquí llega mi padre.

Juan Jalifax se colocó á un lado y se quitó respetuosamente la gorra cuando pasó mi padre.

—¡ Ola muchacho !—le dijo.—¿ Aquí todavía ? ¿ Has cuidado bien á mi hijo ? ¿ Te ha dado los dos reales ?

Ni uno ni otro nos habíamos acordado de semejante cosa. Mi padre se rió, llamándole á Juan muchacho honrado, y buscando en su bolsillo una moneda mayor. Yo me atreví á decirle algo al oído, pero no obtuve contestación, y por tercera vez Juan Jalifax echó á andar para marcharse.

—¡ Espérate !—le dijo mi padre—aquí están los dos reales, y una peseta más por haber sido tan bueno con mi hijo.

—Muchas gracias, señor, pero yo no acepto dinero por mis bondades—dijo tomando los dos reales y rehusando aceptar la otra moneda.

—¡ Ola !—dijo mi padre sorprendido—¡ he aquí un joven singular ! Pero yo no puedo estar aquí perdiendo el tiempo. Félix, vamos á comer.

Yo me dirigí á Juan Jalifax y le dije repentinamente :

—¿ Tienes hambre ?

—¡ Mucha !—me contestó, como sin poder contener la imposición de la flaca naturaleza.

—¡ Válgame Dios !—dijo mi padre, que había oído mi pregunta y la contestación. Entra y come. Pero sepamos primero—añadió poniéndole una mano en el hombro.—¿ Eres un chico decente, é hijo de padres honrados ?

—¡ Sí, señor !—contestó Juan Jalifax, casi indignado.

—¿ Trabajas para vivir ?

—Todo cuanto puedo.

—¡ Has estado alguna vez en la cárcel ?

—¡ No, señor !—contestó perdiendo la paciencia y completamente alterado. Yo no necesito la comida de Vd. señor. Si he permanecido aquí ha sido porque su hijo me lo suplicó, y porque habiendo sido muy bueno conmigo, debía complacerlo, pero ahora considero más conveniente irme y . . . quede Vd. con Dios, señor.

Yo lo agarré por la mano y no lo dejé irse, y mi padre dijo, entrando en el comedor.

—Vamos, muchachos, basta de ruido y vengan á comer.

Cogí á Juan Jalifax por un brazo y entramos juntos en la casa.





CAPÍTULO II.



CONCLUIDA la comida, mi padre y yo nos sentamos en la sala, donde yo no me atreví á decir al muchacho que entrase ; pero tan luego como aquél se fué á la tenería hice á Isabel que me lo trajese.

Isabel era la única mujer que había en nuestra casa, y á excepción de cuando yo me hallaba muy enfermo, era persona que hacía poco honor á su sexo en cuanto á dulzura y suavidad. Al verlos entrar en la sala comprendí que en la cocina había habido guerra.

—Félix—me dijo—el muchacho ha comido ya y no es necesario que lo detengas aquí más tiempo. No estoy dispuesta á permitir que te asocies con semejante pordiosero.

La palabra me pareció algo dura, y no pude menos de sonreirme cuando miré al muchacho, cuyo aspecto estaba muy lejos de ser el de un pordiosero. Se había lavado la cara y peinado sus abundantes rizos ; sus ropas, aunque raídas y remendadas, no estaban sucias, y por el color de su cutis se comprendía que era afecto á lo que los pordioseros generalmente aborrecen ; al agua.

Las señales del hambre habían desaparecido de su rostro, y tenía un aspecto verdaderamente agradable.

Creí que no habría oído las palabras de Isabel, pero sí las oyó.

—Señora—dijo haciendo una reverencia algo cómica—

está Vd. equivocada. Yo nunca he pedido limosna. Soy una persona que posée propiedades independientes, y que consisten en mi cabeza y mis manos, con las que espero algún día realizar un capital.

Yo me reí de muy buena gana ; Isabel se retiró gruñendo ; y Juan Jalifax, acercándose á mi silla, y con la voz un poco alterada, me preguntó cómo me sentía, y si podría hacer algo por mí antes de marcharse.

—Tú no te irás, al menos hasta que mi padre vuelva—le dije.

Estaba formando yo en mi mente un plan encaminado á ver de conseguir el medio de conservar á mi lado aquel muchacho, cuya compañía, á falta de hermanos y amigos, daría algún interés á mi vida, y me haría sobrellevarla con menos aburrimiento. Mi súplica fué tan vehemente que pareció tocar el corazón del desamparado muchacho.

—Muchas gracias, me contestó un poco conmovido.—Vd. es muy bueno ; permaneceré aquí una hora más, ya que Vd. lo desea.

—Siéntate á mi lado, y hablemos.

Lo que hablamos no lo recuerdo, á excepción de que versó principalmente sobre aventuras, que es lo que deleita á los muchachos. Él no entendía una palabra de libros.

—¿ Sabe Vd. leer ?—me preguntó de repente.

—Creo que sí—le contesté, sin poder contener una sonrisa de orgullo.

—¿ Y escribir ?

—¡ Oh ! sí ; también.

Se quedó pensativo un momento y añadió :

—Yo no sé escribir, ni sé cuando podré aprender. ¿ Querría Vd. escribir en un libro una cosa que yo le diga ?

—Con mucho gusto—le contesté.

Sacó de su bolsillo una bolsa de cuero que cubría otra

de seda negra, dentro de la cual había un libro. No lo soltó de sus manos, pero me lo acercó de modo que yo pudiera verlo. Era un Testamento Griego. Señaló á la primera hoja y me dijo :

—Lea Vd. aquí.

Yo leí :

“*Libro de Guillermo Jalifax.*”

“*El caballero Guillermo Jalifax se casó con María Joyce el día 17 de Mayo del año del Señor de 1779.*”

“*Juan Jalifax, su hijo, nació el 18 de Junio de 1780.*”

Había otra inscripción hecha por mano de mujer, que decía :

“*Guillermo Jalifax murió el 4 de Enero de 1781.*”

—¿Qué quieres que escriba, Juan—le pregunté después de un rato de silencio.

—Ahora se lo diré á Vd. Voy á alcanzarle una pluma.

Apoyó su mano izquierda sobre mi hombro ; pero sin que su derecha soltase el precioso libro, y me dijo :

—Escriba Vd. : “*María Jalifax murió el 1º. de Enero de 1791.*”

—¿ Nada más ?

—Nada más.

Miró á lo escrito, por un minuto ó dos ; lo secó cuidadosamente al fuego, volvió á colocar el libro en las dos bolsas y se lo metió en el bolsillo sin decirme más que : “*Muchas gracias.*” Yo tampoco le hice pregunta alguna.

Esto es todo cuanto supe de la genealogía del muchacho, y creo que él tampoco sabía más. Su linage permanecía desconocido y empezaba y concluía con su modesto nombre “*Juan Jalifax.*” Tenía que formarse á sí propio.

Isabel entraba de cuando en cuando en la sala con diversos pretextos, dirigiéndonos miradas extrañas, sobre todo cuando me oía reir, cosa poco común en mí, pues ni la ale-

gría era el distintivo de nuestra casa, ni la tendencia de mi enferma naturaleza. El muchacho, por el contrario, y á pesar de la poca benevolencia con que había sido tratado por el destino, poseía un espíritu de tranquila burla y constante buen humor que eran para mí de indecible satisfacción.

Esto, sin embargo, no era del agrado de Isabel.

—Félix—dijo en una de sus entradas, colocándose en frente de mí, al otro extremo de la mesa—está el día muy agradable y creo que lo debes aprovechar para dar un paseo.

—Gracias, Isabel, ya he salido.

—Félix—volvió á decir, en una segunda entrada—ya sabes que el reir mucho te hace daño. Es hora de que ese muchacho vaya á ocuparse de lo que tenga que hacer.

—Déjenos en paz, Isabel—le contesté.

—No—dijo Juan levantándose—Isabel tiene razón ; ya he pasado un día muy agradable, y es hora de que me vaya.

No había que pensar en que yo lo permitiera, al menos hasta que volviese mi padre, pues cada vez estaba más decidido á suplicarle que lo dejase á mi lado, y confiaba en que no me negaría ese gusto, cuando de tan pocos disfrutaba.

—¿ Adónde vas á ir ahora ? Tú no tienes nada que hacer hoy.

—No ; ¡ ojalá tuviera ! pero algo lograré.

—¿ Cómo ?

—En cualquiera cosa que se presente. Yo, aunque algunas veces he pasado hambre, nunca he mendigado, porque siempre he encontrado modo de buscar algún trabajo antes de mendigar. En cuanto á mis vestidos—añadió mirándose con desconuelo—lo siento cuando pienso en *ella* que tanto me cuidaba.

En el modo de decir *ella*, comprendí que se refería á su madre. El pobre huérfano me llevaba una ventaja. Yo nunca conocí la mía.

—¡Ánimo, Juan! ¡Quién sabe todavía lo que puede suceder!—le dije.

—¡Oh! indudablemente. Yo no me aflijo—me contestó, echándose para atrás los rizos de sus cabellos y mirando con una sonrisa al firmamento, al través de la ventana.

—¿Quieres que vayamos al jardín? Allí estaremos mejor.

Me levanté para buscar mis muletas y él se apresuró á alcanzármelas, echándome una mirada como de compasión.

—Tú no necesitas esto—le dije, procurando reirme, pero afligido en el fondo porque me costaba mucho trabajo acostumbrarme á tener que usarlas.

—Vd. tampoco las necesitará en breve.

—¡Ojalá! El Doctor Jessop así me lo asegura, pero no me ocupo de eso, pues espero no vivir mucho. Este es mi único consuelo.

Juan no me contestó, pero comprendí en su mirada cuán sinceramente me compadecía.

Nos dirigimos al jardín y allí estuvimos en incesante y alegre conversación por espacio de más de una hora, hasta que vimos acercarse á mi padre mirándome con mezcla de sorpresa y de complacencia.

Al llegar á donde nosotros nos encontrábamos se sentó en un banco, y mirando á Juan Jalifax de pies á cabeza le preguntó:

—¿Es verdad que deseas trabajar, según me has dicho hace poco?

La mirada que echó á sus vestidos hizo á Juan ruborizarse un poco.

—No te avergüences, muchacho; personas mejores que tú se han visto peor vestidas. ¿Cuánto dinero tienes?

—Los dos reales que Vd. me dió, es decir, que Vd. me pagó.

—¿Qué clase de trabajo sabes hacer?

—Cualquiera—fué la pronta respuesta.

—¿Qué es lo que has hecho durante este año? díme la verdad.

Á Juan no le gustaron estas últimas palabras, pero una mirada mía lo tranquilizó, y contestó reposadamente :

—Déjeme Vd. pensar un momento y le contestaré. Toda la primavera la pasé en una granja conduciendo los caballos de un arado ; después me fuí á la montaña á apacentar carneros ; en Junio fuí á apilar heno y cogí una fiebre . . . no se asuste Vd. ; hace seis semanas que estoy bien ; de lo contrario no hubiera venido al lado de su hijo ; después . . .

—Basta, muchacho, estoy satisfecho.

—Gracias, señor. Mucho me alegraré de que me proporcione Vd. cualquier trabajo.

—Me ocuparé de eso.

Miré con agradecimiento á mi padre ; pero sus inmediatas palabras modificaron algún tanto mi alegría.

—Félix, uno de mis hombres de la tenería se ha alistado hoy en el ejército, cambiando la honrada vida de obrero por la de cortapescuezos pagado. Quisiera encontrar un muchacho que por su edad se viera libre de las asechanzas del sargento reclutador. ¿No creés tú que Juan puede ocupar aquella plaza?

—¿Qué plaza, padre?

—La de Blas Watkins.

Me quedé anonadado. La ocupación de Blas Watkins era recoger con una carreta las pieles que mi padre compraba en las granjas inmediatas y conducir las á la tenería. Yo había visto algunas veces á Blas con su carreta cargada con aquellos despojos de animales muertos, sentado en ella fumando su pipa, con las manos y las ropas sucias ; y la

idea de ver á Juan en semejante posición me era muy poco agradable.

—Pero, padre . . .

Él sabía muy bien lo poco que me gustaba la tenería y todos sus accesorios.

—Tú eres un tonto—me dijo—y el muchacho otro, y y por mi parte puede irse desde ahora á donde le parezca.

—Pero, padre . . . ¿no hay allí otra ocupación para él?

—Ninguna ; y si la hubiera no se la daría. El que quiera comer, que trabaje.

—Yo quiero trabajar—dijo resueltamente Juan, que no había comprendido bien el significado de nuestras palabras.

—Nada me importa la clase de trabajo con tal de que sea honrado.

Mi padre se ablandó, y volviéndome la espalda se dirigió exclusivamente á Juan Jalifax.

—¿Sabes guiar una carreta?

—¡Que si sé! . . .—y sus ojos brillaron con alegría infantil.

—¿Entiendes algo de tenería?

—No, señor, pero puedo aprender.

—No tan pronto ; mientras tanto, guiarás la carreta.

—Muchas gracias, señor. Yo haré cuanto esté de mi parte.

—¡Mucho cuidado ! Nada de pararse en el camino, ni beber como hacía el pobre Blas, para que luego venga tu madre llorando é importunando . . . ¿Qué, no tienes madre ? Mejor para tí ; todas las mujeres son tontas, y especialmente las madres.

—¡ Señor !—La cara del muchacho se puso encendida, y su voz temblaba, pudiendo apenas contener las lágrimas.

Pasados algunos minutos, dijo mi padre :

—Bueno ; quedas admitido, aunque no es costumbre en

mí admitir ningún muchacho sin conocer sus antecedentes ; pero confío en tí.

El negocio quedó terminado con más prontitud de la que yo estaba acostumbrado á ver en mi padre aun tratándose de negocios de poca importancia.

Mi padre se levantó y estrechó la mano del muchacho depositando en ella una moneda.

—¿ Para qué es esto ?—preguntó Juan.

—Para demostrar que te he tomado á mi servicio.

—¿ Á su servicio ? dijo Juan, con cierta altanería.—
¡ Ah ! sí, entiendo. Procuraré servir á Vd. de la mejor manera que me sea posible.

No recuerdo el sueldo que mi padre asignó al muchacho, pero no sería muy crecido, pues en aquellos tiempos el dinero andaba escaso, y además, mi padre profesaba el principio de que á las clases bajas no les convenía la abundancia, con el objeto de que estuvieran más supeditadas.

Arreglada esa cuestión, que Juan Jalifax no objetó en lo más mínimo, le dijo mi padre :

—Me has dicho que no tienes dinero ; toma el importe de una semana, siendo testigo mi hijo de que te hago este adelanto que te descontaré á razón de una peseta cada Sábado hasta que quedemos en paz.

—Está bien, señor, y muchas gracias.

Mi padre se alejó dejándonos solos, y yo estreché la mano á Juan con verdadera efusión, diciéndole cuanto me alegraba del suceso.

—Yo también—me contestó quedándose pensativo—y doy á Vd. las gracias.

Pero pronto recobró su buen humor demostrando su alegría ante su cambio de situación.



CAPÍTULO III.



TRANSCURRIERON muchos días antes de que yo volviera á ver á Juan Jalifax. Sobrevino para mí una de aquellas épocas de grandes sufrimientos en que, obligado á encerrarme entre las cuatro paredes de mi cuarto veía deslizarse los días sin más alteración que el paso de la luz natural á la artificial, y vice versa.

Cuando mis dolores se mitigaron algún tanto empezaron á acudir á mi imaginación las gratas memorias de los pocos placeres que había disfrutado en mi triste vida y pensé en Juan. Extrañé que no hubiera preguntado por mí, y al fin me decidí á interrogar á Isabel. Ésta me contestó que no estaba segura, pero que creía que sí. Para ella Juan Jalifax era cosa de muy poca importancia.

—Si viene otra vez, ¿podrá entrar en mi cuarto?

—No,—fué la respuesta que obtuve.

Yo me encontraba demasiado débil para luchar con Isabel que era un adversario fuerte, y continué días y días pensando en el muchacho pero sin hablar de él y sin atreverme á pedir que me lo trajesen, aunque su compañía me hubiera hecho tanto bien, y yo tanto ansiaba.

Al fin, se desataron los lazos que me tenían aprisionado en mi cuarto y que Isabel procuraba siempre conservar apretados y por todo el tiempo que le era posible, y volví al mundo como quien dice.

Era una benigna mañana de otoño cuando por primera vez bajé á la sala del piso inferior, y abrí la ventana para oír el canto de los pájaros, aunque con un miedo mortal á Isabel que estaba ausente en el mercado.

Me senté á ver la gente que cruzaba por el camino y, cuál no sería mi alegría al reconocer en una de las carretas que pasaban, la de la tenería, cargada de pieles y á Juan conduciéndola.

—¡ Juan ! ¡ Juan !—grité ; pero él no me oía porque se hallaba muy distante. Su aspecto me pareció el mismo que cuando le ví la última vez. Cuando se acercó más volví á llamarle, y al levantar la cabeza y verme, en su semblante brilló una sonrisa de sorpresa y placer, pero se limitó á quitarse el sombrero para saludarme como al hijo de su amo, continuando su camino, comprendiendo que toda confianza entre ambos debía empezar por mí.

—¡ Juan !—volví á gritarle.

—Señor,—me contestó ;—mucho me alegro de ver á Vd. bueno otra vez.

—Espérate, que allá voy.

Corrí como pude con mis muletas á la puerta de la casa, olvidándolo todo, incluso el miedo á Isabel, por el placer de volver á ver á Juan.

¿ Qué diría aquella si sorprendiese al hijo de Abel Fletcher, hablando enfrente de la casa de aquel señor, con el vagabundo, como ella lo llamaba, conductor de la carreta de pieles ?

Yo, sin embargo, lo arrostré todo, y abrí la puerta.

—Sube aquí ; deja la carreta—le dije.

Pero esto no hubiera sido propio de él. Colocó el caballo debajo de un árbol, encargando á un muchacho que tuviese cuidado de él, y entonces fué cuando en dos brincos se puso á mi lado.

—No tenía idea de poder ver á Vd. hoy, pues supe ayer que estaba Vd. en la cama—me dijo,—¿No le hará á Vd. daño estar á la puerta en un día tan frío?

—No hace frío—le contesté, mirando al sol y tiritando.

—Hágame Vd. el favor de entrar.

—Lo haré si tú entras también.

Movió la cabeza, y tomándome por un brazo me ayudó á entrar, con el mismo cariño que pudiera emplear un hermano mayor con un niño enfermo.

En medio de las atenciones y cuidados de que por razón de mi enfermedad era yo objeto en mi casa, nunca hasta entonces había comprendido lo que significaba la palabra ternura, cosa diferente al cariño, y que Juan Jalifax poseía en un grado que nunca había yo visto en nadie de los que me rodeaban.

—¿Y á tí cómo te ha ido, Juan?—le pregunté.—¿Estás contento en la tenería? Háblame con franqueza.

Hizo una mueca, y me contestó alegremente:

—Todo hombre debe gustar de aquello que le proporciona el pan de cada día, y es para mí una gran cosa esto de no haber pasado hambre desde hace cerca de un mes.

—¡Pobre Juan!—dije cogiéndole una mano.—¡He deseado tantas veces verte! ¿Por qué no te quedas aquí un rato ahora?

Él me señaló la carreta, y yo en aquel momento ví, á través de la puerta que estaba entreabierta, á Isabel que volvía del mercado.

Á su vista me acobardé, no por mí, sino por Juan, que despidiéndose de mí salió precipitadamente.

—Salta á la carreta, Juan—le dije.—Déjame ver que tal carretero haces. ¿Vas ahora á la tenería?

—Sí, señor.

—Allá iré esta tarde á verte.

—Mucho gusto tendré en ello, pero si le ha de hacer daño es mejor que no vaya.

—Sí; iré de todos modos.

¿Qué hubiera dicho Isabel si me oyese?

Ésta llegó justamente á tiempo para recibir un saludo, mitad burlesco y mitad ceremonioso de Juan al montar en la carreta. Lo que aquella dijo no lo recuerdo, pero sí recuerdo que sus palabras no me asustaron ni me hicieron el efecto que otras veces.

Cuando mi padre llegó me encontró sentado en mi sitio á la mesa.

—Veo que te encuentras mejor, hijo mío,—me dijo con un aire que me hizo comprender cuanto le complacía verme así.

Estuvo muy locuaz durante la comida, aunque su conversación, como de costumbre, tenía aquel tono de moral austera, adaptada á lo que él persistía en llamar mi imaginación infantil. Hizo referencia á una anécdota que el doctor Jessop le acababa de contar, acerca de una niña, paciente de nuestro doctor, que irritada en una disputa se había lastimado seriamente con un cuchillo.

—Ten presente eso, hijo mío, para no dejarte nunca arrastrar por las pasiones violentas. Esa niña conservará toda su vida la señal de la herida.

—¡Pobrecita!—dije yo distraidamente.

—No merece compasión, Félix. Su carácter no está aún domado. El doctor Jessop me decía: “Esta pequeña Ursula . . .”

—¿Se llama Ursula?—pregunté yo, acordándome de la muchachita que había tratado de dar un pedazo de pan á Juan Jalifax, y cuyo grito oímos cuando se cerró la puerta. Tuve un verdadero sentimiento, y comprendí cuán grande iba á ser el de Juan si lo llegaba á saber, por lo que resolví

no decirle una palabra. Cuando después ví al Doctor le pregunté por la niña, y supe que se la habían llevado á otro punto, y luego lo olvidé todo.

—Padre,—dije cuando aquel cesó de hablar,—me gustaría ir con Vd. esta tarde á la tenería.

Isabel, que estaba quitando la mesa, se detuvo completamente sorprendida, exclamando :

—Abel Fletcher—el niño acaba de salir de una enfermedad, y no creo conveniente . . .

—¡ Bueno, mujer !—contestó mi padre vivamente ; y dirigiéndose á mí añadió :

—Según eso, Félix, te encuentras suficientemente fuerte para poder salir á la calle ?

—Si Vd. quiere llevarme . . .

Me miró complacido, y después de contener la andanada de amenazas, súplicas y pronósticos de Isabel por medio de un resuelto “Prepara al muchacho para que venga conmigo,”

—Félix,—me dijo,—me complace mucho ver que empiezas á pensar en los negocios, y confío en que, mejorando tu salud, en día no lejano . . .

—Todavía no, padre,—le interrumpí con tristeza, comprendiendo á lo que se refería y que era á lo que yo nunca accedería, pues sentía verdadera aversión al comercio de mi padre. Aborrecía la tenería, y se pasaban meses sin que siquiera me acercase por allí. El deseo de mi padre de que algún día fuese yo su compañero y sucesor en los negocios era completamente irrealizable.

Cruzamos las calles de Norton Bury, yo en mi carruaje, y mi padre á mi lado con su acostumbrada gravedad. La gente nos miraba al pasar, y aunque casi todos nos conocían, pocos, ni aun nuestros inmediatos vecinos, nos saludaban ; éramos cuáqueros.

La tenería de mi padre estaba situada en una callejuela á la salida del pueblo. Percibí el olor del curtiente, unas veces no desagradable, pero otras, verdaderamente insoponible. Yo no podía comprender que hubiera quien pudiera tolerarlo. Tan pronto como entramos eché una mirada á todas partes, tratando de ver al que yo iba buscando. Allí estaba, sentado debajo de uno de los cobertizos, ayudando á unas mujeres á partir corteza, muy atareado. Nadie parecía ocuparse de él, ni él de nadie. Cuando pasamos, ni siquiera nos vió. Pregunté á mi padre si estaba satisfecho del muchacho.

—Es bastante bueno—me contestó—hasta ahora no he tenido ninguna queja de él. ¿Quieres que te acompañe á dar una vuelta por el patio? ¡Muchacho! nunca me acuerdo como se llama.

Juan Jalifax volvió prontamente la cabeza, y al vernos se sonrió. Mi padre se fué á un lugar donde, según me dijo, estaba haciendo un importante experimento para ver de curtir enteramente una piel en cinco meses en vez de ocho, y yo grité:

—Juan, ven acá, que te necesito.

Juan se separó de donde estaba, y vino hacia mí, un poco cortado al principio.

—¿Qué quiere Vd. señor?

—No me llames señor. Yo te llamo Juan, y es preciso que tú me llames Félix, le dije alargándole la mano:

—¿No le da á Vd. vergüenza estrechar mi mano, tan sucia?

—No seas tonto, Juan.

Desde aquel momento quedó aclarado el punto, y aunque nunca en público dejó de tratarme con una respetuosa atención, no era la sumisión del inferior hacia al hijo de su amo; y eso era lo que yo quería.

Me condujo cuidadosamente por entre los tanques de curtido hasta que llegamos á un extremo del patio en la orilla del río Avon.

—Este es un buen sitio para descansar—me dijo,—y si Vd. quiere salir del carruaje, verá qué pronto lo arreglo para que esté Vd. con comodidad.

Me pareció bien la idea, y salió corriendo á buscar una manta que colocó sobre un montón de desperdicios de curtiembre, sentándome en él y cubriéndome con mi abrigo.

—¿Se encuentra Vd. bien?—me dijo.

—Perfectamente ; pero siéntate aquí á mi lado.

Hablamos largo rato de mi enfermedad y de mis esperanzas de restablecimiento, y por último le dije :

—Bueno, Juan ; ya hemos hablado bastante de mí ; hablemos de tí ahora. ¿Te gusta la tenería? Contéstame con franqueza.

Me miró fijamente, se metió las manos en los bolsillos, y se puso á silbar.

—No rehuyas la contestación, Juan. Necesito que me digas la verdad.

—¿ Sí ? ; pues la verdad es que aborrezco la tenería.

Y habiendo, al parecer, aliviado su conciencia con este desahogo, añadió :

—Pero no vaya Vd. á creer que este aborrecimiento durará eternamente ; al fin me acostumbraré como tantos otros se han acostumbrado, y aun á cosas peores. No se debe aborrecer aquello que proporciona á uno el sustento, sólo porque sea un poco desagradable.

—Eres un filósofo, Juan.

—Estoy muy agradecido á su buen padre que me ha proporcionado el primer apoyo en este mundo, y si ahora me hallo en el primer escalón, ya subiré.

—Así lo creo—le contesté confiadamente.

—Lo que yo quisiera es saber leer de corrido, pues joven como soy, pienso mucho en mi porvenir.

—¿Qué es lo que deseas ser?

—Cualquier cosa, con tal de que sea una posición honrada. Por de pronto, puedo asegurar á Vd. que gústeme ó no me guste, en la tendría permaneceré por todo el tiempo que me sea posible, y, sea cual fuere el porvenir que me esté reservado, por ahora soy el muchacho carretero de la tendría, para servir á Vd.

Medio en broma y medio en serio, se quitó la gorra haciéndome un saludo, y yo al ver su pobre apariencia no pude menos de recordar el Testamento Griego y el nombre del caballero Jalifax en él escrito. Aquel muchacho, como muchos otros, no debía á sus padres más que la existencia, y ésta sólo el cielo sabe si muchas veces es un castigo ó un presente.

De pronto se me ocurrió preguntarle dónde estaba su casa.

—Explíquese Vd. que no lo entiendo—me dijo.

—Quiero decir que dónde vives, dónde comes y duermes.

—Le diré á Vd. ; generalmente como en el campo, donde hay abundancia de zarzamoras, y ceno, cuando tengo qué, en este mismo sitio que es el que más me gusta, cuando la gente se va. Su padre de Vd. me permite permanecer aquí.

—¿Y dónde duermes?

Se detuvo, ruborizándose un poco.

—Si le he de decir la verdad . . . en cualquier parte ; generalmente aquí también.

—¿Cómo ! ¿ al aire libre ?

—Sí, señor.

Aquello me conmovió. Para mí, dormir de ese modo significaba haber llegado al último grado de la miseria, y

hasta lo consideraba degradante, é impropio de un muchacho decente.

—Juan, ¿ cómo puedes soportar semejante vida ?

—Oigame Vd.—dijo sentándose á mi lado y como habiendo adivinado aquel pensamiento mío ;—yo gano cuatro pesetas cada semana, que vienen á ser como diez centavos diarios ; de ellos gasto seis en comer, porque un muchacho que está creciendo como yo, necesita alimentarse, y es muy duro pasar hambre. Quedan cuatro centavos para pagar el dormitorio. Una vez probé en uno de los lugares más decentes por ese precio, y no me quedaron ganas de repetir la prueba. Nunca podría acostumbrarme á esos sitios. Prefero dormir al aire libre. Además, ese no es motivo para entristecerse uno ; Vd. no sabe lo bueno que es dormir así, y despertarse á media noche y ver las estrellas.

—¿ Pero no tienes frío ?

—No, señor. Formo un abrigado nido con estas cortezas y me acurruco como un lirón, envuelto en esta manta que un trabajador me regaló. Además, todas las mañanas, temprano, tomo un baño en el río, lo cual me conserva entonado todo el día.

La sólo idea de aquel baño de agua fría me hizo temblar, y no pude menos de sentir envidia al verlo tan saludable.

—¿ Y qué harás cuando llegue el invierno ?

Aquella pregunta le hizo ponerse sério.

—No lo sé—me contestó.—Haré como los gorriones que siempre encuentran *Uno* que vele por ellos.

Se quedó pensativo, y guardó silencio por un rato.

—¿ Te acuerdas, Juan—le dije al fin,—de aquella mujer que de tan mal modo te habló un día en el callejón ?

—Sí señor ; nunca olvidaré nada de lo que sucedió aquel día—respondió suavemente.

—Fué mi criada en otro tiempo. Es una buena mujer,

aunque las desgracias han agriado su carácter. Su hijo mayor, Blas, que ha sentado plaza de soldado, es el que ocupaba el lugar que ocupas tú aquí ahora.

—¿De veras?

—Sara es pobre, y tres ó cuatro centavos diarios podrían venirle muy bien. Creo que si yo le hablo podrás ocupar la guardilla que ocupaba Blas.

—Vd. es, indudablemente, muy bueno, Félix.

No dijo más, pero su silencio expresaba toda su gratitud.

Entré en mi carruajillo, ansioso de no dejar pasar el día sin arreglar aquel asunto, é hice á Juan que me acompañase á ver á Sara Watkins. Mi padre no se hallaba á la vista, y yo me atreví á dejarle recado de que me había ido á casa llevándome á Juan. Era sorprendente la intrepidez de que yo me iba revistiendo al verme por primera vez en la compañía de otro muchacho en quien pensar y por quien poder hacer algo.

Llegamos á la casita de la viuda Watkins. Era muy pobre, pero yo recordaba lo que Sara me había hecho sufrir con su excesiva limpieza. La encontramos sentada en la cocina remendando una chaqueta que había pertenecido á Blas hasta que reemplazándola éste por la casaca roja, pasó á ser propiedad de Jaime, el segundo hijo de Sara. Esta pobre madre no podía olvidar á su Blas, ni hacía otra cosa que llorar por él y maldecir á Napoleón. Tan preocupada se hallaba, sin duda, con esta idea, que no reconoció en Juan Jalifax al casi desfallecido muchacho á quien con tan poca caridad trató la tarde que nos guarecimos en el callejón. Consintió desde luego en admitirlo como su huésped, y no pudo menos de mirarlo con cierta extrañeza cuando oyó que yo le llamaba “mi amigo.”

Arreglamos el negocio, primero los tres juntos, y luego Sara y yo solos mientras Juan fué á echar una ojeada á su

nueva habitación. Yo me alegré también de poder socorrer de algún modo á aquella pobre mujer, que me prometió tratar muy bien á Juan, y guardar mi secreto. Cuando aquel volvió, ésta no sólo se mostró atenta sino hasta afectuosa con él.

Antes de marcharnos quise ver el cuarto, á donde Juan me condujo y ambos nos sentamos en la cama que había sido del pobre Blas y que no había motivo para jactarse de ella, pues consistía sólo en un jergón de paja, y dos mantas, habiendo yo tenido que pedir á Isabel dos sábanas que Juan usó por mucho tiempo.

La guardilla era muy pequeña y baja de techo, sin embargo de lo cual Juan se mostraba orgulloso de poseerla.

—Confieso—me dijo—que voy á ser aquí más feliz que un rey. Mire Vd. por esta ventana.

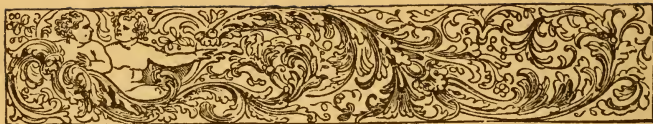
Efectivamente, desde ella se divisaba un paisaje encantador.

—¿Te gusta tu palacio, Juan? ¿Crees que te hallarás bien en él?

—Creo que sí—me contestó con disimulada alegría, de que yo participaba también.

En aquella pequeña guardilla pasamos después muchos ratos alegres y felices que más adelante hemos recordado con placer.





CAPÍTULO IV.



L invierno se presentó repentino y temprano aquel año, y fué para mí más largo y triste que los anteriores. Ni pude salir de mi cuarto en todo él, ni ví más personas que mi padre, el Doctor Jessop é Isabel. Un día me atreví á decir al primero que deseaba permitiera á Juan Jalifax venir.

—¿ Para qué lo necesitas?—me preguntó.

—Sólo para verlo.

—¡ Vaya ! Un muchacho de la tenería no es una compañía apropósito para tí. Déjalo tranquilo allí que es su sitio.

No podía estar yo conforme con mi padre en que la tenería y la plaza que en ella ocupaba Juan fuese el sitio adecuado para él ; pero temiendo causarle algún perjuicio, y comprendiendo cuanto podía depender su porvenir del favor de su principal, no quise discutir el asunto. Aprovechaba todas las oportunidades, que eran raras, para mandar á Juan alguna cartita escrita con letra de imprenta que yo comprendía podría leer, y también le mandé uno ó dos libros para que se instruyera algo. Esperé con vehemencia, pero con resignación, la llegada de la primavera en que estaba seguro de poderlo ver. Un día de Febrero, cuando ya habían empezado á derretirse los grandes hielos que según me dijo Isabel, habían cubierto el campo, me decidí á salir un rato

á tomar el aire libre. Bajé á la sala y de allí al jardín acompañado de los regaños de Isabel y de los rudos estímulos de mi padre. ¡ Mi pobre padre ! que creía firmemente que el que está enfermo es porque quiere, y que yo podría hacer muchas cosas si quisiese. Aquel día me encontraba muy fuerte y gozaba viendo la verde yerba que había estado por semanas oculta bajo la nieve. Sin saber por qué, vino á mi memoria el recuerdo del pobre Blas Watkins que hecho prisionero después de la batalla de Mentz, en Diciembre anterior, había sido fusilado por los franceses como espía. ¡ Pobre Blas ! cuánto más le hubiera valido permanecer, en su vida sin gloria, de conductor de la carreta de pieles !

—¿ Ha visto Vd. últimamente á Sara ?—pregunté á Isabel que estaba picando coles—¿ y sabe Vd. si se va reponiendo de su pena ?

—Ella tiene bastante en qué pensar. Allí está Jaime y tres pequeños más á quienes mantener, sin contar el otro zagalón que vive allí y que estoy segura de que come más de lo que paga.

Yo la oí con calma porque sabía que mi padre le había aumentado el sueldo á Juan y éste su pupilaje á Sara, lo cual unido á otras cosas que mediaban entre ella y yo, me hacían estar tranquilo respecto á que aquél era una ayuda y no una carga para la viuda ; y así la dejé hablar puesto que con ello no hacía daño alguno ni á mí ni á nadie.

De pronto ví que se levantó con gran precipitación y como asustada.

—¿ Quién es aquel caballero que viene por el jardín ? ; y yo en este traje y con el delantal lleno de coles.

Yo miré y no pude menos de sonreirme pues, á pesar de su transformación, conocí en seguida á Juan Jalifax. Tenía puesto un traje nuevo, limpio y sencillo como correspondía á un aprendiz de operario, y que se adaptaba perfec-

tamente á su cuerpo. La camisa era basta, pero blanca y limpia, y sobre su cuello caían los rizos de brillante cabello. Sin dificultad, cualquiera otro, como Isabel, lo hubiera tomado por un caballero.

Isabel se puso furiosa cuando se apercibió de su equivocación.

—¿Qué es lo que viene Vd. á hacer aquí?—dijo ásperamente.

—Abel Fletcher me ha mandado con un encargo.

—Pues acabe Vd. pronto y tome el camino. Vd. no es buena compañía para Félix y á su padre no le gusta que Vd. venga aquí.

—¡Isabel!—grité yo indignado.

Juan no contestó, pero sus mejillas se enrojaron. Yo le tomé la mano y le dije cuánto me alegraba de verlo, pero dudo que me oyese.

—Abel Fletcher me ha enviado—repetió con tranquilidad—para que acompañe á Félix; si éste tiene en ello algún inconveniente, fácil le es decirlo—y se volvió á mí cuya contestación creo que debió dejarlo satisfecho.

Isabel se retiró derrotada, y en su ira dejó caer parte de las coles que llevaba en el delantal. Juan las recogió y se las entregó, pero por toda muestra de agradecimiento recibió la siguiente estocada de despedida:

—Parece que se ha civilizado Vd. con el cambio de ropas; quítese Vd. de mi vista; y no vuelva á pararse con la carreta delante de la ventana.

—Yo no soy ya carretero—fué la única respuesta de Juan.

—¿Que no eres ya carretero?—le pregunté sobresaltado, cuando Isabel desapareció, temiendo que le hubiera sucedido algo desagradable con mi padre.

—No, Félix; durante este invierno he aprendido á leer,

con el auxilio de los libros que Vd. me ha enviado, y sabido por su padre, me ha dicho que considera mejor que sea colector de sus cuentas que de pieles en los alrededores, y me ha aumentado el sueldo, y ya puede Vd. figurarse cuanto más me gusta este nuevo empleo.

Su cara se encendió de orgullo y satisfacción. Aquello era, indudablemente, un gran paso hacia adelante.

—Mucha confianza debe tener en tí, Juan—le dije yo, que conocía lo desconfiado que mi padre era con sus cobradores.

—Sin duda, y esto es lo que más me satisface. Es muy bueno conmigo, y me ha concedido un día de fiesta especial para que lo pase con Vd. ; ¿no es esto magnífico?

—Indudablemente—le contesté ; casi me encuentro con fuerzas para dar un paseo.

—Vamos. ¿Adónde quiere Vd. que nos dirijamos?—dijo guiando mi carruaje.

—Creo que lo mejor es ir á la montaña á disfrutar del aire puro y de aquellas vistas incomparables.

Deliciosa fué para mí aquella excursión. Una vez sentados en la yerba, dije yo :

—Ahora, Juan, cuéntame lo que has hecho este invierno.

El relato era muy sencillo y breve ; trabajar mucho durante todo el día, de Lunes á Sábado, y por la noche caer rendido á dormir el profundo sueño de la juventud y del trabajo.

—¿ Pero cómo te las has compuesto para aprender á leer ?

—Aprovechando todos los minutos que podía, y las tardes de los Domingos.

—¿ Con qué libros te has ejercitado ?

—Con los que Vd. me mandó : *El viaje del Peregrino*, *Robinson Crusoe* y *Las Mil y una Noches*.

—¿ Ninguno más ?

—Sí; el que me envió Vd. en las Pascuas; he leído mucho en él.

Me llenó de complacencia el tono respetuoso con que habló de este libro, y que hubiera leído mucho en él, cosa rara en un joven de sus pocos años, pues no era otro que la Biblia.

—Yo quiero aprender más—me dijo.

—Ya aprenderás. Yo poco te puedo enseñar, pero, si quieres, te enseñaré lo que sé.

—¡ Oh! ¡ Félix!—exclamó con la mayor alegría.

De pronto se detuvo y dijo señalando á un punto en el río:

—¿ Qué es aquello?

Era una masa de agua, como de tres ó cuatro pies de altura, que bajaba por el centro de la corriente, derecha como una muralla.

—Es una tromba: á menudo se forman en el río Severn cuando las corrientes del litoral se juntan con la marea alta. Mira que cresta de espuma tiene, semejante á la crín de un jabalí.

—Pero no es más que una ola grande, ¿ verdad?

—Sí; pero suficientemente grande para sumergir un bote.

Y al decir esto ví con espanto un bote con dos hombres á bordo que trataban de ponerse fuera del paso de la tromba.

—¡ No lo conseguirán!—dije—¡ con seguridad que se ahogarán! ¡ Oh! ¡ Juan!

Pero él ya se había separado de mi lado y metido por entre los matorrales bajando la escarpada pendiente hasta la orilla del río. La tromba continuaba su marcha magestuosa cambiando las tranquilas aguas del río en agitados remolinos en los que ningún bote podría sostenerse, y mucho menos aquel botecito de recreo con su alta vela. En él iban el joven señor de Brithwood, á quien yo conocía de

vista, y otro caballero. Los dos trabajaban desesperadamente y lograron ponerse fuera del centro de la corriente, pero no bastante arrimados á tierra, y los separaba de la tromba una corta distancia. ¡ El momento era supremo !

—Echémonos á nado—oí que decía uno de ellos, pero esto no los hubiera salvado.

—¡ Páren !—gritó Juan con todas sus fuerzas,—¡ Echenme una cuerda y yo los remolcaré !

Yo me estremecí al verlo metido en el río hasta las rodillas, tirando de la cuerda con vigor, pero consiguió su objeto ; los dos caballeros saltaron en salvo á la orilla. El más joven trató desesperadamente de salvar el bote, pero era demasiado tarde. La tromba lo había alcanzado rompiendo la cuerda como si fuera un hilo, y haciendo pedazos la vela ; y todo desapareció.

—¡ Pobre bote !—dijo uno de ellos.

—¿ Quién se ocupa de eso ? Hemos estado á punto de perder nuestras vidas—contestó el otro que era bastante más viejo, con aspecto enfermizo, vestido de luto, y para quien la vida no debía tener gran atractivo aunque parecía apreciarla mucho.

Ambos treparon la cuesta sin ocuparse de Juan Jalifax, y una vez en lo alto dijo el más viejo :

—¿ Pero quién es el que nos ha salvado ? ¿ Ha sido Vd., amigo ?

Juan Jalifax, que estaba vaciando sus empapadas botas, contestó :

—Creo que sí.

—Mucho le debemos á Vd.

—No más de una moneda de cinco pesetas—primo March contestó bruscamente el más joven. Yo conozco á este muchacho ; trabaja en la tenería del cuáquero Fletcher.

—No digas eso—contestó el señor March mirando al muchacho con benevolencia y casi con tristeza.

—Imposible ; joven, ¿ quiere Vd. decirme á quién soy deudor de tan gran servicio ?

—Mi nombre es Juan Jalifax.

—Bien ; pero ¿ qué es Vd. ?

—Lo que ese caballero ha dicho. El señor Brithwood me conoce. Yo trabajo en la tenería.

—¡ Ya !—dijo el señor March volviéndose entre sorprendido y desencantado.

—¿ No te lo dije, primo ? ¡ Eh, muchacho ! añadió mirando á Juan de arriba abajo—parece que has mejorado de traje ; pero sin duda eres el mismo que yo atropellé un día con mi cabriolé cuando ibas conduciendo una carreta con pieles. Bien me acuerdo.

—Y yo también—contestó Juan con altanería.

—Bueno, tú me has hecho un bien en cambio de un mal. Toma esos cinco duros. Y se los arrojó y cayeron en el suelo donde se quedaron.

—¡ Ricardo !—dijo en tono de reproche el otro señor, que indudablemente era un caballero. Y como luchando con una idea interior, añadió, dirigiéndose á Juan :

—Nunca olvidaré su arrojo y valentía. Si alguna vez puedo hacer algo por Vd. tendré en ello mucho gusto, y mientras tanto, si una pequeñez como esta . . .—añadió deslizándose una cosa en la mano de Juan.

Juan se la devolvió con una cortesía diciendo que prefería no tomar dinero alguno.

El señor March le miró sorprendido ; hubo un poco más de insistencia por una parte, y de resistencia por la otra, y por último aquél se guardó las monedas en el bolsillo, mirando atentamente al muchacho, su esbelta figura y su fresca y altiva fisonomía.

—¿Qué edad tiene Vd. ?

—Quince años, próximamente.

—¡ Ah !—dijo casi suspirando. Echó á andar y se volvió otra vez :

—Yo me llamo Enrique March. Si alguna vez . . .

—Muchas gracias, señor, vaya Vd. con Dios.

—¡ Adiós !

Me pareció verlo inclinado á alargar la mano á Juan, pero éste ó no lo vió ó no lo quiso ver. El señor March se alejó seguido del joven Brithwood, pero todavía volvió la cabeza para mirar á Juan, hasta que desapareció.

—Me alegro de que al fin se hayan ido—dijo éste—así nos encontramos mejor.

Se sentó en el suelo poniéndose á torcer sus mojados calcetines, y riéndose de mis temores de que cojiese un constipado y de mi inquietud al verlo molesto por los insultos del joven Brithwood. Yo me envolví en mi abrigo y lo miraba hacer círculos en la arena con una varita que había cortado de un árbol.

De pronto me ocurrió un pensamiento :

—Juan—le dije—dame esa varita que voy á darte la primera lección de escritura.

Con ella y en la arena, le enseñé á formar las letras del alfabeto y á juntarlas. Él aprendía con tal prontitud que al poco rato el suelo, en todas direcciones, estaba cubierto con las letras de su nombre.

Cuando volvíamos para casa, Juan, mirando al río y á las casas tan inmediatas á él, me dijo :

—No me gusta esto. ¿ Ha visto Vd. alguna vez el río tan crecido como ahora ?

—Sí—le contesté—y en Norton Bury nadie se ocupa de ello. Es efecto del repentino deshielo, según dice mi padre.

—Apresurémonos, que está aumentando el frío.

Me condujo á casa, en cuya puerta nos separamos.

—¿ Cuando volverás, Juan ?

—Cuando su padre me envíe.

Mi padre volvió tarde aquella noche. Parecía estar cansado é intranquilo, y en vez de irse á acostar, pues eran más de las nueve, se sentó con su pipa al lado de la chimenea.

—¿ Está creciendo el río todavía ?—le pregunté.—¿ Hará algún daño á la tenería ?

—¿ Qué sabes tú de eso ?

—Juan Jalifax me dijo . . .

—Juan Jalifax haría mejor en callarse.

Yo también me callé.

—¿ Dónde han ido Vds. hoy, Félix ?—me preguntó al cabo de un rato.

—Á la montaña—le contesté ; y le conté el incidente que nos había ocurrido. El me oyó sin replicar.

—¿ No es verdad, padre, que Juan se portó bien ?

—Félix, ese muchacho es bueno, si tú no lo echas á perder. Acuérdate de que es mi dependiente, y de que tú eres mi hijo . . . mi hijo único.

Me retiré á mi cuarto, y á cosa de media noche, hallándome despierto, oí que llamaban á la puerta exterior. Yo dormía en el piso bajo y ví pasar á mi padre, completamente vestido, con una luz en una mano, y algo que me pareció un arma en la otra.

Los golpes en la puerta eran cada vez más fuertes, como de una persona que tenía prisa y que no temía hacer ruido.

—¿ Quien está ahí ?—preguntó mi padre. Al oír la contestación abrió la puerta, cerrando primero la de mi cuarto.

Un minuto después Juan se hallaba al lado de mi cama y me decía :

—No se asuste Vd.

—¿ Ocurre algo en la tenería ?—le pregunté.

—Sí ; las aguas siguen creciendo, y yo he venido á avisar á su padre de que todavía puede salvar mucho. La noche está muy fría ; estése Vd. ahí tranquilo que yo cuidaré de él.

Salieron juntos y no volvieron en toda la noche.

Aquella noche del 5 de Febrero de 1795 fué recordada por mucho tiempo en Norton Bury. Hubo puentes destruidos, botes zozobrados, y casas inundadas y arrasadas. La pérdida de vidas no fué grande, pero sí la de propiedades. Seis horas duró aquella obra de destrucción hasta que las aguas empezaron á bajar.

Al amanecer ví á mi padre y á Juan parados en la puerta de casa. ¡ Qué alegría experimenté !

—¡ Querido padre !—le dije estrechándole las manos como no lo había hecho nunca.

—Muy temprano te has levantado, y la mañana está muy fría para tí, hijo mío. Vuélvete al lado del fuego.

—Cuénteme Vd. lo que ha sucedido.

—Nada, hijo, sino que Dios, que es el dueño de todos los bienes de este mundo, ha tenido por conveniente privarme de una parte de ellos. Yo, lo mismo que otros, he amanecido con unos cuantos miles de pesos menos de los que tenía anoche.

Yo, que conocía lo afecto que él era al dinero que con tanto trabajo había ganado, no creí que hubiera tomado con tanta tranquilidad aquella pérdida.

—No importa, padre—le dije—peor hubiera podido ser.

—Seguramente ; y sino hubiera sido por ese muchacho habría perdido cuanto tengo en este mundo.—Pero, ¿ dónde está ? ¿ Qué haces ahí á la puerta ? Entra, Juan, y cierra, ven á sentarte al lado del fuego para secarte las ropas.

Juan obedeció.

—¡ Isabel !—gritó mi padre levantándose—dános de al-

morzar á este muchacho y á mí que hemos pasado una noche de trabajo duro.

Isabel trajo un vaso de cerveza, pan y queso, pero no se dió por entendida de que el almuerzo había sido pedido para los dos.

—¡ Otro plato !—dijo mi padre con severidad.

—El muchacho puede ir á la cocina y almorzar allí—contestó Isabel.

—Mujer, haz lo que te digo. Trae otro plato y otro vaso de cerveza.

Y con gran disgusto de Isabel y complacencia mía, Juan Jalifax se sentó á la misma mesa con su amo. El hecho produjo una impresión indeleble en la familia. Después del almuerzo, mi padre, contra su costumbre, me explicó las pérdidas que había tenido ; y cómo, sino hubiera sido por el oportuno aviso del muchacho, hubiera quedado casi arruinado.

—¿ De modo que hizo bien en venir ?—dije yo.

—No sólo eso, sino que me ha ayudado mucho. Es una cabeza de hombre en un cuerpo de muchacho.

Juan oía aquellos elogios lleno de orgullo.

Mi padre se quedó pensativo, y nosotros hablábamos bajo para no interrumpirlo. Al cabo de un rato dijo :

—Juan, ya es hora de que te vayas á tu trabajo.

—Al instante—dijo Juan.—Adiós, Félix ; buenos días, señor, ¿ se le ofrece á Vd. algo ?

—Juan, me has hecho esta noche un gran servicio. ¿ Qué premio te daré ?—é instintivamente llevó la mano á su bolsillo.

Juan se volvió :

—Gracias, señor, estoy suficientemente recompensado con haber sido útil á mi amo, y con que éste lo reconozca.

Mi padre le tendió la mano diciéndole :

—Tienes razón, muchacho ; te estoy muy agradecido y nunca lo olvidaré.

Juan se retiró más orgulloso que un emperador, y más feliz que un pobre con un saco de oro.

Después de pasar un rato hablando de varias cosas, dijo mi padre :

—¿ Qué creés tú, Félix, que podría agradar á Juan ?

Yo le contesté que lo invitase á pasar los Domingos en nuestra casa.

—No seas tonto ; tú no conoces á los muchachos de Norton Bury. Él preferirá ir á correr las calles con sus amigos.

—No tiene ninguno, padre, ni se ocupa de nadie más que de mí. Déjele Vd. venir.

—Veremos—me contestó.

Desde entonces, Juan Jalifax vino á vernos todos los domingos, siendo recibido en la casa de su amo como nuestro igual y como mi amigo.





CAPÍTULO V.



LOS inviernos y los veranos se deslizaban perezosamente en Norton Bury sin que yo me ocupase de lo que pasaba en el resto del mundo. Mi padre continuaba haciendo su vida de siempre, mecánica y fija como un reloj, y Juan Jalifax y yo hacíamos lo mismo; él activo y ocupado, y yo inútil y triste; ni contábamos los días, ni mirábamos al pasado ni al porvenir.

Una mañana de Junio me levanté con la conciencia de que tenía ya veinte años, y que Juan era casi un hombre, puesto que, como he dicho, sólo tenía dos menos que yo. Hablando de esto nos hallábamos sentados los dos en un sofá.

—Parece mentira, Juan—le dije—pero es lo cierto que tengo ya veinte años.

—¿Y qué quiere Vd. decir con eso?—me contestó.

—Nada; que estoy pensando en que, sin duda alguna, soy un notable ejemplar de la noble raza humana!

Dije esto con amargura, y Juan, siempre cariñoso y procurando animarme, se apresuró á contestarme.

—Es una cosa buena hacer exámen de conciencia en el día del cumpleaños. Pasemos, pues, revista á sus cualidades externas é internas.

—No seas tonto, Juan . . .

—Déjeme Vd. serlo, que así y todo puede que no lo sea

tanto como otros. En primer lugar, mide Vd. cinco pies y cuatro pulgadas de alto, histórica estatura de los hombres grandes, incluyendo Alejandro de Macedonia y Napoleón Bonaparte.

—¡ Oh, cállate !—le repliqué yo, que aborrecía al tan admirado ogro de aquellos tiempos.

—En segundo lugar tiene Vd. un cuerpo delicado pero no defectuoso.

—¡ Muchas gracias !

—Cara alargada y pálida . . .

—Lívida, querrás decir.

—Ojos grandes y de mirada penetrante ; cabello abundante y de hermoso color negro, como diría cualquiera muchacha, si entre nuestras amistades contáramos con una siquiera . . .

Yo me sonreí, y hasta me ruboricé un poco. Tenía veinte años, y aunque Isabel y Sara eran las dos únicas muestras del sexo opuesto que hasta entonces se habían presentado en mi horizonte, una ó dos veces, después de haber leído á Shakespeare, había soñado, como todo muchacho, con la divinidad de la mujer, sueños que no habían pasado de tales pues no se me ocultaba lo incapaz que yo era de inspirar amor á ninguna ; y aunque esto fuera posible, yo nunca hubiera consentido en perpetuar por medio del matrimonio la enfermedad hereditaria que me aquejaba ; y abrigando esa idea toda mi vida, nunca he quebrantado mi resolución. La amistad era el amor para mí, y el deber la felicidad.

—Volvamos ahora la hoja, Juan. ¿ Y tú qué edad tienes ?

—Diez y ocho años cumpliré la semana próxima, como Vd. sabe.

—¿ Estatura ?

—Cinco pies once pulgadas y media.

Y levantándose, mostró aquella respetable talla, más alta que graciosa, pues, como todos los jóvenes de su edad, no sabía qué hacer con sus brazos y con sus piernas.

Yo lo miré casi con tristeza, y le dije :

—Juan, eres ya un hombre completo.

Él se sonrió con satisfacción, pensando, sin duda, en el nuevo mundo en que iba á entrar, mundo en el cual yo sabía muy bien que nunca podría seguirle.

—Me alegro de parecer mayor de lo que soy—dijo, volviendo á sentarse—pues de ese modo la gente de la tenería me respeta más, y hasta su padre de Vd. tiene más confianza en mí.

—¡ Vaya si la tiene ! No lo dudes. Ayer mismo me habló en ese sentido, y hasta creo que piensa aumentarte el sueldo este verano. Pero yo quisiera verte allí algo más que como un simple dependiente, y has de saber que tengo un plan.

Dicho plan tuvo que permanecer oculto por entonces, pues en aquel momento vi á Isabel que con aire muy grave se dirigía hacia nosotros. Yo sabía que en el día anterior había sido citada á una larga conferencia con mi padre, cuyo objeto no me reveló, pero sí me dijo que me concernía. Desde entonces se había mostrado conmigo más cariñosa que de costumbre, y hasta más de una vez me había llamado “querido mío.” Con una mirada entre sentimental y de enojo me participó que mi padre y el Doctor Jessop me esperaban. Comprendí de lo que se trataba, así como sabía que las esperanzas de mi pobre padre eran ilusorias ! Me presenté ante ellos con el corazón oprimido.

No hay para qué relatar los detalles de la entrevista. Baste saber que en ella perdió mi padre la última esperanza de tener en mí un hijo que le ayudase, y un sucesor en sus negocios, y yo la de ser un auxilio y un consuelo para él.

Fué duro para ambos, pero desde aquel día los dos ocultamos nuestra pena y no nos volvimos á referir á ella.

Fuí al jardín, donde estaba Juan Jalifax y le conté lo ocurrido. Él me escuchó con una mano apoyada en mi hombro, mirándome con la mayor ternura sin pronunciar una palabra, y ambos echamos un velo sobre aquella inevitable desgracia.

Cuando mi padre, el Doctor Jessop, Juan Jalifax y yo nos reunimos aquel día á la mesa, el asunto pareció completamente olvidado, y no se volvió á hablar de él. Terminada la comida, el locuaz doctor se retiró, mi padre se sentó silencioso á fumar en pipa, y Juan y yo nos dirigimos á la ventana. Desde allí noté que mi padre fijaba sus miradas en Juan Jalifax de cuando en cuando con la mayor atención. ¿Sería que estaba germinando en su cerebro la misma idea que se me había ocurrido á mí aquella mañana, y que en su día había de dar el fruto? Yo así lo deseaba con el mayor anhelo, y por lo mismo la dejé crecer en silencio.

Al anochecer de un domingo del siguiente mes de Julio, nos hallábamos, como de costumbre, Juan y yo en el jardín charlando sobre mil diferentes cosas. Él estaba sentado en la yerba con las manos sobre las rodillas y mirando fijamente á las estrellas. De pronto me dijo :

—Félix, estoy pensando en lo pronto que tenemos que abandonar esta tranquila vida y empezar á luchar las batallas del mundo, y no sé si estamos dispuestos para ello.

—Tú sí lo estás, Juan—le contesté.

—No lo sé—añadió.—Yo no sé si podría hacer nada que no fuera recto aunque fuera agradable. Ahora, por ejemplo, ¿podría yo, en vez de levantarme mañana temprano é ir al obscuro escritorio á emborronar papel hasta las seis de la tarde, irme á correrla por el mundo y hacer toda clase de calaveradas y cosas grandes, sin volver jamás á la tenería?

—¿ Qué dices, Juan ?

—¡ No ! ¡ no !—se apresuró á añadir—no es decir que piense hacerlo, sino que algunas veces siento como deseos de ello ; yo creo que es el diablo que me tienta, pero puede Vd. estar tranquilo pues siempre lo venzo.

Se levantó, y me pareció que estaba pálido. Me ayudó á levantarme y nos dirigimos á casa en silencio.

Después de cenar, cuando el reloj sonó las nueve y media, Juan, como de costumbre se dispuso á marcharse, y fué á despedirse de mi padre que estaba pensativo sentado al lado de la chimenea, aunque ésta no tenía lumbre.

—¡ Buenas noches !—le dijo dos veces antes de que aquél lo oyese.

—¡ Ah ! buenas noches, muchacho—le contestó al fin. —¡ Oye ! ¿ qué tienes que hacer mañana ?

—Poca cosa, sino se presenta algo nuevo, pues anoche, como de costumbre, dejé arregladas todas las cuentas de la semana.

—Mañana pienso examinar como llevas los libros, y ver qué trabajo te preparo. Puedes por lo tanto tomarlo de fiesta, si en ello tienes gusto.

Los dos le dímos las gracias, y yo le dije al oído á Juan :

—¡ Ea ! Ya puedes correrla mañana como deseabas.

—Ya le he dicho á Vd. que el deseo se fué—me contestó.

Concertamos pasar un agradable día en un sitio, como á una milla de distancia, conocido por “Las Viñas.” Por la mañana emprendimos el camino y llegamos á aquel tranquilo sitio que la tradición cuenta fué en un tiempo un gran viñedo propiedad de los rollizos frailes de la Abadía, y que la historia dice fué regado con sangre más obscura que la de las uvas. “Las Viñas” fué un campo de batalla, y bajo su ondeado cespced y entre las raíces de sus manzanos sil-

vestres, duermen el sueño eterno muchos Yorkistas y Lancasterianos. Algunas veces en los profundos surcos se descubrían blancos huesos; pero por lo general aquellas relíquias permanecían tranquilas y la pradera servía de pasto á los animales.

Juan y yo nos sentamos á disfrutar de aquella encantadora tranquilidad y de aquel delicioso ambiente.

Allí pasamos el día hasta que por la tarde me dijo Juan, de repente :

—Félix, si no estuviera Vd. causado le propondría que abandonáramos este sitio que me parece un poco triste, y fuéramos á otra parte.

Mi salud se hallaba muy mejorada aquel verano, y encontrándome con fuerzas accedí desde luego á la proposición de Juan.

—El pueblo de Coltham está á diez millas de aquí—añadió—son las cuatro de la tarde ; dentro de poco pasará por el camino inmediato el coche que va á aquel punto. ¿ Quiere Vd. que vayamos ? Yo tengo dinero para pagar el pasaje. ¡ Disfrutamos de tan pocos placeres ! ¿ Créa Vd. que estará mal hecho ? Su padre no nos regañará, y además, él tiene trabajo en la tenería hasta media noche, y antes de esa hora estaremos en casa aunque tenga yo que llevar á Vd. á costas las diez millas. ¿ Vamos ?

—Vamos—le contesté.

En aquel momento aparecía el coche por el camino. Al llegar á donde nosotros estábamos, Juan hizo seña al cochero para que se detuviese, me ayudó á subir, subió él después sentándose á mi lado, y pasó la crisis ; pero yo noté que durante varias millas apenas habló cuatro palabras conmigo.

Á pesar de lo cerca que el pueblo de Coltham estaba de nuestra casa, yo sólo había estado en él una vez en mi vida,

pero Juan Jalifax lo conocía perfectamente por haber sido enviado por mi padre á aquellos alrededores á comprar corteza para la tenería. Me causó mucha satisfacción, cuando paró el coche á la puerta de la posada que ostentaba el pomposo título de "El Toison," ver lo bien que aquél conocía el lugar. Indudablemente Juan había tomado posesión del mundo (de nuestro pequeño mundo, al menos) y había dejado de ser un muchacho, pasando á ser un hombre. De todo se ocupaba. Yo permanecí en el sitio en que él me colocó en la sala de la posada, y lo observaba como daba órdenes y andaba de un lado para otro. Algunas veces sus ojos parecían inquietos, pero sus modales eran los mismos.

De pronto se detuvo en sus paseos por el cuarto, y me dijo :

—Me gustaría llevar á Vd. al "Gran Paseo" para que viera allí la aristocracia de este pueblo, pero tal vez preferirá Vd. descansar.

Yo le contesté que iría con gusto aunque realmente me hallaba cansado.

—¿ Quiere Vd. que vayamos al teatro? Pero no . . . yo creo que Vd. desea que nos volvamos á casa. Vámonos.

Protesté seriamente contra semejante cosa, en la seguridad de que no estábamos haciendo nada malo, y consiguiendo con ello devolverle su alegría habitual.

Nos dirigimos á la plaza principal donde estaba el teatro, y donde era tal la aglomeración de gente, y fueron tales las apreturas que nos hicieron pasar, que más de una vez deseé verme en salvo en Norton Bury. Al fin, y á fuerza de heroicos esfuerzos logramos vernos dentro del teatro y sentados con alguna comodidad. Fué una noche admirable y de imperecedero recuerdo para mí. Antes de levantarse el telón tuvimos tiempo para examinar la escena que nos rodeaba, enteramente nueva para nosotros. Mezquino y

reducido como era el teatro, se hallaba cuajado con todo lo más selecto de la sociedad de Coltham. Las señoras lucían trajes de todos colores y adornos de todas clases, y nosotros que profesábamos esa misteriosa reverencia que todo muchacho siente por la mujer en su más ideal y más hermosa forma, y que sin duda en nuestra ignorancia esperábamos encontrar en cada una de ellas una Julieta ó una Desdémónna, no sentimos gran entusiasmo por las poco graciosamente ataviadas, vistosas y afectadas bellezas de Coltham.

Se levantó el telón. Se representaba aquella noche *Lady Macbeth* por la célebre Sara Siddons, y, á pesar de los cincuenta años que desde entonces han transcurrido, aun me parece estar viendo aquella admirable mujer. Hay quien dice que la nueva generación se sonrío ante la tradicional gloria de Sara Siddons; pero es porque no la ha visto. Yo nunca la podré olvidar.

Concluída la representación del drama, y sin esperar á oír una pieza cómica después de aquél, nos dirigimos á la calle, que estaba oscurísima, teniendo Juan que llevarme casi en brazos. Me apoyó por último contra el poste de uno de los seis ú ocho faroles que iluminaban toda la ciudad, y allí tratamos de recobrar nuestro equilibrio mental.

Juan fué el primero que lo consiguió.

—¿ Tiene Vd. frío?—me dijo.

—No—le contesté.

—Bueno—añadió después de una pausa—nos hemos dado un placer, pero ya todo ha concluído y tenemos que pensar en volver á nuestra acostumbrada vida. ¿ Qué hora será ?

En aquel momento el reloj de una iglesia sonó la hora, y en el silencio que reinaba contamos distintamente once campanadas.

Nos miramos uno á otro horrorizados. Hasta entonces no nos habíamos ocupado de la hora, y teníamos que regre-

sar á Norton Bury en aquella noche ! Concluída la excitación del teatro, yo me sentí de nuevo enfermo, y casi desfallecido.

—¿ Qué harémos, ahora, Juan ?—le dije.

—¡ Oh ! es muy sencillo—me contestó—Vd. no puede ni debe andar ; alquilarémos un tílbury que nos lleve á casa. Yo tengo dinero bastante—añadió, metiendo sus manos en los bolsillos, pero su semblante palideció.

—¿ Dónde está mi dinero ?—dijo.

En su bolsillo no estaba, y sin duda se lo habían robado cuando nos encontramos entre la multitud apiñada frente al teatro. Yo no tenía una peseta, pues como nunca tenía motivo para gastar, jamás llevaba dinero encima.

—¿ Encontrarémos alguien que nos preste ?—dije yo.

—Nunca he pedido dinero prestado—me contestó—y para alquilar un tílbury . . . menos, pero probaré. Espéreme Vd. aquí.

Volvió después de un largo rato, y riendo y tomándome por un brazo, me dijo :

—Está visto, Félix, que no soy tan de fiar como yo creía. ¿ Qué harémos ?

El caso era serio. Dos muchachos de nuestra edad, á aquella hora de la noche, en un pueblo donde no teníamos amigos ni conocidos, sin una peseta en el bolsillo, y á diez millas de distancia de nuestra casa, ¿ cómo resolver el problema ? Juan se quedó pensativo un rato y dijo por último con firmeza :

—Es preciso tomar una resolución ; los momentos son preciosos ; su padre de Vd. creerá que nos ha sucedido alguna desgracia. Marchemos, Félix, yo le ayudaré.

Su fuerte y resuelta voz, unida á la necesidad de las circunstancias, me dieron fuerzas. Me apoyé en su brazo y anduvimos como dos millas por el camino que conduce á

Norton Bury. La noche estaba fresca, y conversando con Juan acerca de todo lo que habíamos visto y oído en el día, apenas sentía el cansancio. Pero pronto empecé á sentirlo y mi paso empezó á acortarse. Juan me sujetó por la cintura con su fuerte brazo y así anduvimos un poco más.

—Bueno, Félix—me dijo al cabo de un rato—descansemos un poco ; nada importa perder una ó dos horas, pues así y todo podremos estar en casa al amanecer.

Accedí porque no podía más, y caí desfallecido. Cuando volví en mí me encontré al lado de un arroyo, cerca del camino, con mi cabeza apoyada en las rodillas de Juan que me estaba rociando la frente con agua fresca. Yo no lo veía pero lo oía sollozar.

—No es nada, Juan—le dije—esto pasará pronto.

—¡ Oh Félix ! ¡ Félix ! creí haber matado á Vd. !

Traté de levantarme.

—¿ Estamos muy lejos de Norton Bury ?—le pregunté.

—No mucho, pero no intente Vd. andar ; yo lo llevaré en brazos.

—¡ Imposible !

—¿ Imposible ? ¡ Ya lo he hecho durante un buen trayecto ! Monte Vd. sobre mis espaldas.

Y así, descansando unos ratos, y andando yo un poco cuando podía, logramos llegar á Norton Bury. Ya había amanecido cuando nos encontramos á la pueta de mi casa.

—¡ Gracias á Dios !—dijo Juan, colocándome en el primer escalón.—¡ Ya está Vd. en salvo en su casa !

—¿ Y tú ? ¿ No entras ?

—¡ No !—me contestó después de pensar un momento.

Miramos recelosos á las ventanas, pero no había nadie

que nos viese ; todas estaban cerradas y reinaba el mayor silencio. Transcurrieron más de cinco minutos, que me parecieron interminables, antes de que de dentro contestasen á los aldabonazos que dió Juan.

—¡ Valor !—me dijo.—Yo cargaré con toda la culpa. Después de todo, ningún pecado hemos cometido, y lo hemos pagado bien caro. ¡ Valor !

Se abrió la puerta y apareció mi padre vestido y con su aspecto de siempre. Si permaneció toda la noche esperándonos, y si experimentó alguna ansiedad, es cosa que nunca supe. Sin decir una palabra, abrió la puerta, se separó para que entrásemos, y la volvió á cerrar. Comprendimos en su semblante que lo sabía todo, y así era en efecto. Un vecino que había venido de Coltham se había tomado la molestia de decir á Abel Fletcher que había visto á su hijo en el teatro, ó sea en el último lugar en que el hijo de un cuáquero debía ser visto. Comprendimos también que no era por saber la verdad, sino por examinarnos, por lo que se dirigió á la sala y abrió las persianas para que la luz del día aumentase nuestra vergüenza, diciendo con mucha seriedad :

—¿ Dónde has estado, Félix ?

Juan se apresuró á contestar por mí :

—En el teatro de Coltham. La culpa ha sido toda mía. Él fué porque yo se lo pedí.

Mi padre no replicó, y Juan tomó valor.

—La culpa ha sido mía, como he dicho á Vd. Tal vez he hecho mal, y hasta lo creo así, pero la tentación fué grande. Mi vida es monótona, y algunas veces deseo distraerme un poco, cambiar . . .

—Tú puedes hacerlo cuando gustes . . .

Estas palabras, pronunciadas despacio y con mucha tranquilidad nos dejaron mudos.

—¿Y cuánto tiempo hace que tenías ese plan, Juan Jalifax?

—Fué una repentina humorada que me ocurrió.

Mi padre movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Señor, yo nunca miento, prosiguió Juan—si Vd. no me quiere creer, crea Vd. á su propio hijo.

—Veo que me he equivocado y que no eres el muchacho que yo creía. Desde hoy en adelante yo cuidaré de mi hijo y no volverás á exponerlo á ningún peligro. Tenía mis proyectos respecto á tí, pero ahora . . .

Juan le replicó con humildad :

—Merezco todo lo que Vd. me dice, y me retiro de su casa.

Mi padre lo miró como con lástima y dijo :

—No ; no quiero yo eso, al menos por ahora.

Yo me acerqué á Juan y tomándole las manos :

—Juan, tú no te irás—le dije.

—No, Félix—permaneceré aquí hasta justificarme con su padre.

—Eso es lo que debes hacer—dijo aquél volviéndose.

—Pero . . .

—Ya lo he dicho, Félix—añadió mi padre.—Yo no lo acuso de ningún crimen, pero sí de ceder á las tentaciones del mundo y de arrastrar á los demás ; por lo tanto, como mi dependiente lo conservaré, pero como el compañero de mi hijo, ¡ nunca !

Comprendimos que aquel “nunca” era irrevocable.

Juan permaneció en silencio por un rato, al cabo del cual me dijo por lo bajo :

—Félix, su padre de Vd. tiene razón, al menos por lo que él ve.

Mi padre se dirigió á la puerta y llamó á Isabel. Mientras tanto, yo dije á Juan :

—¡ Adiós, Juan ! no te olvides de mí.

—¡ Nunca !—me contestó—y si vivo volveremos á ser amigos. ¡ Adiós, Félix !

Desde aquel día, aunque cumplió su palabra y permaneció en la tenería, y aunque, siempre accidentalmente, sabía de él de cuando en cuando, por espacio de dos largos años nunca volví á ver á Juan Jalifax.





CAPÍTULO VI.



RA el año de 1800, por largo tiempo recordado entre las familias inglesas como “el año caro.” La presente generación no puede concebir cuan terrible fué aquel año de guerra, hambre y tumultos, todo á la vez sin que nadie lo pudiera contener. Entre las clases elevadas y las proletarias existía un abismo. El rico insultaba al pobre, y éste aborrecía al rico. Estos trastornos, que por todas partes se dejaban sentir, invadieron también la tranquila población de Norton Bury, y hasta yo personalmente sentí sus efectos, pues aunque en consideración á mis padecimientos físicos no se me decía lo que en el mundo ocurría, no se me ocultaba que las cosas iban mal, dentro y fuera de nuestra casa. Isabel se lamentaba continuamente ; y la seriedad de mi padre iba en aumento en tales términos que hacía ineficaz la tranquila pero incesante cruzada de mi existencia para conseguir la vuelta á mi lado de Juan Jalifax. Éste continuaba en la tenería, ganándose cada día más la confianza de mi padre que habiendo agregado á su negocio de curtidos el de un molino de harina, mandaba á Juan á diferentes puntos apartados, á comprar granos. De estos viajes nada sabía yo por mi padre que rara vez nombraba siquiera á Juan, pues por mucha confianza que le demostraba en cuanto á negocios, respecto á lo demás continuaba inexorable. Juan Jalifax

lo era también. Por ningún concepto, y apesar del cariño que me profesaba, nunca hubiera aceptado una amistad clandestina. Yo sabía muy bien que, mientras no pudiera hacerlo con la cabeza levantada, nunca volvería á pisar los umbrales de la casa de mi padre. Dos veces me había escrito durante los dos años, en el día de mi santo, y mi padre había sido el que sin pronunciar una palabra me había entregado las cartas abiertas. En ellas se limitaba á decirme lo que yo sabía muy bien, que siempre podía estar seguro de su sincera amistad.

Una cosa noté en los últimos tiempos. Un pequeño muchacho, que después supe era Jaime Watkins, el que en la tenería había reemplazado al desgraciado Blas en su duro trabajo, había entrado á formar parte de la servidumbre de nuestra casa en calidad de mandadero y jardinero; y siendo listo y buen escolar, se había captado las simpatías y el patrocinio de Isabel. Noté también que aquel muchacho, cada vez que lo encontraba á mi paso en la casa ó en el jardín daba muestras de ser un excelente paje para un inválido, adivinando todas mis necesidades y sirviéndome con tal devoción que me llenaba de asombro.

El verano iba pasando, y el pueblo miraba con ansiedad el triste resultado de las cosechas. Isabel me lo repetía al volver de sus paseos por las tardes refiriéndose al estado de los campos, y el molino, que durante varios días de la semana permanecía tan quieto como en los domingos, pues mi padre guardaba almacenados los granos, en la seguridad en que estaba de que aquella cosecha sería mucho más corta que la anterior. Isabel, aunque nada decía sobre eso, solía mover la cabeza en señal de desaprobación, y desde que un día volvió del mercado toda turbada diciendo que grupos de amotinados se habían presentado en las afueras del mo-

lino, dispersándose sólo cuando “aquel joven Juan Jalifax” salió y les arengó, no volvió á permitirme dar mis raros paseos en la alameda de la abadía, y, si hubiera podido, hasta me habría prohibido bajar al jardín.

Un domingo, el día primero de agosto, en que mi padre vino á casa más tarde que de ordinario, y que según me dijo Isabel había ido, como de costumbre en semejante día, que era el aniversario de su casamiento, á visitar la tumba donde reposaba mi madre, empezó á ver que las cosas no iban bien. Se sentó á la mesa sombrío y pensativo y con señales también de algún dolor físico, pues apesar de su sobriedad de costumbres, no pudo librarse de la enfermedad hereditaria en la familia, la gota, que en aquella semana lo había mortificado duramente.

El doctor Jessop llegó á los postres, y yo con mucho gusto me retiré al jardín á sentarme en mi acostumbrado sitio desde donde veía una gran extensión de campo, y desde donde noté, más como un accidente del paisaje que como un hecho de importancia, en cuantos puntos el trigo, sin estar todavía completamente maduro, estaba ya segado y colocado en delgadas y diseminadas gavillas.

Cuando se fué el doctor, mi padre me mandó llamar, como á todos los de la casa, incluso al pequeño Jaime. Abel Fletcher no era el mismo de otras veces, y lo probaba el hecho de que su pipa descansaba apagada sobre la mesa, y el jarro de cerveza permanecía intacto.

Se dirigió primero á Isabel y le dijo :

—¿Eres tú la que ha hecho hoy la comida ?

Isabel hizo un grave movimiento afirmativo.

—Pues es preciso que no nos vuelvas á dar esa clase de comidas. Nada de pasteles ni de platos delicados, y en cuanto á pan de trigo sólo el puramente necesario. No quiero que nuestros vecinos digan que Abel Fletcher tiene

harina en su molino y abundancia en su casa mientras el hambre reina en el país. Ten mucho cuidado.

—Ya lo tengo—respondió Isabel con seriedad.—No podrá Vd. decir que malgasto nada de lo suyo ; y en cuanto á mí ¡ bien compadezco á los pobres ! Bueno sería que Vd. en vez de predicar á los demás se mirase á sí mismo. Las calles de Norton Bury están llenas de infelices que perecen de hambre mientras los ricos tienen acaparado el trigo. ¡ Tenga Vd. cuidado de sí mismo, Abel Fletcher !

Mi padre se retorció en la silla, no sé si por una punzada de la gota ó de su conciencia, al ver lo cual, Isabel cesó el ataque, y haciendo salir á los demás criados, se puso á atender á su amo con la mayor solicitud, y como si no le hubiera dicho nada. Á diferencia de otros hombres, mi padre, en sus ataques de gota se hacía más fácil de manejar cuanto más sufría. Aquél fué largo y doloroso, y cuando al fin pasó, y nos encontramos los dos sólo en el cuarto, me dijo :

—Félix, el negocio de la tenería ha ido mal en los últimos tiempos y yo creí que con el molino nos resarciríamos, pero si no es así, hijo mío, ¿ sentirás mucho que al abandonar este mundo te deje un poco más pobre de lo que yo creía ?

—¡ Padre !

—Bueno—prosiguió.—Dentro de pocos días empezaré á vender mi trigo, según ese muchacho me ha aconsejado y hasta suplicado desde hace varias semanas. Él es listo, y yo me estoy poniendo viejo. Tal vez él tenga razón.

—¿ Quién, padre ?—le pregunté, como si no entendiese á quien se refería.

—Demasiado sabes quien . . . Juan Jalifax.

La mañana siguiente, mi padre se fué á la tenería como de costumbre. Yo pasé todo el día encerrado en mi cuarto.

Lo que pasaba en el mundo, en la ciudad, y hasta en la calle inmediata, era completamente ignorado por mí.

Á la hora de comer bajé al piso inferior, y esperé una, dos, tres horas la llegada de mi padre. Aquella tardanza me parecía muy extraña, pues no estaba en sus hábitos hacer eso sin enviar un recado á casa. Después de muchas reflexiones, y de consultarlo con Isabel, que demostraba más ansiedad de la que podía causar el simple motivo que ella alegaba de que la comida se estaba echando á perder, decidí mandar á Jaime Watkins á la tenería á saber que sucedía á mi padre. El muchacho volvió con malas nuevas. La callejuela que conducía á la tenería se hallaba invadida por el populacho amotinado. Hasta el estólido y paciente pueblo de Norton Bury había llegado al extremo del sufrimiento, y había seguido el ejemplo de otros. En la ciudad había un motín de subsistencias, y sólo Dios sabe lo terrible que es esta clase de motines ; cuando el pueblo llega al colmo de la desesperación y se lanza á pelear por el pan para sí y para sus familias.

Jaime nos dijo que la fuerza del motín se dirigía contra el molino y contra la tenería.

—¿ Y donde está mi padre ?—le pregunté.

El muchacho no lo sabía, ni parecía preocuparse mucho de ello.

—Isabel, es preciso que alguien vaya á saber de mi padre.

—Yo iré—dijo ella, que ya se había puesto el pañuelo y la cofia.

Por supuesto, apesar de la oposición de aquella, yo fuí también.

En la tenería todo estaba tranquilo ; los amotinados se habían dividido, yendo una parte de ellos al molino y el resto al otro que estaba situado más abajo. Pregunté á una

pobre trabajadora, que estaba muy asustada, si sabía donde estaba mi padre.

—Creo que ha ido á buscar á los “militares”—me contestó; el señor Jalifax está en el molino y creo que hasta ahora nada le ha sucedido.

Hasta en aquel momento de alarma, sentí una especie de placer. Hacía cerca de tres años que no visitaba la tenería, y no sabía que Juan era llamado ya “el señor Jalifax.”

No podía hacer otra cosa que esperar á que mi padre volviese. No lo creía tan insensato que hubiese ido al molino . . . pero Juan se hallaba allí, y mi ansiedad no era menor. Isabel estaba sentada bajo el cobertizo. Yo me fuí al extremo del patio y miré en dirección al molino. ¡Qué media hora fué aquella para mí!

Me senté en un montón de corteza y por fin oí detrás de mí unos pasos firmes de alguien que se acercaba.

—¡Félix!

—¡Juan!

¡Qué estrechón de manos nos dimos, y con qué gusto volví á ver aquella cara!

Pasado el primer momento de efusión me preguntó con viveza:

—¿Dónde está su padre de Vd.?

—¡Eso es lo que yo deseo saber! Dicen que ha ido á buscar auxilio de tropas.

—No lo creo; él no es capaz de hacer eso. Es preciso que yo vaya á saber donde está. ¡Adiós!

—¡Espera, Juan!

—No puedo; su padre puede estar en peligro, y yo debo irme.—Y se marchó.

Aunque mi corazón lo sentía, mi conciencia lo aprobaba. Aquellos sentimientos eran demasiado nobles para no admirarlos.

Al poco rato lo ví volver acompañado de mi padre. Hablaba con calor, y mi padre no parecía ceder á sus argumentos.

—Félix—me dijo Juan con ansiedad—ayúdeme Vd. á convencer á su padre para salvar su propiedad. No quiere pedir el auxilio de la ley porque dice que siendo un cuáquero sería inútil.

—Indudablemente—dijo mi padre con una sonrisa de amargura.

—Pero debe encomendar á sus propios hombres la salvación del molino, y no presentarse él allí, como desea.

—Y lo haré—dijo Abel Fletcher, plantándose resueltamente y echando á andar. Yo lo cogí por un brazo y le dije :

—¡ No vaya Vd., padre !

—Félix—me contestó con una mirada de hierro, como yo las llamaba—no admito oposición, y es inútil tratar de impedírmelo. Si esa gente hubieran esperado dos días más, yo hubiera vendido todo mi trigo á un precio razonable, pero ahora no tendrán ninguno y así aprenderán para otra vez. Véte tú á casa, hijo mío, y tú también, Isabel.

Ni ella ni yo lo hicimos. Juan me sujetó mientras yo iba siguiendo á mi padre, y me dijo :

—Es inútil tratar de convencerlo, Félix ; pidamos á Dios que no le suceda ninguna desgracia, y váyase Vd. á casa.

No había que pensar en eso. Afortunadamente no había tiempo para discutir. Juan siguió á mi padre, y yo seguí á ambos. En cuanto á Isabel, había desaparecido.

Había un camino privado que conducía de la tenería al molino, y por él caminamos en silencio. Cuando llegamos cerca del molino encontramos aquello desierto ; pero más abajo oímos ruido de voces y vimos varios hombres que estaban derribando la cerca del jardín.

—Apresurémonos Félix—dijo Juan.

Cruzamos el pequeño puente, Juan sacó una llave de su bolsillo y nos hizo entrar por una estrecha puerta. Permanecimos un rato en una reducida estancia por debajo de la cual pasaba el arroyo y que era la más segura porque no tenía ventanas.

Por último seguimos á mi padre que se dirigió al piso superior donde tenía almacenado el trigo. Allí había muchos sacos, suficientes para representar una gran fortuna en aquellos tiempos, pero fortuna maldita, tormento de séres humanos.

—¡ Oh ! ¡ cómo puede mi padre . . !

—¡ Calle Vd. !—me contestó por lo bajo Juan—¡ tal vez lo hace pensando en el porvenir de su hijo !

En aquel momento oímos golpes en la puerta de abajo. Los amotinados estaban allí.

—¡ Miserables !—dijo mi padre.

Era un puñado de hombres hambrientos y extenuados. Un tiro de pistola hubiera bastado para ponerlos en dispersión, pero mi padre no quería emplear la fuerza. Los gritos que llegaban á nuestros oídos eran á la vez formidables y lastimosos.

—¡ Échanos esos sacos, Abel Fletcher ! ¡ No tenemos pan !

—¡ Abel Fletcher va á echaros los sacos, canallas !—dijo mi padre asomándose á la ventana, y siendo saludado por una gritería, medio de imprecaciones y medio de triunfo.

—Eso me parece muy bien, señor Fletcher—dijo Juan con vehemencia.—Muchas gracias ; ya sabía yo que Vd. al fin accedería . . .

—¿ De veras muchacho ?—añadió mi padre, deteniéndose.

—No porque sea Vd. obligado á ello, ni por salvar su vida ; sino porque eso es lo razonable.

—Ayúdame á cargar este saco—fué su respuesta.

Pesaba mucho ; pero no para el fuerte y nervudo brazo de Juan que lo levantó con facilidad.

—Ahora, abre la ventana y arrójalo por ella.

—¡ Pero si hago eso caerá en el río, y Vd. no puede querer semejante cosa !

—¡ Haz lo que te digo, Juan !

Juan permaneció inmóvil.

—Lo haré yo entonces—y con el desesperado esfuerzo que hizo, el saco cayó sobre su pie adolorido. Frenético con el dolor, pues de otro modo no creo á mi padre capaz de hacer aquello, las fuerzas parecieron multiplicársele, y cogiendo el saco lo colocó sobre el borde de la ventana, y un momento después oímos el ruido que hacía al caer en el río. De entre los amotinados se levantó un aullido de furia y desesperación. Algunos se arrojaron al agua, pero era demasiado tarde. Al llegar el saco al fondo del río, chocó sin duda con algún cuerpo cortante, y vimos al poco rato en la superficie del Avon y bajando por su corriente miles de granos del precioso alimento. Los hombres que se habían arrojado á nado cogían puñados aquí y allá ; pero pronto desapareció todo y sólo quedaron algunos granos en el saco que salió luego á la orilla, y sobre ellos pelearon aquellos desgraciados como demonios.

Juan y yo no podíamos mirar aquel espectáculo.

Abel Fletcher se sentó sobre los sacos restantes, en un estado de abatimiento que yo creo no era sólo producido por el dolor físico. Pasado el paroxismo de la ira, él, hombre recto, no podía menos de sentirse mortificado por lo que había hecho, y hasta sentir remordimientos.

Juan le miró por un momento y volvió la cabeza á otro lado. Escuchó en silencio por un minuto la gritería de afuera, y dirigiéndose á mi padre, le dijo :

—Señor, no hay que perder un momento ; venga Vd. conmigo, es seguro que van á prender fuego al molino.

—Déjales que lo hagan.

—Sí ; ¡ pero Félix está aquí !

Mi pobre padre se levantó en el acto.

Le condujimos abajo, pues no podía apenas andar por efecto de los dolores en la pierna. Su rostro estaba pálido por el sufrimiento, pero ni hizo la menor oposición ni pronunció la menor queja. En un momento nos encontramos en el camino reservado que conducía á la tenería, y al lado opuesto del lugar que ocupaban los amotinados.

—Apóyese Vd. en mi brazo—dijo Juan á mi padre,—tenemos que apresurarnos.

—¿ Vamos á casa ?—preguntó aquél.

—No, señor ; allí no estaría Vd. seguro, á menos que consiguiera Vd. tropa que le protegiese.

Abel Fletcher hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Serán Vds. mis huéspedes por esta vez—añadió Juan. En mi cuarto estarán Vds. seguros. Ayúdeme Vd. Félix, por su padre, y por Vd. mismo.

Mi pobre abatido padre se apoyó fuertemente en el brazo de Juan y en el mío, cosa que hacía por primera vez en su vida, y se dejó conducir á donde nosotros quisimos. Al cabo de tan largo período de tiempo me encontré otra vez en la pequeña guardilla de Sara Watkins donde vivía Juan desde que yo lo llevé allí.

Sara no se enteró de nuestra llegada, porque había salido á ver los amotinados. El único que nos vió fué Jaime, con cuya fidelidad podíamos contar según comprendí por la sonrisa con que se quitó la gorra y saludó al “ señor de Jalifax.”

—Ahora—dijo Juan arreglando la cama para que mi padre se pudiera acostar en ella, y cubriéndome después con

su abrigo,—es preciso que Vds. se queden aquí quietos. Tal vez tengan Vds. que pasar aquí la noche. Jaime les traerá una luz y la cena.

Mi padre accedía á todo con la mayor tranquilidad.

—Adiós ; yo no puedo quedarme aquí.

—¿ Adónde vas ?—le preguntó mi padre.

—Á procurar salvar la casa y la tendría, pues temo que el molino no pueda salvarse. Yo no corro ningún peligro, Félix—añadió al ver que yo le sujetaba,—todo el mundo me conoce. Además, yo soy joven ; cuide Vd. de su padre. Volveré en tiempo oportuno.

Me estrechó la mano y oí sus pasos descendiendo la escalera.

La tarde se pasó tranquila. Mi padre, aquejado por los dolores, dormitaba en la cama. Yo me senté cerca de la ventana, y casi me olvidé de los acontecimientos. Al anochecer me puse á examinar el cuarto de Juan. Estaba muy cambiado. Una porción de chucherías lo habían convertido en un bonito aposento. En las esquinas había anaqueles llenos de libros, particularmente científicos. Junto á la ventana había un telescopio, y por todas partes se veían herramientas de maquinaria, habiendo hasta un pequeño telar con un pedazo de lienzo no mal tejido.

Yo estaba examinando todas estas cosas, sin reparar en que mi padre se había despertado y las observaba también.

—El muchacho es trabajador—dijo—y tiene una clara inteligencia.

Llegó la noche, menos tranquila que de costumbre en Norton Bury, pues cuando me aventuré á abrir la ventana, oí inusitados y siniestros ruidos en la ciudad. Pero Juan era prudente al mismo tiempo que valiente, y además, “ todo el mundo lo conocía,” según él dijo. Con seguridad no corría ningún peligro.

Á la hora de cenar se presentó fielmente Jaime ; pero no nos pudo traer ninguna nueva, pues obedeciendo á los deseos del “señor Jalifax,” había permanecido todo el tiempo de centinela en la escalera, según me dijo. Mi padre no le hizo pregunta alguna, ni siquiera acerca del molino. Jaime estaba muy locuaz. Me habló de mil diferentes cosas, elogiándome, sobre todo, “la terrible sabiduría del señor Jalifax” que lo estaba enseñando á leer y á su pequeño hermano Carlos, y que era muy bondadoso con su madre.

—Manda ese muchacho afuera—dijo al fin mi padre volviéndose hacia la pared.

Yo obedecí, pero no sin preguntar antes á Jaime cuando creía que volvería el “señor Jalifax.”

—Él me dijo que tal vez no vendría hasta por la mañana—me contestó.—Pensaba permanecer levantado toda la noche, ya en la casa ó ya en la tenería por miedo á “un tizón.”

Esta palabra hizo á mi padre incorporarse, pues en aquellas circunstancias, todos sabíamos lo que significaba.

—¡ Mi casa ! ¡ mi tenería ! . . ¡ es preciso que yo me levante ! ¡ Ayúdame ! ¡ Juan debería haber vuelto ya ! ¡ Todavía tengo una veintena de hombres disponibles !

Y trató de vestirse, pero volvió á caer en la cama, dominado por los dolores.

—Félix—me dijo—tu viejo padre está ya tan inútil como tú.

Toda la prima noche la pasamos en observación. Dormitábamos á ratos, y prestábamos el oído atento al más pequeño ruido que se sentía. De cuando en cuando oía yo á mi padre pronunciar palabras acerca de “si el muchacho estaría en salvo.”

Y así se pasó la prima noche.



CAPÍTULO VII.



ERÍAN más de las doce, y no estaba seguro de ello porque había perdido la cuenta de las horas que había dado el reloj de la Abadía, y nuestra luz se había apagado, cuando noté por la respiración de mi padre que se había quedado dormido. Me alegré de ello,

no sólo por su bien, sino por otra razón. Yo no podía dormir. Mi débil cuerpo y mi tímido espíritu se habían fortalecido y activado, y me encontraba capaz de cualquier cosa. Por aquella noche, al menos, me sentía un hombre. Mi padre tenía el sueño pesado, y yo sabía que no se despertaría hasta el amanecer, por consiguiente yo no tenía nada que hacer allí. Bajé las escaleras y me dirigí á la cocina. Todo estaba en silencio, y sólo el fiel Jaime dormitaba junto al fuego. Le toqué en el hombro y despertándose sobresaltado se agarró á mi cuello y casi me derribó.

—Perdone Vd., señor Félix—me dijo, casi llorando.—¿He lastimado á Vd.? Yo creía que era alguno de los de la partida que el señor Jalifax ha ido á encontrar.

—¿Dónde está el señor Jalifax?

—No lo sé; me dijo que no me moviera de aquí para cuidar de Vds., y así lo he hecho.—Y volvió á sentarse al lado del fuego. Era evidente que nada le haría moverse de allí, y por lo tanto, el sueño de mi padre estaba tan bien guardado como si tuviera á su lado el perro mastín de la

tenería que era fiero como un león y dócil como un cordero. Mi última vacilación desapareció.

—Jaime, préstame tu capote y tu sombrero. Voy á la ciudad.

Jaime se quedó tan atónito que permaneció con la boca abierta mientras le despojé de aquellas prendas y abrí la puerta de la calle. Al fin se le ocurrió que debía interceptarme el paso.

—Pero, señor . . . el señor Jalifax me dijo . . .

—Yo voy á buscarlo—le contesté; y salí. Él se paró en la puerta, y mirándome con expresión de desconsuelo, me dijo :

—Señor, yo supongo que Vd. sabrá lo que hace. En cuanto á mí, el señor Jalifax me dijo que permaneciese aquí, y aquí me quedo.

Le oí dar vuelta á la llave con la resolución de quien se hallaba dispuesto á esperar allí á Juan hasta el día del juicio.

Yo me escurrí por el callejón y salí á la calle. Todo estaba en silencio. Sólo ví debajo de uno de los tres faroles que en las noches oscuras alumbraban á Norton Bury, unos pedazos de mechas embreadas, lo que me hizo comprender que los amotinados habían recurrido al incendio. ¿Serían ciertos mis temores respecto á nuestra casa? Continué mi camino, pareciéndome oír ruido de voces, aunque nadie había en la calle, á excepción del guarda de la Abadía en su garita. Me acerqué y le pregunté si había visto á los amotinados.

—¿Qué amotinados?

—Los del molino de Abel Fletcher; puede que estén ahora en su casa . . .

—¡ Ah! sí; creo que están allí.

—¿Y no hay quien le ayude; no hay agentes de policía . . . no hay ley?

—¡ Oh ! es un cuáquero ; la ley no ayuda á los cuáqueros.

¡ Y era la verdad, la triste verdad, en aquellos tiempos ! Libertad y justicia, eran palabras vanas cuando se trataba de los cuáqueros, y todo lo que ellos conocían de la gloriosa constitución de Inglaterra era su brazo de hierro cuando se volvía contra ellos. Yo había olvidado esto, que con amargura recordé entonces, y no perdiendo más tiempo continué mi camino hasta que á lo lejos divisé una luz que no era otra cosa que una mecha incendiaria, y pronto me encontré entre los amotinados.

Era un puñado de ellos, no pasarían de cuarenta, sin duda el resto de la partida que atacó al molino, unidos á unos cuantos jornaleros de las inmediaciones, pero estaban furiosos ; sin embargo, no habían atacado aún la casa de mi padre.

Oí voces que decían : “ ¡ el viejo no está aquí ! ” Afortunadamente nadie sabía donde estaba.

—¿ Estamos todos ?—gritó uno levantando la antorcha y mirando alrededor de sí. No fué malo que yo me hallase disfrazado con las ropas de Jaime, aunque nadie se fijó en mí, á excepción de uno que estaba detrás de un árbol, y del cual tuve miedo pues al parecer, era un espía.

—¿ Estamos listos, muchachos ? ¡ Fuego á la casa !

Pero en aquel momento, la mecha, la única que ardía, fué derribada al suelo y pisoteada. Se oyó una salva de juramentos, aunque parecía que nadie sabía quién había hecho aquello, pero yo eché de menos al hombre que estaba detrás del árbol, y no lo ví hasta que la multitud irritada se dirigió al farol más próximo. Uno de ellos se había quedado atrás, arrimado á la verja de la casa, y mirando antes si alguien podría verlo se precipitó hacia la puerta. Á pesar de la obscuridad, me pareció reconocerlo.

—¿ Juan ?

—¡ Félix !—y de un salto se puso á mi lado.—¿ Cómo ha podido Vd. . . . ?

—Yo puedo hacerlo todo esta noche, . . . ¿ pero, no te ha sucedido nada ?

—No, Félix—me contestó, abrazándome—pero no tenemos tiempo que perder ; entremos en la casa.

—¿ Quien está en ella ?

—Isabel, que vale más que veinte soldados, y que ya ha rechazado una vez esta noche á la turba, pero no tardarán en volver.

—¿ Y el molino ?

—En salvo hasta ahora. Desde ayer por la mañana tengo allí tres hombres de la tenería. Yo he estado toda la noche yendo de aquí para allá observando si los amotinados volvían de los molinos del Severn, . . . pero, ¡ calle Vd. ! ¡ Ahí vienen ! . . .

Yo llamé á Isabel ; Félix tocó ligeramente en la ventana, y á los pocos segundos oí que aquella corría el cerrojo, y abriendo la puerta nos hacía entrar, cerrándola después y asegurándola fuertemente, y colocándose detrás, de centinela, con algo en sus manos que me pareció eran las pistolas de mi padre.

—¡ Bravo, Isabel !—dijo Juan cuando nos vimos los tres en la sitiada casa y oímos los gritos amenazadores de afuera. Ella lo miró agradecida, y lo seguía por todas partes.

—He hecho todo lo que Vd. me ha dicho, Juan Jalifax, y creo que estamos seguros.

—¡ Seguros ! ¡ Las cerraduras y los cerrojos poco podían contra el fuego, y éste era el que entonces nos amenazaba !

—No es posible que ellos hagan eso—dijo Juan al oír los gritos de “ ¡ fuego á la casa ! ” que iban en aumento.

Pero indudablemente se hallaban dispuestos á hacerlo, pues desde la ventana de la guardilla los veíamos prender las mechas y de cuando en cuando lanzar una contra la casa, que hasta entonces no habían producido más resultado que alumbrar las caras famélicas de aquella turba furiosa y andrajosa.

Juan dijo de pronto :

—Yo voy á hablarles ; abra Vd. la ventana, Isabel—y antes de que yo pudiera impedírselo, se había asomado.

—¡ Ola, señores !

Al oír su alta é imperativa voz, todas las cabezas se volvieron hacia donde él estaba.

—¿ Saben Vds. lo que van á hacer ? Quemar la casa de un ciudadano es abrirse el camino que conduce al patíbulo.

Siguió un momento de silencio y después una gritería de burlas.

—¡ No la de un cuáquero !—gritaron.—¡ Nadie va al patíbulo por quemar la casa de un cuáquero !

—¡ Esa es la verdad !—murmuró entre dientes Isabel— ¡ tenemos que luchar hasta exterminar á nuestros enemigos !

—¡ Luchar !—repitió Juan cerrando la ventana contra la que se estrellaban las mechas encendidas—¿ y con qué armas ?

Al cabo de un rato me dijo, tocándome en el hombro :

—Se me ocurre una idea que no es nueva, pero que puede darnos resultado. Consiga mi objeto, ó no, Vd. será, testigo ante su padre de que lo hice con el mejor deseo y creyéndolo razonable.

Con verdadero horror de mi parte, lo ví abrir de par en par la ventana y asomarse :

—Señores, quiero á hablar á Vds.—gritó.

Fué lo mismo que si hubiera hablado á las estrellas.

Por toda contestación recibió un diluvio de proyectiles que afortunadamente no lo alcanzaron. Los amotinados se hallaban algo lejos porque los separaba la alta verja de hierro que hasta entonces ninguno se había aventurado á saltar, pero al fin una piedra vino á estrellarse en el pecho de Juan. Lo metí para adentro y me dijo que no estaba herido. Horrorizado, le supliqué que no expusiera su vida.

—La vida no es lo primero en que debe uno pensar—me contestó.—No tenga Vd. miedo ; no corro peligro, y debo hacer lo que creo es mi deber.

Los aullidos de la parte exterior apenas me dejaban oírle. Gritaban cada vez con más fuerza :

—¡ Fuego á la casa ! ¡ Fuego al cuáquero !

—No perdamos tiempo—dijo Juan.—Isabel, ¿ es eso una pistola ?

—Sí, y cargada—contestó ella alargándosela con no disimulado placer.

Juan bajó precipitadamente las escaleras, y antes de que yo me apercibiese de su propósito, estaba en la parte exterior enfrente de los amotinados. No había medio de hacerlo retroceder, y lo seguí, colocándome detrás de un pilar. Yo creo que no me vió, aunque estaba inmediatamente detrás de él.

Fué tan repentina su acción que ni los amotinados parecieron apercibirse de ella, ó comprenderla, hasta que una mecha encendida lo iluminó parado en la puerta y haciendo frente á la multitud. Por el pronto se quedaron como amedrentados y paralizados, pero pronto se renovó la tormenta, y una confusión de voces gritó :

—“ ¡ No es á tí ! ” “ ¡ Es á uno de los cuáqueros ! ”
 “ ¡ Quemémosle también ! ” “ ¡ Nó ; no hay que tocarle ! ”
 —gritó una voz.

Era indudable que surgía entre ellos la división. Un

hombre alto, que se había hecho notable entre ellos, parecía tratar de calmar el tumulto.

Juan permanecía firme. Una mecha encendida cayó á sus pies ; la recogió y yo creí que la iba á devolver, pero en vez de eso la puso en el suelo y la pisó hasta apagarla. Este simple hecho causó un admirable efecto en aquella gente. El hombre alto avanzó hasta la puerta de la verja y llamó á Juan por su nombre.

—¿ Eres tú, Jacobo Baines ?—le dijo Juan—mucho siento verte aquí.

—Yo soy, señor.

—¿ Qué es lo que quieres ?

—Nada con Vd. ; necesitamos á Abel Fletcher. ¿ Dónde está ?

—Eso es lo que yo me guardaré muy bien de decir á Vds.

Cuando Juan dijo esto, se levantó de nuevo el tumulto que otra vez Jacobo Baines tuvo poder para apaciguar. Juan Jalifax no se alteraba. Evidentemente era muy conocido entre aquella gente, pues oí frases como estas : “ No hay que hacer daño al muchacho ” ; “ Es un completo caballero ” ; “ Vino aquí tan pobre como nosotros ” ; y otras por el estilo. Por último, una voz aguda se dejó oír entre las demás :

—Oíga Vd., joven, ¿ no ha sabido Vd. nunca lo que es tener hambre ?

—Más de una vez—contestó Juan.

Esta breve é inesperada respuesta dejó silenciosa á la multitud. La misma voz gritó :

—¡ Hable Vd. ; queremos oírle ; Vd. es uno de los nuestros !

—No ; yo no soy de los de Vds. ; me daría vergüenza venir de noche á incendiar la casa de mi amo.

Yo esperaba otro alboroto, pero no sobrevino. Escu-

chaban, como subyugados, á aquella clara y entera voz que no revelaba la menor sombra de miedo.

—¿Qué es lo que Vds. quieren?—prosiguió.—¿Todo este alboroto es porque el señor Fletcher no ha querido vender ó regalar á Vds. su trigo? Y aunque así fuese, ¿no es suyo? ¿No puede todo hombre hacer con lo suyo lo que le plazca?

El argumento parecía surtir efecto. En los motines existe siempre un secreto principio de ruda justicia, sobre todo, en los motines ingleses.

—Deben Vds. haberse convencido ya de lo tonto que son. Han tratado Vds. de intimidar á Abel Fletcher, y conociéndole, como le conoce una gran parte de Vds., que han trabajado con él, deben saber que no es hombre que se deja intimidar.

Estas palabras no fueron acogidas con mucho agrado, pero Juan continuó, como sin apercibirse de ello:

—Ni yo tampoco me dejo intimidar. Tengan Vds. entendido que el primero que intente entrar en la casa del señor Fletcher caerá muerto á mis pies; pero yo preferiré no tener que matar á ninguno de Vds., infelices compañeros; yo sé lo que es tener hambre y compadezco á Vds. desde el fondo de mi corazón.

No era posible dudar del sincero acento con que Juan pronunció aquellas palabras, y del murmullo que se siguió.

—¿Pero qué hemos de hacer, señor Jalifax?—gritó Jacobo Baines. La mayor parte de nosotros está pereciendo de hambre; ¿qué adelantamos con estar aquí hablando con Vd.?

Juan Jalifax descendió las escaleras y se acercó á la puerta de la verja.

—Suponiendo que yo dé á Vds. ahora algo de comer, ¿me querrán oír después?

Un frenético grito de asentimiento se dejó oír. ¡Desventurados! No luchaban por principio alguno, falso ó verdadero, sino simplemente por la vida, y hubieran dado su alma al diablo por un pedazo de pan.

—Pero es preciso que me prometan Vds. ser pacíficos—añadió Juan con energía, luego que logró dejarse oír otra vez.—Conozco á todos Vds. y pudiera hacerlos ahorcar, por más que Abel Fletcher sea un cuáquero. No olviden Vds. esto, y vean lo que hacen.

Juan llamó á Isabel y le ordenó traer cuanto alimento de toda clase hubiese en la casa, y alcanzárselo por la ventana de la sala. Ella obedeció, (aun me maravillo de pensarlo) y sólo la oí dar un profundo suspiro cuando volvió con las provisiones.

—¡Ahora, muchachos, adelante!—dijo Juan abriendo la puerta de la verja. Á pesar de tanto ruido como habían hecho, no serían más de unos cuarenta ó cincuenta los que ví subir atropelladamente las escaleras, pero eran cuarenta ó cincuenta hambrientos, desesperados, que Dios me libre de volver á ver!

Juan les distribuyó el alimento lo mejor que pudo, y se arrojaron sobre él como fieras. Carne, guisada ó cruda hogazas de pan, legumbres, harina, todo venía junto, y era arrebatado y devorado con el feroz egoísmo del hambriento. Después pidieron que beber.

—Traiga Vd. agua, Isabel—dijo Juan.

—¡Cerveza!—gritaron algunos.

—¡Agua!—repitió Juan. Nada más que agua. No quiero yo amotinados borrachos en la casa de mi amo;—y por casualidad ó intencionalmente dejó oír el ruido del gatillo de la pistola. Pero no era necesario. Se hallaban dominados por un arma más poderosa, y ésta era el indomable espíritu de Juan. Por último se consumió todo cuanto había

en la casa ; Juan se lo manifestó así, y ellos lo creyeron. Poco en verdad, fué suficiente para algunos de ellos. Debilitados por una larga necesidad, caían desmayados con el pedazo de pan en la boca, incapaces de tragarlo ; otros, hartos hasta no poder más, yacían tendidos en las escaleras. Sólo unos cuantos comieron como seres racionales, y sólo uno me preguntó si podría llevarse á su casa un pedazo de pan.

Juan al oírle, se volvió y me vió por primera vez.

—Juan—le dije—mucho he temido por tí, pero veo que el peligro ha desaparecido ya.

—Bueno,—dijo, dirigiéndose á la gente—¿ han comido Vds. bastante ?

—Sí—contestaron,—y uno de ellos añadió :

—¡ Gracias á Dios !

—Es verdad, Jacobo—agregó Juan—y á Él deben Vds. agradecer también no haber amanecido hoy en camino del cadalso, por incendiarios, y vuestros hijos en el de la miseria.

—Y ahora que hemos comido nosotros, señor Jalifax,—dijo Jacobo Baines—y estamos agradecidos á Vd. por ello, ¿ qué será de nuestros hijos en casa ? Es preciso que de cualquier modo les llevemos algo que comer.

—Me ocuparé de eso—contestó Juan ; y llamándome aparte, me pidió mi consentimiento, como hijo de Abel Fletcher, para realizar un plan que se le había ocurrido, y que consistía, en dar á cada uno de aquellos hombres un “ vale,” á la presentación del cual en el molino se le entregaria cierta cantidad de harina.

—¿ Crée Vd. que su padre lo aprobará ?

—Yo así lo creo,—le contesté.

—Y yo estoy seguro de ello—añadió Juan ;—además de que por dejar de dar algo pudiera perderlo todo, si bien en

manera alguna creo que lo hiciera por miedo, pues lo conozco. Isabel, deme Vd. papel para escribir.

Se sentó con la tranquilidad con que pudiera haberlo hecho sólo en su escritorio, y extendió los vales. Yo lo miraba sorprendido, y adivinando desde luego en él un hombre superior. Cuando concluyó me dijo :

—Firme Vd., Félix.

—¿ Y por qué no tú ?

—Porque no tengo derecho para ello, y porque su padre pudiera ver en ello una presunción de mi parte.

—¿ Presunción, después de lo que has hecho esta noche ?

—Eso no vale nada ; tome Vd. la pluma y firme, que á Vd. le corresponde hacerlo.

Obedecí.

Concluida la distribución de los vales se dirigió á la gente y les dijo :

—¿ Y ahora qué dicen Vds. ? Cualquiera otro caballero de Norton Bury á quien hubieran Vds. ido á quemar la casa, les hubiera echado encima la policía ó la tropa, habría matado á la mitad de Vds. como perros rabiosos, y el resto hubiera ido á presidio. Nosotros, en pago de su delito los dejamos volver tranquilamente á sus casas después de haber comido, y con alimento para sus hijos. ¿ Qué dicen Vds. de ésto ?

—Yo no sé—contestó humildemente Jacobo Baines.

—Pues yo se lo diré á Vds. Eso es porque Abel Fletcher es un cuáquero y un cristiano.

—¡ Viva Abel Fletcher ! ¡ Vivan los cuáqueros ! gritaron todos tomando la dirección de Norton Bury en cuyas calles es seguro que nunca se habían oído hasta entonces semejantes gritos.

Y de este modo terminó el motín.

Juan Jalifax cerró la puerta y entró en la sala. La pobre

Isabel, llorando, le acercó una silla en la que aquél se sentó sin pronunciar una palabra. Yo le puse sobre el hombro mi mano, que él oprimió fuertemente diciéndome :

—Al fin, Félix, todo se ha acabado felizmente.

—Sí, gracias á Dios—le contesté.

Se cubrió los ojos con la mano durante uno ó dos minutos, al cabo de los cuales era otra vez el mismo.

—Ahora, vamos á buscar á su padre y traerlo á casa.

Lo encontramos todavía dormido en la cama de Juan, pero cuando entramos se despertó. El sol saliente alumbró su rostro que parecía diez años más viejo que en el día anterior. Fijó una mirada irritada en Juan y le preguntó :

—¡ Ola ! joven, ¿ dónde está mi hijo ? ¿ dónde está mi Félix ?

Yo me arrojé á su cuello, y él maquinalmente, me acarició la cabeza como si fuera la de un niño.

—¿ Te ha sucedido algo—me preguntó—ó á alguien de los demás ?

—No señor—contestó Juan—ni á la casa ni á la tenería. Él nos miró asombrado.

—¿ Cómo ha sido eso ?—preguntó.

—Félix le contará á Vd. ; ó mejor será que espere Vd. hasta que estemos en casa.

Pero mi padre insistió en que lo quería saber desde luego, y yo se lo conté todo sin ningún comentario acerca del comportamiento de Juan, porque á éste no le hubiera agradado, y además, porque los hechos hablaban por sí solos. Le dije simplemente lo ocurrido y nada más.

Abel Fletcher me escuchó en silencio, y ni cuando le dije lo de la harina que en su nombre habíamos ofrecido, pronunció una palabra ni movió un músculo.

Por último Juan le preguntó si estaba satisfecho.

—Completamente satisfecho—contestó.

Y se quedó inmóvil y pensativo por tan largo rato, que tanto Juan como yo empezamos á alarmarnos.

Juan le dijo con dulzura :

—¿Cómo se siente Vd.? ¿Quiere Vd. que le ayude para ir á su casa?

Mi padre levantó la cabeza y extendió el brazo, diciendo:

—Has sido un buen muchacho, y te estoy muy agradecido.

Juan no contestó, pero todas las palabras imaginables no hubieran podido expresar lo que aquel elocuente silencio.

Le condujimos á casa con el mayor cuidado. Era precisamente una mañana temprano como aquella en que, dos años antes, llegamos rendidos y temblando ante aquella cerrada puerta. Los dos lo recordamos perfectamente, y no sé si mi padre también. Entró apoyado en el brazo de Juan, y se sentó en el mismo cuarto y en el mismo sillón, donde tan severamente nos había juzgado.

Juan se sentó á nuestro lado por indicación de mi padre, y yo dí las gracias á éste por la vuelta de aquél á casa.

—No tienes por qué darme gracias ;—dijo con un poco de su antigua dureza. Lo que hice entonces fué sólo justicia, ó al menos así lo creí yo ; y lo que hago ahora es pura justicia también.

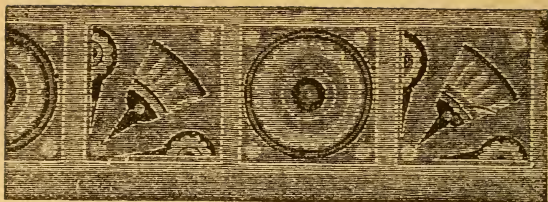
—¿Qué edad tienes, Juan?

—Veinte años.

—Dentro de un año estarás en disposición de manejar-telas por tí solo, y te haré mi socio. Pero acuérdate de que en cierto modo vas á ocupar el lugar de mi hijo. ¡ Que Dios te trate como tú trates á mi Félix, mi único hijo !

—Así lo deseo, señor—fué la solemne contestación de Juan.

Y Dios sabe muy bien cómo Juan Jalifax cumplió aquel voto.



CAPÍTULO VIII.



UY bien, Félix ! dar una vuelta entera alrededor del jardín, sin descansar una vez siquiera, es una buena señal en una persona que ha estado un mes enferma. Sin embargo, yo creo que debe Vd. calmar un poco su energía, y estarse quieto.

No me opuse, porque realmente me sentía muy débil, pero la enfermedad no me había abatido esta vez como otras, tanto física como moralmente. La compañía de Juan parecía como que daba fuerzas á mi cuerpo y á mi espíritu, y su constante alegría y buen humor eran para mí salud y vida. Cuando me repuse, precisamente al mes de los acontecimientos del motín, pensé que si Juan estuviera siempre á mi lado, nunca volvería á estar enfermo, y así se lo dije riéndome.

—Acepto el trato—me contestó,—y ahora, siéntese Vd. y óigame leer este periódico y refresque su imaginación con lo que pasa en el mundo.

—¡ Qué bien lees, y que bien escribes, Juan !

—¿ De veras ? pues eso es una gloria para alguien que yo sé. ¿ Se acuerda Vd. de la primera lección en lo alto del Mythe !

—¿ Qué habrá sido de aquellos dos caballeros ?

—¿ No ha vuelto Vd. á saber de ellos ? El joven Brithwood se casó hace un mes con una señorita de fuera de aquí.

—¿Y el señor March?

—No he sabido más de él.

Continuó leyendo el periódico, y recuerdo que leía noticias de Londres.

—Debe ser una hermosa población—dije yo.

—Indudablemente; me gustaría mucho verla. Su padre de Vd. me ha dicho que tal vez me envíe allá este invierno, para negocios. ¿No sería eso magnífico, sobre todo, si Vd. me acompañara?

Yo moví la cabeza. No sentía el menor deseo de salir de mi tranquila casa, y me parecía que todo cambio sería para empeorar.

—Sin embargo, Vd. debe cambiar de aires. El doctor Jessop insiste en ello. He estado pensando toda la semana pasada, y al fin creo haber encontrado un punto cerca de aquí, á donde podría Vd. ir. ¿Quiere Vd. que le diga cuales?

Yo asentí por complacerlo. Era una quinta llamada Las Rosas, en la falda de la montaña Enderley, y llamada así porque toda estaba rodeada de rosales.

—¿Dónde está Enderley?

—¿No ha oído Vd. hablar de la meseta Enderley, la más alta de Inglaterra? Allí se respiran los aires más puros que he disfrutado en mi vida; y el pueblo se halla situado al pie de la meseta.

—¿Hay allí un pueblo?

—Una docena de quintas á la puerta de cada cual se agrupaban media docena de lindas cabecitas que se fijaban en mí al pasar. Pero, ¡qué tranquilidad! Yo prefiero siempre el campo á la ciudad.

—¿De veras?

—Y le contaré á Vd. un detalle. En la cocina de la Quinta Las Rosas ví una vez colgado un vestido de seda, de mujer, que no creo pertenecía á la señora Tod.

—Tendrá huéspedes.

—Creo que me dijo que tenía un señor viejo, pero no creo que él use vestido de seda.

—Puede usarlo su mujer. ¿Y en qué estás pensando ahora ?

—En nada ; ó mejor dicho, estaba pensando en que el ideal de la vida feliz reside para mí en el campo.

—¿ Piensas casarte algún día y tener una fiel esposa é hijos ?

—¡ Oh, ciertamente ! y así lo espero, Dios mediante.

Aunque parezca extraño, esta era la primera vez que nuestra conversación giraba sobre semejante asunto ; y él con sus veinte años y yo con veintidós, puedo asegurar que pensábamos en el amor con la misma delicadeza y timidez con que pudieran hacerlo dos inocentes muchachas de diez y seis.

Después del serio “Dios mediante” de Juan se siguió un buen rato de silencio, al cabo del cual dije yo :

—¿ Piensas casarte algún día ?

—Sí, señor ; tan pronto como pueda.

—¿ Has visto ya alguna mujer que te gustase para esposa ?

—No.

Lo creí. Un simple “no” de Juan equivalía á veinte afirmaciones.

Continuamos hablando de Enderley. Mi padre y Juan lo habían arreglado todo, y pronto comprendí que mi papel en el plan estaba reducido á dejarme conducir. Juan se iba á hacer cargo de mí, pues no había que pensar en que mi padre abandonase, ni siquiera por un día, su casa, su jardín ni su tenería. Los dos jóvenes íbamos á pasar un mes ó dos en la Quinta de la señora Tod. Juan vendría tres veces á la semana á Norton Bury á traer noticias mías y á llenar

sus deberes en la tenería. Una cosa me llenaba de complacencia y era que, para Abel Fletcher, reconociéralo ó no, Juan Jalifax era su mano derecha en todas sus negocios.

En un hermoso día de Agosto salimos para Enderley. Teníamos que recorrer unas ocho millas através de caminos montañosos. Arrellanados en nuestra silla de posta iba yo disfrutando del aire fresco y gozando al ver lo que Juan gozaba. En aquel día tenía Juan muy buena cara; no diré hermosa, porque nunca lo había sido; pero sí estaba adornada de esos rasgos representativos de un alma noble, y era lo que puede llamarse un libro abierto. Vestía siempre con extremada sencillez, por lo general, de colores oscuros y un poco al estilo de los cuáqueros, y recuerdo que me pareció notar en aquel día un especial cuidado en su atavío. Su bien ajustada casaca y larga chupa adornada de blanquísima chorrera y puños de encaje; su calzón corto, media de seda negra, y zapatos con grandes y brillantes hebillas de acero, constituían un traje que, por extraño que nos parezca ahora, lo considero el más adecuado y gracioso que un joven puede usar. No encuentro ahora ninguno cuya pintura se asemeje al recuerdo que conservo de la figura de Juan en aquel día.

Con la sensibilidad natural en la juventud, y especialmente en un muchacho que, como Juan, había luchado con tan opuestas circunstancias, notó mis miradas.

—¿Encuentra Vd. algo impropio en mí, Félix?—me dijo.—Sin duda está Vd. observando mi falta de costumbre de verme en este traje de días de fiesta.

—No tengo la más pequeña observación que hacer, ni á tí, ni á tu traje—le contesté sonriendo.

—Está muy bien; y conste que sólo en honor de Vd. y de Enderley he soltado hoy mi delantal de la tenería, y me he puesto el traje de caballero.

—Tú no puedes ponerte un traje con el cual has nacido, Juan.

Se rió, pero creo que no le disgustó. Habíamos llegado á la región más alta. Juan se apeó y ganó la cumbre mucho antes que la silla de posta. Yo le miraba allí parado, destacándose su figura en el espacio, con sus rizos flotando al aire bajo su ancho sombrero y con una apariencia llena de vida, de salud, de energía y de gozo. Cualquier padre se hubiera enorgullecido de semejante hijo, cualquiera hermana de semejante hermano, y cualquiera muchacha de semejante amante; y pensaba yo que tal vez no pasaría mucho tiempo sin que dejase de ser yo la única persona que estaba orgullosa de él.

Anduvimos un poco más, y llegamos á una posada conocida por “El Oso,” según un viejo letrado que un animal de esa especie ostentaba en el extremo de un palo, y que él y sus predecesores habrían ostentado probablemente por más de dos siglos.

—¿Es esto Enderley?—pregunté.

—No todavía, pero ya estamos cerca. Esta es la meseta de Enderley, á cuyo extremo llegaremos pronto y aparecerá bruscamente en el precioso valle. Míre Vd. hacia abajo y verá la Iglesia. Nos encontramos ahora al nivel del extremo de su torre.

Giramos un poco por la pendiente, y nos encontramos en frente de la Quinta “Las Rosas.”

Su nombre le cuadraba muy bien. Yo no había visto en mi vida semejante fertilidad de arbustos. Las rosas pendían en grupos de docenas, aglomeradas contra las ventanas de la sala y trepando por la pared hasta lo alto de la casa. Había también una mata de jazmín amarillo frente á una de las puertas, y una de madreselvas frente á la otra, la quinta tenía dos entradas separadas, pero la impre-

sión general, tanto á la vista como por el perfume, era de rosas.

—¿Cómo está Vd., señora Tod?—dijo Juan á una señora de agradable aspecto y de mediana edad, que se presentó en el umbral de la puerta de la derecha, vestida con un sencillo pero elegante traje de lana.

—Muy bien, señor; ¿y Vd.? Los muchachos no han olvidado á Vd., señor Jalifax.

—Mucho me alegro—dijo Juan, acariciando dos ó tres cabecitas de niños y suspendiendo en el aire al más pequeño.

—Haga Vd. el menor ruido que pueda—dijo la buena señora á nuestro cochero—pues el señor enfermo se encuentra mal hoy otra vez.

—Lo siento—dijo Juan—y si lo hubiéramos sabido no hubiéramos llegado en el coche hasta la puerta. ¿Dónde está su cuarto?

La señora Tod señaló á una ventana que correspondía no á la parte de la casa que nosotros íbamos á habitar, sino á la otra. En aquel momento, una mano estaba bajando la persiana de la ventana, mano que más bien parecía ser de una mujer que de un hombre. Cuando nos encontramos sentados en la sala, Juan me hizo notar esto, y agregó:

—Es sin duda su esposa. ¡Pobrecilla! ¡tener que estar encerrada, en una mañana como ésta!

—¿Y qué le parece á Vd. de Enderley?—me preguntó Juan cuando después de la comida nos hallábamos en la sala, yo recostado en un sofá, y él sentado junto á la ventana, apoyando su codo en el marco, y con la cara entre aquellos hermosos ramos de rosas.

—Que es muy bonito, y me encuentro aquí casi tan bien como en mi casa.

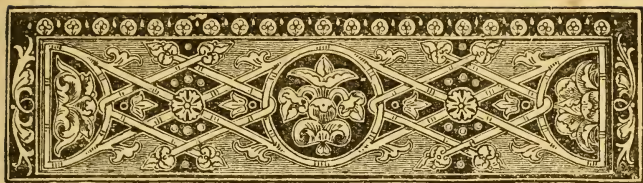
—Á mí me gusta mucho, y preveo que vamos á pasar una temporada feliz.

—¡ Oh, desde luego !

Aunque hubiera sentido otra cosa, no se lo hubiese dicho.

Así permanecemos hasta que fué de noche y nos retiramos á descansar.





CAPÍTULO IX.



ESTA señora Tod es una mujer extraordinaria —dijo Juan, apoyando los codos sobre la mesa de donde la extraordinaria mujer acababa de retirar el almuerzo, y mirándome con sus alegres ojos.

—¿Porqué, Juan ?

—Porque teniendo una porción de muchachos sabe hacerlos estar tranquilos y ella lo está también, cosa que no me explico en quien tiene que lidiar con muchachos.

—No seas hipócrita, Juan. No hace media hora que te he visto sugetando al mayor de ellos que se hallaba encaramado en un burro, y riéndote á más no poder.

—Es verdad—contestó casi avergonzado—pero es porque estaba tratando de evitar que hiciera ruido debajo de las ventanas. Y esto me hace recordar otra virtud de la señora Tod, y es, que sabe callar.

—¿Porqué lo dices ?

—Porque en dos días no nos ha dicho una palabra acerca de nuestros vecinos de la otra parte de la Quinta.

—¿Deseas saber algo ?

Juan dijo que no, riéndose, aunque confesando que siempre encontraba gusto en averiguar lo que concernía á los hombres y á las cosas.

—Supongo que en la presente ocasión la palabra cosas se refiere á la esposa—le contesté—y se me ocurre pensar qué

interés puedes tú tener en lo que concierne á ese viejo caballero, y á esa vieja señora.

—¡ Alto, Félix ! Vd. tiene la costumbre de precipitarse en sus conclusiones. Yo creo que en nuestra gran escasez de ocupaciones aquí, debiera Vd. tomarse un poco más interés por nuestros vecinos, y voy á comunicarle un gran descubrimiento que he hecho. ¿ Qué diría Vd. si supiese que la individua no es una vieja, ni mucho menos ?

—¡ Cómo ! ¡ La esposa de ese señor viejo !

—¡ Otra precipitación ! Sepa Vd. que paseándome esta mañana temprano en la plataforma tuve ocasión de ver á la dueña del vestido de seda que ví colgado en la cocina, aunque creo que á ella no le gustaba ser vista. Iba muy de prisa, llevando en la mano un pequeño canasto que sin duda contenía huevos.

—¡ Excelente ama de gobierno ! ¡ gran esposa !

—¿ Otra vez ? No tengo ya duda respecto á que no lo es. Iba más de prisa y diligente de lo que va una esposa cuando tiene á su marido enfermo.

No pude menos de reírme al oír la original opinión de Juan acerca de los deberes conyugales.

—Además—prosiguió Juan—la señora Tod, cuando habla del enfermo, siempre dice “el viejo caballero,” y yo no creo que la que yo he visto sea una vieja.

—Algunas veces los viejos se casan con mujeres jóvenes.

—Sí, pero creo que no sucede lo mismo en este caso, pues aunque la individua en cuestión no es una sílfide, pues no es pequeñita y aérea, y además llevaba sobre su vestido de seda un buen abrigo de lana, no creo que es una vieja, ni una mujer casada.

—Adelante, Juan.

—No, señor ; permanecí en lo alto de la plataforma has-

ta que la ví entrar en la Quinta. Indudablemente fué á buscar huevos para el pobre enfermo. En su camino la ví pararse dos veces, una á conversar con una mujer que estaba recogiendo leña, y otra á regañar á un muchachó que estaba apaleando á un burro.

—¿ La oiste ?

—No, pero en la cara del muchacho cuando pasó por mi lado, comprendí que lo había regañado.

—Pues entonces no es joven. Las mujeres jóvenes y bonitas nunca regañan.

—Eso es lo que yo no sé, ni me atrevería á asegurarlo. La perfección es imposible, y es mejor aceptarlas tal cual son, con sus virtudes y con sus defectos. Sería muy desagradable adorar á una mujer como á un angel y encontrarse luego con que era sólo la señora de . . .

—Jalifax—le interrumpí yo, haciéndole reir, aunque un poco ruborizado.

—Muy grande debe ser nuestra carencia de asuntos, cuando estamos ocupándonos de semejantes tonterías—dijo Juan.—Mejor será que me vaya á ensillar mi yegua para emprender el camino hacia Norton Bury.

En aquel momento se presentó en el comedor la señora Tod, y al poco rato se abrió la puerta del extremo opuesto y apareció en ella una mujer :

—Señora Tod, mi padre dice que desea tomar su sopa á las once ; ¿ se acordará ?

—Sí, señorita March.

Al vernos se detuvo, y Juan y yo volvimos involuntariamente la cabeza dudando por un momento si debíamos permanecer allí, ó retirarnos, pero ella resolvió la duda cerrando repentinamente la puerta y desapareciendo.

Yo miré á Juan, pero él no me vió, fijo como tenía los ojos en la puerta en que tan momentáneamente había apa-

recido la figura de la muchacha. Ésta era más bien alta, de ojos y pelo negro, y con ese tinte de cutis, trigueño que dá á la persona cierto aspecto fogoso y tierno á la vez, de entereza y de afeminación. Aunque parecía una mujer, no parecía un angel, y si podía llamarse hermosa, no podía decirse que era bonita, respirando, sí, una atmósfera de salud, frescura y juventud semejante á una brisa de primavera. En cuanto á su atavío consistía en el consabido vestido obscuro de seda, sin adorno de ninguna clase, abrochado hasta el cuello, y en éste y en los puños una especie de guarnición de pieles blancas que daban un tinte de exquisita delicadeza al cutis que medio ocultaban.

—Esa es la señorita March—dijo la dueña de la casa luego que aquella hubo desaparecido.

—¿De veras?—dijo Juan, apartando sus ojos de la puerta cerrada.

—Es una criatura angelical con su cuerpo de diez y siete años, y mucho más agradable que su padre que siempre está, el pobre hombre, quejándose y gruñendo aunque sin poderlo remediar. Pero es duro para la hija, ¿no es verdad?

—Indudablemente—contestó Juan con notable lacónismo.

—Cuando su padre duerme, suele ella venir á sentarse un rato en la cocina, conversando con mi marido y jugando con mi chiquitín.

En aquel momento oyó la señora Tod que aquél lloraba en su cuna, y salió precipitadamente.

—Al fin la vimos, Juan—dije cuando nos quedamos solos.—Es joven, indudablemente, pero no puede decirse que es bonita.

—Yo no he dicho que lo fuese—me contestó Juan.

—Es agradable, y al parecer, alegre y robusta, y no me

cuesta trabajo figurármela corriendo con el canasto de huevos, charlando con la mujer y regañando al muchacho.

—No se burle Vd. de ella, Félix. Debe pasar una vida triste con su viejo y enfermo padre.

Comprendí que lo había tomado por lo serio, y no insistí en mis bromas.

—Y, apropósito, Juan, ¿ nada te recuerda ese nombre de March? ¿ Será el mismo que sacaste del río Severn hace cinco años? ¡ Qué romántica aglomeración de circunstancias!

—Dejemos eso—dijo Juan en un tono más vivo del que acostumbraba á usar conmigo.—Yo me voy á Norton Bury y no podré volver hasta la noche. ¡ Cuidese Vd. mucho, querido, y adiós!

Lo ví montar en su yegua y desaparecer entre los árboles. Miré á la ventana del señor March, y ví que una mano cuya muñeca me pareció estaba adornada con pieles blancas, bajaba la cortina. Me alegró la idea de que era posible que la señorita March hubiera estado observando á Juan cuando se alejaba.

Pasé todo el día sólo en la sala de la Quinta, entregado á mis meditaciones, salvo algunos ratos en que la buena señora Tod vino á interrumpir mi soledad. Me trataba con el mayor cariño y sin la respetuosa deferencia que usaba con Juan Jalifax.

Serían las nueve de la noche cuando oí las herraduras de la yegua en el camino, y salí alegre al encuentro de Juan. Éste no venía tan contento como otras veces. Estaba cansado, y sentía lo que él llamaba “el efecto de la tenería,” los cuidados de los negocios.

—Los tiempos están malos—dijo, después que la señora Tod nos dió las buenas noches, no sin haber preguntado si “al señor Jalifax se le ofrecía alguna cosa,” pues

á él era á quien consideraba el jefe de nuestra pequeña familia.

—Los tiempos están malos—repitió—y no comprendo como su padre de Vd. puede soportar la carga de ansiedades y cuidados que pesa sobre sus hombros. En esta semana tengo que ir lo menos cinco días á Norton Bury, y le esperan á Vd., por lo tanto, grandes soledades.

—Y tú podrás disfrutar poco de esta tranquila vida del campo que tanto te gusta.

—Eso no me importa, y hasta tal vez me convenga. Tengo delante de mí una vida de trabajar y no me conviene acostumbrarme á los placeres. Pero aprovecharemos el tiempo lo mejor posible. ¿Cómo se ha sentido Vd. hoy?

—Muy bien. Sepamos ahora lo que vamos á hacer mañana.

—Mañana pienso llevar á Vd. á un sitio desde donde se descubren unas vistas preciosas.

—¿De la naturaleza, ó del género humano?

Se rió del significado de mi pregunta, y me dijo :

—Sé á lo que Vd. se refiere, pero puedo asegurarle que la había olvidado, ó que por lo menos no la tenía en este momento en mi imaginación. Iremos á otra parte, pues pudiéramos enojarla encontrándola otra vez.

Su tono era tan grave que no quise continuar hablando del asunto.

Á las siete de la mañana siguiente salimos para nuestra excursión, y nos dirigimos á la montaña inmediata desde donde se divisaba un paisaje encantador. En el fondo del valle, en un bosque de hayas, había una fábrica de paños que era el sostén de todo aquel vecindario.

Nos hallábamos engolfados en la contemplación del paisaje, y hablando de mil diversas materias, cuando me pareció ver á lo lejos la figura de una mujer.

—Juan, ¿no es verdad que se parece mucho á tu amigo la señorita March?

—Y es ella,—me contestó con una indiferencia que me hizo sospechar que la había visto lo menos dos minutos antes que yo.

—Es una verdadera casualidad que os encontreis también hoy.

—No lo crea Vd. Eso es que pensó dar un paseo esta mañana, y como yo, cambió de dirección, por variar. Bajemos la cuesta por este otro lado y no turbemos su diversión.

Me arrastró, contra mi voluntad, pues yo sentía deseos de volver á ver aquella fresca y alegre cara. Además, según traté de hacer ver á mi compañero, creía que á ella le sería completamente indiferente encontrar en su solitario paseo dos caballeros ó doscientos. Juan convino en ello, pero fué inexorable, y yo tuve que someterme á su más reconocida experiencia.

La suerte, sin embargo, más bondadosa que él, rompió aquel nudo de la etiqueta con que él quiso sugetarme. Cerca ya de la puerta de la quinta, y probablemente porque nuestra respectiva hora de almorzar coincidía, nos encontramos de pronto en frente de la señorita March. No me había equivocado: tanto yo como mi compañero eramos cosa de muy poca importancia para ella. Ni sus rosadas mejillas se alteraron, ni sus ojos se humillaron cuando por un momento los clavó en nosotros con una tranquila é inocente mirada de observación. Por supuesto, como no nos conocíamos, no nos saludamos, y sólo en su boca se dibujó una leve sonrisa que indicaba que nos había reconocido muy bien. Tenía que pasar por el frente de nuestra puerta, en donde se hallaba la señora Tod con su pequeño niño en los brazos, y se detuvo para acariciarlo. Indudablemente se había olvidado de nosotros, entretenida como se hallaba con

el niño, y sólo cuando la señora Tod le suplicó que nos dejase pasar se apartó un poco. Al pasar por su lado, Juan levantó los ojos, y yo apenas podía apartar los míos de ella. Comprendí que había sido demasiado ligero al decir que no era bonita, y creo que Juan, á juzgar por sus miradas, pensó lo mismo. Ella se sonrió, y Juan hizo una reverencia á que ella contestó cortesmente. Le dije á Juan que aquello me parecía un buen principio para entablar amistad con nuestra vecina, pero él me contestó :

—Nada de eso ; nada de amistades. La cortesía natural entre personas que habitan bajo el mismo techo, y nada más.

—Probablemente será así—le contesté.

Creo que aquel “probablemente” no fué del agrado de Juan, y creo también que al asomarse á la ventana y dirigir su vista al pequeño grupo de la puerta, echó de menos en él á alguien, y este alguien no era ni la señora Tod ni el pequeño niño.

—Me gusta ahora mucho más su cara, Juan. ¿Y á tí? Aunque si te he de decir la verdad, todavía no me atrevo á decir que es bonita.

—Ni yo—me contestó Juan.

—Saluda con notable gracia, y creo, Juan, que es la primera vez en nuestra vida que nos hemos encontrado con una verdadera señorita.

—Indudablemente.

—Tan joven como es, demuestra sin duda estar acostumbrada á lo que se llama la “buena sociedad,” y esto me hace creer más en la idea de que su padre es el mismo señor March, primo de los Brithwood.—¡Extraña casualidad!

—Tiene Vd. razón, Félix.

Después de esta breve respuesta, Juan se quedó taciturno. Más de una vez en aquella mañana traté de volver al mismo asunto, pero se mostró reservado, y hasta cuando,

al estar la señora Tod levantando la mesa después de nuestro almuerzo, me atreví á hacer dos ó tres preguntas respecto al señor March, luego que aquella se retiró, Juan me reprendió por mis tendencias á averiguar lo que no me interesaba.

Yo me reí, y le contesté que su sermón llegaba tarde, pues ya había averiguado que el señor March era un caballero dueño de una fortuna independiente, que no tenía amigos en la comarca, y que su residencia habitual era en el país de Gales.

—De modo que no puede ser nuestro señor March—añadí.

—No—me contestó Juan, como aliviado de un peso.

Yo me reí al ver la seriedad con que Juan había tomado el asunto, y la simpatía que demostraba por nuestros vecinos, y particularmente por la muchacha, cosa que se veía claramente, aunque él creía que la ocultaba muy bien, y que después de todo, era natural.

Concluimos la mañana leyéndome Juan todo el “Julietta y Romeo” de Shakespeare, que ya habíamos leído otras veces, y por último, creyéndome dormido, dejó caer el libro sobre sus rodillas y se quedó mirando por la ventana. Yo no dormía, pero sí lo observaba. ¿En qué estaría pensando, y qué significaría el trémulo movimiento de sus labios, y la vehemencia de su mirada?

Aquello duró media hora que sin duda fué para él un minuto, pero que para mí fué muy larga, porque estaba meditando sobre las penas que le podían sobrevenir.



CAPÍTULO X.



TRANSCURRIÓ una semana, y nos hallá-
bamos familiarizados con nuestra nueva
vida. En cuanto á Juan, poco podía dis-
frutar de ella, pues pasaba la mayor parte
de los días en Norton Bury, no regresando
hasta que ya era de noche. Yo pasaba casi
todo el tiempo fuera de la casa y poco sabía, por lo tanto,
de sus habitantes. Una ó dos veces, en mis paseos, ví cru-
zar á lo lejos un señor de edad, caminando despacio, y apo-
yado en el brazo de una señora, y supuse que eran el señor
March y su hija. Él era alto, pero la distancia no me per-
mitió examinar sus facciones. Á excepción de esas dos
veces, no tuve ocasión de observar las costumbres de nues-
tros vecinos. La señora Tod solía hablarme de ellos cuando
me hallaba de sobre mesa, pero más bien de una manera
ligera y superficial, como para decirme que el señor March
era excéntrico, que su hija tenía que plancharle las corbatas
con sus propias manos, ó cosas por el estilo. Algunas veces
me sentía inclinado á hacerle preguntas á la señora Tod,
pero, consultándolo antes con Juan, el voto de éste era
siempre contrario á que me metiese á averiguar asuntos
agenos que no nos interesaban.

Como he dicho antes, los dos cuerpos del edificio de la
quinta estaban fabricados separadamente, y así ni podíamos
vernos ni oírnos los habitantes de uno y otro, á no ser en el

campo neutral de la cocina de la señora Tod, donde si alguna vez me sentía inclinado á entrar, me contenía ante la prohibición de Juan. Á excepción, por lo tanto, de los días de la semana en que Juan permanecía á mi lado, el resto de ella lo pasaba en la más completa soledad.

El Domingo inmediato dimos un largo paseo que duró casi todo el día, y éste puede decirse que fué el último en que Juan me perteneció por completo. Era natural que así fuese, y yo no tenía, por lo tanto, derecho á murmurar.

Como á las diez de la noche, y cuando nos disponíamos á retirarnos á descansar, la señora Tod entró misteriosamente en la sala, cerrando la puerta detrás de sí. Parecía algo turbada, y dirigiéndose á Juan, le dijo :

—Señor Jalifax, ¿ puede Vd. oírme una palabra ?

—Con mucho gusto, señora Tod. Siéntese Vd. . . .
¿ Ocorre algo á los muchachos ?

—No, señor ; es acerca de la pobre señorita March.

El semblante de Juan se inmutó.

—Su padre—continuó la señora Tod—está muy malo esta noche. Hay siete millas de distancia de aquí á donde vive el doctor, y he pensado si sería Vd. tan bondadoso que quisiera prestar su yegua para que mi marido fuese á buscarlo.

—Con el mayor placer, señora. ¿ Ahora mismo ?

—No, señor, porque mi marido no ha venido todavía. Si Vd. conociera á la señorita March vería Vd. que no es posible dejar de hacer cuanto uno pueda en su obsequio.

—Indudablemente—contestó Juan.

Cuando la señora Tod se alejó, y Juan volvió á sentarse á mi lado, noté que estaba pensativo, y hasta inquieto. Á mis observaciones sobre el vecino enfermo y sobre las bondades de la señora Tod, contestaba sólo con monosílabos, y por último, levantándose de pronto, me dijo :

—Félix, creo que es mejor que vaya yo mismo.

—¿Adónde?

—Á buscar al doctor Brown. El señor Tod no está aquí, yo conozco el camino, y es una obra de caridad.

—¿Pero con esta noche tan oscura?

—Eso no importa. Mi yegua es más segura conmigo que con ninguno otro, y prefiero llevarla yo mismo.

Yo me sonreí ante aquellas razones y convine en que debía ir.

—¿Le parece á Vd. bien que se lo diga á la señora Tod?

Y sin esperar mi contestación, tomó el camino de la cocina. Yo lo seguí. No había allí nadie, y permanecimos unos minutos, solos, oyendo los quejidos arriba.

—Debe ser el señor March, Juan.

—Sí, Félix; y ella, la pobrecita, tan joven, y sólo . . .

La señora Tod apareció en la puerta hablando, al parecer con la señorita March que se hallaba en la escalera. Oímos la voz de ésta que decía:

—Digale Vd. á ese caballero cuan agradecida le estoy en nombre de mi padre.

—Así lo haré, señorita—y cerró la puerta.

—¿Vds. aquí, señores?—dijo al vernos—síéntense, que mi cocina se ve muy honrada con su visita.

Cuando Juan le expresó el motivo de ella, sus palabras de gratitud no tuvieron término. Dijo que era el caballero más bueno que había visto en su vida, y que así se lo repetiría á la señorita March, como ya se lo había dicho otras veces.

Mientras tanto, Juan había desaparecido, y á los pocos minutos estaba á la puerta de la casa con la yegua; me dijo dos ó tres palabras, y se fué.

Muy poco tiempo tardó en volver trayendo consigo al doctor. Se separaron en la puerta, y Juan entró en la sala donde estaba yo. En aquel momento el reloj sonó la una.

—Hace ya horas que debía Vd. estar en la cama, Félix, —me dijo.—¿No piensa Vd. acostarse hoy? Yo esperaré aquí un rato hasta saber cómo sigue el señor March.

—Yo también deseo saberlo.

—¿Ha oído Vd. algo mientras yo he estado ausente?

—Sólo sé que sigue mejor, y que todo el mundo se ha ido á acostar, excepto su hija y la señora Tod.

—Ya sale el doctor. Debe seguir mejor, pero el doctor me ha dicho que en uno de esos accesos . . . ¡Pobre criatura!

—¿Pero esa muchacha no tiene parientes? El doctor Brown debe saberlo.

—No me he atrevido á preguntarle. Pero lo que ahora nos interesa es que Vd. se vaya á acostar, Félix.

—Espera un poco. Veamos antes si se les ofrece alguna cosa.

Entramos en la cocina donde todo estaba tranquilo. Á los pocos momentos oímos pasos en las escaleras. Eran de la señora Tod y de la señorita March. Hicimos un movimiento como para retirarnos, pero no sé porqué, permanecemos allí.

La señorita Tod entró y se acercó al fuego sin fijarse en nosotros. Sus mejillas estaban marchitas, y todo su aspecto era el de una persona que había velado por muchas horas.

—Yo creo que está mejor, señora Tod—dijo vivamente. Debe Vd. ir á acostarse ya, y que todos descansen. Supongo que le habrá Vd. dicho al señor . . . ¡oh! . . .

En aquel momento nos vió y se detuvo, saludándonos con una ligera inclinación.

—Supongo, señora, que el señor March está mejor. No hemos querido retirarnos hasta saberlo.

—Muchas gracias. Efectivamente está mejor. Vds. son muy bondadosos . . .

—Sí que lo es—interrumpió la señora Tod.—El mismo ha ido á buscar al doctor.

—¿Vd., señor? Yo creí que sólo había Vd. prestado su caballo.

—¡ Oh ! Á mí me gusta pasear de noche. ¿ Y está Vd. segura, señora, de que su padre sigue mejor ? ¿ Puedo hacer alguna otra cosa por Vd. ?

Ante el tono con que pronunció aquellas palabras y la sinceridad que revelaba, ella prescindió de toda forma de etiqueta, y tendiéndole la mano le dijo :

—Muchas gracias, señor Jalifax. Si algo necesitase, crea que acudiría á Vd.

—Muchas gracias. Buenas noches.

Estrechó aquella mano con el mayor respeto, y desapareció. La señorita March lo siguió con la vista y luego se volvió á mí, dirigiéndome unas cuantas palabras de las que acostumbraba dirigir al pobre inválido á quien su bondadoso corazón compadecía.

En breve seguí á Juan que sin hacerme pregunta ni observación alguna tomó su luz y se dirigió á su cuarto ; pero años después me confesó que el contacto de aquella mano fué para él la revelación de un nuevo munda.

Al día siguiente Juan se fué á su trabajo aun más temprano que de costumbre, permaneciendo conmigo sólo un corto rato antes. Mientras la señora Tod estaba haciendo los preparativos para nuestro almuerzo, le preguntó simplemente cómo había pasado la noche el señor March, y esta fué la única alusión que hizo á los sucesos de la noche anterior.

Pasé todo el día en el bosque de la hayas, y cuando regresé por la tarde me sorprendió ver sentados en frente de la casa, á la señorita March y á su padre. Yo había oído decir que estos ataques eran con frecuencia en él de

corta duración, y que como todo enfermo crónico, cuando el peligro arreciaba se defendía y gozaba en vencerlo.

Cuando me vieron, la señorita March le habló en voz baja, y al acercarme me dirigió una mirada indiferente por encima de su cuello de pieles y se inclinó un poco, sin dejar su sillón. Era indudablemente el mismo señor March á quien nosotros conocíamos, y á quien reconocí á pesar de lo cambiado que estaba ; pero él, como era natural, no me reconoció á mí.

Su hija adelantó uno ó dos pasos á mi encuentro.

—Parece que hoy se halla Vd. mejor, señor Fletcher—me dijo—papá : el señor Fletcher . . .

—Tengo mucho gusto en conocer á Vd. Yo soy un pobre inválido. Hija mía, explícale á ese caballero . . . —y dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sillón.

—Mi padre nunca ha podido reponerse de los diez años que pasó en las Antillas siendo gobernador de la Isla de * * *. Aquel clima es muy duro. Después acá ha estado cinco años en Inglaterra, se encuentra mucho mejor, y espero verlo pronto restablecido.

El señor March movió la cabeza tristemente.

Hablamos de varias cosas indiferentes, y de las Islas Occidentales cuyo antiguo gobernador tenía motivo para no olvidar fácilmente.

—¿ Le gusta á Vd. aquel país ?—pregunté yo á la señorita March.

—Yo no he estado allí Papá se vió obligado á dejarme en Gales, el país de mi pobre madre.

Cuando se retiraba, con su padre apoyado en el brazo, se volvió de repente y me dijo :

—Debe Vd. pasar los días muy aburrido sin su amigo. ¿ Quiere Vd. que le mande algunos libros para leer ?

Acepté, dándole las gracias, y poco rato después me mandó un considerable número de ellos.

—Buenas tardes—añadió—y no olvide Vd. dar las gracias al señor Jalifax en nombre de mi padre y en el mío por sus bondades en la noche pasada.

—Fué un placer para él, señora, como siempre que tiene ocasión de hacer un servicio á cualquiera.

—Así lo creo, señor Fletcher.—Y se retiró.

Cuando volvió Juan le conté todo lo ocurrido, y él me escuchó sin hacer el menor comentario ; pero toda la noche la pasó hojeando los libros de la señorita March.

Al día siguiente se levantó triste y distraído, sentándose en la sala en vez de salir al campo como de costumbre. Por la tarde tuve que obligarlo á que me acompañase al bosque de las hayas, y al regresar lo llevé á un nuevo sitio que yo había descubierto y que era uno de los más deliciosos en el centro de una arboleda, en donde encontramos una mesa preparada como para merendar.

—Hé aquí una bonita Arcadía en pequeña escala—me dijo Juan.—Me gustaría ser invitado á esta mesa. ¿De quién podrá ser ?

—No me extrañaría que fuese uno de los caprichos del señor March.

—No critique Vd. á ese pobre señor.

—Bueno Juan ; no lo volveré á hacer. Pero tampoco podría hacerlo ahora, pues veo que vienen ahí.

Eran ellos en efecto, y al poco rato nos encontrábamos reunidos los cuatro.

El señor March fijó una mirada en Juan que más que de curiosidad parecía como si la fisonomía de éste le recordase la de alguna persona conocida.

—Señor Jalifax—le dijo—tengo que dar á Vd. las gracias.

Juan se inclinó, contestando :

—Nada tiene Vd. que agradecerme, señor. Yo celebro mucho ver á Vd. tan mejorado.

—Mi hija me ha dicho que son Vds. nuestros vecinos, y tengo el mayor gusto en contar con tan buenos amigos.

Y dirigiéndose á su hija, añadió á media voz :

—Si tu hermano Guillermo hubiera vivido se habría parecido mucho á este joven.

—Señor Jalifax, por complacer á mi hija, que es sumamente aficionada á lo rústico, vamos á merendar debajo de los árboles. ¿ Quieren, Vd. y su amigo, darnos el gusto de acompañarnos ?

Accedimos ; y un rato después nos sentábamos á la mesa, colocándome la señorita March á su lado, y en frente á Juan. Éste hablaba con el padre, y aquella le escuchaba con la mayor atención lo cual no me extrañaba pues Juan tenía el dón de la palabra que no era para él una ciencia ni un arte, sino sólo el vehículo para expresar sus pensamientos, y siempre amena y sencilla se ajustaba perfectamente á la idea que quería desenvolver, sin que su conversación fuese nunca pesada pues sólo hablaba cuando había asunto que lo mereciera, y ésto de la manera más concisa y apropiada, rara virtud en un joven de veinte años.

Se habló del país de Gales que Juan había visitado varias veces en sus excursiones, y esto pareció agradar á la señorita March que nos contó diferentes cuentos de su infancia y de su querida aya la señora Cardigan que había sido la única que la había educado, puesto que sólo de nombre recordaba á su madre, y á aquella buena aya debía cuanto era.

—Hija mía—dijo al fin el señor March—tú te ocupas demasiado de tu excelente Juana Cardigan que se va á casar y no volverá á ocuparse de tí.

—Calle Vd., papá, eso es un secreto todavía. Y, propósito, señor Jalifax, ¿conoce Vd. á Norton Bury?

Lo repentino de la pregunta sorprendió á Juan que contestó sólo con una rápida afirmación; y tampoco el señor March le dió tiempo para más, exclamando:

—Aborrezco ese pueblo. Los Brithwoods de la Mythe, primos de la que fué mi mujer, y con quienes he tenido serias diferencias políticas, viven allí; y una vez estuve á punto de ahogarme en el río Severn.

—¡No hable Vd. así, papá!—se apresuró á interrumpirle su hija, con lo que pasó desapercibido para ella el repentino cambio de color de Juan que no pronunció una palabra, ni yo tampoco porque comprendí que ese era su deseo.

—Pues yo—continuó la muchacha—no siento ninguna aversión hácia Norton Bury.

—¿Ha vivido Vd. allí?—le preguntó Juan con sencillez, y mirándola con fijeza.

—Una vez, cuando tenía yo doce años. Pero hablemos de otra cosa que sea más agradable á papá.

El señor March se recostó perezosamente en su silla de brazos y la conversación siguió entre nosotros tres, ó mejor dicho entre dos, pues yo cedí el campo en ella á Juan, causándome el mayor gusto ver cómo gradualmente iban estrechando su amistad.

Pasado un rato, la señorita March se levantó y dijo:

—Papá, voy á dar un corto paseo, pero estaré aquí antes de cinco minutos. Señor Fletcher, ¿quiere Vd. acompañarme?

—Y yo me quedaré con su papá para no dejarlo sólo—dijo Juan.

Nos dirigimos á la arboleda, y la joven muchacha me hablaba de todo con una franqueza y sencillez como si me

hubiera tratado toda la vida. Yo la miraba con placer, viéndola saltar delante de mí, fijándose en todo y gozando con todo. Me preguntó si no me encontraba triste algunas veces en aquel solitario lugar de campo.

—Yo lo estoy con frecuencia—añadió.—Es muy triste ser hija única.

—Yo también soy hijo único—le contesté.

—Sí, pero Vd. tiene á su amigo. ¿Tiene hermanos el señor Jalifax?

—No, señora. No tiene ningún pariente vivo.

—¡ Ah ! Parece que son Vds. muy buenos amigos.

—Juan es mi hermano, mi amigo, y todo para mí en el mundo.

—¿ De veras ? Debe ser muy bueno ; al menos así lo parece—añadió, quedándose pensativa—y yo creo, y así lo he oído decir, que los hombres buenos abundan poco.

No tuve tiempo de entrar en aquella importante cuestión, porque el causante de ella se apareció por entre los árboles en dirección á donde nosotros nos encontrábamos.

Se disculpó diciendo que el señor March lo había mandado venir.

—Supongo que no querrá Vd. decir con eso que ha venido á la fuerza—le dijo ella con una sonrisa.

—¿ Me va Vd. á regañar por haber venido ?

Ella le contestó con otra sonrisa, y Juan añadió :

—Al aproximarme oí que uno de Vds. pronunciaba mi nombre. ¿ Qué terribles revelaciones estaba haciendo Vd. á mi amigo ?

—El señor Fletcher me estaba haciendo saber tres sencillas cosas : Primera, que Vd. es huérfano y sin parientes. Segunda, que es Vd. su más querido amigo. Y tercera . . . bueno, yo siempre digo la verdad, que Vd. es bueno.

—¿ Y qué contestó Vd. ?

—Á la primera, que lo ignoraba. Á la segunda, que me lo figuraba. Y á la tercera . . . que no lo dudaba.

Juan hizo una cortesía de agradecimiento. Parecía muy complacido y hasta feliz.

Nos dirigimos al lugar donde se hallaba el señor March, y al separarnos de nuestros nuevos amigos aquél se mostró en extremo cortés manifestándonos que nuestra compañía sería siempre altamente grata tanto para él como para su hija.

—Siempre dice “mi hija”—dije yo á Juan, rompiendo el silencio en que quedamos cuando se separaron de nosotros.

—¿Cuál será su nombre de pila?

—Yo creo que es Ursula.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Porque está escrito en uno de sus libros.

—¡Ursula!—repetí yo queriendo recordar donde había oído aquel nombre antes.—¡Bonito nombre!

—¡Muy bonito!—contestó Juan quedándose taciturno.





CAPÍTULO XI.



El día siguiente amaneció lloviendo como pocas veces he visto llover, y durante todo él, y varios siguientes no tuvimos más que agua, viento y tempestades. El otoño se había anticipado.

Juan fué á Norton Bury todos los días de la semana. Aunque siempre cariñoso y atento conmigo, lo veía intranquilo, y todas las noches lo oía salir á pasear en el exterior de la casa, aun en medio de la tormenta. Yo hubiera deseado acompañarlo, pero me era imposible.

En la mañana del sábado, cuando íbamos á almorzar, le oí preguntar á la señora Tod, cómo seguía el señor March. Sabíamos que se había sentido mal toda la semana, y ni á él ni á su hija habíamos visto. La señora Tod movió la cabeza, y dijo :

—Está muy malo, señor ; peor que nunca en mi concepto. Ella pasa sentada á su lado la mayor parte de las noches.

—Me lo había figurado, porque he visto la luz encendida. ¿ No podríamos hacer algo por ese pobre señor ? Si sigue peor iré á buscar al doctor y permaneceré aquí todo el día.

—Muchas gracias, señor Jalifax. Voy á participar su ofrecimiento á la señorita March—y desapareció.

—¿ No pensabas ir hoy á Norton Bury, Juan ?

—Sí; pero he cambiado de parecer. Le diré á Vd. la verdad. El doctor Brown me ha dicho esta mañana cuando lo encontré al salir de aquí, que el enfermo no puede vivir sino muy pocos días, y tal vez muy pocas horas; y ella no lo sabe.

Juan estaba muy afectado, y yo también.

—Pero, ¿y sus parientes? ¿porqué no los manda á buscar?

—No tiene ninguno. Según el doctor Brown, una vez le dijo ella que los más cercanos eran los Brithwoods de la Mythe, y ya sabemos lo que esos señores son: un joven noble, con su joven esposa, lo más orgulloso y ligero de todas las familias del condado. Pero yo no puedo permitir que Vd. se mortifique por esto, cuando, después de todo, no son para nosotros sino unos extraños. Vamos á almorzar.

Nos sentamos á la mesa, pero él no pudo comer, ni hablaba apenas, mostrándose sumamente abstraído. Por último dijo de repente:

—Félix, yo no comprendo por qué el doctor no se atreve á revelar al enfermo su verdadero estado, y por qué mantiene á la hija y á los amigos en la misma ignorancia hasta que llegue el momento fatal. Ella debe saberlo, pues quien sabe si tiene algo que decir á su pobre padre, y el recibir el golpe sin estar preparada pudiera hasta costarle la vida.

Se puso á dar paseos por el cuarto, y al cabo de un rato se detuvo y me dijo:

—Félix, obremos como cristianos; ¿no cree Vd. que ella lo debe saber?

—Yo creo que sí—le contesté.

—El doctor dice que es un caso desesperado y que hace tiempo que el enfermo está herido de muerte por más que no lo quiere creer, ni su hija lo sabe. ¡Esto es horrible para ella!

—Veo, Juan, que piensas más en ella que en él.

—Indudablemente. Él está cosechando el fruto de lo que ha sembrado, ¡ pobre hombre ! ¡ Dios lo sabe y tendrá piedad de él ; pero ella es un ángel del cielo !

Era evidente que algo había averiguado Juan, tanto respecto al padre como á la hija, pero no consideré aquel el momento oportuno para preguntarle, y además oímos gemidos que indudablemente procedían del enfermo, tal vez en la agonía.

La señora Tod entró en la sala, pálida y con los ojos hinchados.

—¡ Oh, señor Jalifax !—dijo llorando y cayendo sobre una silla.—¡ Pobre señor March ! No me era simpático en vida, pero al verle muriendo ! . .

—¿ Lo sabe su hija ?—pregunté yo.

—No, señor ; yo no me he atrevido á decírselo, ni nadie se atreve.

—¿ Ni siquiera se lo figura ?

—Nada absolutamente. La pobrecita nunca ha visto á nadie en ese estado. No lo cree peor que otras veces.

Nos quedamos todos callados, y al cabo de un rato, dijo Juan :

—Señora Tod, es preciso decírselo, y Vd. es la persona más apropósito para ello.

—¡ Si estuviera en casa mi marido, él es quien lo haría bien !

—Si Vd. no quiere, yo me presto á hacerlo—dijo Juan. ¿ Cómo puedo verla ? Lo mejor será hacer como que la encuentro por casualidad.

—Eso corre de mi cuenta—dijo la señora Tod, secándose los ojos y saliendo de la habitación.

Juan y yo nos pusimos á hablar de cosas tristes y á hacer reflexiones sobre ese gran nivelador de todas las cosas

—la muerte—y así se pasó aquel largo día, oyendo el ruido de la incesante lluvia al chocar contra los cristales, y los quejidos del enfermo cuyo estado nos participaba de cuando en cuando la señora Tod.

Era cerca del anochecer cuando ésta entró en la sala á decirnos que el señor March estaba durmiendo, y que había logrado conseguir de la señorita March que bajase á tomar una taza de té en la cocina donde se hallaba en aquel momento.

—Ahora puede Vd. ir, señor Jalifax ; ella no permanecerá allí más de cinco minutos.

—Allá voy—contestó Juan poniéndose muy pálido.—Félix, espérame en la puerta. Si hubiera alguien que se lo pudiera decir ! . .

—¿ Vacilas ?

—No, no . . .

Y salió.

Yo no ví lo que pasó, pero me lo contaron después él y la señora Tod que fué con Juan.

La muchacha estaba tan abstraída que no se apercibió de la entrada de éste.

—No parecía la misma que habíamos visto en el paseo menos de una semana antes. Cuando se volvió, se dirigió á él y le dijo :

—Señor Jalifax, mi padre está realmente grave y yo estoy en una situación muy triste, á pesar de las bondades de la señora Tod. No puedo llorar, ni debo hacerlo, porque si empezara no acabaría nunca y no podría servir á mi pobre padre.

—Yo creo, señor Jalifax—dijo la señora Tod—que el enfermo estará mucho más aliviado mañana.

—La esperanza no debemos perderla ni aun en los últimos momentos—agregó Juan.

—¿ En los últimos momentos?—dijo con viveza la señorita March.

—Y aun entonces debemos tener resignación, señorita.

—¿ Qué es lo que Vd. quiere decir?—¡ Ah! ya comprendo . . . Pero Vd. está equivocado . . . El doctor me lo hubiera dicho . . . sí . . .

Se estremeció y no pudo acabar la frase.

—El doctor Brown no se ha atrevido . . . ni ninguno de nosotros—dijo la señora Tod sollozando. Sólo el señor Jalifax . . .

La señorita March dirigió á Juan una mirada tan triste que no puede expresarse con palabras. Andando el tiempo me dijo ella misma que en aquel momento le pareció ver en Juan un ángel de consuelo, un mensajero enviado por Dios.

Salió precipitadamente del cuarto y subió las escaleras. Juan volvió á donde yo estaba y se sentó silencioso.

Á los pocos minutos oímos gritos de la señora Tod llamando al “señor Jalifax.” Corrimos al pie de la escalera que desde el otro lado de la cocina conducía á la habitación del señor March.

¡ Pobre señor March! ¡ Ya no pertenecía á este mundo!
¡ Su espíritu había volado á la eternidad!

La señora Tod se hallaba sentada en uno de los escalones con la señorita March en sus rodillas casi sin conocimiento. Ésta, al regresar al cuarto del enfermo se había convencido de la terrible realidad; y cuando todo reactivo fué inútil y la muerte fué un hecho, ella misma cerró los ojos de su padre, lo besó, y trató después de salir del cuarto, pero á los pocos pasos cayó desplomada en el suelo.

Juan la tomó en sus brazos y cruzando con ella la cocina entró en mi habitación y la colocó con el mayor cuidado en el sofá.

—Señora Tod—dijo—cierre Vd. la puerta y no deje entrar á nadie. Está ya volviendo en sí.

Así era en efecto. Abrió los ojos, dió un profundo suspiro, y nos miró á todos.

—¡ Querida mía !—le dijo llorando la señora Tod.— ¡ Llore Vd. ! ¡ llore Vd. !

—No puedo—contestó, y volvió á caer en el sofá.

Juan y yo permanecíamos silenciosos, presenciando aquella triste escena, y al fin éste dijo :

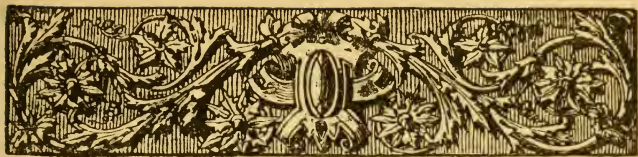
—Es preciso que llore, señora Tod. Súbala Vd. al cuarto de su padre y haga Vd. que lo vea.

Aquello produjo el efecto deseado, y lo que tal vez su vida requería. Cayó en los brazos de la señora Tod derramando un torrente de lágrimas

—Ahora vámonos de aquí Félix—dijo Juan.

Y ambos salimos de la habitación y de la casa.





CAPÍTULO XII.



LA mañana siguiente consultamos con la señora Tod si creía conveniente proponer á la señorita March trasladarse á nuestras habitaciones, pasando á ocupar nosotros las de su departamento ; y habiendo aceptado agradecida, nos instalamos en los cuartos contiguos al en que estaba el cadáver del pobre señor March.

En el día inmediato vino por la mañana á nuestro cuarto la señora Tod, á suplicar al señor Jalifax la acompañase á donde se hallaba la señorita March que deseaba hablar con él.

—¿ Yo sólo ?—preguntó Juan, sorprendido.

—Vd. sólo, señor. Desea hablar con Vd. acerca del entierro de su padre, considerando que nadie mejor que Vd., que es tan bondadoso, podrá servirla en esta ocasión.

Salió en el acto con la señora Tod, y volvió al poco rato muy pensativo. Me contó como él y la señora Tod habían convenido con la señorita March el modo de cumplir aquel triste deber.

—¿ Pero no tiene, realmente, nadie que la ayude ?—le pregunté.

—Nadie, Félix. Dice que pudiera avisar al señor Brithwood, pero que no habiendo mediado últimamente las mejores relaciones entre éste y el señor March, prefiere valerse de mí á quien su padre había demostrado inclinación por

creer encontrar en mí algún parecido con su difunto hijo Guillermo.

—¿Y qué han acordado Vds.?

—Que el entierro sea todo lo más sencillo posible, y desea que sólo acompañemos al cadáver, ella, la señora Tod, Vd. y yo. Será enterrado en el cementerio de la iglesia inmediata que Vd. y yo hemos contemplado tantas veces.

—¿No te ha dicho nada acerca de las circunstancias en que queda?

—Nada; pero por algunas palabras que he oído á la señora Tod—agregó con muestras de satisfacción—infero que ha quedado con poco ó nada.

—¡Pobre muchacha!

—¿Por qué la llama Vd. pobre? No diría Vd. eso si la hubiera Vd. oído hablar hace poco, llena de valor, inteligencia y nobleza.

—No lo dudo, Juan; y la creo capaz de hacer muy feliz al hombre que se case con ella.

Estas palabras parecieron impresionar á Juan, pero no me contestó ni volvimos á hablar del asunto por entonces.

Dos días después la pequeña comitiva acompañaba el féretro del pobre señor March á la mansión del descanso. Su hija iba delante, cubierto el rostro con un espeso velo, y apoyada en el brazo de la señora Tod, y detrás seguíamos Juan y yo. Concluida la triste ceremonia y depositado el cadáver en la fosa, acompañamos á casa á la señorita March, y nos retiramos á nuestras habitaciones.

Al siguiente día recibimos un mensaje de agradecimiento, y la señora Tod nos dijo que aquella había tenido que permanecer recogida en sus habitaciones, sino seriamente enferma, muy abatida. En los tres días inmediatos, cuando yo iba á esperar á Juan, á su regreso de Norton Bury, observaba que su primera mirada al salir de la arboleda era á

la ventana del cuarto que había sido mío. Sin que me lo preguntara, yo siempre le decía lo que la señora Tod me había hecho saber acerca del estado de la señorita March, y él me escuchaba en silencio, cambiando inmediatamente la conversación. Rara vez la nombraba.

Al cuarto día por la mañana le pregunté incidentalmente si había hablado con mi padre respecto á lo ocurrido en Enderley.

—No—me contestó.—¿Quiere Vd. que le hable de ello?

—No, Juan. Después de todo, mi padre dá muy poca importancia á los asuntos ajenos.

Se hallaba paseando por el cuarto y al cabo de un rato se detuvo y me dijo :

—Probablemente esta noche volveré de Norton Bury más tarde que de costumbre, pues al terminar los negocios del día tengo que hablar con su padre de Vd.

—¿De qué tienes que hablar, Juan?

—Á la noche se lo diré á Vd.

Cuando regresó lo encontré mucho más animado, y poco antes de irnos á acostar me dijo sonriendo :

—¿Quiere Vd. saber lo que yo tenía que hablar con su padre?

—Sí, Juan ; dímelo.

—Pues es una cosa muy sencilla. Preguntarle qué edad tenía él cuando se estableció por su cuenta en los negocios ; y según he sabido era entonces poco mayor que yo soy ahora.

—Así es, Juan. Sólo tenía veintiún años.

—Y yo los tendré en Junio próximo.

—¿Estás pensando en establecerte?

—No es fácil—me contestó sonriendo con tristeza.—Para establecerse se necesita capital, y mucho más en el único negocio que yo entiendo, que es la tenería y mi capital es *cero*.

—Tienes juventud, salud, honradez, disposición y otras muchas cualidades.

—Pero con ninguna de ellas puedo acuñar moneda.

—Mi padre se estableció empezando por formar parte de una sociedad á la que no aportó más capital que su inteligencia y su trabajo. Al principio ganaba poco más de lo que tú ganas ahora y vivía con desahogo, y al cabo de algún tiempo se casó.

—Félix, es Vd. un gran consejero, y un gran hermano en la adversidad. Hasta ahora no me había preocupado la idea de mi porvenir. Hoy me siento lleno de valor, y quien sabe si algún día ni Vd. ni nadie se avergonzará de ser mi amigo.

—¡Juan! nadie puede avergonzarse ahora, siendo lo que eres.

—Como Juan Jalifax . . . tal vez ; pero como el dependiente de la tenería . . . Cuando estoy aquí me siento como lo que soy, pero tan pronto como tengo que regresar á Norton Bury . . . pero ese es un mal pensamiento que debo desechar. Hablemos de otra cosa.

—¿ De la señorita March ? . . . He sabido que se encuentra hoy mucho mejor.

—No ; no hablemos de ella ahora. Aun tengo en mis manos el olor de las pieles. Déjeme Vd. ir á mi cuarto.

Subió la escalera y no regresó hasta pocos minutos antes de la hora de acostarnos.

El lunes inmediato, la señorita March nos mandó un recado haciéndonos saber que deseaba hablar con nosotros dos. Por supuesto, fuímos en seguida.

Nos esperaba sentada en la sala, y aunque parecía que la intensidad del primer dolor había desaparecido, la palidez de su semblante dejaba ver la pena que ocultaba.

Habló mucho con Juan, expresándose en el lenguaje de una amiga poseída de la más sincera gratitud.

Juan le preguntó si pensaba permanecer mucho tiempo en Enderley :

—No lo puedo decir todavía—contestó.—En un tiempo mi padre pensó nombrar mi tutor á mi primo Ricardo Brithwood, pero creo que posteriormente cambió de parecer. ¿ Conoce Vd. el pueblo de Norton Bury ?

—Vivo en él, señorita.

—¿ De veras ?—preguntó sorprendida.—Pues entonces debe Vd. conocer á mi primo y á su señora.

—Los conozco, pero sólo de vista.

—¿ Podrá Vd. decirme, pues yo no la conozco, qué clase de señora es lady Carolina ?

Esta franca pregunta hecha con tanta ingenuidad por aquella niña, era de difícil contestación, pues en Norton Bury se corrían malévolas especies acerca de aquella señora con quien el señor Brithwood se había casado en Nápoles.

—Ella era lady Carolina Ravenal, hija de los condes de Luxmore—contestó Juan.

—Sí ; ya lo sé ; pero no es esa mi pregunta. Lo que yo quiero saber es qué clase de mujer es.

Juan titubeó, pero al fin contestó lo que pudo, dentro de la verdad.

—Se dice que es muy caritativa con los pobres, muy agradable y bondadosa ; pero si Vd. me lo permite, le diré que no creo sea la persona que la señorita March debe elegir para amigo, ni á quien deba dispensar más atenciones que las de una mera cortesía.

—He pensado que si fuese una buena mujer podría servir de gran consuelo y de útil consejera á una muchacha como yo, de diez y ocho años solamente, y una heredera, según creo.

—¡ Una heredera !—repitió Juan, poniéndose alternativamente colorado y pálido.—Perdone Vd. ; yo creía otra cosa. Permítame Vd. que le manifieste mi satisfacción . . .

—Eso no aumenta la mía—dijo ella.—Mi buena aya Juana Cardigan me tiene dicho muchas veces que las riquezas traen consigo muchos cuidados. ¡ Pobre Juana ! Quisiera verla otra vez, pero no es cosa fácil.

Siguió un silencio que alguien tenía que interrumpir, y así, dije yo :

—Mucho bien se puede hacer con una gran fortuna . . .

—Es verdad. Yo no sé si la mía es grande, pues nunca me he ocupado de eso, pero grande ó pequeña procuraré hacer de ella el mejor uso posible.

—Estoy seguro de ello.

Juan permanecía callado, y sus ojos la miraban con ternura y tristeza á la vez. Al poco rato se levantó para marcharse.

—No se vaya Vd., señor Jalifax. Necesito preguntarle algo acerca de Norton Bury. No tenía idea de que Vd. viviera allí. ¿ Y Vd. también, señor Fletcher ?

Yo hice un signo afirmativo.

—¿ En qué parte de la ciudad ?

—En el camino de Coltham, cerca de la Abadía.

—¡ Ah ! ; la Abadía ! Cuantas veces he oído sus campanas, noche tras noche, cuando los dolores no me dejaban dormir !

—¿ Qué dolores ? preguntó Juan con cierta ansiedad.

—¡ Oh !—contestó ella sonriendo.—Ya casi lo he olvidado, aunque sufrí mucho. Fué que me corté con un cuchillo en una rabieta con mi criada.

—¿ Cuando sucedió eso ?

—Déjeme Vd. recordar . . . hace seis años ; pero por supuesto, no fué nada.

—¡ Dígame Vd. toda la verdad ! . . .

—Bueno ; ya que Vd. lo quiere saber le diré que fué una de mis muchas maldades, cuando yo era una chiquilla. No querían permitirme dar un pedazo de pan á un pobre muchacho que estaba en frente de casa y por el que sentí mucha compasión porque parecía tener hambre . . .

—¿ Estaba aquél muchacho debajo de un colgadizo, al abrigo de la lluvia que caía ?—le interrumpió Juan.

—Sí, señor ; pero ¿ cómo puede Vd. saber ? . . .

—¿ Y era Vd. ? . .—dijo Juan en tono apenas inteligible.

—Muchas veces he pensado en él desde entonces, cuando por casualidad he mirado á esta señal.

—Déjeme Vd. verla ; ¿ me lo permite Vd. ?

Y tomándole la mano, levantó con cuidado la manga del traje, y descubrió sobre la muñeca una profunda cicatriz. La miró por unos segundos. Todas sus facciones temblaron ; y sin decir una palabra de despedida ni de excusa, salió precipitadamente de la sala.

La señorita March se quedó mirando á la puerta por donde Juan había desaparecido, sorprendida y sin saber lo que aquello significaba.

—¿ Qué es eso, señor Fletcher—me preguntó al fin—¿ lo habré ofendido en algún modo ?

—¡ Oh ! no, señora.

—Pero, ¿ por qué se ha ido así ?

—Yo sé la razón ; pero creo que Juan preferirá decírselo á Vd. él mismo.

—Como guste—contestó con una especie de resentimiento que pronto se desvaneció, y continuó hablándome en su habitual amistoso estilo y haciéndome mil preguntas acerca de los Brithwood y de Norton Bury. Yo le contestaba á todo, reservándome solamente darle explicación alguna

respecto á nosotros, y transcurrido un rato, y viendo que Juan no volvía, me despedí y me fuí á nuestras habitaciones.

Juan no estaba allí, y sólo me había dejado un recado diciéndome que se iba á dar un largo paseo, y que no volvería hasta la hora de comer. No volvió, sin embargo á esta hora, y tuve que comer sólo. Era la primera vez que hacía ésto.

Por la tarde ocurrió un incidente. Un coche con cuatro caballos, y con cochero y lacayo de brillante librea, se paró en la puerta. Lo conocí muy bien, como todo el mundo lo conocía en Norton Bury. Dentro del coche venía la doncella de lady Carolina. Se apeó el lacayo y entró en la casa, llevando en la mano un pliego que supuse sería para la señorita March, y saliendo al poco rato, volvió á montar en el pescante y desaparecieron.

Juan no volvió hasta casi el anochecer y entró aparentando una alegría que sin duda estaba lejos de sentir.

—Supongo que no me habrá esperado Vd. para comer. He dado un paseo larguísimo, y estoy lo que se llama cansado.

—¿Dónde has estado?

—En la montaña. Es preciso que vayamos juntos otro día para que disfrute Vd. de nuevas y deliciosas vistas.

Continuó hablando incesantemente y con rapidez mientras tomaba el te, y por último se sentó en un sillón, recostó la cabeza, y cerró los ojos, repitiendo que estaba muy cansado.

Á las nueve entró la señora Tod con la cena, y esta vez venía llena de noticias que comunicarnos. Había estado toda la tarde empaquetando los objetos de la pobre señorita March, como ella la llamaba sin saber por qué.

—¿Quién podía figurarse que el señor March tuviera tan

grandes relaciones? ¿Han visto Vds. esta tarde llegar á la puerta el coche de lady Carolina? Pues venía expresamente por la señorita March, solamente que ella no quiso irse; pero después ha cambiado de parecer y se va mañana.

Cuando Juan oyó estas palabras se quedó como petrificado, y no se movió hasta que la señora Tod salió de la habitación. Entonces se levantó de la silla, apoyó los codos en la repisa de la chimenea y ocultó la cara entre las manos.

Transcurrieron así algunos minutos, al cabo de los cuales le dije:

—Juan, ¿por qué no hablamos un rato? Eso no te hará bien.

—No puedo ahora—me contestó;—necesito tomar el aire; déjeme Vd. salir.

Tomó el sombrero, salió, y yo no me atreví á seguirlo.

Al cabo de un rato, cuando todo en la casa estaba tranquilo, yo no pude resistir más, y salí á buscarlo. Lo encontré paseándose agitadamente debajo de los árboles, y al verme exclamó:

—¡Félix! ¡con esta noche tan húmeda! ¿Por qué ha hecho Vd. eso?

Echó su brazo sobre mis hombros como para darme calor y añadió:

—Yo no sé ni lo que hago . . . estoy fuera de mí; vámonos á casa. ¿Está Vd. seguro de que se va mañana?

—Así lo creo; ¿piensas verla otra vez?

—Si ella lo desea . . .

—¿Tienes algo que decirle?

—Nada. Si por un momento, no conociendo ó no pensando en toda la realidad, me creí con fuerzas para remover todos los obstáculos, ahora veo que, hasta el soñar con ello, sería una locura de mi parte, y tal vez algo peor . . . una maldad. No seré ni lo uno ni lo otro . . . seré un hombre.

No le repliqué, porque aquellas palabras no tenían contestación.

—¿Te dijo algo?—añadió.—¿Te preguntó por qué salí tan repentinamente de su cuarto esta mañana?

—Sí; y yo le contesté que probablemente tú le explicarías la razón de ello.

—Así lo haré. Es preciso que no ignore por más tiempo quién soy yo y cuál es mi posición. Le diré toda la verdad, menos una cosa que no necesita saber.

Comprendí por su acento cual era aquella cosa y sentí por Ursula March que se fuese ignorándola, pues el amor de un hombre bueno como era Juan, es un presente inapreciable para toda mujer.

—¿No cree Vd. que tengo razón, Félix?

—Tal vez. Tú eres el mejor juez en este caso.

—Sí—continuó con firmeza—no hay esperanza posible para mí, y debo permanecer en silencio.

Yo no estaba de acuerdo con él, pero considerando que lo que había de suceder sucedería, y que mis palabras pudieran ser ociosas ó peligrosas, preferí callarme.

Al cabo de un rato dijo, como hablando consigo mismo:

—¡Y pensar que fué ella la bondadosa criatura que ejerció aquel acto de caridad con el muchacho desamparado! . . . ¡Nunca lo he olvidado . . . nunca! ¡Me hizo mucho bien para que yo pudiera olvidarlo! ¡Y aquella cicatriz en su delicado brazo! ¡Qué no hubiera dado yo esta mañana por! . . .

Comprendí que necesitaba desahogar su corazón; le prodigué mil palabras de consuelo y nos separamos aquella noche habiendo estrechado más y para toda la vida los lazos de la amistad que nos unía.

Á la mañana siguiente salimos á dar un paseo y nos dirigimos al pequeño cementerio. Cerca de la fosa cuya tierra

aun estaba recién movida, y sin lápida alguna, divisamos la figura de una mujer que no podía ser otra que la señorita March.

Aunque yo no la hubiera reconocido, la palidez que cubrió el rostro de Juan me lo hubiera dicho.

—¿Quieres que vayamos á dar un largo paseo? le dije. Ella abandonará pronto la quinta.

—¿Cuándo?

—Antes del mediodía, según he oído. Vamos.

—¡No puedo, Félix! ¡Necesito verla aunque sólo sea por un minuto más!

Permanecemos en un sitio donde ella no podía vernos, hasta que se separó de la fosa, y al poco rato oímos que se cerraba la puerta del cementerio.

Juan echó á andar, y dando un rodeo fué á colocarse, seguido de mí, en la esquina de la casa. Allí estaba la señorita March tratando de encontrar una rosa en los rosales que se hallaban pegados á la ventana del que había sido mi cuarto.

Nos vió y nos reconoció, y no sin notarse en ella signos de momentánea agitación.

—¡Las rosas se han acabado!—nos dijo, como con tristeza.

—Más arriba las hay; ¿quiere Vd. que le alcance una?

Yo no pude menos de sorprenderme de la naturalidad con que Juan le habló.

—Muchas gracias. Deseaba llevar alguna conmigo al separarme de aquí. ¿Ya sabrá Vd. que me voy hoy, señor Jalifax?

—Así lo he oído decir.

Disponiéndose á entrar en la casa nos invitó á que entrásemos con ella, pues tenía algo que decirnos, y de este modo nos encontramos por última vez en el pequeño gabinete.

—¡ Me voy !—dijo tristemente.

—Deseamos que acompañe á Vd. toda clase de felicidades—le contesté—siempre y en todas partes.

—Muchas gracias, señor Fletcher. Las circunstancias me han hecho variar mis planes desde que ví á Vd. ayer. Voy á residir por algún tiempo con mis primos los Brithwood. Considero que eso es lo mejor. Lady Carolina es muy buena, y yo me encuentro muy sóla.

Juan permanecía callado, y ella parecía dirigirse principalmente á mí en toda su conversación.

—Supongo que este adiós no será por mucho tiempo—dijo con algo más que cortesía.—Permaneceré algunas semanas en la casa de mis primos. ¿ Por cuanto tiempo piensan Vds. quedarse aun aquí ?

Yo no supe qué contestar.

—La casa de Vds. está en Norton Bury, ¿ no es así ? Yo espero que Vds. permitirán á mi primo expresarles en su propia casa su gratitud por las bondades de Vds. durante mi aflicción.

Ni uno ni otro contestamos. Ella nos miró sorprendida y como lastimada. Fijó después sus ojos en Juan con dulzura, y agregó :

—Señor Jalifax, ¿ querrá Vd. decirme, y lo espero de su bondad, si existe algo en el señor Brithwood que le haga indigno de la amistad de Vd. ?

—Él es quien me considerará á mí indigno de la suya—contestó Juan en bajo, pero en tono firme.

—¿ Porque no es Vd. rico ?—añadió ella con una sonrisa de incredulidad. Para mí es bastante que mis amigos sean unos caballeros.

—Ni al señor Brithwood, ni á otros muchos les agradecería verme aspirar á ese título.

Atónita, y aun más que atónita la señorita March retrocedió un poco.

—No puedo comprender lo que Vd. quiere decir.

—Me explicaré—dijo Juan mirándola fijamente, y muy poseído de sí mismo.—Es muy justo, señorita, que Vd. sepa quién soy, y lo que soy, y á quién ha dispensado Vd. el honor de sus bondades. Tal vez ha debido Vd. saberlo antes, pero aquí, en Enderley todos parecemos iguales . . . y hasta amigos.

—Yo así lo he creído.

—Pues entonces tendrá Vd. que perdonarme que no le haya hecho saber antes de ahora, que no somos iguales, es decir, que la sociedad no nos considera como tales, y que dudo que ni Vd. misma desee que nos llamemos amigos.

—¿ Por qué no ?

—Porque Vd. es una noble, y yo soy un artesano.

Aquellas palabras, evidentemente la sorprendieron, pero permaneció silenciosa.

Juan prosiguió, con voz más firme y sin titubear :

—Como oirá Vd. pronto decir en Norton Bury, yo soy un curtidor. Soy dependiente de Abel Fletcher, el padre de Félix.

—¡ Señor Fletcher !—exclamó ella mirándome con una mezcla de bondad y de pena.

—Félix está un poco más cerca de Vd.—prosiguió Juan.

—Él es rico y ha recibido una buena educación ; mientras que yo he tenido que educarme á mí mismo. Vine á Norton Bury hace seis años hecho un pobre muchacho mendigo . . . no ; no es exacto, pues yo no he mendigado nunca ; trabajaba, ó pasaba hambre.

El tono con que Juan pronunció estas palabras hizo á la señorita March levantar los ojos que volvió á bajar en seguida.

—Félix me encontró una tarde bajo un colgadizo, casi desfallecido, y al abrigo del agua que caía á torrentes. En

frente del sitio en que nos hallábamos estaba la casa del alcalde. Una muchachita, á quien Vd. conoce, señorita, se asomó á la puerta y me arrojó un pedazo de pan.

—¡ Usted ! ¡ era usted !—exclamó la señorita March, sorprendida.

—Yo era.

Juan se detuvo por un momento, y añadió en tono más suave :

—Nunca he podido olvidar aquella niña. Si alguna vez me he sentido inclinado á hacer algo malo, el recuerdo de aquella dulce y candorosa cara me ha contenido.

La señorita March ocultó contra el sofá aquella cara por la que corrían las lágrimas.

Juan continuó :

—Mucho me alegro de haberla vuelto á encontrar y de haber tenido ocasión de hacerle un pequeño servicio en cambio del infinito bien que me hizo, por más que al encontrarla tenga que despedirme de ella, tal vez para siempre.

—¿ Por qué ?

—Porque el mundo dice que no somos iguales, y por el honor de la señorita March y por el mío, debo separarme de ella hasta que pueda demostrar á ese mundo, con la cara levantada que *sí* somos iguales.

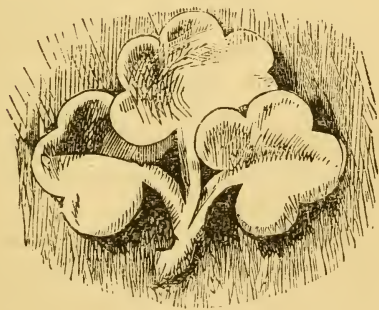
La señorita March lo miró con una expresión que no podría decirse si era de satisfacción, de orgullo, ó de simple sorpresa ; tal vez tenía de todo. Nos tendió la mano silenciosamente, primero á mí y luego á Juan. No sé si fué en señal de amistad ó de simple despedida. Juan lo consideró como de lo último y se dirigió á la puerta, pero al llegar allí se detuvo.

—Señorita—dijo—tal vez no vuelva á ver á Vd. nunca, al menos como ahora. ¿ Me permite Vd. que vea otra vez esa cicatriz que tiene en la muñeca ?

La mano de aquella estaba apoyada en el sofá y dejaba ver la cicatriz. Juan tomó aquella mano y la acercó á sus labios estampando un prolongado y ardiente beso en el sitio donde había estado la herida. Fué un beso lleno de amor que ella debió comprender.

Hecho ésto, desapareció.

La señorita March abandonó á Enderley aquel día, y Juan y yo nos quedamos completamente solos.





CAPÍTULO XIII.



RA en invierno, y nos hallábamos otra vez en Norton Bury. Los días que habíamos pasado en Enderley eran para nosotros como un sueño del que habíamos despertado, y no habíamos vuelto á saber del bello objeto de aquellos sueños.

Paseábamos un día Juan y yo por el camino que conduce á la Mythe, cuando vimos delante de nosotros y en la misma dirección, una señora pequeñita y de alguna edad, compuesta y viva como una muchacha, y á quien desde luego reconocí como la señora de Jessop, antigua novia y reciente esposa del doctor, que éste había traído últimamente á Norton Bury con gran sorpresa y curiosidad de sus habitantes.

Al acercarnos á ella saludó á Juan y me miró con sus bondadosos y azules ojos.

—Me parece que sé quién es su amigo, aunque no me lo ha presentado Vd.—dijo, dirigiéndose á Juan que inmediatamente llevó á cabo aquella ceremonia. Tomás y yo hemos hablado muchas veces de Vd., extrañando no verlo. ¿Está Vd. ahora más fuerte que cuando se hallaba en Londres? ¿Cómo no ha venido Vd. á darnos las gracias por lo que lo hemos cuidado entonces? ¿No le remuerde la conciencia por su ingratitud?

—No ha sido ingratitud, señora—contestó Juan poniéndose muy colorado.

—Ya lo sé, ya lo sé—agregó ella con dulzura—pero dígame Vd. la razón. Vd. sabe el interés que nos tomamos por Vd., y debe decirme la verdad.

—La verdad es, señora, que no he creído que las infinitas atenciones de que fuí objeto por parte de Vds. en Londres me autorizaran para visitar á Vds. en Norton Bury.

La señora Jessop lo miró sorprendida.

—Señor Jalifax, doy á Vd. las gracias por su franqueza. La verdad antes que todo, y allá va la mía. Había oído decir que Vd. era un artesano, y sabía por mí misma que era Vd. un caballero. Ni mi marido ni yo creemos que haya incompatibilidad entre una cosa y otra, y por lo tanto tendremos mucho gusto en verlo en nuestra casa á todas horas y en todas circunstancias.

Le tendió la mano y Juan se inclinó en silencio.

—Espero á Vds., á los dos, esta noche—añadió.

Asentimos, y por invitación suya seguimos andando los tres juntos.

—Yo conozco este camino, señor Jalifax—dijo.—Una vez pasé un verano en este pueblo con una educanda que hoy es una señorita y por quien voy ahora á preguntar en casa de los señores de Brithwood que han regresado ayer.

Las noticia nos sorprendió, tanto á Juan como á mí, y bendije la inocente charla de la señora Jessop.

—Creo que permanecerán aquí algún tiempo y me alegro mucho, no en verdad por lady Carolina, pues aunque me trata con las mayores atenciones, dudo que haya olvidado lo que tanto Tomás como yo creemos es más bien un motivo de orgullo ; que he sido la pobre institutriz Juana Cardigan.

—¡ Juana Cardigan !—exclamé yo.

—¿ Conoce Vd. mi nombre, señor Fletcher ?—Y en efecto, ahora creo recordar haber oído el de Vd. alguna vez. ¿ Ha oído Vd. hablar de una señorita Ursula March ?

Juan se puso encendido como el carmín, y la señora Jessop lo vió, pero no se dió por entendida de ello.

—He tenido el honor de conocer á la señorita March el verano pasado en Enderley—repliqué yo.

—Efectivamente, recuerdo que me ha hablado de eso ; de dos caballeros que fueron muy buenos con ella cuando la muerte de su padre ; un señor Fletcher y su amigo . . . ¿ Sería tal vez el señor Jalifax ?

—El mismo—contesté yo, pues Juan continuaba mudo. La señora Jessop continuó :

—Fué aquella una situación de prueba para la pobre niña, y en su nombre estoy á Vds. muy agradecida.

—Nadie hubiera dejado de hacer lo mismo con la señorita March en aquellas circunstancias. ¿ Y está bien ? ¿ Se ha repuesto de aquel golpe ?

—Así lo creo. Afortunadamente pocas penas son duraderas á los diez y ocho años. Es una muchacha excelente que cumplió hasta el último momento sus deberes para con su padre. Ahora ha empezado para ella una nueva vida en la que espero sea tan feliz como merece serlo.

En aquel momento llegábamos á la puerta de la casa de la Mythe. La señora Jessop se detuvo y nos dijo :

—Ahora tengo que separarme de Vds., pero no sin confiar en que vendrán Vds. á vernos. Buenos días.

La puerta se cerró detrás de ella, y nosotros continuamos en silencio nuestro paseo.

—Háblame Juan—le dije al cabo de un rato.—Eso te hará bien.

—Nada en el mundo puede hacerme bien—me contestó. —¡ Dios mío, para qué habré nacido yo ! ¡ Cinco eternos meses sin verla ! Ha habido momentos en que hubiera dado mi existencia por una mirada de sus ojos !

Esperé á que pasara aquel paroxismo, y le pregunté :

—¿Has trabajado mucho durante estos meses?

—Constantemente. Encerrado en la tenería, procuraba que el trabajo me hiciera olvidarla, pero era en vano. Su padre de Vd. me envió á Londres, y allí encontré á los esposos Jessop. Ignoraba que ella fuese Juana Cardigan, pero me gustaba el trato de ambos; allí me parecía que respiraba el mismo aire que . . . ¡Oh! Félix, ¡qué decepción cuando tuve que volver aquí á mi antigua vida y á la detestable tenería! Ya ve Vd. Félix que me estoy volviendo malo, é indigno, por lo tanto, de su amistad.

—Cuéntame el resto, es decir, lo que hacías en Londres. ¿La viste alguna vez?

—No; aunque yo sabía que estaba allí y la buscaba en los parques y en las calles, en las puertas de los teatros por las noches, y en las de las iglesias los Domingos por la mañana; pero ni una sola vez pude verla en cinco meses!

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Nada. ¿Qué puedo yo hacer? Algunas veces pienso en irme á las Indias á buscar fortuna para volver tal vez después de muchos años y casarme con ella, porque ha de saber Vd., Félix, que si Ursula se casa alguna vez ha de ser conmigo. ¡Pero no . . . ni uno ni otro nos casaremos, y sólo nos uniremos en el otro mundo!

Su mirada parecía extraviada, y tuve miedo por su razón.

—No hablemos más de eso—continuó después de un rato. Yo soy un mal amigo de Vd., pues le estoy mortificando con mis cuitas. Me enmendaré. Vámonos á casa.

Cruzó mi brazo con el suyo y seguimos en dirección de la tenería. Allí encontramos á mi padre, pobre señor que cada día se iba poniendo más viejo y más áspero, y cada día iba recostándose más en Juan. Aunque éste era su dependiente en la apariencia, en realidad era el que llevaba el peso de casi todos los negocios y yo sentía en ello la mayor

complacencia. Apoyados mi padre y yo en sus brazos cruzamos las calles de Norton Bury en dirección á casa, siendo saludado Juan por la mayor parte de las personas que encontrábamos al paso. Á cada saludo de éstos mi padre fruncía el ceño y por último no pudo contenerse y dijo á Juan :

—Muchas amistades vas adquiriendo, Juan, y te advierto que no apruebo eso.

—No son amistades—contestó él humildemente—son meros conocimientos.

Juan estaba ya acostumbrado á suavizar las asperezas de mi padre ; pero el enojo de éste traspasó todo límite cuando al pasar por nuestro lado el carruaje del doctor Jessop la señora de éste llamó á Juan y le dijo :

—Necesito que Vd. y el señor Fletcher vengan á verme mañana en vez de esta noche. Lady Carolina Brithwood desea conocer á Vd.

—¿ Á mí?—dijo Juan.

—Sí, á Vd.—contestó aquella sonriendo.—Á Vd., Juan Jalifax, el héroe del pueblo, apaciguador de motines. ¿ Por qué no me ha contado Vd. eso? Ella está entusiasmada con Vd., y no me dejará tranquila hasta que lo vea. La conozco, y ruego á Vd. que no falte.

Y sin esperar la contestación siguió su camino.

—¿ Qué quiere decir eso, Juan?—dijo entonces mi padre. ¿ Qué es lo que te propones?

Yo comprendí que aquel era el primer tiro de la batalla que se preparaba, como siempre que mi padre sospechaba que Juan estaba adquiriendo más relaciones que las de nuestra tranquila casa. Éste tomaba siempre con mucha paciencia los ataques de aquél, y no le contestó, limitándose á pasarse la mano por los ojos como si no viera bien.

Mi padre repitió la pregunta y ya Juan no tuvo más remedio que contestar.

—Es la señora del doctor Jessop, señor.

—Ya lo sé—gruñó mi padre. Ese doctor que se ha vuelto loco á la vejez. ¿Y para qué te necesita?

—Lady Carolina, querrá Vd. decir . . .

Mi padre se detuvo, y afirmando su bastón en el suelo y soltando el brazo de Juan, le dijo, mirándolo de pies á cabeza :

—¿Y una señora del rango de lady Carolina desea verte á tí? . . . Vamos Juan, ya veo que has perdido el juicio.

—¡ Señor !

—Ya me figuraba en lo que vendría á parar todo. Fuiste á Londres, te arrastraste á los pies de aquellos grandes, avergonzándote tal vez de tu modesta posición y haciéndote pasar por un caballero . . .

—¡ Yo me tengo por un caballero !

No hay palabras con qué expresar el asombro de mi padre al oír esto.

—¡ Muchacho !—gritó—¡ Desventurado ! ¡ Dios tenga compasión de tí !

Juan se sonrió, pensando sin duda de muy distinto modo.

Llegábamos en esto al pie de la escalera de casa, y mi padre la subió seguido de Juan, y diciendo :

—Supongo que ahora esta casa será demasiado humilde para un caballero como Vd. . .

—Usted es injusto conmigo señor Fletcher, y ya se convencerá Vd. de ello.

Mi padre no le contestó y Juan y yo teníamos otras cosas en qué pensar, sin detenernos á hacer mucho caso de las pasageras indignaciones de aquél.

Quando estábamos de sobremesa, Isabel nos entregó dos elegantes tarjetas, primera invitación que para una fiesta en el mundo había osado penetrar en aquella tranquila morada de un cuáquero. En ellas se nos rogaba fuésemos al día

siguiente á tomar el te en casa del doctor Jessop, con los señores de Brithwood.

—Désela Vd. á su padre, Félix—dijo Juan sin poder disimular una sonrisa.

—Mi padre contestó con acritud :

—Félix, tú no irás.

—¿ Y Juan?—pregunté yo.

—Juan puede ir á perderse, si gusta. Él es dueño de sus acciones.

—Siempre lo he sido—contestó Juan, aunque sin altanería.—Hace años que hubiera podido perderme sino hubiera sido por la bondad del cielo y la de Vd.

—¿ Pero por qué no quieres mantenerte en tu posición, siendo un honrado artesano como lo he sido yo ?

—Y como pienso serlo yo también siempre ; pero creo que tan Juan Jalifax soy en la tenería como en los salones del doctor Jessop, ni una posición me degrada, ni la otra me eleva.

—Según eso—dijo mi padre, dejando caer la pipa, de puro asombrado—¿ te creés ya un completo caballero ?

—Como he dicho á Vd. antes, creo firmemente que lo soy.

—¿ Y te asociarás con la gente más elevada del país ?

—Si ellos me aceptan, y yo puedo escoger, así lo haré ciertamente.

Abel Fletcher, que era un hombre honrado, gustaba de la honradez en todo, y algo le pareció ver en la brillante mirada de Juan, y en su audaz espíritu de independenciam, que le subyugó.

—Bueno, muchacho—dijo al fin—eres muy joven y eso te pasará.

Sacudió la blanca ceniza de su pipa y se quedó pensativo.

—Respecto á mañana—insistió Juan—creo que puedo

ir, y hasta que hubiera podido hacerlo sin el permiso de Vd.; pero prefiero siempre ser franco con Vd. á quien considero como mi querido maestro y mi mejor amigo.

—¿Pero por qué te empeñas en reunirte con esa gente tan elevada?—le preguntó mi padre, con más dulzura.

—No porque sea elevada, sino porque en esta ocasión tengo un motivo pederoso para ello.

—¿Qué poderoso motivo es ese? Díme la verdad.

—Quiero saber por mí mismo si lady Carolina Brithwood es una persona apropósito para tener á su cargo una joven pura é inocente . . .

Mi padre le interrumpió con tono de profunda compasión.

—¡Ya me figuré que habría de por medio una mujer!

Juan no le contestó, absorto como se quedó ante la extraña convulsión que agitó el rostro de mi padre, que de pronto exclamó con violencia:

—¡Sepámoslo de una vez! ¿Quién está abusando de tí? ¿Se trata de un casamiento, ó sólo de? . . .

—¡Señor Fletcher, se trata de una señora!

—¡Una señora! ¡Pues entonces ya me explico por qué tú aspiras á ser un caballero!

—¡Padre!—exclamé yo.

—¿Y tú lo sabías? Ya te pondré bajo llave para que no vuelvas á ir con él á perderte y á hacer la desgracia de tu padre.

Esto era demasiado; pero entonces fué Juan quien apretándome la mano me hizo comprender que todo debe tolerarse á un padre recto y digno como era el mío. Juan sabía lo que yo no supe hasta años después respecto á la historia de mi padre.

—Señor, Vd. está equivocado—dijo Juan.—Félix no tiene nada que ver en este asunto en el que sólo yo soy el culpable, como podrá Vd. saber si quiere oirme.

—¡ Habla !

—No tengo por qué ocultarlo, pues un amor puro no puede ocasionar la desgracia de ningún hombre. Ni ella sabe nada, ni por lo tanto soy todavía correspondido.

—Mi padre estaba profundamente conmovido. ¡ Dios sabe qué recuerdos de pasados tiempos agitaban en aquel momento su corazón !

—Los tres permanecimos silenciosos por largo rato, hasta que por último dijo mi padre :

—¿ Quién es ella ?

—Prefiero no decírselo á Vd. todavía. Bástele saber que pertenece á una familia superior á la mía.

—¡ Ah ! ¿ De alta posición ? .. Pero supongo que no te humillarás y te harás infeliz para toda tu vida casándote con ella ?

—Si ella me amase, y yo, por medios honrosos lograra elevarme á su nivel, no titubearía en hacerlo.

—Aquella enérgica contestación desconcertó á mi padre, y hasta pareció infundirle miedo.

—Haz lo que creas mejor, y Dios te ayude—dijo por último aplacado—y Él haga que no encuentres un castigo al conseguir tu deseo.

—El incidente terminó, porque mi padre manifestó deseos de que terminase. Encendió su pipa y se puso á fumar silencioso y triste.

—Años después, cuando las cenizas de aquel buen señor reposaban en el cementerio de Santa María de Norton Bury, supe lo que todo el mundo sabía en el pueblo, menos yo ; que mi pobre madre, cuya vida de matrimonio había sido tan desgraciada y tan breve, era por su nacimiento una noble.



CAPÍTULO XIV.



A sala principal de la casa de los señores Jessop estaba resplandeciente de luz. Algunas señoras con los trajes de los colores pálidos, entonces en moda, y varios caballeros con frac azul de botón dorado y chaleco amarillo; y muchas sonrisas, fué todo lo que se presentó á mi vista á nuestra entrada en aquella escena completamente nueva para mí.

La señora Jessop me presentó á todos sus convidados, como de costumbre en estas pequeñas reuniones, y le dijo á Juan :

—Señor Jalifax, tengo mucho gusto en ver á Vd. aquí ; lady Carolina de Brithwood se verá muy complacida, pues ansía conocer á Vd.

Después de esto, todo el mundo se dirigió á hablar con extraordinaria cortesía á Juan, que afrontó su situación con la más cumplida naturalidad.

Al poco rato, el señor Brithwood y lady Carolina se presentaron en la sala, pero no venía con ellos la señorita March. Yo había visto muy pocas veces á una y á otra. Él era un joven corpulento, ajustado en su traje de colores claros. Lady Carolina, no obstante haber pasado su primera juventud, se conservaba hermosísima, y venía elegantemente ataviada y luciendo soberbias joyas. Sus sonrisas se dirigieron á todos, y especialmente al doctor y á su señora, á quienes

como un señalado favor estaba honrando con su visita. Yo no podía apartar los ojos de aquella mujer á quien medio Norton Bury adoraba, y la otra mitad sonreía maliciosamente cuando se la nombraba, pero esta mitad se componía de aquellas personas á quienes ella rehusaba tratar. En aquella noche, casi todos los que estaban presentes le rindieron homenaje, y hombres y mujeres parecían encantados de la fascinación de su mirada, su belleza, vivos modales y exquisita sonrisa.

Yo no sé lo que Juan pensaría de ella en aquel momento. Ella aun no lo había podido ver, porque á su entrada aquél se había retirado un poco, y la media docena de convidados que estaban hablando con él se interpuso entre uno y otra al ir á saludarla.

Nos hallábamos Juan y yo conversando cerca de una ventana cuando oímos á lady Carolina decir en voz alta :

—Señora Jessop, mi buena amiga, ¿ dónde está su joven héroe, *l'homme du peuple*? No lo veo. ¿ Está vestido con el traje de los campesinos ingleses ?

—Juzgue Vd. por sí misma, señora ; lo tiene Vd. á su espalda. Señor Jalifax, permítame Vd. que le presente á lady Carolina de Brithwood . . .

Si la hija de Lord Luxemore pareció confundida alguna vez en su vida, fué ciertamente en aquel momento.

—¿ Él ? ¡ *Mon Dieu!* ¡ Éste !

Retiró la mano que tenía medio alargada y lo saludó con una graciosa sonrisa. No le era posible patrocinar á Juan Jalifax.

Juan se inclinó con gravedad.

Muy pronto recobró aquella su animación, y dijo, dirigiéndose á Juan :

—Estoy encantada al ver á Vd., señor Jalifax, yo adoro *le peuple*.

Continuó hablando con él de diversas generalidades, mezclando muchas palabras francesas, y Juan contestando con laconismo. Aunque no hubiera nacido hija de un conde, lady Carolina hubiera sido siempre el mágico centro de cualquiera sociedad en que hubiera girado. Su conversación no sólo era brillante y animada, sino que estaba sembrada de encantadoras frivolidades dichas de un modo que resultaban siempre ingeniosas. Su carácter me cautivó desde el primer momento, y todavía, después de tantos años, la recuerdo como estaba en aquella noche, amable, alegre y atractiva, en el cenit de su hermosa madurez. Lo que fué luego en su edad más avanzada, el mundo lo sabe, ó pretende saberlo. El cielo habrá sido tal vez más clemente con ella, y yo sólo me limito á decir : ¡ Pobre lady Carolina !

Cuando se acercó la hora de cenar, dijo á Juan :

—Antes de que pasemos al comedor, quiero hacer una especial presentación de Vd. á mi marido el señor de Brithwood.

Se levantó, y apoyándose en su brazo cruzaron el salón.

—Señor de Brithwood, permitidme que os presente un amigo mío.

Aquél se inclinó con muy poca cortesía, demostrando ser cierto lo que se decía en Norton Bury respecto á que el señor Brithwood se encontraba mejor entre cocheros que entre caballeros.

—Es un paisano de Vd., y debe Vd. conocerlo ó haber oído hablar de él—añadió lady Carolina.

—Yo he tenido el gusto de ver antes de ahora al señor Brithwood—dijo Juan—pero tal vez él no me recuerde.

—¿ Cómo se llama Vd. ?—preguntó aquel con bastante grosería.

—Juan Jalifax.

—¿ Qué Jalifax, el curtidor ?

—El mismo.

—¡ Ya! . . y le volvió la espalda.

Juan cambió de color. Lady Carolina se rió pero pronunció entre dientes la palabra “*Bête*,” y dijo en voz baja á su marido :

—Amigo mío, Vd. olvida que le he presentado á Vd. este caballero.

—¡ Caballero ! Déjeme Vd. en paz, lady Carolina, estoy ahora hablando con estos señores.

—De lo cual nos alegramos mucho. He venido solamente como cuestión de fórmula á ratificar la invitación que he hecho al señor Jalifax para que coma con nosotros el domingo.

—¡ Qué dice Vd. !

—¡ Ricardo, me está Vd. lastimando !—dijo ella con un pequeño grito, separando los ásperos dedos con que aquel le oprimía un brazo.

—¡ Señora, Vd. debe estar loca ! Ese mozo es un curtidor que no puede alternar en mi sociedad.

—Precisamente por eso yo lo invito á la mía.

En aquel momento entró en la sala, acompañada de la señora Jessop, una muchacha alta y vestida de luto. Juan y yo la conocimos en seguida. Era nuestro sueño de Enderley, nuestra virgen de ojos negros.

Su vista se encontró con la de Juan, y ambos se saludaron con una pequeña inclinación de cabeza. Éste se puso pálido, y á ella se le encendió el rostro y la garganta. Vino á sentarse, creo que accidentalmente, cerca de mí, y cuando me vió me tendió la mano. Cambiamos dos ó tres palabras y noté que estaba nerviosa. Me dijo que aquel encuentro había sido inesperado para ella y que se alegraba mucho de verme.

Juan conservaba su posición, un poco separado de los

Brithwood que sostenían un ligero altercado, y aunque no nos miraba, yo estaba seguro de que no perdía una sílaba de lo que la señorita March me estaba diciendo.

De pronto el señor Brithwood se dirigió á él y le dijo en tono de protección :

—Oiga joven, necesito hablar dos palabras con Vd.

—Estoy á sus órdenes—contestó Juan mirándole fijamente á la cara.

—Aunque me es desagradable tener que decírselo á Vd., supongo que no hará caso de las tonterías de mi mujer.

—No entiendo lo que Vd. quiere decir.

—Pues le hablaré con más claridad. Vd. podrá ser un buen muchacho, según tengo entendido, pero las clases son clases. El doctor Jessop puede recibir en su casa á quien tenga por conveniente, pero yo, á pesar de los caprichos de mi mujer, no puedo invitar á Vd. á mi mesa.

—Ni yo me rebajaría hasta aceptar semejante invitación.

Dijo estas palabras distintamente, de modo que las pudiera oír todo el círculo inmediato, y volvió la espalda para alejarse, cuando el señor de Brithwood gritó furioso como un energúmeno.

—¿Rebajarse Vd. ? ¿Qué quiere Vd. decir con eso ? ¿Qué, no se consideraría Vd. honrado alternando conmigo ? Pero esas son las palabras de todos los revolucionarios y sediciosos, que deberían ser ahorcados.

La sangre se agolpó al rostro de Juan, que sin embargo se contuvo y dijo :

—Yo no soy ni revolucionario ni sedicioso.

—Pero es Vd. un artesano.

—Ciertamente.

—Y ahora que recuerdo, ¿ no es Vd. el muchacho que en cierta ocasión nos ayudó, á mi primo March y á mí á salir del río Severn ?

Yo oí una ligera exclamación de la señorita March y la ví que escuchaba con la mayor atención. Sus ojos estaban fijos en Juan cuya contestación esperaba.

—Tiene Vd. muy buena memoria ; yo era aquel muchacho—contestó Juan.

—Muchas gracias. Estuve á punto de perder la vida, y hubiera sido una lástima. Recuerdo también que rehusó Vd. aceptar una moneda que le ofrecí como recompensa. Pase Vd. mañana por casa y le daré veinte.

El insulto era demasiado grande, pero Juan aun se contuvo.

Ursula se levantó, y acercándose al señor Brithwood y tomándolo del brazo le dijo con energía :

—Primo, en mi presencia este caballero debe ser tratado como tal. Yo no puedo olvidar lo que hizo con mi padre.

—¡ Vaya al diablo tu padre ! contestó aquél de la manera más grosera.

Juan no se pudo ya reprimir, y dirigiéndose airado á él, exclamó :

—¡ Caballero, modérese Vd., ó de lo contrario ! . .

Brithwood se avalanzó á él con el brazo levantado, pero Juan lo contuvo diciéndole, con una imponente mirada :

—Respete Vd. el lugar en que nos hallamos, si es Vd. un caballero como pretende serlo.

Ursula estrechó la mano de Juan y éste se calmó por completo. Mientras tanto lady Carolina trataba de apaciguar á Ricardo Brithwood que al poco rato manifestó deseos de retirarse.

—No es necesario que lo haga—dijo Juan á la señora Jessop.—Quien se retira soy yo, y ya ve Vd. como tenía razón al no querer venir á la casa de Vd.

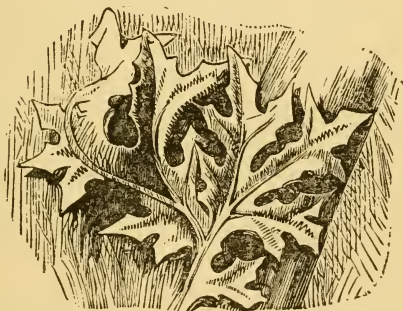
—Ningún insulto dirigido por un hombre le degrada—dijo entonces la señorita March.—La degradación es para

quien profiere el insulto. Hace Vd. muy bien en irse, Juan—añadió, apoyando su mano en el brazo de éste.

—¿Pero, y Vd.? ¿Qué hará Vd.?

—No se ocupe Vd. de mí. Juana me cuidará—contestó Ursula abrazando á su antigua institutriz, manifestando una ternura de sentimientos que nunca, hasta entonces, habíamos visto en ella.

La señora Jessop la abrazó también, y nosotros, haciendo un rápido saludo de despedida, salimos de la casa.





CAPÍTULO XV.



ABÍAN pasado algunas semanas después de aquél acontecimiento, y nosotros seguíamos haciendo nuestra acostumbrada vida. Ursula March había dejado la casa de su primo, yendo á vivir con los señores Jessop, á corta distancia de la nuestra.

Ni Juan ni yo volvimos á ser invitados por la señora Jessop á ir á su casa, pero no por eso la censurábamos ; tenía á su cargo á Ursula, y el pueblo de Norton Bury era un semillero de chismes. Se criticaba la ingratitud de la señorita March con sus parientes, y se comentaba de mil maneras la anécdota de Juan Jalifax con el caballero de Brithwood, y Juan no hubiera podido permitir que se mezclase su nombre con el de la señorita March. La veía algunas veces, y siempre por casualidad, ya al cruzar la calle dirigiendo una furtiva mirada á las ventanas, ya en las salidas que aquella solía hacer acompañada de la señora Jessop ; pero nunca le volvió á hablar.

Yo lo observaba con atención y con una agonía de duda y de pena, pues aunque nada me decía, yo veía que se estaba operando en él un cambio completo. Su robustez decaía, y se adelgazaba y se debilitaba.

—¿ Qué haría yo contigo, Juan ?—le dije una tarde que lo ví entrar más abatido que nunca.—Yo creo que estás realmente enfermo.

—No lo crea Vd.—me contestó.—No tengo absolutamente nada. Déjeme Vd. tranquilo . . . Pero yo no sé lo que me digo—añadió al poco rato, como arrepentido de la dureza de sus palabras conmigo. No soy yo quien habla, sino el infierno que tengo aquí—dijo señalando á su pecho.

Nos asomamos á la ventana, y le dije al cabo de un rato:

—¿Has sabido algo de ella?

—Sí—me contestó suspirando—va á abandonar este pueblo.

—Me alegro—dije yo.

Me miró con fiereza durante un momento, y añadió:

—Tal vez debiera alegrarme yo también. Esto no puede continuar así ó concluiría por acabar con mi existencia, como algunas veces pido á Dios.

—Juan—le dije como un último recurso, viéndolo en aquel estado—¿por qué no te resuelves y te diriges á ella contándole todo?

—Algunas veces he pensado en ello, pero también he pensado en mi posición! En dos distintas ocasiones he estado á punto de presentarme en casa del doctor Jessop, donde no he vuelto á poner los pies desde aquella noche fatal, y á donde no he vuelto á ser invitado á entrar, y en ambas he retrocedido pensando si yo era un loco ó un malvado.

No supe qué contestarle. Á los ojos del mundo él no hubiera aparecido más que como un muchacho de veintiún años, dependiente de una tenebría, aspirando á la mano de una señorita noble, y un joven sin posición y sin recursos persiguiendo á una muchacha rica (por más que el señor Brithwood se encargaba de publicar que su fortuna era mucho menor de lo que se decía); lo cual le deshonoraría ante ese mismo mundo. No había, pues, esperanza para él!

—Juan—le dije.—¡Ojalá que no la hubieras conocido nunca !

—Nada de eso—me contestó.—Si Vd. supiera cuán noble y generoso es su corazón, comprendería como yo, que por el contrario, ha sido una bendición del cielo ! Es un ángel á quien necesito por compañera de mi vida para fortalecerme y hacerme bueno, como lo sería si pudiera hacerla mía, pero . . .

Se levantó y se puso á dar paseos por el cuarto con la mirada descompuesta.

—¡ Félix—dijo deteniéndose de pronto—es preciso que esto concluya, y concluirá !

—¿ Qué quieres decir con eso ?

—Que mañana salgo para Bristol, y me embarcaré en el primer buque que zarpe para América.

Me estrechó las manos, riendo convulsivamente, y se dejó caer en un sillón.

Una hora después se hallaba acostado en mi cama, prostrado y enfermo por primera vez desde que yo lo conocía.

Aparentemente era una fiebre de las que desde el año anterior reinaban en Norton Bury, según la opinión de Isabel que había curado muchas. Se opuso abiertamente á que fuese avisado el doctor Jessop, y yo no le contrarié porque comprendía que su enfermedad era más bien del espíritu, y no hay doctor que las sepa curar. Fué confiado enteramente á la quietud de mi cuarto, y á los cuidados de Isabel y míos.

Al cabo de algunos días y viendo que no se mejoraba, me decidí á hacer venir un médico de Coltham, que dijo era una fiebre contraída en la insalubre guardilla en que había persistido en continuar viviendo.

Transcurrieron semanas y no sólo no se mejoraba, sino que cada día se debilitaba más y más, y sin proferir una

queja, cada vez que yo le hablaba de su restablecimiento se volvía hacia la pared, no manifestando más que cansancio de la vida.

Una mañana por fin, mi desesperación no tuvo límites ante la idea de que podía perder aquel amigo del alma, y dispuesto á hacer cuanto estuviera á mi alcance y comprendiendo que no había más que un último extremo que probar, sin decir una palabra á nadie, salí del cuarto, crucé la calle por primera vez después de varias semanas, y me dirigí á donde vivía Ursula March.

La encontré sóla, sentada en la sala, cosiendo ; el doctor había salido, y la señora Jessop se hallaba en el jardín. Mi entrada la sorprendió ; pero me recibió con cordialidad diciéndome cuánto se alegraba de verme y que extrañaba no haber visto últimamente á ninguno de los dos.

—No es extraño que no nos haya Vd. visto, señorita ; Juan ha estado y aun está muy enfermo . . . casi muriéndose.

Pronuncié estas palabras muy despacio, observando atentamente el efecto que en ella producían.

—¡ Enfermo ! ; y nadie me lo ha dicho !

—¿ Para qué ? Yo soy el único que se interesa por él . . . ¡ y si Juan se muriera ! . . .

Ursula se levantó y se acercó á mí, tomándome la mano. Las suyas estaban frías, y su voz temblaba. Hizo un movimiento como para salir del cuarto, diciendo :

—Voy á avisar á la señora Jessop ; tal vez ella pueda hacer algo . . .

—Ella no puede hacer nada. Oigame Vd.

—El doctor Jessop . . .

—Nada podría hacer tampoco. La enfermedad de Juan no está en el cuerpo. ¿ Sabe Vd. de lo que se está muriendo ?

—¡Muriéndose!—exclamó con un estremecimiento nervioso.

—Sí, señorita, muriéndose, ó poco menos, y sólo un cambio en las cosas, que no me atrevo á esperar, y del que no debo hablar á Vd., podría . . .

Ella empezó á comprender. Un ligero tinte rosado coloreó sus mejillas, y me miró como queriendo investigar mis pensamientos.

—Es la verdad, señorita. Desde el año pasado el pobre Juan . . . ¿Respetará Vd. su dolor? Sí, ¿verdad?

Hizo con la cabeza un signo afirmativo, pero no contestó una palabra. Aquel silencio me tenía casi desesperado.

—¿Cómo? ¿Ni una palabra? ¿Ni un simple recado para el amigo enfermo que se muere de? . . .

El mismo silencio.

—¡Bueno!—exclamé al fin, fuera de mí.—Tal vez eso sea mejor. No debe pertenecer á este mundo el hombre que es noble hasta el extremo de morir por el amor de una mujer.

Y salí precipitadamente de la sala. De las horas que se siguieron para mí, es mejor que no hable. Mi cabeza se hallaba poseída de raras ideas de lo bueno y de lo malo en extraña confusión. No sabía decirme si había hecho bien ó mal en el paso que había dado, pero había sido guiado por un impulso que me pareció providencial.

Cuando me calmé algún tanto me dirigí al cuarto donde estaba Juan y en cuya puerta encontré á Isabel.

—Entre Vd. despacio, Félix—me dijo.—Creo que se ha operado un cambio en el enfermo.

¡Un cambio! Aquella palabra me asustó; y me acerqué precipitadamente á la cama de Juan. Encontré á éste sentado, y en sus ojos y en todo su semblante pintada una nueva vida.

—Félix—me dijo—parece que está Vd. cansado. ¿Dónde ha estado? Ya no tiene Vd. que pasar más penas por mí. Mañana estaré completamente bueno.

En medio de mi alegría no cesaba mi admiración ante aquel milagroso cambio.

—¿Se reirá Vd. de mí si le cuento un sueño que he tenido? He soñado que ella estaba sentada aquí á mi lado, precisamente donde está Vd. sentado ahora.

—¿Ella?

—Sí; Ursula. Me dijo que sabía cuanto la amaba y que me estaba muriendo por ella; que eso no era razonable, y que debía sobreponerme y cumplir mi misión en el mundo.

—¿Y qué más?

—Nada más, Félix; pero yo cumpliré lo que ella me ha mandado.

Durmió tranquilo toda la noche, y á la mañana siguiente lo encontré levantado y vestido. Parecía un espectro, pero en sus ojos se veía pintado el valor y la esperanza. Hasta mi padre lo notó cuando lo vió bajar las escaleras apoyado en el brazo de Isabel.

—¿Te has levantado, muchacho? ¿Vamos á tener hombre otra vez?—le dijo.

—Así lo espero, señor; y un hombre más de bien que hasta ahora.

—Más bueno ó más malo, la verdad es que no podemos pasar sin tí.

Volvió la espalda y se sentó á leer el periódico. Por la tarde, y contra su costumbre, permaneció en la casa, yendo á fumar en su pipa al jardín. Yo me hallaba leyendo un libro para distraer á Juan, cuando entró Isabel diciendo:

—Juan Jalifax, una señora pregunta por Vd.

Juan dió un salto en la silla, como si para él no hubiera más que una mujer en el mundo.

Era la señora Jessop.

—¿ Ha estado Vd. enfermo, hijo mío?—entró diciendo. Perdóneme Vd. ; yo estoy ya hecha una vieja. Siéntese Vd. Lo obligó á sentarse, y se colocó á su lado.

—No teníamos la menor idea, ni el doctor ni yo. ¿ Pero por qué no nos lo ha avisado Vds. ?

—Ya estoy bien, señora.

—Ahora es preciso que se cuide Vd. mucho.

—Así lo haré, señora Jessop—contesté yo—y sino aquí estamos nosotros que lo queremos mucho para cuidarlo.

Dije estas palabras con cierta acritud de que luego me arrepentí, pues parece que ella comprendió su significado y contestó con suavidad :

—Así lo creo, señor Fletcher, y creo también que difícilmente podrá el señor Jalifax comprender cuanto lo estimamos todos nosotros.

Tomó la mano de Juan con cariño, y añadió :

—Es necesario que se ponga Vd. bueno pronto. Mi marido vendrá á verlo mañana, y en cuanto á Ursula—agregó metiendo la mano en el bolsillo—mi hija querida envía á Vd. ésto.

Era una pequeña carta abierta. En el sobre había escrito con letra clara y correcta solamente el nombre de “ Juan Jalifax.”

Juan la oprimió convulsivamente entre sus dedos.

—Ursula es muy bondadosa . . .—dijo.

Y no pudo decir más. La mano en que tenía aquella carta le temblaba.

—Ella es agradecida—dijo la señora Jessop dirigiéndose á mí—y yo no vería con gusto que olvidase á aquellos de quienes recibió pruebas de afecto en días tristes para ella. ¿ Ha leído Vd. la carta, señor Jalifax ?

Juan no contestó.

—Puede Vd. darme la contestación. Ella me contó lo que decía á Vd.

La carta decía simplemente :

“Mi querido amigo : hasta ayer no he sabido que ha estado Vd. enfermo. No he olvidado lo bueno que fué para con mi padre. Tendré mucho gusto en verlo si Vd. me lo permite.

Suya sinceramente

URSULA MARCH.”

—Bueno—dijo la señora Jessop—¿ qué quiere Vd. que le diga á Ursula ?

—Dígale Vd. . . ruéguele que venga.

La señora Jessop se retiró, y nosotros permanecemos callados y esperando más de una hora.

Mi padre volvió del jardín y se sentó en su sillón á dormir la siesta.

Al fin llegó Ursula. Al verla en la puerta de la sala, Juan se levantó y fué á su encuentro. Se estrecharon las manos sin pronunciar una palabra. El aspecto de Juan debió hacer comprender á Ursula que yo no la había engañado, y le dirigió una mirada que me hizo comprender en qué vendría á parar aquello.

Isabel entró á avisar á mi padre que la señora Jessop lo esperaba en el jardín. Mi padre se despertó, se frotó los ojos, y al ver que se hallaba allí una señora se los volvió á frotar sorprendido.

Juan condujo á Ursula cerca de donde aquel se hallaba sentado.

Señor Fletcher—le dijo—la señorita March, mi amiga, que sabiendo que yo estaba enfermo, ha sido tan bondadosa . . .

La voz le faltó, y la señorita March añadió con voz débil, y bajando los ojos :

—Yo soy una huérfana, señor, y él fué muy bueno para con mi padre.

Abel Fletcher se ajustó los anteojos, la miró fijamente y dijo :

—Si es Vd. amiga de Juan es bien venida en esta casa. ¿No quiere sentarse ?

Y ofreciéndole la mano, ceremonia que nunca había yo visto practicar á mi cuáquero padre, la hizo sentar en su propio sillón.

Á la penetración de mi padre no se ocultó en breve, la realidad de los hechos. Cesó en su exscrutinio y dijo sonriendo :

—¿ Quiere Vd. quedarse á tomar el te con nosotros ?

Ella aceptó, y de este modo, una hora después el comedor de nuestra casa ofrecía un aspecto como yo no había visto desde hacía largo tiempo.

La señora Jessop entretuvo á mi padre con su amena conversación. El doctor llegó cuando habíamos acabado de tomar el te, y los tres señores mayores formaron su círculo, ocupándose muy poco de nosotros.

Ursula y Juan fueron á sentarse cerca de la ventana, y el que yo oyera su conversación no les podía hacer daño alguno.

—¿ Piensa Vd. dejar pronto este pueblo ?—le preguntó de repente Juan.

—No lo sé todavía. Tal vez no. Siendo independiente, por haberme separado por completo de mis primos, es posible que me quede á vivir con los señores Jessop.

—Es natural—contestó Juan.

—Yo espero que muy pronto estará Vd. enteramente bueno.

—Así lo espero yo también. Dios sabe que necesito todas mis fuerzas—añadió suspirando.—Tengo pensado, tan

luego como pueda, salir de Norton Bury y permanecer algún tiempo fuera.

—¿ En dónde ?

—En América. Es el mejor país para un hombre que, como yo, careciendo de familia y de posición, es dueño de su albedrío y puede allí labrarse una fortuna, como yo haré, si Dios me ayuda.

Ursula murmuró algunas palabras de aprobación.

—Me alegro de que Vd. lo apruebe—continuó, en un tono que contradecía sus palabras.—De todos modos necesito ausentarme de Inglaterra. Tengo mis razones para ello.

—¿ Qué razones ?

La pregunta pareció sorprender á Juan que se tomó unos momentos para contestar.

—Necesito irme porque me hallo bajo la influencia de una desgracia, de que mientras permanezca aquí, no me veré libre. La carga que pesa sobre mis hombros es superior á mis fuerzas. ¿ No cree Vd. que tengo razón ?

—¿ Es absolutamente inevitable ?

—Usted no podría comprenderlo. Bástele a Vd. saber que necesito irme, y que si permaneciera aquí me consideraría indigno de mí mismo y de . . . Perdóneme Vd. ; no debiera hablarle de este modo, pero me ha llamado Vd. su amigo, y quiero que conserve Vd. siempre un buen recuerdo de mí.

La voz le temblaba de tal modo que no pudo continuar.

—Juan, . . . no se vaya Vd.

Ursula pronunció estas palabras casi como un suspiro, pero Juan las oyó, . . . las sintió. Todo quedó aclarado entre ellos, y cualquiera cosa que el mundo dijera, ellos ante el cielo eran iguales, y ella recibía tanto como daba.

.

Cuando Isabel entró con las luces, vi á Juan levantarse, y tomando de la mano á Ursula y con la cabeza erguida, dirigirse á donde estaba mi padre :

—¿ Qué es eso ?—dijo éste.

Juan le contestó con voz conmovida :

—Señor, ni ella ni yo tenemos padres. Bendígala Vd., pues me ha prometido ser mi esposa.

El pobre viejo los bendijo con lágrimas en los ojos.





CAPÍTULO XVI.



O quisiera hacer á Vd. salir en un día tan húmedo como hoy, Félix, pero necesito que me acompañe.

Tal vez Juan tenía razón, pues realmente era sério el motivo de su salida.

Era el 19 de Junio, 1801, una semana después de haber obtenido de Ursula el dulce “sí,” y el día siguiente al en que cumplió su mayor edad; y se proponía ir á comunicar al señor Brithwood, tutor y curador de Ursula, el hecho de que ésta le había prometido ser su esposa, á él, Juan Jalifax.

Llegamos á la puerta de la casa de la Mythe, y Juan, con franca desenvoltura, tiró de la campanilla.

—El señor Brithwood está ocupado, señor—dijo el criado que vino á abrir la puerta, y á quien Juan había dicho que anunciase al señor Jalifax.

—Siento incomodar al señor Brithwood, pero necesito verlo hoy.

Y sin esperar nueva contestación, siguió al criado al gran salon de espera donde no había nadie, y donde pasamos más de un cuarto de hora admirando los cuadros y los diferentes objetos de arte que allí había.

—¿ Ha dicho Vd. á su amo que estoy yo aquí?—preguntó Juan al cabo de este tiempo.

—Sí, señor.

—¿Y cuando podré tener el gusto de verle?

—Me ha dicho, señor, que le manifieste Vd. por mí lo que quiere comunicarle.

—Dígale Vd. que el asunto que me trae es para hablado con él, y que le suplico que me permita verlo; que es importante, y que si no fuera así no vendría á distraerlo de sus ocupaciones.

—Está muy bien, señor.

Al poco rato volvió diciendo que el señor Brithwood estaría por sólo cinco minutos en el salón de justicia.

Cruzamos varios corredores y llegamos á una sala que era donde Ricardo Brithwood, magistrado por el condado XX, juzgaba y castigaba con arreglo á su propio criterio de equidad, y á su conocimiento de las leyes del país.

Estaba sentado en su bufete, dictando á un escribiente con tal calor que ni cuando entramos en la sala, ni cuando Juan la cruzó en dirección á donde aquél se encontraba, nos vió ó aparentó vernos.

—Señor Brithwood . . .

—¡Oh! señor Jalifax, buenos días.

Juan le devolvió el saludo, y añadió:

—Tendría mucho gusto en hablar unos minutos con Vd.

—Hable Vd.—dijo él, aplicando el oído con parsimonia.

—Perdone Vd.; el asunto de que quiero hablarle es privado—dijo Juan, mirando al escribiente.

—Aquí no hay asuntos privados—replicó el magistrado con altanería.

—Pues entonces podré hablar con Vd. en otra parte, porque necesito tener una entrevista con Vd., y con urgencia.

Sea porque el señor Brithwood se sintiese poseído de cierta alarma, ó porque el tono de Juan le compeliere á ser cortés, hizo una señal al escribiente para que se retirase.

—Ahora—dijo dirigiéndose á Juan—puede Vd. hablar, y le agradeceré que sea breve.

—No le ocuparé mucho tiempo. Se trata de una mera cuestión de fórmula, sin embargo de lo cual he creído mi deber ser el primero en hacérselo saber. Señor Brithwood, tengo el honor de ser portador de un mensaje de su prima la señorita Ursula March para Vd.

—Ella no es nada mío, ni quiero volver á verla nunca.

—Ante todo, Vd. me hará el favor de hablar de ella con el debido respeto, al menos delante de mí.

—¿Delante de Vd.? ¿Y quien es Vd.?

—Vd. sabe muy bien quien soy yo.

—¡Oh! sí; pero, ¿qué tiene Vd. que ver conmigo ni con ningún individuo de mi familia?

—Señor Brithwood, no estoy hablando á Vd. de mí, sino de la señora de cuyo mensaje tengo el honor de ser portador.

—Esa señora ha tenido por conveniente separarse de su familia, y su familia desea no tener más trato con ella—dijo el caballero, con arrogancia.

—Lo sé—contestó Juan, en el mismo tono.

—¿Lo sabe Vd.? ¿Y con qué motivo tiene Vd. conocimiento de los asuntos privados, de la señorita March?

—Con el derecho, y este es el objeto de mi mensaje á Vd., de que dentro de pocos meses seré su marido.

Juan dijo esto con tal tranquilidad que al principio el señor Brithwood pareció no dar crédito á sus sentidos, y contestó, soltando una carcajada:

—Es la cosa más graciosa que he oído en mi vida.

—Perdone Vd.; estoy hablando en serio.

—¡Vaya! Déjese Vd. de cuentos increíbles. Ella no puede haberse vuelto loca hasta ese extremo.

—Tenga Vd. cuidado con lo que dice, caballero, y procure Vd. no insultar á la que vá á ser mi mujer.

El tono con que Juan pronunció estas palabras pareció infundir algún respeto á Ricardo Brithwood, que dijo :

—Siéntese Vd., . . . hágame el favor de sentarse, y hablemos con seriedad.

Juan se sentó.

—De manera que, según acaba Vd. de decirme, mi prima vá á ser su esposa ?

—Sí, señor ; dentro de muy pocos meses. Hace una semana que estamos prometidos, con conocimiento y asentimiento del doctor Jessop y de su señora, sus más inmediatos amigos, ya que no tiene parientes.

—¿ Y los de Vd. ?—preguntó el señor Brithwood, con el sarcasmo propio de su grosero ingenio.

—Yo tampoco los tengo.

—Así lo tenía yo entendido. Y en tal caso, ¿ puedo preguntar á Vd. cual es el objeto de su visita ? ¿ Dónde está su abogado, su contrato matrimonial ? . . . Quisiera saber qué es lo que desea Vd. de mí como tutor de la señorita March.

—Absolutamente nada. La señorita March es, como Vd. sabe, según el testamento de su padre, completamente libre para escoger marido, y lo ha escogido. Pero como, por ciertas circunstancias, yo quiero obrar con perfecta claridad, vengo á decir á Vd., como su primo, y ejecutor de aquel testamento, que está próxima á ser mi esposa.

—¿ Y puedo saber qué “ ciertas circunstancias ” son esas ?—preguntó todavía con sorna.

—Usted las debe saber. La señorita March es dueña de una fortuna, y yo nó ; y aunque yo deseara que los papeles estuvieran cambiados, esto no será un obstáculo para que yo me case con ella.

—Probablemente no.

—Repito que no será un obstáculo—dijo, un poco exal-

tado, Juan.—El mundo podrá decir lo que quiera, pero tanto ella como yo nos regimos por leyes más elevadas. Ella me conoce, y yo sé que puedo confiar en ella, y sería un cobarde si dejara de casarme con la mujer que amo por temor á que el mundo diga que lo hago por su dinero.

Estaba en pie, con el puño apoyado sobre la mesa y mirando frente á frente á Ricardo Brithwood que permanecía mudo ante la vehemencia del joven.

—Tal vez necesite—añadió Juan más calmado—que ella me perdone por traer su nombre á esta discusión, pero deseaba dejar este punto bien aclarado entre Vd. y yo, ya que es Vd. su más inmediato pariente. Ya sabe Vd., pues, lo que quería comunicarle, y no teniendo otra cosa que decirle, me retiro para no molestar su atención por más tiempo.

—Pero yo sí tengo—dijo Brithwood repuesto de su sorpresa, y viendo que su oponente abandonaba el campo.—Espere Vd. un minuto más. Diga Vd. á Ursula March que puede casarse con Vd., ó con quien tenga por conveniente, lo cual á mí no me importa; pero en cuanto á su fortuna, eso sí me importa, y la tengo en mis manos, y no verá un céntimo de ella, con razón ó sin razón, mientras yo pueda impedirlo.

—Puede Vd. hacer lo que guste, señor Brithwood; eso no ha sido el objeto de mi visita. Buenos días.

Cuando nos vimos en la calle, Juan parecía respirar con más libertad.

—Esto está terminado, y perfectamente, dijo.

—¿Pero crées que puede cumplir esa amenaza?

—Sí lo creo, pero no hay que hablar más de eso.

En el camino de Norton Bury encontramos á Ursula que paseaba con la señora Jessop.

Ella le preguntó un poco agitada pues sabía de donde venía.

—Todo está arreglado, querida mía ; no tengas la menor inquietud.

En los ojos de Ursula se pintó la más viva alegría. Se cogieron del brazo y continuaron el paseo, siguiéndoles la señora Jessop y yo.

Aquella tarde tomamos el té en casa del doctor Jessop. Á la conclusión, Juan se fué á la tenería á acompañar á mi padre, según tenía por costumbre todas las tardes. Ursula lo acompañó hasta la puerta, regresando á reunirse con la señora Jessop y conmigo, cuando, al poco rato, nuestra conversación fué interrumpida por la súbita aparición de una persona que nos dejó á los tres sorprendidos.

—¿Dónde está? ¿Dónde está *ma petite*? Aquí he venido, cruzando calles y plazas, y á pesar de la obscuridad, sólo por verla.

—¡ Carolina !

—Pase Vd. adelante—dijo la señora Jessop.—Hace un siglo que no teníamos el gusto de ver á Vd.

Lady Carolina besó á Ursula con efusión en ambas mejillas, besos que no estoy seguro si aquella devolvió.

—¿Cómo está Vd., mi querida señora Jessop? ¿He venido á interrumpir á Vds.? ¿No te alegras de verme, Ursula?

—Mucho, señora.

—¿No pensabas volver á verme, verdad?

—No, ciertamente, señora, y preferiría no ver á Vd. ahora tampoco si . . .

—¿Si mi marido no lo ha de aprobar? ¡Vaya, niña! ¿Qué nociones son las tuyas acerca de la supremacía marital? Y según he oído, ¿tú también te vas á casar?

—Sí, señora.

—¡Y con qué tranquilidad parece que lo tomas! ¡La noticia me ha dejado atónita! Yo siempre dije que aquel

joven me parecía un “héroe de romance.” ¡ Es el episodio más bonito que he oído en mi vida !

—No comprendo bien lo que Vd. quiere decir con eso, Carolina.

—Me has dado un “sí” tan formal, y yo sé que nunca dices ni aun inocentes mentiras, que . . . pero eso no puede ser. Tal vez un pequeño “*affaire de cœur*” . . . ¡ Ay ! Hija mía, yo también tuve algunos cuando era de tu edad, . . . ¡ caballerescos y románticos ! ¡ El amor es muy dulce entonces ! ¡ pero el casamiento ! Supongo, querida mía, ¿ qué no estarás formalmente prometida á ese joven ?

—Sí, señora, lo estoy.

—¡ Qué sería te pones para decirlo ! ¿ Te has enfadado ? Es efectivamente un guapo muchacho, pero . . . pertenece al pueblo.

—Y yo también.

—¡ No seas mala ! Tú no me comprendes. Quiero decir que pertenece á la clase baja, á la “*bourgeoisie*.” Mi marido dice que es dependiente de una tenería.

—Era dependiente, pero ahora es socio de la tenería del señor Fletcher.

—Viene á ser lo mismo. ¿ Y, de veras, estás decidida á casarte con un curtidor ?

—Me voy á casar con el señor Jalifax, y agradeceré á Vd. que de por terminada esta discusión, lady Carolina.

—¡ Oh ! “*la belle sauvage*”—dijo riendo y acariciando la mano de Ursula.—No he tenido intención de lastimarlo.

—Estoy segura de ello, pero hágame Vd. el favor de cambiar de conversación.

—De ninguna manera. He venido sólo á hablar de eso, y no podría dormir sin conseguirlo. Sabes que te amo de veras, “*ma petite Ursula*.”

—Muchas gracias—contestó Ursula dulcemente.

—Sin duda alguna, yo deseo verte casada, porque las mujeres debemos casarnos, ó no somos nada ; pero en cuanto á los casamientos de amor, que tan bonitos nos pintan los poetas, . . . querida mía, en estos tiempos, “*nous avons changé tout cela.*”

Ursula no le contestó.

—Supongo que el “*bourgeois*” te querrá mucho, ¿no es así? Hija mía, yo entiendo de eso más que tú. Todos los hombres dicen que quieren, pero . . . al cabo de un año me lo dirás. ¿Qué opina Vd. de esto, señora Jessop?

La señora Jessop había desaparecido.

—Es seguro que Juana no está de acuerdo con Vd., prima Carolina.

—Bueno ; dime algo más acerca de tí.

—No tengo nada más que decir.

—¿Nada más? ¿Y sabes ya que Ricardo está furioso, y que ha jurado no soltar un céntimo de lo que tiene tuyo, ni de grado ni por fuerza, mientras le sea posible. Pues así se lo he oído decir. ¿No te lo ha dicho Jalifax?

—El señor Jalifax me lo ha dicho.

—¡El señor Jalifax! ¡Con qué orgullo lo dices! Y á pesar de eso, ¿insistes en casarte con él?

—Sí, señora.

—Pues creo que estás completamente loca, querida mía.

—¿Lo crée Vd. así?

—Y creo también que él es un egoísta.

—¡Carolina!

—¿No es egoísmo convertir á una pobre muchacha en una esclava, esposa de un hombre pobre?

—Ella estará orgullosa de serlo. Y por último, lady Carolina, Vd. puede decir de mi todo cuanto quiera, pero

yo no puedo permitir que hable Vd. así del señor Jalifax. Vd. no lo conoce . . .

—¿Y tú sí? ¡Ah, pobrecita! ¡Ya te desengañarás algún día! ¿Y te insta para que os caseis pronto?

—Todo lo contrario. No debería decírselo á Vd., pero lo hago por él. Ha de saber Vd. que esta misma tarde me proponía que esperásemos hasta que trabajando sólo, pudiera tener lo suficiente para proporcionarme las comodidades á que estoy acostumbrada.

—¿Y qué le contestaste?

—Que no, y mil veces no! Si le dejase luchar sólo, la lucha sería demasiado dura para él, cuando él dice que puedo ayudarle . . .

—¿Sabes tú lo que es la pobreza, y si podrás soportarla?

—Probaré.

—¡Ciel! ¡Esto es admirable! ¿Y ese joven no tiene parientes ni protectores? ¿Es sólo en el mundo?

—Sólo—dijo Ursula.

—¿Y quieres decirme porqué te casas con él?

—Porque confío en él, como él confía en mí, y joven como soy, he visto bastante del mundo para estar agradecida por haber encontrado un hombre en quien puedo confiar. Porque cuando me ví en la aflicción me consoló; cuando me ví mal juzgada creyó en mí; y cuando todo era para mí tristeza y desolación me amó; y estoy orgullosa de su amor que sé que nadie podrá arrebatarme mientras yo no deje de merecerlo.

Lady Carolina escuchaba en silencio. Tal vez á pesar suyo, un suspiro se escapó de lo profundo de aquel corazón ligero y frívolo.

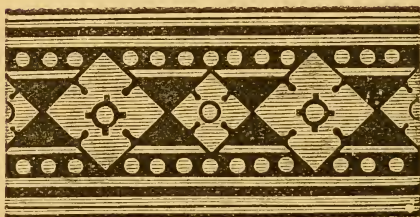
—Bueno. ¿Es decir que amas al señor Jalifax?

Ursula no contestó.

—Dímelo, porque tengo que irme. ¿ Lo amas? ¿ Sí, ó nó?

En aquel momento pude ver la cara de Ursula, radiante de felicidad, y la oí decir solamente :

—Juan lo sabe.





CAPÍTULO XVII.



EN el otoño siguiente Ursula y Juan se casaron. Él tenía veintiún años, y ella diez y ocho. Eran, en verdad, muy jóvenes ambos, demasiado jóvenes, dirán algunos, pero yo creo que, á veces, una doble bendición santifica estas uniones. Un casamiento he-

cho por verdadero amor tiene necesariamente que ser feliz siempre, y cuando dos seres se unen en el albor de la vida y emprenden juntos el cumplimiento de los deberes de ella, las probabilidades de felicidad son aun mayores, pues sus corazones tiernos y puros están en disposición de amoldarse uno á otro con más facilidad.

En estas circunstancias se hallaba aquella feliz pareja.

La boda fué completamente privada, sin ostentación de ninguna clase, á que Juan no era afecto, y sin acompañamiento de pariente alguno, de que ambos carecían.

En una hermosa mañana de otoño, Ursula, vestida con un sencillo traje de muselina blanca, se dirigió á la iglesia de la Abadía y allí pronunciaron ambos los votos sin que se hallase presente nadie más que los esposos Jessop y yo. Desde allí se fueron á pasar unos breves días de fiesta, completamente felices, sin pompa y sin lágrimas.

Cuando volví á mi casa y conté el suceso á mi buen padre se manifestó un poco sorprendido. Había expresado su deseo de que no se le hablase nada de la boda mientras no estu-

viese todo terminado. El buen señor aborrecía el matrimonio.

—Puesto que ya está hecho—dijo—puede que sea para bien. Ella parece una buena muchacha, y juiciosa . . . á pesar de ser mujer. Así pues, “el muchacho se fué”—dijo mirando á su alrededor, como echando de menos al que había sido nuestro compañero de casa desde su enfermedad. Ahora comprendo lo que significaba cuando al darme ayer las buenas noches me pidió permiso para estar ausente unos días. Ven acá, Félix, y siéntate al lado de tu viejo padre que tendrá el gusto de verte permanecer siempre soltero.

Me senté; y mientras él meditaba, fumando en su pipa, yo me puse á pensar en las noches de invierno que Juan y yo habíamos pasado leyendo al lado de aquella chimenea, y en las felices mañanas de primavera en que paseábamos en el jardín. Ahora ya él era un hombre casado, jefe de una familia, y otros tendrían derecho al cariño que hasta entonces había sido sólo para mí.

Mi tristeza desapareció, ó por lo menos se mitigó, cuando de regreso de su excursión Juan con su esposa, fuí á visitarlos á su nueva casa.

Ésta era una de antigua construcción, que mi padre había comprado cuando compró el molino, situada en el centro de la población, con ventanas á la calle, y un desolado jardín al fondo, cercado por altos muros de ladrillo. Una casa que por su aspecto estaba muy lejos de ser apropósito para mansión de novios, aunque Juan, durante los dos meses anteriores había estado muy ocupado en ella por las mañanas y por las tardes, guardando un cómico secreto del asunto, como si estuviera celoso de que nadie más que él pusiera las manos en el trabajo de preparar aquel lugar para su joven y querida compañera.

No pudo hacer mucho, porque la tercera parte de los

productos de los negocios de mi padre, que era toda su renta, no era gran cosa. Sin embargo, la casa en el interior, respiraba alegría y limpieza. Las puertas y las paredes habían sido pintadas de nuevo, y aunque sólo algunos cuartos estaban amueblados, y éstos con mucha sencillez, todo estaba hecho con gusto y esmero.

Los encontré en el jardín. Él se reía alegremente de algo que ella le había dicho, y ni el uno ni el otro me vieron hasta que estuve á su lado.

—¡ Oh ! Félix ; ¡ bien venido !

Me estrechó las manos con efusión muchas veces, y lo mismo hizo Ursula, coloreándosele las mejillas. Ambos me llamaron “hermano,” y me demostraron el mismo afecto que si realmente lo fuéramos.

Á los pocos minutos, Ursula se dirigió á la casa, dejándonos sólo, y Juan, poniendo sus manos sobre mis hombros me miró fijamente á la cara, temblando de emoción.

—¿ Eres feliz, Juan ?—le pregunté.

—¡ Ay ! muchacho ; casi tengo miedo á tanta felicidad !

Y en sus ojos se revelaba la alegría de la satisfacción cumplida. Aunque yo participaba de su gozo, no podía prescindir de sentir en mi corazón un fondo de tristeza al pensar en la línea que ya nos separaba, sin que en ninguno de los dos estuviese la culpa, y de la que él no se daba cuenta porque él era el casado, y yo el soltero.

Dimos una vuelta al jardín, que estaba muy lejos de parecer un Eden ; pero que Juan me dijo muy satisfecho que con el tiempo sería una cosa muy distinta. Á los pocos minutos se nos reunió otra vez Ursula, ostensiblemente con el pretexto de traer una carta á Juan, pero yo creo que por no estar separada de él, cosa tan natural en todos los recién casados.

El contenido de la carta, que ambos leyeron juntos hizo á Ursula ponerse grave y coloreársele las mejillas, hasta que Juan, rompiendo la carta y arrojando los pedazos, tomó á su esposa por ambas manos y mirándole al rostro y sonriendo, le dijo :

—¿ Crées que esto me mortifica en lo más mínimo, hija mía? Nada de eso. Ya lo sabíamos antes, y no debemos darle importancia alguna.

—No ; pero está mal hecho, y es injusto. Nunca creí que se hubiera atrevido á hacer eso . . . contigo.

—¡ Oye, Félix ! cree Ursula que nadie debe atreverse á ofender á su marido . . . ni siquiera Ricardo Brithwood !

—Es un . . .

—Calla, Ursula, y no nos ocupemos de ese desgraciado que después de todo, ningún daño puede hacernos, y nunca podrá ser tan feliz como somos nosotros.

Y así era la verdad. La insultante carta de Brithwood no produjo más efecto que el desprecio, y no se volvió á hablar de ella.

—Yo creo que nosotros no vamos á tener miedo ni vergüenza por nuestra pobreza—dijo Juan alegremente.—Nuestra respetabilidad reside en nosotros mismos. En cuanto á nuestros vecinos, pueden pensar lo que les parezca. ¿ No opinas lo mismo, Ursula ?

—Indudablemente. Además, somos jóvenes, y tenemos pocas necesidades que podemos reducir hasta donde alcancen nuestras entradas.

—Y no más vestidos de seda, ¿ verdad ?

—Yo creo que no has de ser tan poco galante que dejes de encontrarme igualmente bien con uno de algodón . . .

Juan se sonrió, y le dió un abrazo.

La joven ama nos llevó á enseñarnos su casa que examinamos y admiramos hasta la cocina en sus más pequeños

detalles. Sentados después en la sala, Juan nombró incidentalmente y por casualidad, á su madre.

—Nunca me has dicho nada acerca de tu madre—le dijo Ursula.

—Hija mía, muy poco puedo decirte. Hace tiempo que sabes que ibas á casarte con Juan Jalifax que no tenía amigos ni parientes, y cuyos padres no le dejaron nada más que su nombre.

—¿Y no los recuerdas?

—Á mi padre, nada absolutamente; á mi madre, un poco.

—¿No conservas nada que les perteneciera?

—Sólo una cosa. ¿Quieres verla?

—Con mucho gusto.

Juan salió de la sala y volvió después de un minuto.

—Aquí está todo lo que conservo de mis padres. Félix es el único que lo ha visto, hasta ahora.

Traía en su mano el Testamento Griego que años atrás me había enseñado, cubierto con las mismas bolsas y sugeto con las mismas cintas, obra, sin duda, de su madre. Ursula lo tomó con cariño y él le enseñó la hoja de la portada en que aquella leyó:

“*El caballero Guillermo Jalifax.*”

—Yo creía . . .

Manifestó una agradable sorpresa. Hubiera dejado de ser mujer, y, sobre todo, mujer de elevado nacimiento, sino hubiera sentido satisfacción al leer aquello.

—Tú creías que yo era el simple hijo de un trabajador . . . ó de nadie, ¿no es así?

—No—gritó ella con orgullo—y aunque así fuese, nada significaría para mí. Hijo de un rey, ó de un pordiosero, para mí siempre serías mi marido . . . mi Juan Jalifax.

—¡Bendita seas!—murmuró Juan abrazándola otra vez.

Al despedirme, Juan quiso acompañarme hasta mi casa, placer que yo no esperaba, pero en lo que insistieron tanto él como Ursula, no siendo ésta como tantas otras esposas jóvenes que acojen con frialdad las antiguas amistades de sus maridos. Yo para ella era su mejor amigo por lo mismo que sabía que lo era de Juan.

Cuando cruzábamos la calle pasó por nuestro lado un elegante carruaje en el que iban dos señoras, una de ellas nos saludó haciendo un movimiento de cabeza. Á poca distancia se detuvo el carruaje, y el lacayo vino á decir al señor Jalifax que lady Carolina Brithwood deseaba hablar con él.

—¿ Vas á ir, Juan ?

—Ciertamente. ¿ Por qué no ?

Y se acercó al carruaje.

—¡ Oh ! cuánto gusto tengo en ver á mi buen primo . . . esta es Emilia—añadió dirigiéndose á la señora que la acompañaba.

Juan sin duda reconoció la cara de ésta que era demasiado conocida. Adoptó un aire de gravedad, y se inclinó profundamente.

—¿ Y qué ha hecho Vd. de su señora—añadió lady Carolina—ese tesoro que nos ha robado Vd. ? ¿ Cómo está Ursula ?

—Está bien, señora, muchas gracias.

—¡ Cuánto me alegro de haberlo encontrado ! Es preciso que seamos amigos. Emilia, te vas á quedar encantada cuando veas á la bella novia. Hemos de aprovechar la primera oportunidad, y como dos princesas disfrazadas vamos á ir á visitar á la señora Jalifax.

—Repito á Vd. las gracias, lady Carolina, pero . . .

—No hay pero que valga. Estoy resuelta. Mi marido no lo sabrá, y si lo sabe, no me importa. Quiero que seamos amigos mientras yo esté en Norton Bury.

—No, lady Carolina ; no puede ser. Vd. misma debe comprenderlo así. Nos podremos ver, accidentalmente, en la calle y saludarnos con el buen afecto de siempre, pero ni en las circunstancias actuales, ni en ninguna otra, es posible la intimidad entre la familia de Vd. y la mía.

Lady Carolina hizo un movimiento de hombros que indicaba resentimiento.

—Como Vd. quiera—respondió.—Yo nunca he solicitado la amistad de nadie.

—Ruego á Vd.—prosiguió Juan—que no califique esto de ingratitud hacia las bondades de Vd. en otro tiempo para con mi esposa. La diferencia entre Vd. y ella, entre la clase de vida que Vd. hace, y la que ella se vé obligada á hacer es muy grande.

—¿ De veras?—contestó ella con una sonrisa que revelaba alguna amargura.

—Sí, lady Carolina—añadió con firmeza—es absolutamente imposible.

Pareció mortificada por un momento, pero pronto se repuso, y exclamó :

—¿ Lo oyes, Emilia ? ¡ Tan joven y tan desnaturalizado ! Pero yo espero que Vd. cambiará de opinión. Buenos días, mi caro primo.

Y mandó al cochero seguir.

—Juan, ¿ qué dirá la señora Jalifax cuando sepa ésto ?

—¡ Pobrecilla ! Afortunadamente para ella está alejada de toda esta gente.

—Pero lady Carolina . . .

—¿ Viste la señora que la acompañaba ?

—¡ Hermosa mujer !

—¡ Infeliz, á pesar de su belleza ! Es lady Hamilton.

No me dijo más, ni yo le pregunté.

Á la puerta de mi casa se despidió de mí con su sonrisa de siempre, y diciéndome con un golpecito en el hombro :

—Muchacho, cuídate mucho. No creas que porque no vivo contigo, dejo de ser el tirano de otros tiempos.





CAPÍTULO XVIII.



ASÓ el invierno y la primavera siguiente, en completa calma. Yo estuve muy mal de salud y apenas pude salir, pero Juan y Ursula me visitaban constantemente, con especialidad el primero.

Cuando llegaron los largos días del verano tomé la costumbre de ir á pasarlos en casa de Juan, ya sentado bajo los árboles del jardín, que había sufrido una transformación completa, ya en la sala, mientras Ursula, ayudada de su única criada, Juana, estaba entregada á los quehaceres de la casa. Por la tarde se sentaba á coser cerca de una ventana, esperando á Juan que pasaba todo el día en la tenería, y á quien desde muy lejos divisábamos, yendo entonces ella á la puerta á recibirlo.

En el siguiente mes de Diciembre, cuando las primeras nieves cubrieron el suelo, vino al mundo el primer fruto de aquel feliz matrimonio. Era una niña. Yo creo que ellos hubieran deseado un varón ; pero todo lo olvidaron cuando se vieron con el pequeño vástago, que era muy bonito, según la opinión, al menos, de las mujeres, desde la señora Jessop hasta la buena Isabel que había abandonado nuestra casa y todos sus quehaceres en ella, por correr á la de la señora Jalifax donde exhibía orgullosa á todos los espectadores aquel montón de lienzos y encajes, en cuyo centro se hallaba el diminuto ser humano que ella ase-

guraba con la mayor gravedad, ser la viva imágen del padre.

¿Para qué he de hablar del gozo de aquel padre, semejante al de todos los hombres ante su primer hijo recién nacido?

Yo no ví á Juan hasta el día siguiente, que vino á mi casa rebosando felicidad; pero Isabel me dijo que cuando por primera vez puso la niña en sus brazos, había llorado como un chiquillo.

El 9 de Febrero siguiente fué bautizada aquella niña con el nombre de María, en recuerdo de la madre de Juan. En aquel día comimos todos juntos en casa de él, los esposos Jessop, mi padre y yo. Era la primera vez que en veinte años se había permitido mi padre comer fuera de su casa. Nosotros no lo esperábamos, pues á nuestra encarecida invitación se había limitado á contestar moviendo la cabeza, pero en el momento de sentarnos á la mesa, Ursula nos sorprendió con un pequeño grito de alegría y vimos á mi padre parado en la puerta del comedor; su robusto cuerpo un poco inclinado, vestido con el traje de los días de fiesta, su sombrero de cuáquero en una mano y su bastón en la otra, mirándonos á todos. La joven pareja no encontraba palabras bastantes con que expresar su satisfacción, palabras á que él sólo contestó diciendo: "gracias Juan," "gracias Ursula," y se sentó al lado de ésta sin dar explicación del motivo que lo había hecho cambiar de opinión.

La comida fué modesta, y tal cual correspondía á unos anfitriones que como sus huéspedes sabían muy bien, no podían permitirse lujo alguno. En el centro de la mesa había un gran ramo de rosas de pascua, y yo creo que ni el rey Jorge asistió nunca á una fiesta más agradable.

Concluída la comida nos sentamos todos en la sala, cerca

de la chimenea, y al poco rato mi padre manifestó su intención de retirarse para ir á la tenería.

—No se vaya Vd. todavía, señor Fletcher—le dijo Juan ; —Ursula quiere enseñarle nuestra pequeña señorita.

Mi padre, á quien no le gustaban los niños, no había manifestado deseos de ver la hija de Juan. Ursula entró al poco rato con la niña en sus brazos y se la presentó. Él la miró por un rato, y no hizo más. La madre pareció un poco resentida, pero pronto lo olvidó ante las palabras de admiración hacia la niña, que salieron de los labios de todos los demás.

—¡ Dios la bendiga !—dijo por último mi padre, poniendo su mano sobre el pecho de la niña.—¡ Dios la bendecirá ! Y ahora, muchachos, necesito irme.

Todos nos dispusimos á marcharnos.

—Venga Vd. pronto á vernos otra vez—le dijo Ursula estrechándole la mano que él le alargó.

—Tal vez. ¡ Quién sabe ! Mientras tanto, sé una buena esposa, hija mía ; y tú Juan, quíerela mucho, y no seas demasiado rígido con ella. ¡ Es muy joven . . . es muy joven ! . .

Suspiró, y comprendimos que algún recuerdo lo mortificaba en aquel momento.

Cuando nos dirigíamos á casa, sólo una ó dos veces me habló, y esto para decirme cosas extrañas referentes á tiempos muy pasados ; dichos y hechos de cuando yo era niño y que yo no tenía idea de que mi padre supiese ó recordase.

Al llegar á casa le propuse que nos sentásemos un rato mientras llegaba su hora de dormir.

—No, no ; tú estás cansado, y yo tengo que escribir una carta de negocios. Es mejor que te vayas á acostar, como de costumbre.

Le dí las buenas noches, y al separarme de él me llamó, haciéndome volver :

—¿ Qué edad tienes, Félix ? ¿ Veinticuatro, ó veinticinco ?

—Veinticinco, padre.

—¡ Oh !—añadió poniéndome una mano sobre el hombro, y mirándome con bondad, casi con ternura. Estás aun muy débil, pero ya te robustecerás, y vivirás tanto como ha vivido tu viejo padre. Buenas noches ; ¡ Dios te bendiga, hijo mío !

Me despedí, y me consideré feliz. Nunca creí que mi padre y yo pudiéramos vivir en tan buena armonía, y hasta amarnos tan tiernamente.

Á media noche Isabel entró en mi cuarto y se sentó á la cabecera de mi cama mirándome con atención. Yo había tenido un sueño extraño acerca de mi niñez y del tiempo en que mi padre y mi madre eran jóvenes.

Lo que Isabel me fué diciendo por grados y con todo el cariño que me profesaba desde mi infancia, me pareció al principio la continuación del sueño que acababa de tener.

Á las diez de la noche, y después de haber cerrado las puertas, había ido á la sala á avisar á mi padre que ya era hora de que se fuese á dormir. Él estaba sentado de espaldas á la puerta, aparentemente escribiendo, y no le contestó.

Media hora después volvió otra vez. Él continuaba en la misma posición, sin haberse movido. Tenía la cabeza apoyada en una mano, y la otra descansaba en la mesa sugutando con sus rígidos dedos la pluma. Parecía abstraído mirando lo que había escrito, y que era lo siguiente :

“ Mi buen amigo :
mañana estaré . . . ”

¡ Su mano se había detenido allí . . . para siempre !

¡ Padre querido ! ¡ En aquel mañana habías aparecido ante Dios !



CAPÍTULO XIX.



ERA el año de 1812. Yo había vivido diez años en la casa de mis hermanos adoptivos, á donde Juan me llevó al día siguiente de haber enterrado á mi padre, rogándome que no me separase nunca de ellos ; pues según supe luego, los productos de la tenería habían sido nominales desde mucho tiempo antes de la muerte de aquél, y, para el sostenimiento de ambas familias se hacía necesaria la venta de la tenería limitando los negocios exclusivamente al molino.

Esta crisis, y el cambio que en todas las cosas trajo, hirió el viejo corazón de Isabel que no pudo acostumbrarse á ello, y la enterramos al lado de mi padre y de mi madre en el cementerio de Santa María de Norton Bury, donde reposan aquellos tres séres que tanto me amaron en el mundo.

Yo deseé trabajar para ganarme la vida, si era posible, pero Juan Jalifax no quiso ni oír hablar de eso, y Ursula le ayudó, llamando en su auxilio hasta á la inocente María para suplicarme que permaneciera con ellos, á lo cual accedí al fin.

Tenían á la sazón varios hijos cuyos alegres gritos, de la mañana á la noche, habían transformado la triste casa y su antes solitario jardín. El primero era Guillermo, nacido después de María, muy parecido á su madre y el predilecto de ella. Seguían después Eduardo y Jorge, permaneciendo María la única hermana y mimada por todos ellos.

Juan había llegado á ser una persona conocida y respetada por todo el mundo en Norton Bury y sus contornos, sobre todo por su amor y protección á la clase baja, y muchos de sus vecinos acudían á él para arreglar sus diferencias, en vez de acudir á los tribunales, siendo su opinión respetada tanto por los ricos como por los pobres y habiendo llegado á adquirir verdadera popularidad, de que él jamás hacía alarde ni aun en el seno de la familia.

Nuestra fortuna había mejorado un poco hasta el punto de permitir á Ursula comprarse un vestido de seda, el primero desde su matrimonio, y que tuvo la delicadeza de elegir del mismo color de aquel que Juan había visto colgado en la cocina de Enderley.

Nos hallábamos un día proyectando ir á pasar tres meses en Longfield, pequeña granja, á seis millas de distancia, donde habíamos estado una vez y donde ansiábamos establecernos para que los muchachos disfrutasen á su placer de la libre vida del campo, cuando vimos llegar á Guillermo diciendo que en la sala habían dos caballeros, y que uno de ellos lo había acariciado, y era mucho más grande que papá.

Juan y Ursula pasaron á la sala donde el primero hizo una seria inclinación ante aquel "gran" personaje, y la segunda se quedó sorprendida al reconocerlo.

—Hace tanto tiempo que no tengo la dicha de ver á la señorita March, que infiero que la señora Jalifax no recordará quien soy.

—No es así, lord Luxmore ; permítame Vd. que le presente mi marido.

Mientras los dos hombres se saludaban, y aunque lord Luxmore había sido hermoso en su juventud, y se decía que era de tan finos modales como el mismo príncipe regente, ninguna mujer se hubiera mostrado tan altiva como Ursula al presentarle á Juan Jalifax como su marido.

De los dos, el noble era el menos desembarazado, pues el recibimiento que tanto el señor como la señora Jalifax le habían hecho, había sido marcadamente frío; y hasta creo no equivocarme al decir que no consideraron su casa muy honrada con la presencia en ella del conde de Luxmore.

Éste, sin embargo, mostró su más finas maneras, y fué el primero en romper el hielo.

—Señor Jalifax, hace mucho tiempo que deseo conocer á Vd. Señora, mi hija me ha animado á hacer esta visita sin previo anuncio.

Ursula le preguntó atentamente por lady Carolina Brithwood, sabiendo que acababa de llegar de fuera y que tenía en su casa á su padre el conde, y á su hermano.

—Perdonen Vds., he olvidado presentarles mi hijo, lord Ravenel.

El joven presentado se limitó á hacer una inclinación. Era un joven de unos diez y ocho años, alto y no muy robusto, de finas facciones y grandes ojos de benigna mirada. Se retiró pronto hacia la puerta que daba al jardín, mirando como los muchachos jugaban y procurando entablar amistad con María.

—Yo creo que mi hijo vió á Vd. hace algunos años, señora Jalifax. Fué el ídolo de su hermana cuando era niño. Ahora acaba de completar su educación en el colegio de St. Omer, pero no crea Vd. por eso, señor Jalifax, que nosotros somos todavía una familia de católicos. Espero que el inmediato conde de Luxmore prestará sus juramentos en su puesto, hayamos conseguido ó no la Emancipación. ¿Por supuesto, Vd. sostendrá el Bill?

Juan asintió, expresando su opinión, rara entonces, de que la conciencia de cada uno debe ser libre, y que todo

hombre honrado debe ser protegido y debe serle permitido servir al estado, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas.

—Señor Jalifax, estoy enteramente de acuerdo con Vd. Todas las creencias son de ningún valor para todo hombre ilustrado.

—Perdone Vd., señor ; eso está muy lejos de ser lo que significan mis palabras. Considero tan sagradas las creencias de cada hombre, que creo que ningún otro hombre tiene derecho á intervenir en ellas, ni aun á preguntar acerca de ellas. Ese es asunto que exclusivamarte debe quedar entre él y su Hacedor.

—¡ Exactamente ! Señora Jalifax, su marido posee una notable facilidad de expresión, y debe ser, como ya he oído decir, un orador de primer orden.

Ursula se sonrió complacida ; pero Juan se apresuró á decir :

—No tengo pretensión ni ambición de semejante cosa. Simplemente me limito á poner en su lugar la verdad, ó lo que creo que lo es, ante el pueblo, en la forma más adecuada para que lo pueda entender.

—Mi querido señor, el pueblo no tiene más sesos que la cabeza de mi bastón, y necesita ser conducido como una manada de carneros. Nosotros somos sus pastores naturales, pero necesitamos una clase media, una voz de entre ellos que alguna vez . . .

—Sí—dijo Juan, secamente—un perro de esos pastores, para que ladre. En otros términos, un orador público. Y dígame Vd., ¿ en la Cámara de Representantes, ó fuera de ella ?

—En ámbos sitios. Ya veo que Vd. me va comprendiendo. Pero antes de continuar en este algún tanto delicado asunto, permítame Vd. que le hable de otro acerca del

cual, mi agente el señor Brown quisiera conocer la valiosa opinión de Vd.

—¿ Va Vd. á refererirse al arrendamiento de su fábrica de paños de Enderley ?

—Sí señor ; y creo que podremos entendernos. Brown me ha dicho que hace tiempo desea Vd. tomar en arrendamiento dicha fábrica, y yo me consideraré dichoso al tener á Vd. por arrendatario.

—Señor, eso es imposible, y no podemos ni hablar de ello.

Lord Luxmore gozaba de la reputación de ser un hábil diplomático, é indudablemente poseía ese encanto de maneras que tan por completo había heredado su hija.

Se levantó, y dirigiéndose con benévola franqueza á Juan y á su esposa, dijo :

—¿ Me será permitido preguntar, en gracia de mis buenos deseos hacia Vd. y de mi conexión, aunque lejana, con la señora Jalifax, por qué es eso imposible ?

—No tengo por qué ocultar la razón—contestó Juan ;—es simplemente porque no tengo capital para ello.

Lord Luxmore pareció sorprendido.

—Perdone Vd., pero habiendo tenido yo relaciones de amistad con el difunto señor March, creí que la fortuna de su hija . . .

Ursula se levantó como movida por un resorte :

—La esposa del señor Jalifax no tiene fortuna ninguna, lord Luxmore. De esa fortuna no ha recibido él un céntimo, porque Ricardo Brithwood la guarda íntegra, y mi esposo prefiere trabajar sin descanso para mí y para nuestros hijos, antes que acudir á los tribunales.

—Y está Vd. de acuerdo con su opinión ?

—Sí señor. Yo prefiero vivir pobre á ver turbada su tranquilidad en la lucha con un mal hombre por cuestión de intereses.

—Creo—dijo Juan—que deberíamos variar la conversación, y hablar de alguna otra cosa que fuera más interesante para lord Luxmore.

—De ninguna manera—contestó éste, que indudablemente se veía perplejo y hasta disgustado—¡ Conducta más extraordinaria!—murmuró—y hasta imprudente! Si el asunto se hiciera público y los periódicos se ocuparan de él . . . Es preciso que yo hable con Brithwood.

Juan cambió la conversación haciéndola recaer sobre la política general de Inglaterra y el reciente asesinato del ministro Percival.

—Con la muerte de Percival—dijo lord Luxmore—tendremos nuevas elecciones y de ellas depende la Emancipación Católica. Señor Jalifax—añadió volviéndose de repente—Vd. podría sernos de gran utilidad en el Parlamento.

—¿ Lo cree Vd. así ?

—Á mí me gusta hablar con claridad. ¿ Quiere Vd. entrar en él ?

¡ Entrar en el Parlamento ! ¡ Juan Jalifax en el Parlamento ! Ursula y yo nos quedamos atónitos ante tan repentina posibilidad que á Juan pareció no cogerle de sorpresa.

—Aseguro á Vd.—proseguió lord Luxmore—que nada hay más fácil para mí y que puedo hacerlo desde luego por un distrito inmediato á esta localidad, que es el distrito de mi familia.

—El cual sin duda quiere Vd. conservar en persona de su conveniencia mientras lord Ravenal arriba á su mayor edad. ¿ No es así, lord Luxmore ?

Éste frunció ligeramente el ceño. Aunque semejantes transacciones eran entonces muy comunes tratándose del servicio del país y de la Iglesia, se empezaba á hablar de ellas por el descrédito que consigo traían.

—Creo que apresura Vd. un poco sus conclusiones,

señor Jalifax, pues mi hijo no se ha decidido todavía entre la Iglesia y la política. ¿No podré contar con el apoyo de Vd., señora Jalifax? Corre de mi cuenta allanar todas las dificultades, como calificación, etc. ¿No le gustaría á Vd. ver á su marido representar el antiguo y honrado distrito de Kingswell?

Kingswell era un arruinado pueblecillo de poco más de una docena de casas, donde Juan administraba una de las pocas propiedades que mi pobre padre me había dejado.

—La elección será para mí asunto de muy poca molestia —añadió lord Luxmore—y el país será el que ganará atendidos los talentos y probidad de su esposo, mi querida señora. Él está hecho para brillar en la política, y será para mí una honra y una satisfacción haber contribuído en algún modo á aquel fin. Señor Jalifax, acepta Vd. mi distrito?

—Bajo ningún concepto, señor.

Lord Luxmore apenas podía dar crédito á lo que oía.

—Señor, mío, es Vd. un hombre verdaderamente extraordinario. Y ¿puedo saber la razón?

—Tengo varias, pero una es suficiente. Aunque deseo tener influencia, y tal vez poder, no es en la esfera de la política. Mientras la conciencia política no deje de ser un objeto de tráfico, y mientras no se permita al pueblo elegir libremente sus representantes, yo no puedo ni debo ser uno de ellos. Hablemos de otra cosa.

—Con mucho gusto, señor.

Indudablemente no se escapó á la penetración del conde que en aquellos revueltos días en que los gritos del pueblo enfurecido empezaban á ser oídos, no hubiera sido prudente crearse un enemigo en aquel joven que con otros pocos se hallaba colocado en medio del golfo que á la sazón empezaba á estrecharse, entre la comunidad y la aristocracia.

Permaneció allí un rato más, hablando de cosas indiferentes, y por último se retiró, aparentando la mayor complacencia, y llevándose consigo al gentil lord Ravenel que no había hablado seis palabras en todo aquel tiempo.

Cuando salió, tanto Juan como Ursula parecieron verse aliviados de un peso.

—Verdaderamente, Juan—dijo ésta—poco ha adelantado el conde con su visita, y creo que tardaremos en volver á verlo en esta casa.

Juan se fué á la tenería de donde regresó tarde y aunque en la apariencia, con su buen humor de siempre, evidentemente contrariado por el estado de sus negocios de que nos habló, encareciendo la necesidad en que estábamos de reducir los gastos hasta el mayor extremo posible si no habíamos, de vernos envueltos en la ruina universal. Ursula lo consolaba y animaba, con su angelical benevolencia y conformidad, cuando oímos llamar violantemente á la puerta. Era un criado de lord Luxmore con una carta para Juan, que éste leyó y entregó á Ursula sin pronunciar una palabra. El grito de gozo que ésta dió al leerla estaba más que justificado. La Providencia se nos manifestaba de una manera prodigiosa. La carta decía lo siguiente :

“SR. D. JUAN JALIFAX—

Habiendo llegado hace algun tiempo su esposa Ursula March á la edad fijada por su padre, pondré á la disposición de Vd., dentro del término de un mes, á contar desde la fecha, todo lo que á aquélla pertenece, capital é intereses, y que se halla en mi poder como su tutor y curador que soy, de acuerdo con el testamento del difunto señor D. Enrique March. Soy de Vd. afectísimo,

RICARDO BRITHWOOD.”

—¡ Magnífico ! ; Admirable !

Esto fué lo único que se me ocurrió decir. Que un hombre malo, por su propia iniciativa, inclinase á otro hombre tan malo como él á llevar á cabo un acto de justicia, y que este hecho sobreviniera en aquellas circunstancias, cuando casi empezaba Juan á sentir que las fuerzas le faltaban, era una cosa muy providencial !

—¡ Oh ! Juan . . . Juan ! ya no necesitarás trabajar como hasta ahora !

Esta fué la primera exclamación de Ursula, casi derramando lágrimas, y echándose al cuello de él.

Juan estaba muy agitado. Parecía comprender entonces la magnitud del peso que se había quitado de encima, y su enorme responsabilidad.

—Gracias á Dios, ahora ya no tendré que pensar en tu porvenir, ni en el de nuestros hijos.

Ursula se sentó á su lado, y yo salí de la habitación para dejarlos sólo en aquellos momentos de verdadera satisfacción.

Cuando volví los felicité en el estilo cómico á que Juan era tan afecto aún en las circunstancias difíciles.

—Sí, señor—me dijo Ursula—ahora ya Juan es un hombre rico á quien debes tratar con más respeto, Félix.

—Y á tu hermana también—añadió Juan.

—Ahora sí que podremos decir que Juan va á ser el fabricante más poderoso de la comarca.

Continuamos hablando un rato sobre el portentoso cambio de nuestra fortuna, pues entonces, como siempre, se esforzaban en hacer constar que lo que era de ellos era mío, y por último Ursula tomó una luz para retirarse á su cuarto, deteniéndola Juan para decirle, como despedida :

—Señora Jalifax ; cuándo he de tener el honor de ordenar el carruaje con caballos de cola larga, como los de lady Carolina Brithwood ?



CAPÍTULO XX.



ALGUNAS semanas después nos fuimos á vivir á Longfield que desde entonces, y por muchos años fué la residencia de la familia, viendo crecer aquellos niños, y siendo bendecido por la Providencia aquel feliz hogar. Cuando nosotros llegamos era aquello una sencilla casa de campo, y nada más.

En una mañana de setiembre, en que Juan había ido á firmar el contrato de arrendamiento de la fábrica de paños de Enderley, y Ursula se hallaba paseando con sus hijos por la orilla del río, ví con sorpresa venir en dirección de nuestra casa un elegante coche de camino tirado por cuatro caballos. En él venía la persona que yo menos pudiera esperar y á quien no habíamos visto, y muy rara vez habíamos nombrado, durante los últimos diez años; lady Carolina de Brithwood en traje de viaje, de paño verde, y sombrero de terciopelo con grandes plumas, viva y alegre como siempre aunque sus bonitas facciones restauradas ya con la pintura, y sus modales menos finos y más desenvueltos.

—¿ Es esto Longfield? ¿ Dónde está el señor Jalifax? ¡ Oh! señor Fletcher, Vd. también por aquí?

Me tendió la mano con la mayor franqueza, y despidiendo el carruaje, me hizo que la acompañase á donde se encontraba Ursula á quien quería sorprender.

Al acercarnos, Ursula dejó sus hijos y corrió á saludar á

la antigua amiga á quien no había visto desde que ella era aún la señorita March y á quien miró con una especie de involuntaria compasión al ver las arrugas que todas las sonrisas no podían ocultar en aquel ya ajado rostro.

—¡Lady Carolina! ¡Cuántos años sin vernos, y cuánto hemos variado ambas!

—¡Tú sobre todo, con esos muchachos tan grandes ya!

—Vamos á casa; mi marido ha ido solamente á Enderley y volverá muy pronto.

—Y dudo que se alegre de verme aquí, Ursula. Estoy por decirte que casi tengo miedo á ese marido tuyo; pero no por eso me iré.

Ursula se rió y le repitió cuanto se alegraba de verla otra vez, dirigiéndose las dos hacia la casa, seguidas de los muchachos.

—¿No sientes haberte casado con Juan Jalifax, Ursula?

—¡Sentirlo!

—No seas impetuosa. Yo siempre dije que era un buen muchacho, y lo mismo dice el conde ahora; y en cuanto á mi hermano Guillermo, no puedes figurarte lo que para él es tu marido.

—¿Quién? ¿Lord Ravenal?

—El mismo, que está ya hecho un hombre y prometiéndonos hacer nuestra casa tan católica como cuando dos ó tres de nuestros antepasados perdieron la cabeza por el Rey Jaime. Pero es un buen muchacho, el pobre, y vale más que no hablemos de él.

Ursula le preguntó por la salud de su primo Ricardo, que según habíamos oído decir, había heredado de su padre la costumbre de pasar borracho todo el día.

—Supongo que seguirá bien, como siempre. Su último acto de honradez para con tu marido le ha costado un ata-

que de gota ; pero eso no es nada. Si se encuentran algún día creo que no reñirán.

—Mi marido nunca ha conservado resentimiento alguno hacia Ricardo.

—Tú sabes que estamos en la época de las elecciones y que el conde desea presentar por el distrito de Kingswell una persona que sea amiga nuestra, y he comprendido que todos quieren que tu marido y el mío hagan las amistades.

—No habrá inconveniente por parte de Juan que nunca conserva rencor hacia nadie. ¿ Ha sido ese el objeto de su visita, lady Carolina ?

—No, hija mía. Yo misma no sé por qué he venido. Problamente porque tendría gusto en ello, que es la más ordinaria razón de todas mis acciones.

Lady Carolina fué nuestro huésped todo el día. Cuando llegó Juan le salió al encuentro diciéndole :

—Supongo que no esperaba Vd. verme aquí. ¿ Soy bien venida ?

—Todo lo que es grato para Ursula lo es para mí también—contestó Juan en un tono, aunque político, un poco frío, pareciéndome observar en él más sorpresa que satisfacción por la presencia de semejante persona en aquella tranquila casa.

Durante la comida la conversación se sostuvo casi exclusivamente entre Juan y Lady Carolina, que mientras tenía un hombre con quien hablar rara vez se dirigía á las señoras.

—Según dice mi padre, es Vd. un firme sostenedor del Bill ; y no dudo que le ayudará Vd. mañana en la elección en Kingswell ?

—No me atrevo á llamar eso una elección, señora.

Precisamente aquella mañana nos había estado hablando Juan de semejante farsa, reducida á la reunión en la sala

de elecciones, de como una docena de pobres jornaleros, inquilinos del señor Brithwood ó de lord Luxmore, á quienes préviamente se habían repartido unas cuantas monedas por sus servicios, haciéndose el nombramiento de la persona que aquellos tenían por conveniente.

—¿Quién es el candidato, lady Carolina?

—Un joven caballero de escasa fortuna pero de notables cualidades, que ha venido con nosotros de Nápoles.

Juan la miró con fijeza.

—Siendo mañana el día de la elección, supongo que su nombre no será un secreto.

—¡Oh! no. El señor Gerardo de Vermilye. ¿Lo conoce Vd.?

—He oído hablar de él.

Al hablar así, Juan seguía con la mirada fija en lady Carolina que al fin bajó los ojos y se puso á jugar con sus pulseras, cesando ambos en aquella conversaci6n.

Concluida la comida, Guillermo pidió permiso para llevar á lady Carolina á enseñale el jardín, y Juan y Ursula entablaron un diálogo penoso para ambos.

—Hace tiempo que yo sabía eso, Ursula, y no te hubiera mortificado hablándote de ello, si ella no hubiera venido.

—Tal vez no es verdad, Juan. El mundo está siempre dispuesto á inventar crueles falsedades en contra de la mujer.

—No sabes el disgusto que me causa ver que tocas si quiera su mano.

—¡Juan!

—Perdóname, pero no puedo soportar la idea de que tengas trato con esa mujer ligera . . . é infiel á su marido.

—No lo creo. Carolina podrá haber sido ligera, pero no mala.

Juan le tomó ámbas manos enternecido, mientras ella lo

miraba como pidiéndole compasión para aquella mujer que como todo el mundo sabía, había sido tan mal tratada y tan infeliz.

—Esperaremos antes de juzgarla, Ursula. Tú eres más buena cristiana que yo.

Toda la tarde se mostraron cariñoso con ella. Juan sabía muy bien que fuera de nuestra retirada casa, todos la señalaban con el dedo con motivo de su amistad con aquel Gerardo de Vermilye. Ella por su parte, con el poder de la frivolidad de su carácter se conservó en el más alto grado de animación.

Cuando llegó la noche empezó á mostrarse intranquila porque su carruaje no llegaba. Al fin se apareció un lacayo, á pie, á quien ella preguntó vivamente por qué el carruaje no había venido á buscarla.

—El señor ha ordenado lo contrario, señora—contestó el criado.

Lady Carolina se puso pálida :

—¿Qué está Vd. diciendo?

—El señor ha dicho, y perdone Vd. que le repita sus palabras : “Mi señora ha salido contra mi voluntad, y puede volver cómo y cuando guste.”

Lady Carolina soltó una violenta carcajada.

—Dígale Vd. que así lo haré ; que esté seguro de que así lo haré !

Juan hizo salir de la habitación al lacayo, no siendo grata ni á él ni á Ursula la continuación de aquella escena delante de un criado.

—¡ Muy bien, señor Ricardo Brithwood !—exclamó lady Carolina, con los ojos encendidos de ira—¿ Puedo volver á casa cómo y cuándo guste? Haré uso de tan bondadoso permiso.

—Señora Jalifax—prosiguió—necesito abusar de la hos-

pitalidad de Vd. por una ó dos horas más. ¿Puede hacer llevar á su destino una carta mía?

—¿Para su marido de Vd.? Ciertamente.

—Para mi marido! ¡Jamás! Ese no es mi marido. ¿Qué es lo que constituye un marido? La brutalidad y la tiranía que la ley sanciona? ¿ó la dulzura, la simpatía, la devoción y todo lo que constituye la alegría de la vida, la felicidad? . . .

—Y el pecado—interrumpió Ursula.

—Lady Carolina—dijo Juan, procurando suavizar sus palabras—es para mí altamente sensible que haya sucedido esto en mi casa y que haya sido motivado por el deseo de Vd. de visitarnos contra la voluntad de su marido.

—¿Su voluntad?

—Perdone Vd. ; yo creo que toda mujer está obligada ó obedecer á su marido en todo aquello que no sea absolutamente fuera de razón. Mucho me alegro de que intente Vd. escribir al señor Brithwood.

Ella hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Puedo entonces saber para quién es esa carta?

—Para . . . un amigo.

—Los amigos son siempre peligrosos para una señora que . . .

—¿Que aborrece á su marido? ¡Já! ¡já!

Y tras una carcajada rompió en un torrente de lágrimas. Estas lágrimas, como todas las emociones de lady Carolina, desaparecieron pronto, y pidió, de nuevo, recado de escribir.

—Lady Carolina—dijo Juan—en la posición en que Vd. se halla colocada, debe Vd. evitar dar al mundo y á su marido el más pequeño motivo de que puedan hacer un arma contra Vd.

—¿Señor Jalifax, qué derecho tiene Vd. para? . . .

—Ninguno más que el que tiene todo hombre honrado de salvar, si le es posible, á una mujer cruelmente ofendida y que por virtud de esa ofensa se halla al borde de la desesperación.

—¿Salvarme? ¿De qué? . . . ¿De quién?

—Del señor Gerardo de Vermilye á quien acabo de ver en el camino frente á ésta casa; y si lady Carolina Brithwood lo viese siquiera en estos momentos, perdería para siempre el lugar que le corresponde entre las señoras.

Estas palabras dichas por Juan como la simple exposición de un hecho, sin manifestar incomodidad ni desprecio, hicieron á lady Carolina cubrirse la cara con las manos.

Ursula recibió tal sorpresa, que por un rató se quedó sin poder decir una palabra.

—¿Es eso cierto, Carolina?—dijo al fin.

—Sí—contestó ésta, levantando la cabeza y echando atrás sus cabellos, hemosos aun á pesar de sus cuarenta años. Sí, es verdad. Romperé los lazos que me oprimen y pasaré la vida para que he nacido, como debí haber hecho desde mucho tiempo atrás, suceda lo que suceda. Él me adora y me devolverá mi juventud.

—¡Carolina!—dijo Ursula sugetándola con ambas manos—una última palabra que necesito oír de Vd. para creerla, ¿es Vd. todavía inocente?

Lady Carolina luchaba por desprenderse de aquellas manos:

—Y si así no fuese, tú, que eres una mujer honrada ¿me volverías la espalda?

—No;—contestó Juan.—Ella ha sido feliz y Vd. muy desgraciada.

—¡Oh! ¡muy desgraciada!—repitió Ursula, casi derramando lágrimas—Juan dice la verdad; yo no volveré á Vd. la espalda; pero dígame que no ha pecado.

—Sí ; he pecado, como tú lo llamas.—Suéltame.

Ursula se horrorizó.

—¡ Esto es horrible Juan ! ¿ La suelto ?

—No. Oiga Vd., lady Carolina : Vd. es nuestro prima, y nosotros deseamos ser sus amigos. Yo no puedo permitir que Vd. abandone esta casa buyendo con un hombre, sin hacer antes cuanto está en mi mano para impedirlo.

—¿ Impedirlo ?

—Sí. Yo salvaré á Vd., á despecho de sí misma. Ese hombre, á quien he hablado, no está ya esperando á Vd.

—¿ Qué, se ha ido ? Pues lo seguiré.

—Usted no podrá alcanzarlo, porque se halla ya muy lejos. Mañana es el día de la elección, y él, temiendo al escándalo que este hecho produciría y que le privaría de ser elegido Miembro del Parlamento, ha optado por abandonar á Vd.

Ursula apenas podía dar crédito á lo que oía, y aquella mujer de mundo empezaba á temer á Juan Jalifax. El impulso, más que la meditación, la guiaba, y aquel impulso empezaba á debilitarse y á hacerla gobernable. Cayó sobre un sillón murmurando :

—Mi voluntad es libre, y nadie puede contrariarla.

—Eso será mientras mi conciencia no me diga que debo evitar que se cometa un crimen.

—¿ Un crimen ?

—Ese es su nombre. La crueldad de su marido no puede anular una ley superior que emana de Dios.

—¿ Y qué ley es esa ?

—“No cometerás adulterio.”

Lady Carolina se sobrecogió, y por primera vez dirigió sus ojos á Ursula con una mirada de culpable, diciendo :

—Nadie más que tú lo sabe. Que no sepa Guillermo que su hermana ha sido . . .

No pudo concluir la frase. Empezaba á sentir vergüenza, precursora de la salvadora penitencia. Al menos así lo creyó Juan, que abandonó la habitación dejando á aquélla con Ursula. Cuando se sentó á mi lado y me contó toda la escena, pude ver en aquella fisonomía cómo un hombre puede ser recto para juzgar, tierno para compadecer, y fuerte para salvar.

Pronto salió Ursula y llamó á su marido, con quien habló durante un rato. De las palabras que oí deduje que ella deseaba que lady Carolina permaneciese aquella noche en nuestra casa; pero Juan encareció la necesidad de que sin una hora más de dilación volviese al lado de su marido.

Ursula se fué, y volvió á los pocos momentos.

—He logrado convencerla. Dice que hará cuanto desees, pero que antes de marcharse le permitamos ver á nuestros niños.

—¡Pobre criatura!—murmuró Juan enternecido—¡Ella no tiene hijos!

Pocos momentos después partían los tres en dirección á la casa de la Mythe, y yo suspiré al verlos perderse en la obscuridad, diciendo: “¡Pobre lady Carolina!”





CAPÍTULO XXI.



RA ya media noche cuando Ursula y Juan regresaron y se retiraron á descansar, cambiando conmigo escasas palabras. Á la mañana siguiente todo siguió el curso habitual, y nadie más que nosotros tres se enteró nunca de lo ocurrido la noche ante-

rior. Me pareció notar en Ursula cierta tristeza; pero ni ella me hizo alusión alguna á aquellos sucesos, ni yo á ella. Juan se fué temprano al molino, que aun conservaba, juntamente con la casa de Norton Bury, regresando al medio día y diciendo que tenía que volver á salir inmediatamente.

Ursula pareció algo disgustada, y vino á buscarme al jardín donde yo me hallaba con María para preguntarme si pensaba acompañar á Juan á Kingswell.

—Hoy es el día de la elección—me dijo—y aunque Juan puede hacer sólo todo lo que allí tiene que hacer, como quiera que ha de encontrarse con Brithwood y con lord Luxmore, será para mí una tranquilidad saber que su hermano está á su lado.

Continuaban llamándome invariablemente hermano, y á mí me parecía que lo era en realidad.

No había que pensar en que yo dejara de acompañarlo, y así, salimos para Kingswell, yo montado en su yegua, y él á mi lado. No eran frecuentes aquellas excursiones juntos, y fué para mí de gran satisfacción recordar los tiempos

en que las hacíamos, siendo muchachos, cuando él sólo se ocupaba de mí, y yo de él. Me iba hablando de sus proyectos acerca de la fábrica de paños de Enderley que pensaba dotar con un nuevo motor de vapor y de su satisfacción cuando se viera hecho allí jefe de un centenar de hombres y mujeres trabajadores, y recayó la conversación en la docena de pobres familias que vivían hacinadas en el callejón de Sara Watkins y á quien él había hecho mudar su residencia á nuestras casas de Kingswell donde disfrutaban de aire puro y espacio suficiente para vivir con comodidad.

—Debes estar orgulloso de tus inquilinos, Félix—me dijo—y te aseguro que forman contraste con sus vecinos los de lord Luxmore.

—Y sus electores también, supongo los libres, é independientes ciudadanos que van á enviar al Parlamento al señor de Vermilye?

—Si pueden, me contestó con el aire resuelto y medio de combate que yo veía en él cada vez que se trataba de las cosas que continuamente se ofrecían á su vista, cosas repugnantes á sus sentimientos y á sus principios, pero que se veía obligado á sufrir porque aun no había adquirido la talla suficiente para oponerse, él sólo, á la gran masa de corrupción social que en aquella crisis de la historia de Inglaterra se iba acumulando hasta que ante el exceso de sus horrores é impurezas se levantó el grito de purificación.

—¿No sabes, Félix, que he podido vender tus casas la semana pasada, por el doble de su valor, porque sus cinco arrendatarios son los únicos votantes en Kingswell que no son inquilinos de lord Luxmore? Juzga por eso como audan las cosas. Por de contado, yo supuse que tú no las querrías vender, y he de hacer cuanto esté en mi mano para evitar que aquellos arrendatarios vendan sus votos. Cuales-

quiera que sean las consecuencias, esta elección de Kingswell ha de llevarse á cabo sin los abusos á que todo inglés honrado debe oponerse hasta donde le sea posible.

—¿ Y lo lograrás ?

—No estoy seguro, pero pondré los medios ; primero, porque es lo justo y está en mi conciencia, y segundo, porque de ser nombrado miembro del Parlamento el señor de Vermilye, y por consiguiente inviolable para ser arrestado, podría ponerse en salvo ausentándose del país.

Así lo comprendí ; y aunque previendo que cualquiera cosa que hiciese Juan tenía que ser necesariamente en contra de los planes de lord Luxmore, con el que el día anterior había firmado el contrato de arrendamiento de la fábrica de paños de Enderley, si era justo, debía hacerlo á todo riesgo y á toda costa, y lo mismo opinaría Ursula.

Llegábamos al pie de la montaña de Kingswell, y un carruage nos alcanzó en el que iban dos caballeros, uno de ellos saludó á Juan de una manera amistosa.

—Esto va bien—dijo Juan ;—tendremos al menos un hombre honrado con quien tratar hoy.

—¿ Quién es ?—le pregunté.

—Sir Rodolfo de Oldtower á quien compré la casa de Longfield. Una persona excelente que honra á sus nobles antepasados, y á quien respeto porque es un verdadero caballero inglés.

—Sin embargo, en Norton Bury se dice que eres un demócrata.

—Y lo soy en efecto, porque pertenezco al pueblo ; pero así y todo, sostengo la verdadera aristocracia, *los hombres mejores*, que son los que deben gobernar el país, ya sea su patente de nobleza el nacimiento y los títulos, ya su honradez y su inteligencia.

Nos encontrábamos en Kingswell, y un viejo, jornalero

nuestro se nos acercó, quitándose el sombrero para saludar á su amo.

—¡ Ola ! Mateo Hales—le dijo Juan—¿ Te han emborrachado ya ?

—Yo creí que lo iban á conseguir ; y no hay un sólo elector en Kingswell que no haya sido sobornado.

—Lo mismo que en todas partes—dije yo.

Entró Juan en la gran sala de la casa de Luxmore, que era el lugar de la elección, reducida á una cosa muy sencilla. Sir Rudolfo de Oldtower, que era el magistrado presidente, estaba sentado en una mesa, teniendo á su lado á su hijo, el grave joven que habíamos visto con él en el carruaje, y con ellos el señor Ricardo Brithwood de la Mythe y el conde de Luxmore. La sala estaba llena de jornaleros de las granjas inmediatas y de todas clases. Entramos haciendo el menor ruido posible, pero la cabeza de Juan sobresalía entre todas las demás. El presidente lo vió en seguida y lo saludó cortesmente ; lo mismo hicieron su hijo el joven Alberto de Oldtower, y el conde de Luxmore, siendo Ricardo Brithwood el único que no se dió por entendido y se volvió para mirar hacia otra parte.

Hacía muchos años que yo no veía al esposo de lady Carolina en el cual se había cumplido lo que prometía en su juventud, convirtiéndose en un hombre de hinchadas y groseras facciones por efecto de su intemperancia en la bebida.

—¡ Que se callen esos que están á la puerta ! gritó el señor Brithwood ! Y ahora, sir Rodolfo, terminemos pronto este asunto para que podamos irnos á comer.

Sir Rodolfo se ajustó los anteojos y leyó el decreto de elección. Á la conclusión, el auditorio aplaudió, aunque débilmente, y el presidente se puso á hablar con fría cortesía con lord Luxmore. Sus relaciones parecían puramente

de negocios, y en el pueblo se susurraba que sir Rodolfo nunca olvidó que los Oldtower eran Caballeros Cruzados cuando los Ravenels no eran nada ; pero la más probable causa del desafecto de sir Rodolfo hacia el conde, era el bien conocido carácter de éste.

Concluída su conversación, el presidente se levantó y anunció brevemente que el caballero Ricardo Brithwood de la Mythe iba á nombrar el candidato.

Éste no era otro que el señor Gerardo de Vermilye, al oír este nombre, un obrero de Norton Bury soltó una estrepitosa carcajada que fué sofocada con su inmediata expulsión fuera del edificio.

Tomás Brown, mayordomo del conde de Luxmore, secundó el nombramiento.

Después de breves palabras entre el presidente, su hijo y lord Luxmore, que no parecían muy satisfactorias. Sir Rodolfo se levantó otra vez.

—Caballeros y electores—dijo—no habiendo otro candidato propuesto, no nos queda más que declarar al señor Gerardo de Vermilye . . .

Juan Jalifax se adelantó hacia la mesa :

—Señor Presidente, perdone Vd. si le interrumpo, pero necesito decir unas palabras.

El señor Brithwood, dijo, soltando un juramento :

—¡ Sir Rodolfo, Vd. no oirá á ese hombre !

—Perdone Vd. ; debo oírlo, si tiene derecho para ser oído. Señor Jalifax, ¿ es Vd. un elector de Kingswell ?

—Sí, señor.

Brithwood dijo furioso que aquello era una falsedad :

—Ese hombre no pertenece á este distrito. Lo he conocido en las calles de Norton Bury hecho un pordiosero, y eso es todo lo que sé de él.

—Vd. sabe algo más que eso de mí, señor Brithwood.

Señor Presidente, yo nunca he sido un pordiosero. Empecé mi vida trabajando de muchacho jornalero en las granjas, hasta que el señor Fletcher me empleó en su tenería.

—Así lo tengo entendido—dijo sir Rodolfo, cortesmente—y después del hombre que es bastante afortunado para poder enorgullecerse de su noble origen, respeto al que no se avergüenza de la humildad del suyo.

—No es exactamente esa mi posición—replicó Juan sonriendo ligeramente—pero estamos apartándonos de la cuestión, que es tan sólo reclamar mi derecho de elector de este distrito.

—¿ En qué se funda Vd. ?

—Vd. puede ver en la carta acordada, una cláusula de la que rara vez se ha hecho uso, por la que la hija de un elector puede conferir sus derechos á su marido ; y siendo mi esposa hija del difunto señor Enrique March, ciudadano de Kingswell, reclamé en tiempo mis derechos este año, siendo inscrito en el Registro, como puede atestiguar el Secretario de Vd., señor Presidente.

El viejo Secretario confirmó el hecho. Lord Luxmore pareció altamente sorprendido y hasta incrédulo. Su hijo político dijo en voz alta que aquello era una picardía.

—Paso por esa dura palabra, señor Brithwood, sólo en consideración á que . . .

—Estamos satisfechos—interrumpió suavemente lord Luxmore.—Y ahora, mi querido señor, ¿ puedo contar con el voto de Vd. y su valiosa influencia en favor de nuestro amigo el señor Vermilye ?

—Señor mío, sentiré mucho que Vd. interprete mal mis sentimientos. No es mi intención votar, pero si lo hiciese, no sería ciertamente por el candidato del señor Brithwood. Señor Presidente, dudo que bajo ciertas circunstancias que con permiso de Vd. me voy á permitir exponer, el

señor Gerardo de Vermilye pueda ocupar un sitio en el Parlamento, aun en el caso de ser elegido.

Un murmullo se levantó entre la multitud que atemorizada hasta entonces por el dominio de la nobleza, se hallaba dispuesta á seguir á un jefe, mucho más siéndoles éste conocido.

—¡ Oigamos ! ¡ Oigamos á nuestro principal !—fueron las voces que se oyeron por todas partes.

Lord Luxmore, tomando un polvo de rapé, dijo con su sarcástica sonrisa :

—¡ *Honores mutant mores!* Yo creí, señor Jalifax que Vd. rehuía la política ?

—La política sí, señor ; pero no la honradez, la justicia y la moralidad ; y han llegado á mi noticia ciertos hechos que sin duda desconoce lord Luxmore, que me hacen comprender que la elección del señor de Vermilye sería un verdadero insulto para todos ; y por lo tanto, me opongo á ella.

—Se dejó oír un murmullo mayor.

—¡ Silencio, canallas !—gritó el señor Brithwood en su estilo habitual que por segunda vez le valió una amonestación del presidente.

—Parece, sir Rodolfo, que la democracia abunda en el vecindario de Vd. Yo, en verdad, me trato poco con esa clase de gente ; pero estaba muy lejos de creer que el pueblo tuviese derecho á elegir los miembros del Parlamento.

—No lo tiene, lord Luxmore—contestó el presidente con cierta altivez—pero nosotros oímos siempre al pueblo. Señor Jalifax, sea Vd. breve. ¿ Qué tiene Vd. que decir contra el candidato del señor Brithwood ?

—En primer lugar, su calificación. No disfruta de la renta necesaria. Está lleno de deudas en Norton Bury y en todas partes. Hay varios mandamientos de prisión contra

él que sólo siendo nombrado miembro del Parlamento podría evitar; y á todo esto hay que agregar el hecho, claro como la luz del día, de que ha sobornado con grandes ó pequeñas sumas á todos los quince electores de Kingswell; y creo con esto haber dicho bastante para convencer á todo inglés honrado, de que el señor Gerardo de Vermilye no es hombre digno de representarnos en el Parlamento.

Una espantosa gritería salió de la multitud apiñada en la puerta y en las ventanas. Los que no tenían voto, y que por consiguiente no habían podido ser sobornados, silvaban indignados á los quince desventurados votantes.

El presidente escuchaba con desagrado aquel inusitado tumulto del populacho expresando su opinión contraria á la del señor del suelo.

—Realmente, señor Brithwood, Vd. debe haber estado tan ignorante como yo, de las circunstancias de su candidato, ó hubiera Vd. designado otro. Alberto—añadió dirigiéndose á su hijo que hasta la última disolución había sido por varios años, miembro por Norton Bury—¿conocías tú esos hechos?

Alberto de Oldtower se manifestó disgustado de la pregunta.

—Contesta—dijo su padre.—No se debe titubear ante la justicia. Señores y amigos míos, ¿quieren Vds. oír á Alberto de Oldtower á quien todos Vds. conocen? Alberto, ¿son ciertas esas acusaciones?

—Creo que sí—contestó el joven con gravedad.

—Señor Brithwood, mucho siento no haber sabido esto antes. ¿Qué se propone Vd. hacer ahora?

—¡Nada! El Distrito es de lord Luxmore, y yo puedo proponer á quien me parezca, y sostengo mi candidato.

—Soy de la misma opinión—dijo lord Luxmore.

—Señor—añadió sir Rodolfo—Vd. olvida que por más

que yo desee complacer á la familia á quien pertenece este Distrito, no podría ver con satisfacción la elección de una persona tan poco apropósito para el servicio de Su Magestad. Si hubiera otro candidato y de este modo el sentimiento popular pudiera resolver esta dificultad . . .

—Precisamente, sir Rodolfo—dijo Juan Jalifax con resolución—ese ha sido mi objeto al hablar. Siendo un propietario, y por consiguiente un elector de este Distrito, reclamo el derecho de proponer un candidato.

El más intenso asombro se apoderó de todos los circunstancias. Semejante derecho había dejado de ser reclamado por tanto tiempo, que todos habían olvidado que existía. Sir Rodolfo y su secretario dejaron pasar algunos minutos antes de poder dar una solución á aquel caso. Por último, el presidente dijo :

—Me veo obligado á decir que el procedimiento, aunque muy poco común, no es ilegal.

—¿ Que no es ilegal ?—gritó Ricardo Brithwood.

—No es ilegal ; y por consiguiente debemos oír el nombre del que propone el señor Jalifax. Supongo, señor, que su candidato no será un demócrata.

—Sus opiniones políticas difieren de las mías, pero es el único caballero que en este caso se me ocurre, y á quien yo, y creo que todos mis convecinos, tendremos mucho gusto en ver otra vez en el Parlamento. Propongo que sea nombrado el señor Alberto de Oldtower.

Un movimiento de sensación se dejó sentir en la parte alta de la sala. En la baja se oyó una unánime aclamación, pues entre todas las familias del condado había pocas tan respetadas como la de los Oldtowers.

Sir Rodolfo se levantó perplejo.

—Confío, señores—dijo—en que ninguno de los presentes abrigará la menor duda de que yo nada sabía de los pro-

pósitos del señor Jalifax ; ni creo que mi hijo tampoco, el cual debe hablar por sí mismo.

El joven Oldtower, con su acostumbrada gravedad, unida á una apropiada modestia, dijo que á pesar de sus relaciones con el señor Brithwood y con el conde de Luxmore, no titubeaba en aceptar el honor que se le ofrecía.

—En ese caso—dijo su padre con marcado disgusto—no me queda más que cumplir con mi deber.

En medio de alguna confusión se vieron varias manos levantadas y se oyeron gritos de “ ¡ á las urnas ! ”

—¿ Á las urnas ?—grito Brithwood.—Este es un distrito de familia en donde no ha habido urnas por más de cincuenta años. Sir Rodolfo, yo creo que su hijo está loco.

—No es la locura enfermedad de mi familia, señor Brithwood. Mi posición aquí es la de Magistrado del Condado, y si los electores quieren votar, mi deber es no oponerme. Señores ! esta tarde se verificará la votación con arreglo á lo solicitado por el vecino señor Jalifax.

—¡ Que vecinos tiene sir Rodolfo de Oldtower !—dijo con sorna lord Luxmore.

—Lo tengo por un caballero, y desde que lo conozco me ha inspirado el más alto respeto—contestó enfáticamente sir Rodolfo.

Este fué el primer reconocimiento público de la posición que Juan Jalifax ocupaba tácitamente entre sus convecinos, y viniendo de aquel cumplido caballero cuyo menor título era poseer y honrar una nobleza de siglos, hizo á Juan encendérsele las mejillas de satisfacción y de perdonable orgullo.

—Cuéntaselo á mi mujer—me dijo cuando se dispersó la reunión y me suplicó fuese á casa á explicar el motivo de su detención en Kingswell.—Ella se alegrará mucho.

Y así fué en efecto. Su rostro se iluminó con el orgullo

de la mujer cuyo mayor honor es el honor que se tributa á su marido. Sin embargo, me hizo volver grupas tan luego como llegué.

En el camino no parecía sino que todo el vecindario estaba ansioso de ver el suceso que se preparaba. Una elección disputada era cosa de que no conservaban memoria ni aun los habitantes más viejos. Los quince electores estaban como trastornados ante la idea de su propia importancia.

Encontré á Juan tratando de convencer á un grupo de unos cuantos de ellos, de que el voto de un hombre debía ser la expresión de su opinión concienzuda, y que el venderlo era una acción tan vil como traficar con la libertad de un hijo ó el honor de una hija. En aquel grupo se hallaba escuchando con mucha atención el mismo Jacobo Baines á quien vimos por la mañana, y fué en un tiempo cabecilla en el motín de subsistencias, que después trabajó constantemente en la tenería y ahora trabajaba en el molino. Había sido desde entonces el más fiel de los operarios de Juan, sin haber alvidado el bien que tanto él como sus compañeros recibieron de aquél.

La elección sería en el atrio de la Iglesia, y el mayordomo de ella se hallaba colocado junto á la mesa del secretario para recibir los votos. No muy distante estaba el Magistrado, con la cabeza descubierta, sentado en el banco de la familia, imponiendo con su actitud el debido decoro que todos observaban menos lord Luxmore y el señor Brithwood. Éstos, aparentemente seguros de su triunfo, reían y hablaban alto en un extremo distante.

—Mi lord, señores, y amigos míos—dijo sir Rodolfo, levantándose gravemente—espero que todos respetarán la santidad del lugar en que nos encontramos.

La elección empezó en el más completo silencio. Uno

tras de otro, tres arrendatarios depositaron su voto por el señor de Vermilye. Tenían en sus narices rapé de la caja de lord Luxmore, y tal vez algo más pesado en sus bolsillos. Se acercó el viejo Jacobo Baines y dijo en voz alta :

—Aquí está mi voto, y no por el señor de Vermilye.

Un murmullo de aprobación lo saludó al regresar á sentarse en un banco con varios compañeros que discutían no muy favorablemente los méritos del candidato del señor Brithwood.

Gran sorpresa debió causar al lord el resultado de la elección que fué el siguiente de los quince votos : seis fueron por el señor de Vermilye, y nueve para su oponente. El joven Alberto de Oldtower fué por lo tanto Miembro del Parlamento por el Distrito de Kingswell.

El conde recibió la noticia en silencio y con dignidad, pero no así el señor Brithwood que nunca permanecía callado.

—Esto es un fraude y una infame conspiración—dijo ;—pero yo me vengaré.

—Puede serle á Vd. difícil, señor Brithwood—dijo Juan acercándosele. Yo siento mucho que las circunstancias me hayan forzado á ser su contrario en este asunto, pero confío en que algún día Vd. y el conde me harán la justicia que hoy sólo puedo buscar en mi conciencia.

—Es posible—contestó el conde con un saludo satírico. Señores yo creo que nuestra misión está terminada aquí por hoy, y hay una larga tirada hasta Norton Bury. Sir Rodolfo, ¿ quiere Vd. hacernos el honor de acompañarnos ? ¿ No ? Adiós, amigos míos. Señor Jalifax, siempre á sus órdenes.

—Una palabra, señor : esos pobres operarios míos que son arrendatarios de casas de Vd., sé á lo que estan expuestos por haber votado en contra de Vd. Si Vd., antes de

tomar con ellos una medida violenta, quiere tener la bondad de ordenar á su agente que acuda á mí para el cobro de las rentas . . .

—Señor, mi agente hará lo que le parezca.

—Pero, ¿puedo confiar en su caballerosidad, y en sus sentimientos de honor?

—Sólo entre personas iguales debe hablarse del honor— contestó el conde con altanería.

—En lo que el señor Jalifax puede confiar es en mi buena memoria.

Con una sonrisa y un perfecto saludo, como si dejara el campo después de una victoria, lord Luxmore se retiró. Poco tiempo después, nadie quedaba en aquel sitio, donde había sucedido aquella escena de que aun hablan los viejos aldeanos, que se creen grandemente maltratados porque la Reforma ha borrado de la lista de los Distritos electorales ingleses el “leal é independiente” Distrito de Kingswell.

Sir Rodolfo de Oldtower permaneció un rato hablando con Juan y pude oír algunos fragmentos de su conversación.

—Lo que Vd. dice es verdad, señor Jalifax ; pero no lo podemos evitar. La constitución inglesa es perfecta, tan perfecta como puede ser una obra humana ; pero surge la corrupción que lamentamos, pero que no podemos evitar. Es imposible.

—No hay nada imposible para una firme voluntad, sir Rodolfo.

—Amigo mío, Vd. habla como un joven que es. Los años venideros le ensañarán el mundo y sus caminos con más clara luz.

—Así lo deseo ardientemente.

Al separarnos, sir Rodolfo hizo á Juan un cordial ofrecimiento de su casa solariega añadiendo :

—Lady Oldtower tendrá pronto el honor de ir á visitar á la señora Jalifax.

—Pero debo decir á Vd.—contestó Juan inclinándose— que mi señora y yo somos sencillas gentes del pueblo que no hacemos meros conocimientos, y que sólo deseamos amistades.

—Es una fortuna que lady Oldtower y yo tenemos la misma particularidad.

Y con un afectuoso apretón de manos se separó de nosotros.

—Juan, has dado hoy un gran paso en el mundo.

—¿ Lo crees así?—me contestó distraído.

—¿ Qué dirá tu mujer?

—¡ Pobrecilla! Ella se casó conmigo cuando yo no era nada, pero algún día, Dios mediante, no habrá señora en el país más elevada que mi Ursula.

Á lo lejos divisamos la luz de la lámpara que alumbraba la sala de Longfield.

—¿ Estarán los muchachos acostados ya, Félix?

Fuera de la casa nos esperaba Ursula.

—¿ Se arregló todo, Juan?

—Creo que sí. El señor Oldtower ha sido elegido, y *el otro* tendrá que huír del país.

—¿ De modo que ella está salvada?

—Confiemos en que sí. Hemos hecho cuanto ha estado en nuestro poder, y debemos esperar el resto. Mientras tanto—agregó abrazándola y entrando en la casa:

—¡ Bendito sea el hogar!



CAPÍTULO XXII.



El día siguiente todos los de la casa nos levantamos muy temprano, y los muchachos estaban más contentos que nunca. Era el día señalado por Juan como de fiesta anual para todos sus operarios á quienes iba á dar una comida, estando convidados á ella también todos los pobres de las inmediaciones, todos los necesitados que no podían devolver el convite. Se habían hecho grandes preparativos culinarios, y se iban á repartir monedas de plata y de cobre á todos los necesitados. Ursula, con Jaime y Juana parecían abejas trabajadoras ocupadas toda la mañana.

Al medio día fueron llegando los convidados, y poco después se sentaron á una gran mesa colocada al aire libre y presidida por Juan con una seriedad que era la diversión nuestra. Concluída la comida se desparramaron todos por la arboleda entregándose á juegos y bailes como si fueran muchachos, y nosotros nos sentamos bajo un árbol á presenciar aquel agradable espectáculo.

Ya por la tarde vimos llegar jadeante un muchacho que se nos acercó preguntando con ansiedad por Jacobo Baines.

—Ahí lo encontrarás entre todos los demás—le contestó Juan.

El muchacho salió como una flecha. Juan lo siguió al

poco rato, temeroso de que algo desagradable hubiera ocurrido en Kingswell, y Ursula y yo fuimos detrás de él.

Al llegar al sitio donde estaba la gente vimos un grupo de hombres discutiendo con calor, y varias mujeres rodeándolos.

—¿Qué ocurre?—dijo Juan aproximándose á ellos.

—Este muchacho—contestó Jacobo Baines—que es mi hijo, y á quien dejé cuidando de las casas que ocupamos de lord Luxmore, me trae la noticia de que en nuestra ausencia han ido á hacer un embargo por la renta, y se han llevado cuantos pobres muebles allí teníamos, incluso las camas.

Se siguió un llanto general entre las mujeres, y gritos y juramentos de los hombres.

—Tranquilícense Vds.—les dijo Juan—yo iré inmediatamente á Kingswell y defenderé sus derechos. Se ha cometido con Vds. una gran injusticia, de que en parte soy yo el culpable por no haber pagado hoy las rentas, pero las extralimitaciones de la ley deben siempre resistirse colocándose uno estrictamente dentro de la ley misma. Veré al Magistrado, y espero que me verán Vds. volver esta noche con este asunto arreglado satisfactoriamente. Entre las bendiciones de todos, montó Juan en su caballo y se despidió de nosotros para dirigirse á Kingswell.

Tres horas transcurrieron antes de que lo viéramos volver, y no trajo buenas noticias. Había encontrado las cosas en el estado que dijo el muchacho de Jacobo Baines, y no había podido ver á sir Rodolfo por hallarse ausente en casa de lord Luxmore á donde había sido llamado para intervenir en un bien desagradable asunto.

—Amigos míos—dijo, dirigiéndose á aquella pobre gente—es preciso que tengan Vds. paciencia por unas horas más. Yo preferiría ser el más pobre de todos Vds., á hallarme en el caso de lord Luxmore en estos momentos. Permanecerán

Vds. aquí esta noche, arreglándose como puedan, y mañana pagaré las rentas y Vds. recobrarán sus muebles, pasando á ser mis arrendatarios y no de lord Luxmore.

—¡ Viva nuestro amo !—gritaron aquellos hombres, completamente satisfechos.

Al poco tiempo todo estaba arreglado por Ursula, para que pasasen allí la noche convenientemente alojados en los diferentes departamentos de la granja, y se retiraron á descansar

Era ya cerca de media noche cuando Ursula, terminados sus quehaceres, vino á sentarse á nuestro lado.

—¿ Qué desagradable asunto es ese que ha obligado al Magistrado sir Rodolfo á ir á casa de lord Luxmore?—pregunté yo á Juan.

Éste miró á Ursula con tristeza, y le dijo :

—Ursula, somos muy felices, y no debemos hablar mal de nadie.

—¿ Qué me quieres decir con eso? No . . . ; Es imposible !—dijo ésta sobresaltada.

—Es la verdad, Ursula. ; Se ha escapado !

Ursula se cubrió la cara con las manos, exclamando :

—¡ Pero eso es horrible !

Los tres permanecemos callados por un largo rato, al cabo del cual continuó Juan :

—Esta mañana temprano, ella y el señor de Vermilye tomaron de casa de lord Luxmore todas las joyas y dinero que pudieron encontrar á mano, y que según se dice asciende á una respetable cantidad, y desaparecieron. El conde persigue ahora á aquél, no sólo como al seductor de su hija, sino como á un ladrón.

—¿ Y qué hace entre tanto Ricardo Brithwood ?

—Beber . . . beber . . . y beber. Esto es lo único que él sabe hacer.

No hablamos una palabra más, ni en muchos años se volvió á nombrar en nuestra casa á la desgraciada lady Carolina Brithwood.

El día siguiente lo pasó Juan en Kingswell arreglando el asunto de aquella gente que por la tarde nos abandonaron, despidiéndose con gritos y vivas al señor Jalifax, el mejor amo en toda Inglaterra.





CAPÍTULO XXIII.



N la primavera siguiente preguntaba Juan una mañana á sus hijos si les gustaría ir á vivir á Enderley.

—He hablado ayer con la señora Tod y está dispuesta á darnos alojamiento á todos.

Los muchachos acogieron la noticia con el mayor entusiasmo. Ursula, á quien costaba mucho trabajo abandonar su querido Longfield, se limitó á decir.

—¿ Es absolutamente preciso que vayamos, Juan ?

—Á no ser que consientas que viva yo allí sólo . . .

Ursula hizo un movimiento negativo de cabeza, y añadió.

—No sé como puedes hablar con tanto entusiasmo de Enderley en medio de los disgustos que aquella fábrica te está ocasionando.

—¿ Disgustos ? ninguno, querida mía. Las contrariedades deben sobrellevarse con el mejor espíritu posible ; y éstas no podrán durar mucho, á pesar de la voluntad de lord Luxmore.

Éste había dado á Juan, durante todo el invierno, repetidas pruebas de su “buena memoria,” según le había dicho el día de la elección de Kingswell, mortificándolo en todas las ocasiones en que la dura mano del propietario podía hacerse sentir sobre el arrandatario ; pero Juan había resistido con entereza aquella lucha entre la fuerza y la razón,

lucha que hubiera podido ser más dura para él sin la valiosa intervención muchas veces, del buen sir Rodolfo de Oldtower que invariablemente continuó llamando á Juan “su amigo,” y se lo demostró siempre que pudo.

—Si lord Luxmore—continuó Juan—no se presta á hacer en la fábrica las grandes reparaciones que son necesarias, las haré yo, y hasta la dotaré de una máquina de vapor.

Este era un proyecto atrevido que hacía tiempo acariciaba Juan, y que había sido discutido por los tres, más de una noche del invierno anterior en la sala de Longfield, siendo recibido al principio por Ursula con desagrado porque en aquella época, adelanto y ruina se consideraban como sinónimos; pero la fe que le inspiraba su marido había triunfado de la preocupación, y al oírlo esta vez hablar de la máquina de vapor, lo miró y se sonrió.

—Lady Oldtower me ha preguntado precisamente hoy por tu proyecto, y cree que no te arruinarás. Yo tampoco tengo miedo.

Juan pareció sentir una viva satisfacción.

—¿Has visto con mucha frecuencia á lady Oldtower, Ursula?

—Dos ó tres veces ha estado aquí, y hoy vino á pedirme que fuese con María á almorzar con ella, á lo cual no he accedido.

—Pero supongo que te habrás disculpado en términos que no atribuya á falta de atención de nuestra parte el rehusar esa invitación? Algún día ocuparemos, Ursula, el lugar que nos corresponde entre las personas elevadas del país.

Este era un constante y firme presentimiento que no abandonaba nunca á Juan.

Pocas semanas después, nos trasladábamos todos á vivir á Enderley.

Doce años habían transcurrido desde nuestra estancia en aquel lugar, y ningún cambio se había operado en él.

La señora Tod, un poco más gruesa y un poco más colorada que cuando la conocimos, nos estaba esperando en la puerta de su Quinta. En su alegría al vernos llamó á Ursula “señorita March,” lo cual hizo á ésta ponerse pálida y mirar hacia el cementario inmediato á la Iglesia.

—Todo está perfectamente, señora—dijo aquella.—Mi marido cumple las órdenes del señor Jalifax, y ha plantado muchas siemprevivas y cipreses.

—Lo sé—contestó Ursula.

Cuando aquella noche, después de haber acostado ésta á sus hijos, la echamos de menos, nos dirigimos al cementerio, y allí la encontramos sentada junto á la tumba de su padre.

Éramos felices en Enderley. Juan dejó sus asuntos de Norton Bury al cuidado de persona competente y pasaba casi todo el día en la fábrica de paños. Yo, con la pequeña María solía pasar largos ratos en la pradera que rodeaba la fábrica á donde Juan salía algunas veces á hacernos compañía. Una mañana en que estábamos los tres sentados en la orilla del arroyo cuya agua era el motor de la máquina de la fábrica, Juan exclamó de repente :

—¿Qué sucede en el arroyo? ¿No ves, Félix?

—Hace largo rato que estoy notando que sus aguas descenden, pero creí que obedecía á haberlo dispuesto tú así.

—Nada de eso. Voy á ver lo que sucede.

Corrió á la fábrica ; lo vimos salir luego examinando el arroyo, y por último dirigirse hacia el extremo del valle donde se hallaba una posesión de lord Luxmore. Transcurrieron dos horas antes de que lo viéramos regresar.

El caudal de agua del arroyo había ido disminuyendo hasta que se veía el fondo cenagoso.

—No podía ser otra cosa—dijo Juan al llegar á donde nosotros estábamos—pero nunca creí que se atreviera á hacer eso.

—¿Quién?—le pregunté yo.

—Lord Luxmore, que ha variado la corriente del arroyo.

—Pero ese es un acto contrario á la ley.

—Pero no á la del fuerte contra el débil. Da por pretexto que necesita las aguas tres días á la semana para su posesión, pero hace tiempo que yo estoy viendo venir esto, y que de lo que trata es de arruinarme; pero no lo conseguirá sin que yo me defienda antes, no por medio de la ley, á cuyo extremo soy opuesto por principio, sino llevando á cabo el proyecto que desde tiempo atrás tengo en mi imaginación. Hablaré esta noche á mis operarios á quienes despediré por dos ó tres meses con un reducido jornal para que no se mueran de hambre, y durante este tiempo instalaré la máquina de vapor. Vé á casa con María, Félix, y cuenta á Ursula lo que ocurre, diciéndole que yo iré tan pronto como pueda, y que no se alarme.

Corrí á cumplir aquella comisión, y tan luego como por la noche acostó los muchachos, la ví bajar las escaleras dispuesta á salir, y suplicándome la acompañase á la fábrica.

—Bueno, Ursula—dijo Juan al vernos llegar—¿ya sabes lo que sucede?

—Sí; lo sé; pero nada importa.

—Tengo que parar la fábrica, ó hacerla mover por vapor.

—Pues la elección no es dudosa. Instala la máquina.

—Necesito luchar con la preocupación de esta pobre gente que creen que voy á arruinar al trabajo manual y tal vez intenten romper la maquinaria que es lo que lord Luxmore desea, puesto que se ha propuesto arruinarme. Si los hubieras visto esta noche cuando les hablé! Creen que les voy á quitar el pan de la boca. Pero todo puede arre-

glarse. Dos ó tres meses de algunas privaciones por nuestra parte, nos permitirán seguir asignando un pequeño jornal á los que despida, y así acallaremos las murmuraciones contra mí y tendrán para sus más perentorias necesidades.

En aquel momento oímos un pequeño ruido en la obscuridad, y Juan preguntó.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, señor Jalifax; no se alarme Vd.—dijo con voz dulce, aproximándose de modo que la luz pudiera iluminar su rostro—¿No me conocen Vds.?

Lo reconocimos á pesar de la demacración de sus facciones.

—¿Vd. aquí, lord Ravenal?

—No me llame Vd. así. Aborrezco ese nombre á que hace tiempo hubiera renunciado, huyendo de él y del mundo si mi padre me lo hubiese permitido—dijo el joven con tristeza.

—¿No se disgustará si sabe que ha venido Vd. á este sitio?

—Nada importa, y además él no está aquí. Se ha ausentado por seis meses dejándome sólo en Luxmore.

—¿Lo ha ofendido Vd. en algo?—preguntó Ursula mirando aquellas facciones que sin duda le recordaban las de lady Carolina.

—Me aborrece porque soy católico, y porque deseo entrar en un convento.

Miró á su alrededor, como temeroso de que alguien lo observara y añadió:

—Vds. no me harán traición. Yo sé, señor Jalifax que Vd. es un hombre de bien, que siempre ha hablado en favor nuestro. Dígame Vd.; yo guardaré el secreto: ¿es Vd. también católico?

—Nosotros somos cristianos, y nada más.

Había, en efecto, razón para los temores del joven, toda vez que en aquellos días los católicos eran perseguidos por la ley y por la opinión pública con la misma tenacidad que los protestantes no conformistas. Todo el que no pertenecía á la iglesia nacional episcopal era denunciado como cismático, deista, ateo, etc.

—¿Pero por qué quiere Vd. renunciar al mundo ?

—Porque estoy cansado de él. Sólo un ser había en él á quien yo amara y que me amara, y ese . . .

Sus labios se movieron como pronunciando una plegaria, y esto pareció tranquilizarlo.

Ursula recordó sin duda las palabras de lady Carolina cuando dijo : “ que no lo sepa Guillermo ; ” y procurando consolar al joven lo invitó á venir á casa con nosotros.

Él pareció muy sorprendido ante aquella invitación.

—¿Después del daño que lord Luxmore ha hecho á Vds. ?—dijo.

—Esa no es una razón para que nosotros dejemos de hacer á su hijo todo el bien que podamos—contestó Juan.

El joven lo miró de un modo que me hizo recordar lo que su hermana había dicho respecto á la entusiasta admiración que él sentía por Juan Jalifax.

—Vamos, lord . . .

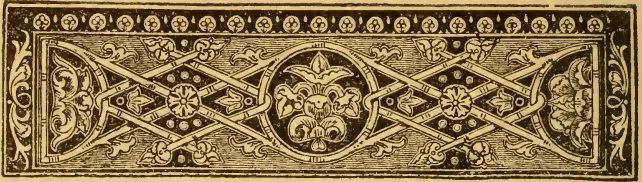
—No me de Vd. ese nombre, señora ; llámeme como me llamaban en St. Omer . . . “El hermano Anselmo.”

Logramos casi domesticar al “Hermano Anselmo,” en la Quinta Las Rosas. Pero, ¿qué hubiera dicho el conde si hubiese sabido que su hijo único, el presunto heredero de su título y de sus opiniones políticas, se hallaba en constante y abierto trato con Juan Jalifax, el radical, como todavía se le llamaba algunas veces ; con el hombre cuyos principios, modo de vivir y hasta de pensar eran tan diametral-

mente opuestos á los que predominaban en la casa de Luxmore? ¿Y qué hubiera dicho aquel orgulloso noble si hubiera sabido que su hijo único, Lord Ravenel, para quien proyectaba un brillante matrimonio desde el punto de vista de los intereses, dedicaba todas sus atenciones, con un sentimiento medio paternal y medio amoroso, á María, la pequeña hija de Juan Jalifax?

El principal lazo que los unía era la música. Ella tocaba el órgano, y ambos se pasaban horas enteras en la iglesia entonando armonías que me parecían celestiales, á mí que los escuchaba con frecuencia sentado en los bancos debajo del coro.

Por este tiempo Juan nos acompañaba muy poco. Estaba completamente dedicado á su portentosa novedad, la máquina de vapor. Hizo varios viajes á Manchester y otros puntos para estudiar la aplicación del nuevo motor, lo que unido á su disposición natural para la mecánica había de proporcionar el éxito. Trabajaba incesantemente todo el día, á veces con sus propias manos, ayudado por varios operarios que había traído consigo de Manchester, pues era preciso guardar el secreto en la comarca hasta que todo estuviese completo. De este modo los ignorantes y sencillos jornaleros que antes estaban en la fábrica y que venían los sábados á cobrar su fácilmente ganado jornal, se limitaban á mirar con curiosidad aquellas masas de hierro y muros de ladrillo, preguntándose unos á otros, admirados, qué se propondría hacer el amo, pero ninguno osaba inquirir ni hacer observación alguna.



CAPÍTULO XXIV.



L verano tocaba á su término, y nosotros comenzábamos á pensar en el regreso á nuestra querida residencia de Longfield. Para los muchachos había sido muy conveniente aquella temporada en Enderley. María, que contaba ya once años, continuaba siendo la niña adorada por todos, y la predilecta de su padre, ayudando ya á su madre en los infinitos pequeños quehaceres de la casa. Una noche vino Lord Ravenel á participarnos que se alejaba de Luxmore por algún tiempo. Desde luego supusimos que el alejamiento obedecía á que su padre estaba para llegar. Al despedirse de nosotros se dirigió á María diciéndole :

—Siento mucho separarme de tí ; ¿ te acordarás de mí, María ?

—Sí, hermano Anselmo ; yo quiero á Vd. mucho—contestó la niña.

Él le besó la mano, como si fuera el objeto de su adoración, ó la mujer que más adelante había de amar, y se retiró.

El siguiente día era el destinado para la prueba de la máquina de vapor, y si la prueba era satisfactoria partiríamos inmediatamente para nuestra casa de Longfield en donde todos ansiábamos vernos.

Llegado el momento nos dirigimos todos á la fábrica, frente á la cual había reunida ya una considerable multitud,

porque Juan había anunciado el acontecimiento que fué recibido con gran sorpresa de todos los habitantes del valle de Enderley, y con las burlas de algunos escépticos refractarios á toda innovación.

Juan Jalifax se abrió paso por entre aquella gente, llevando á Ursula del brazo, y seguido de un involuntario murmullo de respeto. Una sóla voz se oyó que dijo : “ ¡ abajo las máquinas ! ” pero una mirada de fuego de Juan acompañada de un “ ¿ Quién ha dicho eso ? ” fué bastante para que el descontento, quienquiera que fuese permaneciese en silencio.

Juan entró en la fábrica, y con una llave abrió la puerta del cuarto donde estaba la máquina y donde durante las dos últimas semanas había pasado casi continuamente, día y noche, encerrado con dos hombres de los que había traído de Manchester, terminando los últimos detalles de aquella. Aquellos hombres dijeron que con frecuencia se habían visto obligados en otras partes á trabajar de aquel modo, bajo llave, tal era la animosidad del pueblo contra las máquinas, por creer que iban á arruinar el trabajo manual.

— Parece que su gente no está muy satisfecha, señor Jalifax—dijo uno de aquellos hombres ;— dicen que tenemos el diablo encerrado ahí—añadió señalando á la gran caldera de vapor que había sido construída adjunta en la parte exterior del cuarto.

— Déjelos Vd. que digan, con tal de que yo haga que ese diablo trabaje á nuestra satisfacción.

Juan dijo esto riéndose, pero estaba excitadísimo. Examinó, pieza por pieza, todo el complicado mecanismo de la máquina, cuyas piezas brillaban como espejos, y se retiró un poco para contemplarla con orgullo y hasta con cariño. Sus mejillas estaban encendidas, y se frotó las manos con satisfacción. Ursula se le acercó para decirle algo :

—No me hables Ursula—le dijo ;—si fracasa esto, mi ruina es inevitable.

—¡ Juan !—le contestó ella, estrechándole fuertemente una mano.

Juan abrió la puerta del cuarto, y gritó :

—Pasen dos de Vds. á ver cómo trabajan mis diablos—y dirigiéndose á sus hombres añadió—¿ Estamos listos ?

Y abrió la válvula. El vapor se precipitó en el cilindro, y la barra del pistón empezó á moverse majestuosamente de arriba abajo como el poderoso brazo de un gigante autó-mata. Las ruedas dentadas se movieron con regular rotación y no parecía sino que se había dotado de una alma, aquella masa inerte de madera y hierro misteriosamente combinados. El monstruo estaba vivo.

Juan permanecía contemplándolo sin pronunciar una palabra. Vista la satisfactoria prueba, sus energías se debilitaron. Se sentó al lado de su esposa, con María en sus rodillas.

—¿ Está todo bien ?—le preguntó ésta.

—¡ Todo bien, querida mía, gracias á Dios !

Abrió la puerta para que todo el pueblo entrase á ver la portentosa obra. Todos se precipitaron, y contemplaban aquello con curiosidad y con no disimulada alarma. Juan se tomó el trabajo de explicarles, pieza por pieza todo el mecanismo hasta que algunos de los más inteligentes lo comprendieron y se rieron de la idea de “ los diablos ” ; pero miraban á Juan como si fuera un ser sobrenatural. Lo escuchaban todos con la boca abierta, invadiendo el pequeño cuarto de la máquina en términos que se hacía imposible respirar allí ; pero todos á respetable distancia del monstruo que continuaba su marcha inalterable como si estuviera dispuesto á trabajar eternamente.

Juan salió, por último, con Ursula y sus hijos al aire

libre, y todos nos dispusimos, alegres y felices, á apresurar el regreso á nuestro querido Longfield.

Ursula se sentó debajo del puente á esperar la llegada de la silla de postas, y á los pocos momentos Juan vió venir por el camino un jinete en dirección á donde nos hallábamnos.

—Me parece que es lord Luxmore, Ursula. ¿ Habrá oído hablar de mi máquina de vapor ?

Lord Luxmore pasó por frente á nosotros inclinándose ante Ursula, á cuya inclinación ésta contestó con cierta altivez.

En aquel momento se oyeron distintamente gritos de la gente de la fábrica, que exclamaba :

—¡ Viva nuestro amo ! ¡ Viva el señor Jalifax !

Ursula se sonrió con orgullo.

—¿ Qué gritos son esos, señor Jalifax ?—preguntó, deteniéndose, lord Luxmore.

—Es mi gente que me victorea.

—¡ Magnífico ! y ¿ puedo preguntar cual es la razón ?

Juan se la explicó en breves palabras y con la misma cortesía que aquél había empleado.

—¿ Y esa máquina de vapor, de que he oído hablar antes de ahora, reportará grandes ventajas á su fábrica ?

—Indudablemente, señor. Por de pronto, me hace innecesario el uso de las aguas de que Vd. puede disponer en absoluto para su casa de Luxmore.

La mirada de Juan, al decir esto, expresaba la satisfacción del triunfo. Á invitación de lord Luxmore, Juan siguió al lado del caballo de aquél, y cuando se habían retirado algunos pasos, fuera de la vista de Ursula, le dijo el conde :

—Creo no haber entendido á Vd. bien, señor Jalifax. ¿ Quiere Vd. repetirme sus palabras ?

—Con mucho gusto. Quiero decir, sencillamente, que el haber hecho Vd. desviar el curso de las aguas me ha proporcionado una de las mayores ventajas con que yo pudiera haber soñado, y por la que tengo que dar á Vd. expresivas gracias.

El conde lo miró fijamente, sin contestarle, y de pronto metió ambas espuelas al caballo que salió disparado como una flecha.

—¡ Los muchachos ! ¡ Los muchachos !—gritó Juan.

María se hallaba precisamente en medio del camino, y sin tiempo para retirarse, fué atropellada por el caballo.

Sólo una vez en mi vida oí á Juan pronunciar un juramento, y fué en aquella ocasión. El conde lo oyó también, y no es fácil que ni el juramento, ni la vista de aquel frenético padre recogiendo entre las patas del caballo á la hija de su corazón, se hayan borrado de su memoria en mucho tiempo.

El conde se apeó, diciendo con ansiedad :

—¿ Se ha lastimado ? Ha sido un accidente, Vd. ve que ha sido un accidente . . .

Juan no lo oía. Con la niña en los brazos corrió al arroyo inmediato, y al humedecerle la frente, ésta abrió los ojos con una expresión de dolor.

—¡ Hija mía !

María se sonrió con dulzura, y contestó :

—No me he lastimado, querido papá.

Lord Luxmore pareció aliviado de un enorme peso, y repitió sus excusas.

Nadie le contestó.

Juan estaba ocupado sólo de María y de cerciorarse de que sus tiernos miembros no habían sido lastimados. Afortunada y casi milagrosamente no había recibido lesión alguna de importancia.

—¿ Crees que podrás andar hija mía? Vamos á donde está tu madre, y no le digamos nada, por lo menos hasta que nos hallemos en Longfield.

Pero no había que pensar en engañar á su madre que tan pronto como la vió preguntó con ansiedad :

—¿ Qué ha sucedido á María?

Fué preciso contárselo todo, aunque procurando aminorar la gravedad del accidente, si bien todos estábamos alarmados por la palidez y silencio de la niña.

Ursula se sentó con ella al lado del camino, acariciándola y sin que á todas sus preguntas pudiese obtener más contestación que la de que no se había lastimado.

La silla de posta estaba esperando.

—¿ Qué hacemos?—pregunté yo á Ursula, pues era inútil preguntarle nada á Juan.

—Creo que debemos volvernos á Enderley—me contestó con resolución.

Puso la niña en los brazos de su padre, y nos dirigimos todos tristemente otra vez á la Quinta Las Rosas.





CAPÍTULO XXV.



EN discusión, nuestros planes fueron tácitamente cambiados. Todos lo sentíamos, pero ninguno se aventuró á decir una palabra sobre la imposibilidad de aquel viaje. María continuaba en la cama desde el día en que su padre la había colocado en ella después del accidente, y sin quejarse nunca, ni deseaba moverse, ni hablar. Cuando se le preguntaba si se sentía mal, contestaba :

—¡ No, no ! sólo siento cansancio.

Á instancias de su padre, y por complacerlo se levantó un día, y apoyada en el brazo de aquél dió algunos pasos, pero pronto pidió que la volviesen á la cama, pues se sentía muy cansada.

No tenía límites la aflicción de aquel padre que pasaba todo el día al lado de su hija, procurando alegrarla, y sólo separándose de ella cuando la dejaba dormida.

Una noche me suplicó que lo acompañase á dar un paseo por las inmediaciones de la Quinta.

—Es preciso, Félix—me dijo—que procuremos, en cuanto sea posible, ocultar á Ursula el estado de su hija. La situación en que Ursula se halla requiere que no se entere de la inmensa desgracia que nos amaga.

Afortunadamente, los continuos cuidados de la casa, y una incomprensible venda que parecía tener delante de sus

ojos, le impedían hacerse cargo de la situación que tanto á Juan como á mí nos tenía trastornados.

Al cabo de dos semanas Ursula dió á luz una niña. Cuando Juan comunicó á María que tenía una nueva hermanita, á quien iban á poner por nombre Matilde, aquella recibió la noticia con tranquila alegría.

—¿Qué día es hoy, papá?

—El primero de Diciembre.

—Me alegro; mi hermanita Matilde cumplirá años en el mismo mes que yo. En este mes cumpliré yo once años.

—Sí, hija mía. Muy pronto serás una mujer grande.

El tiempo era tan frío que hasta diez días después no le se permitió á Ursula salir de su cuarto é ir al de su hija. Era un Domingo cuando encerrándose Juan sólo en el cuarto de Ursula se vió obligado á decirle lo que era necesario que supiese, y lo que el doctor Jessop nos había comunicado aquella misma mañana. Cómo recibió aquella madre la primera revelación de tan indecible desgracia, fué cosa que permaneció siempre desconocida para mí.

Me hallaba sentado á la cabecera de la cama de María, rodeado de sus hermanos que con los juegos trataban de distraerla, cuando entraron aquellos en el cuarto. Instantáneamente comprendió Ursula el cambio que en la enferma se había operado en las dos últimas semanas, y aunque sin derramar una lágrima, se volvió á su marido con una mirada muda, lastimosa y de desesperación, como diciéndole: “; Ayúdame, que esto es más de lo que yo puedo soportar!”

María gritó llena de gozo:

—; Mi madre! ; mi madre!

Su madre la estrechó contra su pecho, recibiendo unas lágrimas que aquella derramó, pero con una entereza de espíritu que parecía milagrosa.

—Yo quiero ver á mi hermanita, á Matilde, que va á ocupar ahora mi lugar y ser la predilecta de todos.

—¡ Calla, María !—dijo débilmente su padre.

Aquella lo miró y se sonrió permaneciendo callada.

Le trajeron la pequeña niña, colocándosela en su cama, y la acarició con la mayor ternura.

El cuadro que presentaba la habitación con aquellos cinco hermosos niños, era verdaderamente conmovedor. Los hermanos estaban locos de alegría, y por la tarde jugaron alrededor de la cama para entretener á la enferma. Al anoecer Juan se llevó los muchachos, y María se quedó dormida, al parecer, con su hermanita á su lado. Poco rato después dijo dirigiéndose á su madre :

—Yo quisiera que Matilde pasase esta noche conmigo ; mañana es mi cumpleaños.

—Sí, hija mía ; las dos estaremos aquí, y yo nunca más me separaré de tí.

—¡ Oh ! ; mucho me alegro !

Juan volvió y le preguntó si estaba cansada.

—No, papá.

—¿ Quieres que lea en un libro ?

—Sí ; y haga Vd. venir á mis hermanos ; quiero tenerlos á todos á mi lado esta noche antes de que se vayan á dormir.

Juan los hizo venir, y por espacio de cerca de una hora les leyó, según la costumbre de todos los Domingos, algunos pasajes de la Biblia que todos escucharon con religiosa atención.

—Ahora, muchachos—dijo Juan al terminar—ya es hora de que se vayan Vds. á dormir. Despídanse de su hermana dándole un beso.

—¿ Cuál de ellas,—dijo Eduardo, que siempre era el gracioso de la compañía ; ahora tenemos dos.

—La hermana es siempre María ;—respondió gravemente Guillermo—Matilde es la niña.

—Bueno—dijo Juan—váyanse Vds. á dormir, y no hagan ruido ninguno.

Obedecieron ; y una hora después aun los oía yo discutir acaloradamente sobre el respectivo mérito de las dos hermanas, y su futuro comportamiento para con ellas.

Aquella noche la pasamos toda en vela Juan y yo, por más que éste cuando bajó me dijo que la madre y las dos hijas dormían tranquilamente. Hablamos mucho de nuestros antiguos tiempos, y yo no podía apartar de mi imaginación, y hasta me parecía que Juan pensaba en ello también, el recuerdo de la noche en que en aquella misma casa había muerto el señor March. El mismo viento ahuracnado y frío en el exterior, el mismo silencio en la casa y el mismo rescoldo de leña en la chimenea de la cocina, en donde ahora como en aquella ocasión nos hallábamos. Algunas veces hasta me parecía que oía los gemidos del señor March, y que iba á ver aparecer en la puerta, á su hija, la señorita March, con el traje blanco, el rostro desencajado, y la mirada fija como aquella vez.

Ya cerca del amanecer, Juan me hizor ir á descansar un rato, diciéndome que él intentaba hacer lo mismo. Lo obedecí, y el corto tiempo que dormí tuve sueños siniestros. Me levanté á las siete de la mañana, y al pasar frente al cuarto de los muchachos me saludó Guillermo diciéndome :

—Buenos días, tío Félix ; me estoy levantando para ir á la arboleda á coger un ramo de flores silvestres para la hermana ; hoy es su cumpleaños.

Lo era en efecto ; pero para nosotros . . . ¡ Oh ! ¡ María ! ¡ María ! ¡ nuestra niña querida !

Voy á ser muy breve al relatar la historia de aquella

mañana, pues mi viejo corazón todavía se oprime con su recuerdo.

Juan subió temprano al cuarto de la enferma. Todo en él estaba tranquilo. Ursula dormía teniendo á un lado en la cama á su pequeña Matilde, y en el otro, con los ojos dilatadamente abiertos, la que nunca más los había de mover ! ; El espíritu de aquel angel había volado al cielo !

Por la noche de aquel triste día, y después de haberse retirado los muchachos á dormir, nos encontrábamos los tres en la sala. Ursula tenía en los brazos su pequeña hija, y Juan, arrimado á una mesa tenía ante sí un libro abierto cuyas páginas no volvía nunca. Se levantaba de cuando en cuando para acercarse á consolar á Ursula, cuando los paroxismos de ésta llegaban á la exaltación, él, cuya pena era si se quiere mayor que la de aquella.

La señora Tod abrió cuidadosamente la puerta, y acercándose á mí me dijo tocándome en el hombro.

—¿ Puedo entrar ? El pobre muchacho está como loco desde que acaba de oír . . .

Lord Ravenel se apareció en aquel momento en la puerta. No lo habíamos visto desde el día antes de caer enferma María. Al vernos dió un paso atrás, completamente anonadado.

—¿ Es verdad ? No . . . no puede ser !—dijo á media voz.

—¿ Es verdad !—le contestó Juan.—Pase Vd. adelante. Ursula le tendió la mano, diciéndole.

—Entre Vd., lord Ravenel ; Vd. quería mucho á . . . No pudo concluir, y todos lloramos amargamente.

Ursula le contó todos los pormenores de la enfermedad y muerte de la niña. Él la escuchaba en silencio, y al concluir aquella, dijo :

—¿ Puedo ver á María? Deseo tener ese triste consuelo.

Todos subimos al cuarto donde estaba el cadaver de aquella, en cuyo tranquilo rostro se dibujaba una dulce sonrisa. Á su lado estaba el ramo de flores silvestres que por la mañana había cortado Guillermo para su hermana en el día de su cumpleaños. La madre se sentó al lado de la cama, el padre en pie miraba fijamente aquel rostro querido de quien se iba á separar para siempre, y lord Ravenel permaneció un rato inmóvil, mirándola también, al cabo del cual se aproximó, y besando aquella pequeña mano de marmol, dijo tristemente.

—¡ Adiós, María! ¡ Adiós, mi querida niña!—y salió precipitadamente del cuarto, tan dolorosamente afligido, que Ursula se levantó y lo siguió.

Juan fué á la puerta y la cerró por dentro con llave. Se acercó después á la cama arrodillado y con los brazos extendidos sobre ella, lloró amargamente.

—¡ Vuelve á mí, adorada hija mía! ¡ Vuelve á mis brazos, mi hija más querida, mi dulce María!

¡ Pero María estaba con los ángeles!





CAPÍTULO XXVI.



EGRESAMOS pocos días después á nuestra casa de Longfield, dejando en Enderley á todos nuestros queridos muertos. Doce años más vivimos en Longfield, en tan tranquila é inalterable paz, que mirar atrás hacia ellos era como mirar, en un día de calma, á la inmensa superficie del mar cuyas suaves ondulaciones se asemejan al cristal de un gran espejo.

Juan Jalifax, convertido en uno de los hombres más prósperos y ricos de la comarca, continuaba haciendo diariamente sus visitas á la fábrica de Enderley, aunque en un carruaje de camino, de tan buen gusto como el del primer noble del condado. Aunque ligeramente inclinado hacia adelante, y con las líneas de su fisonomía un poco más marcadas, todavía no se veía en él ningún cabello gris ni ningún otro signo de edad madura. Ursula, activa y fresca todavía y con ese desarrollo que no sienta mal á las mujeres que han pasado la primera juventud, ambos se diferenciaban bastante del Juan y Ursula que yo había conocido hacía años. Guillermo era ya un apuesto joven de veintiún años, bien educado, lo mismo que sus hermanos ; y Matilde, ó la señorita Jalifax, como era llamada, continuaba siendo el ídolo de todos y la inseparable compañera de Eduardo, en cuyo brazo se apoyaba siempre, no sólo, sin duda, porque la estatura de aquél se amoldaba á la suya, sino porque

siempre había sido, según los demás, la “muchacha de Eduardo.” El buen sir Rodolfo de Oldtower había fallecido ya, y su hijo ocupaba su lugar, conservando siempre una digna gratitud hacia Juan pues nunca olvidó aquel día de la elección en que por primera vez conoció al señor Jalifax. Nuestras relaciones con la familia de los Oldtowers nos proporcionaron otras con diferentes del condado las cuales, después del rápido crecimiento de la fortuna de Juan, hicieron una notable distinción entre el Juan Jalifax, curtidor en Norton Bury, y el señor Jalifax, rico propietario de las fábricas de paños de Enderley. Algunas de ellas fueron hasta bastante perspicaces para descubrir cuán agradable era el trato de la señora Jalifax, hija del difunto señor March, gobernador, que había sido en las Antillas y primo del señor Brithwood de la Mythe; pero Ursula, siempre tenaz, persistía en ser visitada como la señora Jalifax, esposa de Juan Jalifax, y nada más. Todos los honores que no le vinieran por este conducto, eran para ella de ningún valor.

Otra sensible falta se notaba en las relaciones de nuestra familia, además de la de sir Rodolfo de Oldtower. El buen doctor Jessop y su esposa habían fallecido también, siendo sus heredero un hermano de aquél, que había establecido un Banco en la casa del doctor.

Hallábamos reunidos todos, según costumbre, una noche en la sala, cuando dijo Juan dirigiéndose á Ursula.

—Estando hoy en el Banco de Jessop, he oído hablar de una señorita que me parece sería una excelente institutriz para Matilde.

—¿De veras?—preguntó Ursula con no gran entusiasmo.—¿Y quién es?

—Mujer, no lo he preguntado—contestó Juan con una sonrisa—pero según me ha dicho Jessop, es una buena mu-

chacha, que da lecciones en Norton Bury para sostener á su inválida madre.

—¿ Y tendrá que vivir con nosotros ?

—Por supuesto.

—Pues entonces, no puede ser. Esta casa es escasamente suficiente para nosotros, y nadie más puede vivir en ella.

—Pero olvidas que poco tiempo permaneceremos ya en Longfield.

Los muchachos se volvieron todos para escuchar. En nuestra familia no había secretos, y por lo tanto la conversación siguió.

—¡ Dejar á Longfield ! ¡ Es verdad !—contestó Ursula.

—Nuestros hijos están creciendo, nuestra posición mejora cada año, y creo llegado ya el tiempo de que extendamos el círculo de nuestras relaciones útiles, abandonando este pequeño lugar.

—¡ Pero creo que en ningún otro seremos tan felices como en él !

—¿ Quién sabe, Ursula ?

—! Abandonar á Longfield !—exclamaron los muchachos.

—Vamos á ver, muchachos ; discutamos el asunto. Han de saber Vds. que después de haberlo meditado detenidamente, y de haberlo consultado con su madre de Vds. ; creo que debemos abandonar nuestro querido Longfield.

—Soy de la misma opinión—dijo gravemente Matilde, excitando la risa de todos nosotros.

—¿ Recuerdan Vds. la casa de Beechwood ?

Todos recordaban aquella gran casa en las inmediaciones de Enderley y de la Quinta Las Rosas, que había estado desocupada y de venta por muchos años.

—¿ Les gustaría á Vds. vivir allí ?

Todos emitieron su opinión. Guillermo se alegraba ante la idea de sus excursiones de caza y pesca que en aquellas inmediaciones abundaba ; y Matilde soñaba con las numerosas personas que acudirían á visitar al caballero Don Juan Jalifax de la casa de Beechwood.

—Diré á Vds., muchachos—prosiguió Juan—cuales son las razones que tengo para ello. Cuando yo era ún joven, antes de casarme con la que hoy es madre de Vds., y aun antes de conocerla, tenía firmemente impresa en mi imaginación la idea de conseguir algún día influencia en el mundo, y riquezas, pero sobre todo influencia. Ahora, después de veinticinco años de trabajo constante he logrado para mí la posición que ambicionaba. Puedo ocupar un lugar entre otros hombres que se han elevado del pueblo para guiar y ser útiles al pueblo, como los Cannings y Peels. No deseo todavía ocupar un puesto en el Parlamento porque quiero aprender á gobernar mi propio valle entre mis propia gentes, ante de intentar guiar al Estado. Deseo ahora ocuparme de Vds. ; ayudarlos á elevarse entre sus conciudadanos para que más adelante puedan ocupar en el mundo la posición á que por su talento ó circunstancias se hagan acreedores.

—Entiendo—dijo Guillermo, interrumpiéndole—Vd. desea fundar una familia, con la casa solariega en Beechwood, cuyas generaciones venideras honren y respeten el nombre de Vd.

—Que honren y respeten el nombre de Dios que es á quien debemos todas las mercedes que recibimos en la tierra. Comprendo que ni su madre de Vds., ni yo, podremos ser tan felices en Beechwood como lo fuímos en nuestra antigua casa de Norton Bury, y aun en este pequeño rincón de Longfield, puesto que allí sus responsabilidades, cuidados y deberes serán mucho mayores, y los goces mucho menos

dulces que los que deja detrás de sí ; pero confío en que comprenderá las razones que me asisten, y en todo caso lo dejo á su elección.

Ursula lo miró con lágrimas en los ojos, y le contestó :

—Gracias, Juan. Mi elección está hecha. Si tú lo deseas, y crees que eso es lo más conveniente, abandonaremos á Longfield é iré á Beechwood.

Juan se levantó, y la besó en la frente, diciendo :

—Irémos, Ursula.

Desde el día siguiente empezaron con la mayor actividad los preparativos para la traslación. La casa de Longfield, en donde dejábamos tantos recuerdos queridos, sería arrendada á una persona conocida, de modo que pudiéramos visitarla cuando quisiéramos. Muy triste fué para nosotros el abandono de aquella residencia de tantos años. El recuerdo de nuestra querida María á quien trece años antes, habíamos visto salir de allí para no volver más, continuaba siempre vivo en nuestra memoria y especialmente en la de Juan en que había dejado impreso un fondo de tristeza indeleble. La última noche, cuando aquél volvió de Enderley, y Ursula, como de costumbre fué á recibirlo á la parte exterior de la casa lo ví volver la vista al sitio donde aquella niña lo esperaba siempre sentada ; y cuando más tarde al retirarnos á descansar se acercó conmigo á una de las ventanas y se fijó, suspirando, en una mata de enredaderas que aquella había plantado y que ahora cubría todo el frente de la casa, me dijo :

—¿ Sabrá ella que abandonamos á Longfield ?

—¿ Quién ?—le pregunté yo.

—¡ Mi hija de mi alma !



CAPÍTULO XXVII.



EN la mañana de un brillante día del mes de Diciembre siguiente, cuatro meses después de nuestra instalación en la casa de Beechwood, nos hallábamos reunidos todos en el salón de comer hablando de la solemnidad del día y de la fiesta general con que íbamos á celebrar el cumpleaños de Guillermo y su arribo á la mayor edad. Se preparaba una gran comida en la fábrica para los amos y los dependientes de todas clases, y por la noche, aunque con el modesto título de “un te,” un gran baile en los salones de Beechwood á que estaban invitadas todas las principales familias de los contornos, amigas y admiradoras todas del gentil caballero Guillermo Jalifax, heredero de la casa de Beechwood. Guillermo era dado á la ostentación, á las partidas de caza, grandes comidas, bailes, etc., y los padres habían accedido á los deseos de la gente joven, celebrando de aquel modo el cumpleaños del hijo mayor.

Nuestra conversación se interrumpió por la entrada de Miss Silver, la institutriz de Matilde, en el comedor. Era aquella una joven alta, grave, de triste mirada, y modestamente vestida, la misma que Juan había visto en el Banco del señor Jessop, y que vivía con nosotros desde que nos hallábamos en Beechwood. Todos le guardábamos las mayores consideraciones, y hasta la hubiéramos considerado

como un individuo de la familia, á no ser por su carácter reservado y serio.

Se acercó á Ursula con un ramo de flores en la mano, obligación suya de todas las mañanas.

—Son las mejores que he podido encontrar, señora—dijo presentándoselo.—Watkins quiere reservar para esta noche todas las flores del jardín.

—Muchas gracias, hija mía ; estas son muy buenas—le contestó Ursula invitándola á que se sentase al lado de la chimenea, atención que ella rehusó, sentándose á alguna distancia. Miss Silver, aunque una excelente persona, y de irreprochables modales, no se hacía, por la especialidad de su carácter, enteramente simpática á Ursula que aunque se mostraba afectuosa con ella, y ésta por su parte era escrupulosamente exacta en su cortesía y atención, creía Ursula ver en ella cierta reserva, ó tal vez orgullo, con el que, aunque en privado, confesaba que no podía transigir.

Juan Jalifax dejó caer de las manos un periódico que estaba leyendo, y dijo con grave continente :

—Malas noticias tenemos hoy. La Gaceta anuncia la quiebra de diez bancos.

Nos dispersamos todos, yéndose Guillermo con Jorge á pasear en carruaje, Eduardo tomó del brazo á Matilde para ir á darle la lección que diariamente le daba, y Juan me invitó á que fuésemos á dar un paseo por los alrededores.

—Vé, Félix—me dijo Ursula por lo bajo—eso le hará bien, y procura no hablarle mucho de los tiempos pasados ; esta es una semana triste para él.

Tres días después del cumpleaños de Guillermo, era el de nuestra inolvidable María, y si su recuerdo no se apartaba nunca de la memoria de Ursula, para Juan era aun más amargo.

Nos detuvimos delante de la verja del cementerio, y mi-

rando Juan á la modesta lápida blanca en que había sólo una inscripción que decía : “ María Jalifax—Diciembre 5 de 1813 ”—exclamó con tristeza :

—¡ Ya mi querida María sería hoy una mujer !

Hablamos después de los demás muchachos, especialmente de Matilde, y recayó la conversación acerca de la institutriz.

—Me gustaría que esa muchacha fuera más comunicativa—le dije.—Algunas veces me mortifica ver la frialdad con que recibe las atenciones de Ursula.

—¡ Pobrecilla !—me contestó.—Se conoce que no está muy acostumbrada á recibir pruebas de cariño. Si vieras la gratitud con que recibió ayer un pequeño aumento de salario que le hicimos, y un vestido de seda que Ursula le regaló para que lo luzca esta noche !

En aquel momento pasó por nuestro lado el señor Brown, administrador del conde de Luxmore, llevándose ligeramete la mano al sombrero para saludar á Juan, y sin detenerse á hablarnos.

—¡ Pobre señor Brown !—dijo Juan ;—está serio conmigo porque rehusé entrar con él en una especulación con Méjico. Él entró, y ha perdido cuanto tenía, quedándole sólo para subsistir, el sueldo que le da lord Luxmore. El país se ha arruinado en las especulaciones, y en mi concepto nos amaga un pánico cuyos primeros destellos empiezo á ver.

—Pero supongo que no te verás envuelto en la conflagración, pues te he oído decir repetidamente que ningún temor tenías á experimentar pérdida alguna.

—Así es . . . desgraciadamente.

—¿ Qué quieres decir con eso, Juan ?

—Quiero decir que mantenerse uno en pie, cuando por todas partes no ve uno más que quiebras y desventuras, es

arrostrar una situación difícil. En la sesión del otro día, algunos de mis compañeros magistrados me dirigieron miradas que hubieran hecho hervir mi sangre veinte años atrás; y el artículo del periódico *El Mercurio* de Norton Bury, "Los plebeyos millonarios," se refería á mí; no lo dudes, Félix.

—Es, en efecto una desgracia.

—Lo siento por el efecto que produce en la sencilla gente del pueblo, dispuestas siempre á creer lo que se les dice. Me ven prosperar cuando otros se arruinan; ven mis fábricas con más operarios de los que puedo emplear y que todas las semanas me veo obligado á no admitir los muchos que vienen á solicitar trabajo, y renace el antiguo grito de que mis máquinas han arruinado al pobre trabajador. Ya ves Félix, como por más que Guillermo hable de nuestra prosperidad, su padre no duerme en ningún lecho de rosas.

—¡ Pero eso es atroz!

—No del todo. Es, hasta cierto punto, una cosa natural, y la pena que trae consigo el éxito. Pero lo soportaré haciendo de ello el menor caso posible.

Nos detuvimos contemplando el valle, la mayor parte del cual era ya propiedad de Juan que en lugar de entrar en especulaciones con el sobrante de sus rentas, cifraba su gusto en adquirir terrenos en beneficio de sus fábricas y de todo lo que á ellas concernía.

La comida aquel día en la fábrica fué espléndida, y Juan se consideraba feliz rodeado de todos aquellos huéspedes que no podían devolverle el convite y que aclamaron al joven amo que por primera vez les fué presentado como tal, puesto que en adelante los negocios girarían bajo la razón social de "Jalifax é hijo."

Por la noche, en el rostro de aquel padre brillaba una sonrisa de satisfacción al verse rodeado de sus hijos, espe-

rando las “visitas de Guillermo,” como éste se obstinaba en decir, y que consistían en todo lo más selecto de las inmediaciones, para recibir á los cuales se había transformado toda la casa convirtiendo hasta el comedor en brillante salón de baile, y la entrada de la casa en un bosque de verde follage adornado con mil linternas de colores. Juan protestaba contra la invasión que habían hecho de sus estudios, y decía que de continuar así las cosas acabaría por no conocerse á sí mismo; pero se veía en él la satisfacción que sentía al ver á sus hijos gozar, cruzando con ellos las decoradas habitaciones tapizadas con hiedra y laurel. Ya no eran niños, pues hasta Matilde, que era más alta de lo que correspondía á su edad, apareció como una verdadera “señorita Jalifax,” con su blanco traje de muselina adornado con camelias del mismo color.

Yo me hallaba sentado al lado de Ursula que lucía un magnífico traje de terciopelo negro guarnecido de encaje Valenciennes, y en el cuello un soberbio broche de brillantes; pero mis miradas no se apartaban de Juan, en medio de sus hijos, con su elevada estatura, su elegancia al par que seriedad en el vestir, y la incomparable dignidad con que la Naturaleza lo había dotado.

Juan se nos acercó para hacer un cumplido á Ursula, á que ella contestó:

—¿Te gusto, Juan? He querido vestirme hoy de gala para celebrar el cumpleaños de nuestro Guillermo.

Los convidados empezaron á llegar, y Juan me invitó á compartir con él los honores del recibimiento.

No era aquello una fácil empresa en semejante noche. Todo el mundo, á excepción de la gente joven, aparecía preocupado. Muchos de los que hoy viven recuerdan aquel año de 1825, el año del pánico. Concluída la guerra, el comercio en su peor forma y más desastroso crecimiento, se

lanzó á especulaciones de todas clases que florecían un día para morir al siguiente. De ahí sobrevino la ruina no de cientos, sino de miles de todos rangos y clases. Aquel año, y en particular aquel mes, con la quiebra de innumerables firmas, especialmente banqueros, fué el presagio del fracaso universal.

Nuestro tranquilo condado se vió naturalmente envuelto en el torbellino, y entre los huéspedes que en aquella noche acudieron á nuestra casa no había uno que se viese libre de la calamidad que amagaba en el exterior y que estaba ya próxima á tocar á todas las puertas menos á la nuestra.

La conversación se hizo general. Yo escuchaba á sir Alberto de Oldtower que estaba comentando la vergonzosa destrucción de los bosques que rodeaban el palacio de lord Luxmore, bosques que eran algunas centurias más antiguos que su título y cuya destrucción era un sacrilegio y un robo á su heredero.

—¡ Pobre lord Ravenel !—dijo el honrado señor Jessop de Norton Bury.—Es un excelente muchacho, bien distinto de su padre. ¿ No es así, señor Jalifax ?

—Hace muchos años que no he visto á lord Ravenel—contestó Juan á cuya memoria vino el recuerdo de la última vez que vimos á aquel joven, y separándose del grupo se dirigió á hablar con la señorita Gracia Oldtower, preciosa muchacha á quien tanto Juan como Ursula distinguían entre todas las demás que conocían.

Empezó el baile, y yo, á pesar de mi educación cuáquera, ó tal vez por esta misma razón, gocé extraordinariamente ante aquel espectáculo, muy distinto al de los bailes actuales, y en que los hombres no consideraban necesario para bailar oprimir el talle de una inocente niña y lanzarse con ella en el torbellino de un desenfrenado vals ó una torpe polka hasta dejarla rendida y casi sin aliento, con las meji-

llas encendidas y en un estado como no hubiéramos deseado ver á nuestra querida Matilde.

Los jóvenes se prepararon para ejecutar un nuevo baile llamado cuadrilla, de que la señorita Gracia Oldtower iba á ser la directora, teniendo por compañero á Guillermo. La señorita Silver fué invitada por Eduardo, pero no quiso bailar. Parecía intranquila, y más preocupada que de costumbre. Lucía el elegante traje de seda, regalo de Ursula, y en sus negros cabellos varias flores naturales que Matilde había insistido en que se pusiese, apareciendo notablemente transformada. No pude menos de hacérselo notar á Ursula que contestó :

—Indudablemente está bonita. Juan dice que sus facciones son finas, pero yo no estoy por vuestras caras estatuarias. Me gusta el color y la expresión. Ahí tienes á Gracia Oldtower que es una verdadera rosa inglesa. Eso es lo que á mí me gusta.

—Los muchachos se están haciendo hombres á toda prisa.

—Indudablemente. Cuando pienso que Guillermo tiene ya veintiún años, la edad de su padre cuando se casó . . .

—Tal vez pronto recuerde á Vds. ese hecho.

—Cuanto más pronto mejor, siempre que elija una compañera digna de él, y me traiga una hija á quien yo pueda amar.

Concluída la cuadrilla, sir Alberto vino á ofrecer el brazo á Ursula para acompañarla al salón donde estaba preparada la cena, y todos los convidados se sentaron á la extensa mesa á cuyas cabeceras se colocaron Juan y Ursula.

El calor de la hospitalaria atmósfera, la alegría de la gente joven, ó tal vez la influencia de los deberes sociales, parecían haber disipado las nubes, y todas las fisonomías aparecían felices.

Á los postres entró un criado con la correspondencia de la noche para Juan y entre ella los diversos periódicos que aquél recibía, sin distinción de color político.

Sir Alberto de Oldtower, con el derecho de ser el amigo más antiguo de la familia se levantó para imponer silencio y pronunciar el acostumbrado brindis á la salud y prosperidad del heredero de la casa de Beechwood.

Fué recibido con un aplauso general y la acción de llenar las copas, dirigiéndose todas las miradas al pobre Guillermo que poniéndose alternativamente blanco y encarnado, hubiera deseado sin duda verse á cien millas de distancia. Durante la confusión, sentí que una mano me tocaba en el hombro y ví al viejo banquero señor Jessop que me decía :

—¿ Puedo abrir este periódico ? Es la Gaceta de Londres que el señor Jalifax recibe tres horas antes que ninguno de nosotros, y me interesa leerla. La señora Jalifax me perdonará, ¿ no es verdad ?

No había que dudarle, sobre todo si ella hubiera podido ver el aspecto de aquel hombre y sus temblorosos dedos desenvolviendo con la mayor ansiedad aquel periódico.

Sir Alberto empezó su brindis.

—Señoras y señores : Voy á hablar por mí, y en nombre de aquel que tanto se hubiera regocijado si estuviera hoy con nosotros. La alta estimación que mi padre, sir Rodolfo de Oldtower, profesaba al señor Jalifax, ha sido transmitida y lo será en adelante . . .

Una voz dijo en aquel momento :

—¡ El señor Jessop ! ¡ Miren Vds. al señor Jessop !

El pobre señor había caído en una silla con una especie de convulsión, tenía el semblante lívido, y los ojos desmesuradamente abiertos ; pero cuando se apercibió de que todos lo miraban hizo un esfuerzo supremo para reponerse.

—No es nada, no es nada—dijo á Ursula que bondado-

samente se acercó á él y trataba de quitarle el periódico que apretaba convulsivamente entre sus manos. Pero por su agitación, que en vano trataba de disimular, se comprendía que aquel papel era portador de tristes noticias para él, noticias que en aquellos críticos días era fácil adivinar de que género eran, especialmente las auténticas contenidas en la Gaceta de Londres.

Eduardo tomó el periódico y leyó la fatal nueva. “La casa de Banco de W * * * ha suspendido sus pagos.”

Aquella casa, una de las más fuertes de Londres, era la favorita de nuestro territorio, y con la que muchos Bancos provinciales y especialmente el del señor Jessop, tenían íntima conexión, siendo incalculable la extensión de las desgracias que aquella quiebra podía ocasionar.

Un murmullo, y un momento de estupor siguió cuando la Gaceta pasó de mano en mano. Los convidados se miraban unos á otros, sin que ninguno rompiera el silencio. Todos, en mayor ó menor escala participaban de aquel golpe, excepto nosotros. La consternación era general, y pocos pensaban en el señor Jessop, sino en sí mismos.

—Mañana habrá una invasión en el Banco de Jessop—dijo uno á mi espalda.

—No lo dudo—contestó otro. Mañana habrá la de “Sálvese el que pueda,” y el diablo se llevará al último.

—¿Qué dice Vd. á ésto, señor Jalifax ?

Juan permanecía en su puesto, perfectamente tranquilo y sin pronunciar una palabra.

Sir Alberto fué el primero en reponerse del choque, y aunque sin dejar de mostrar la urbanidad más exquisita, no dejaban de traslucirse en su semblante signos de ansiedad :

—Señor Jalifax—dijo—es una cosa bien desagradable dar por terminada hoy de este modo su bondadosa hospitalidad. No creo aventurado suponer que este acontecimiento

á todos nos afecta, más ó menos, y deseo que con respecto á Vd. sea de una manera muy leve.

Juan permaneció en silencio.

—Ó tal vez, aunque se me hace difícil concebir tanta fortuna, esta quiebra no afecta á Vd. en nada.

Esperó como todos los demás por una contestación que se demoró un rato. Sin embargo, era preciso contestar, puesto que al parecer, todos lo deseaban, y grave y triste, como si se tratara del anuncio de una gran desgracia, dijo :

—No, sir Alberto ; no me afecta en lo más mínimo.

Sir Alberto, y no él sólo, lo miró sorprendido. Se oyeron algunas palabras de congratulación, pero pronto se entabló una conversación general en que el amo de la casa fué olvidado, y que duró hasta que dijo sir Alberto :

—Señores, creo que hemos olvidado nuestro deber de cortesía. Permitidme que sin más dilación brinde por la salud, larga vida y felicidad del señor Guillermo Jalifax.

De este modo se brindó por el pobre Guillermo, y las pocas palabras de agradecimiento con que éste contestó, fueron apenas escuchadas. Todos se levantaron de sus sitios, y la fiesta se dió por terminada.

Uno por uno fueron desfilando ; los unos con palabras de felicitación pronunciadas con pálidos labios, los otros con un brusco adiós, según más sinceros los primeros, ó menos corteses los otros, se les ocurría manifestar con cuanto resentimiento lamentaban las desigualdades de la fortuna.

Con la mayor compostura soportó Juan todos aquellos actos, pronunciando las menos palabras posibles, porque en realidad, ¿ qué iba á decir ? Á las palabras amistosas, sinceras ó fingidas escuchaba con seria gravedad, y á las ásperas y desagradables, que no fueron pocas, no prestaba la menor atención.

Cuando partió el último carruaje, los cansados habitan-

tes de la casa se fueron todos á dormir, permaneciendo yo solo en el estudio de Juan. Al cabo de un rato entró éste, y apoyando ambas manos en la chimenea se quedó inmóvil y silencioso hasta que yo le toqué en el hombro diciéndole :

—¿Qué es eso, Juan? ¿Estás pensando en nuestros honrados y desinteresados amigos que han sido hoy nuestros huéspedes? No merecen un sólo pensamiento tuyo.

—No un pensamiento de incomodidad, ciertamente—me contestó, sonriendo ante mi ira, de una manera triste.

—¡Ay, Félix! ahora empiezo á comprender cómo la prosperidad tiene también sus amarguras!





CAPÍTULO XXVIII.



El día del cumpleaños de Guillermo fué un sábado. El inmediato lunes por la mañana un gentío inmenso, compuesto de hombres y mujeres, se hallaba agolpado frente á la puerta del Banco de Norton Bury esperando ansioso la hora de la apertura de éste, que era á las diez. Allí se veía gente de todas clases, desde la robusta mujer del labrador, vendedora en el mercado, hasta la pálida y asustada señora de limitada renta que nunca hasta entonces se había visto entre semejante multitud; y desde el operario con su mandil, hasta el caballero que sentado en su carruaje en la esquina de la calle inmediata, esperaba confiado en que, cualquiera que fuera la suerte, para él había de ser la mejor parte.

Todos estaban relativamente tranquilos; no se oía ninguna de esas chanzonetás que siempre circulan entre la multitud, ni el menor alboroto del populacho. Cada cual estaba preocupado con su propio negocio y pendiente de la puerta del banco y del letrero que en ella se hallaba fijado anunciando que diariamente estaba abierto “de diez á cuatro.”

El reloj de la Abadía dió las diez menos cuarto y hubo un pequeño movimiento como de impaciencia, y algunos sacaron de sus bolsillos los libretos del banco examinándolos abiertamente, con poco miedo de que se los robaran puesto que de ningún valor se consideraban ya.

Juan y yo estábamos un poco separados presenciando aquello desde el sitio donde en otro tiempo habíamos contemplado una muy diferente multitud pues el señor Jessop ocupaba la casa del difunto doctor, y en frente de ella se hallaba la de mi querido padre. Habíamos venido á Norton Bury muy temprano, y aunque Juan no me manifestó el objeto, no me fué difícil adivinarlo, ni era difícil apercibirse de lo profundamente que le afectaba la vista de aquella gente, respetable y decente casi toda, y compuesta en su mayor parte de mujeres. Yo hice notar á Juan esta circunstancia.

—Sí—me contestó—yo estaba seguro de que sería así. El banco de Jessop cuenta con un gran número de pequeños depositantes, y más de la mitad de ellos son por depósitos pagaderos sin prévio aviso, de modo que si acuden todos á la vez puede verse obligado á suspender pagos hoy mismo, y entonces, sólo Dios sabe la extensión de miseria que espera á esa pobre gente.

La campana del reloj empezó á dar las diez, y reinó un profundo silencio en que se podía oír hasta el ruido de las respiraciones. La puerta del banco permaneció cerrada y toda la casa parecía enteramente vacía. Transcurridos cinco minutos más, se levantó un murmullo entre la multitud, dos hombres empezaron á golpear la puerta, y empezaron á oírse sollozos entre las apiñadas mujeres.

Juan no pudo contenerse más.

—Ven conmigo—me dijo rápidamente—es preciso que yo vea á Jessop, y podremos conseguirlo entrando por la puerta del jardín.

Ésta era una pequeña puerta situada en la esquina de la calle, muy conocida de nosotros desde los tiempos en que solíamos venir por las tardes á tomar el te con la señora Jessop y encontrábamos á ésta con Ursula en el jardín.

Entramos y pasamos á la sala donde sucedió aquel incidente que dicitó de la suerte de Ursula, y que yo no sé si Juan supo nunca, pues nunca me habló de él en los veinticinco años que habían transcurrido desde entonces. Todo estaba completamente transformado. Lo que en un tiempo era alegre sala de verano, era ahora una habitación triste y llena de polvo en que sólo reconocí la antigua chimenea en frente de la cual se hallaba José Jessop con los pies apoyados contra ella y los codos sobre las rodillas, pintura exacta de la desesperación. El almuerzo se hallaba intacto sobre una mesa.

—¡ Mi buen amigo señor Jessop!—dijo Juan al entrar.

—Yo no tengo amigos en el mundo—contestó aquél sin volver la cabeza;—ó al menos no los tendré dentro de una hora. ¡ Oh! ¿ Es Vd., señor Jalifax? Vd. no tiene cuenta en este banco. ¿ Tiene Vd. algún crédito contra mí?

Juan le puso la mano sobre el hombro y le repitió que sólo iba como amigo.

—No es Vd. el primer “amigo” que ha venido esta mañana. Yo sabía que sería hoy honrado con visitantes temprano—dijo el banquero intentando sonreirse.—Sir Alberto de Oldtower y media docena más están esperándome arriba. Los peces gordos quieren comerse á los chicos. ¿ Me entiende Vd.?

—Lo entiendo—contestó Juan, tristemente.

—Esa gente de afuera echará pronto la puerta abajo. ¿ Quiere Vd. hablarles, señor Jalifax? Puede Vd. decirles que yo he sido, y sigo siendo un hombre honrado. Si me dan tiempo . . . ¡ Oh! ¡ Pero ellos no querrán esperar . . .!

Juan salió, y volvió al cabo de algunos minutos, sentándose al lado del señor Jessop.

—Tranquílese Vd.—le dijo,—y si no tiene Vd. incon-

veniente en ello, dígame con exactitud cual es el verdadero estado de sus negocios.

Con un suspiro, y mirando á la cara de Juan, mientras la suya temblaba como la de un muchacho asustado, obedeció. Resultaba que, si bien era grande su pérdida por la quiebra de la casa de W * * * de Londres, su ruina no era completa. Era todavía un hombre perfectamente solvente, y realizando las hipotecas, etc., podía cubrir todos los depósitos y otras responsabilidades en el país, siempre que le dieran el tiempo necesario para ello.

—Pero no me lo darán. Invadirán el Banco y acabarán conmigo. Yo estoy en disposición de pagar todas mis cuentas con sólo que me concedan una semana de respiro. De otro modo, no me queda más remedio que suspender pagos hoy mismo. ¡Oiga Vd. ! Están golpeando de nuevo la puerta. Señor Jalifax, vea Vd. si puede tranquilizarlos.

—Lo haré ; pero dígame Vd. antes qué dinero necesita Vd. para, unido á todo el efectivo que tenga Vd. disponible, poder conservar el Banco abierto . . . al menos por un día ó dos.

Las facultades del viejo hombre de negocios parecieron aclararse de nuevo ante la tranquilidad que aquellas palabras le infundieron ; y calculando con rapidez, en breve pudo decir la suma que necesitaba, y que creo era cosa de quince á veinte mil duros.

—Está muy bien—dijo Juan.—En primer lugar hay que tranquilizar á esos pobres de afuera. Ellos me conocen, y saben que soy un hombre rico. Félix, alcánzame un tintero.

Escribió un anuncio que firmó é hizo firmar á Jessop, para ser fijado en la ventana del Banco, en el que hacía saber que éste sería abierto, sin falta alguna, aquel mismo día, á la una.

El dependiente salió á fijarlo, y pronto oímos gritos y aclamaciones que demostraban que en aquella gente empezaba á renacer la esperanza. En todo el país se sabía que una promesa de Juan Jalifax no necesitaba garantía.

El banquero pareció empezar á respirar con libertad, pero pronto vino á asustarlo de nuevo un imperativo mensaje de los caballeros que estaban arriba, y en que le participaban que deseaban verlo. Con una especie de ciega obediencia miró á Juan.

—Yo iré en su lugar—le dijo éste—y tranquilizaré á esos señores.

El banquero no sabía como expresarle su gratitud.

—No sólo experimento un placer en lo que estoy haciendo, sino que es mi deber—dijo Juan volviendo la vista á dos retratos que estaban colgados en la pared, uno enfrente de otro, única memoria que allí quedaba del buen doctor y de su excelente y alegre esposa.

Al banquero se le saltaron las lágrimas.

Yo no sé cómo Juan se las compuso con aquellos magnates que estaban reunidos en consejo discutiendo el modo de salvar, primero sus propios intereses y luego los del banco.

Juan volvió al cabo de media hora con el semblante satisfecho. Me dijo que lo esperase allí, pues tenía que ir á Coltham, de donde regresaría antes de dos horas.

—¿Está todo arreglado?—le pregunté.

—Lo estará pronto. No te puedo decir más ahora. Adiós.

Como yo no era hombre de negocios, y no podía por lo tanto prestar ningún auxilio á Jessop, me fuí al jardín á contemplar los sitios que tantas veces había frecuentado en otro tiempo.

Cuando ví que se aproximaba la una empecé á sentir intranquilidad. Me dirigí á la oficina, que encontré desierta

y miré á la calle por detrás de las cortinas. La multitud apenas se había movido. En un extremo ví un carruaje con un caballero dentro, que parecía observar aquello con perezosa curiosidad. Estaba vestido á la moda aunque con alguna excentricidad. Representaba ser hombre de unos treinta años. Me pareció haber visto alguna vez antes aquella fisonomía delicada, de expresión melancólica, pero no pude recordar cuándo ni cómo. Estaba sentado en el carruaje, envuelto en pieles, y parecía un hombre aburrido de sí mismo. Empezó á nevar, y el caballero se cubrió enteramente con las pieles. Los que estaban en la calle temblaban de frío y miraban á cada minuto al reloj de la Abadía, pareciéndome imposible que tuvieran paciencia para aguardar un cuarto de hora más.

Al poco rato dobló la esquina á todo galope y con los caballos echando espuma, un carruaje que reconocí como el nuestro, y del que saltó Juan. Traía consigo un gran saco que contenía el consuelo, tal vez la vida, de cientos de aquellos infelices. Comprendí entonces lo que había hecho y que fué lo mismo que después hicieron otros ricos y generosos ingleses durante la crisis de aquel año.

La puerta del Banco se abrió como por mágia. Juan se abrió paso por entre la multitud, se acercó al mostrador, detrás del cual había un respetable número de sacos iguales llenos de oro, y al lado, presa de mortal angustia, y pálido como la cera, se hallaba en pie el banquero.

—Señor Jessop—dijo Juan, con clara y distinta voz, de modo que pudiera ser oído por todos—convencido de que en estos peligrosos tiempos el crédito de Vd. es el más digno de confianza, tengo el gusto de depositar en su Banco la suma de veinticinco mil duros.

¡ Veinticinco mil duros !

La noticia corrió rápidamente de boca en boca. Para

un Banco como el de Norton Bury aquello era una suma fabulosa. La confianza que inspiró aquel acto fué general. Muchos que habían estado luchando por ser los primeros en cobrar, volvieron á guardar las libretas retirándose sin reclamar su dinero.

Otros, especialmente mujeres, cobraban con lágrimas en los ojos, y algunos en lugar de cobrar, cambiaron tan radicalmente de opinión que hasta hicieron nuevos depósitos. Todos quedaron satisfechos y cesó la invasión en el Banco.

Juan Jalifax permanecía á un lado observándolo todo. Después del primer momento de sorpresa y placer, ninguno parecía acordarse de él ni de lo que había hecho. Sólo una pobre vieja, después de cobrar tres monedas de á cinco duros y metérselas en el bolsillo, lo saludó al pasar por su lado, diciéndole :

—Esto es obra de Vd., señor Jalifax. Dios se lo premie.

Otra persona se acercó á él diciendo :

—Señor Jalifax, este es un acto digno de Vd. y que nadie más que Vd. lo hubiera llevado á cabo. Permítame que lo felicite.

El caballero que así habló era el mismo que yo había visto en el carruaje, y extendiéndole amistosamente la mano, añadió :

—Veo que no me recuerda Vd. Yo me llamo Ravenel.

—¡ Lord Ravenel !

Juan hizo esta exclamación y nada más. Yo ví que aquel inesperado encuentro había traído á su memoria el recuerdo de la última vez que se vieron, al pie de la cama de María en nuestra casa de Enderley.

Transcurrido un rato de silencio nos pusimos á hablar los tres juntos.

—¿ Quiere Vd. acompañarnos á Beechwood?—le dijo por último Juan.

—Sí; pero antes voy á hablar dos palabras con el señor Jessop.

Lo llevaban allí los intereses de algunas pobres familias católicas.

—¿Sigue Vd. siendo un sincero católico?

—Sí, señor Jalifax—y cambió la conversación preguntando por Ursula y los niños.

—¿Ya no serán niños, por supuesto?

—No, señor; Guillermo y Jorge son ya tan altos como Vd., y en cuanto á mi hija . . .

—¿Su hija? ¡ Ah! sí, ya recuerdo. La pequeña Matilde. ¿Se parece á . . .

—No, señor.

No dijeron más, y pareció que en ambos había producido el mismo triste efecto el recuerdo de aquella niña.

Montamos los tres en nuestro carruaje para dirigirnos á casa, envolviéndose lord Ravenel en sus pieles y quejándose del excesivo frío que hacía. Estaba nevando.

Al cruzar el camino, que estaba desierto, y ya después de anochecido, vimos que tres ó cuatro hombres mal encarados salían de una zanja, y dirigiéndose á nosotros sugetaron los caballos por las riendas.

—¿Qué se ofrece?—preguntó Juan.

—Dinero.

—Suelten Vds. los caballos sino quieren verse atropellados.

—Poco importa.

Este breve diálogo pasó en menos de un minuto y nos hizo comprender lo poco agradable de nuestra situación, en un camino solitario y á varias millas de toda habitación, y por consiguiente en un verdadero peligro.

—¡ Fuera de ahí, ó paso por encima de Vds.!

—Haga Vd. lo que guste.

Uno de aquellos hombres dió un brinco y se agarró al cuello de uno de los caballos, fogoso animal que pronto se desprendió de él arrojándolo entre sus patas. El infeliz dió un gemido, y nada más. Juan saltó del carruaje y apaciguó al animal.

—¡Creo que este desgraciado está muerto!

Los otros hombres, que sin duda era la primera vez que ejecutaban un acto criminal, se quedaron paralizados y atónitos cuando vieron que el caballero á quien habían pretendido robar, cogió á su compañero en sus brazos y acercándolo al farol del carruaje le frotaba el rostro con nieve, y trataba de reanimarlo. Pero era en vano. La sangre brotaba de una profunda herida en la cabeza que se apoyaba en las rodillas de Juan con la boca entreabierta.

—Yo creo que conozco á este hombre. ¿Dónde vive? Los compañeros señalaron á un punto lejano.

—Traigan Vds. una manta de mi carruaje, envuélvanlo en ella, y llévenlo á su casa, que yo los seguiré.

La orden fué prontamente obedecida.

—Félix, lleva á lord Ravenel á casa.

—Perdone Vd., señor Jalifax; yo no me iré dejando á Vd. aquí.

—Y Vds.—añadió Juan dirigiéndose á los hombres—¿qué es lo que pretendían?

—¡Dinero!—dijo uno.

—¡Trabajo! dijo otro.

—¿Y es ese el modo que tienen Vds. de conseguir una cosa y otra? ¿Pararme en la oscuridad en medio de un solitario camino, como verdaderos salteadores? Yo no creí que mi buena gente de Enderley fuesen capaces de semejante acto. ¿No saben Vds. que yendo á mi casa á pedirlo, nunca he de dejar de dárles comida y dinero si es necesario?

—Perdón, señor ; no nos delate Vd. á las autoridades.

—No, por esta vez.

Se acercó al carruaje, tomó uno de los faroles, y ordenando marchar á aquella gente con el hombre herido, los siguió á poca distancia. Con gran sorpresa ví que lord Ravenel se apeó del carruaje y siguió á Juan.

Yo me quedé cuidando de los caballos, y al cabo de media hora regresaron Juan y lord Ravenel, y montando en el carruaje seguimos nuestro camino hacia Beechwood.

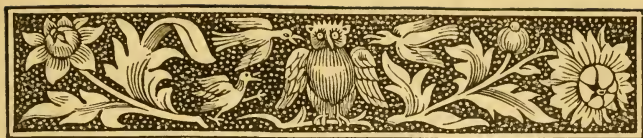
Desde entonces, lord Ravenel fué nuestra visita constante todas las noches. Mostraba una especial predilección por Matilde, á causa de su semejanza con María según él decía ; pero en mi concepto había algo en la floreciente juventud de aquella critura, que por su edad gozaba de los encantos de la doncella y de las inmunidades de la niña, que atraía á aquel hombre, cansado de la vida según él decía, á los treinta y tres años.

Tres semanas habían transcurrido desde los acontecimientos que quedan referidos, cuando Juan consideró conveniente para el perfeccionamiento de la educación de Guillermo, que hiciera éste un largo viaje por el extranjero y aprendiera á conocer el mundo fuera de aquel apartado rincón. La noticia causó á Ursula al principio una profunda pena ; Guillermo era su hijo predilecto, y separarse de él viéndolo partir sólo, entregado á sí mismo, expuesto á todos los peligros que ofrece el mundo á la juventud, y viajando por aquellas nuevas y peligrosas vías que llamaban ferrocarriles y que provocaban al hombre á su destrucción, eran para ella motivos de verdadero dolor. Sin embargo, ciega siempre en la creencia de que lo que Juan disponía era lo que debía ser, accedió al sacrificio, y se le vió, aparentando alegría, ocuparse de los más minuciosos preparativos y equipo de su hijo para el viaje. Juan tenía negocios en

Andalucía, España, y allí era á donde primero debía dirigirse Guillermo.

El día de la partida fué de verdadero luto para todos en aquella casa. Después de haber pasado aquél un largo rato encerrado en un cuarto con sus padres, nos reunimos todos en el pórtico de la casa y dimos el abrazo de despedida al querido muchacho que iba á cruzar el ancho y peligroso mundo, sin guarda ni restricción de ninguna clase más que el temor de Dios, los consejos de su padre y las plegarias de su madre.





CAPÍTULO XXIX.



OS años rodaron sobre Beechwood, años fecundos en acontecimientos. Nos preparábamos para el gran suceso en la historia de toda familia, cual es el primer casamiento en ella. La señorita Luisa Eugenia de Silver, hasta poco tiempo antes institutriz de Ma-

tilde, iba á dar su mano á Eduardo Jalifax. El serio Eduardo, que era ya el apoyo de su padre en todos los negocios, había contraído una violenta pasión por aquella muchacha, y aunque Ursula al principio lo vió con profundo desagrado su buen corazón la hizo sucumbir al fin, y abriéndole sus brazos le dijo :

—Sé buena y quiere mucho á Eduardo, y yo te querré también.

Guillermo continuaba viajando, y sus cartas, que llegaban con toda regularidad, eran un bálsamo para su madre. Los cabellos de ésta habían empezado á ponerse grises, y Juan, sólo de cuando en cuando se quejaba de unas ligeras congojas que según él decía le impedían trepar á la montaña de Enderley con la agilidad conque lo había hecho cuando era joven, á lo cual le contestaba yo sonriéndome, que evidentemente nos estábamos poniendo viejos y pronto tendríamos que resignarnos á comenzar el descenso de la montaña de la vida. La popularidad de Juan había ido en aumento, y hasta *El Mercurio* de Norton Bury le hacía

justicia proclamando que no había suscripción para toda clase de obras de caridad en el condado que no fuese encabezada por el caballero don Juan Jalifax de Beechwood.

Un día Ursula se hallaba más alegre que de costumbre. Lord Ravenel había llegado de París trayéndole noticias de Guillermo y un magnífico chal de seda de la China, bordado, regalo de éste para su madre. No era esta la primera vez que nos había traído noticias de aquel muchacho, haciendo de este modo más agradable su recibimiento en Beechwood donde todos comprendíamos cuán distinta era de la nuestra la clase de vida que hacía, y que si bien no podía acusársele de parecerse á su padre, la sangre siempre tira, y no es fácil sobreponerse á la educación y á los hábitos. Los muchachos se reían de sus lánguidos y aristocráticos modales; Matilde le criticaba el poco interés que manifestaba por cuanto lo rodeaba, y Ursula no podía ocultar cierta especie de intranquilidad por aquellas frecuentes visitas, no explicándose que bien podían reportar á uno ni á otros, siendo así que girábamos en una esfera tan completamente distinta. Juan era el que continuaba manifestando la misma inalterable benevolencia hacia él.

Ursula más bien por política que por otro cosa, le preguntó por la salud del conde, su padre :

—Está todavía en Compiègne—contestó aquél.—¿No les habla Guillermo á Vds. de él? Mi padre manifiesta una gran complacencia en la compañía de Guillermo.

Por un movimiento que hizo Ursula se comprendía que aquello era una noticia nueva y nada agradable para ella. La sociedad de que se hallaba rodeado el demasiado notorio conde de Luxmore en su corrompida chochez, no podía ser considerada por Ursula como la más apropiada para ser frecuentada por su tan querido hijo Guillermo.

—Mi hijo no me ha hablado de eso. Desde que está en

París, los negocios lo ocupan demasiado, y no escribe con tanta frecuencia, pero su permanencia allí será ya breve, y no podrá continuar por mucho tiempo sus visitas á Compiègne.

No podía decir más al hijo de lord Luxmore, pero tampoco podía disimular su inquietud.

—Yo fuí quien llevé á Guillermo á Compiègne donde es el universal favorito por su ingenio y vivacidad, siendo en mi concepto el compañero más agradable de cuantos conozco.

Ursula se inclinó, pero con frialdad.

—Supongo, señora Jalifax, que no se le ocultará á Vd. cuanto diferimos y hemos diferido siempre, el conde mi padre, y yo en nuestras costumbres; pero él es un viejo, y yo soy su hijo único; gusta de verme de cuando en cuando, y yo voy, aunque confieso que hallo muy poco placer en la sociedad de que se halla rodeado.

—De la cual, según veo, mi hijo es un asíduo miembro . . .

¡Oh! señora; es una sociedad brillante. La misma corte de Carlos Diez no puede vanagloriarse de contar con nada más alegre y divertido.

—Pero no es la que á mí más me agrada—interrumpió Ursula con seriedad, dando por terminada aquella conversación.

Hasta el día siguiente, y después que ví que lord Ravenel se retiró la noche anterior sin ser invitado por Juan para la boda, por más que en aquél se comprendía un notable deseo de ser invitado, no volví yo á pensar en lo que había dicho respecto al círculo que rodeaba á lord Luxmore, y aun entonces fué al ver la inquieta fisonomía de Ursula al entregarme una carta y decirme:

—Ponla tú mismo en el correo, Félix; sentiría mucho que se extraviase, ó que no llegase á tiempo.

La carta iba dirigida á su hijo, en París.

—Esa será la última carta que tenga que escribirle—añadió ;—mi hijo regresa á su casa.

—¿ Viene Guillermo ? ¿ Tal vez para la boda ?

—No ; pero inmediatamente después ; ya es tiempo de que regrese, y él lo desea así también.

En aquella semana pareció rejuvenecerse, no cesando un momento en los preparativos, para la boda y para el recibimiento de su hijo. El gozo de Juan no era menor aunque parecía mezclado de cierta ansiedad por ver á Guillermo en casa lo más pronto posible, ansiedad que procuraba ocultar á los ojos de su querida Ursula.

—Es mi hijo mayor—me decía algunas veces hablando de sus esperanzas de que Guillermo se fijaría permanentemente en Beechwood ;—después de mí es el cabeza de la familia.

Amaneció el día de la boda con esplendente sol en el exterior, y alegría en todas las fisonomías dentro de casa ; todas de la familia pues no se había hecho invitación alguna y hasta se había mantenido el secreto posible respecto al día de la boda, siendo como era Juan opuesto á que esa clase de ceremonias se verificase con ostentación alguna.

No fué por lo tanto pequeña mi sorpresa, cuando hallándome con Matilde en el pórtico de la casa mientras los demás estaban vistiéndose para ir á la Iglesia, vimos acercarse el carruaje de lord Ravenel y á éste saltar de él con aire más ligero y movimientos más resueltos de los que le eran peculiares.

Matilde corrió hacia él que dió un paso atrás como cautivado por aquella dulce visión de juventud, felicidad y gracia con su lindo traje de madrina de la boda.

—¿ Es hoy la boda ? No sabía nada. Volveré mañana, —é hizo un movimiento para dirigirse al carruaje.

—Creímos al principio que era Guillermo á quien esperamos de un momento á otro—gritó Matilde. ¿Ha sabido Vd. de él desde que nos vió Vd.? ¿Está bueno?

—Así lo creo.

Aquella respuesta me pareció demasiado breve. Matilde le tomó ámbas manos con su acostumbrada infantil candidez pues no había renunciado aún á su privilegio de ser el “cariño” de lord Ravenel, y no había que pensar en permitirle regresar á Luxmore como manifestó deseos de hacer, no queriendo ser importuno con su presencia en la ceremonia para que no había sido invitado. Lo llevó al estudio donde lo dejó con su padre, y se fué á comunicar á su madre la noticia de la inesperada visita, manifestándose altamente complacida.

Yo entré en la sala donde todos los demás estaban ya reunidos y me senté á observar todas aquellas fisonomías que aparecían tan felices, incluso la de la madre que adornada con el chal que su hijo le había enviado se consideraba más dichosa que nunca ante la esperanza de que iba á abrazarlo al día siguiente.

—¿Eres tú, Juan? ¡Qué despacio entras! ¿Y Vd. lord Ravenel, va á ser hoy de nuestra familia acompañándonos á la boda de Eduardo?

Lord Ravenel se inclinó.

—Matilde me ha dicho que no ha sabido Vd. de Guillermo; yo dudo que pueda estar aquí hoy, pero lo espero sin falta mañana.

Lord Ravenel volvió á inclinarse sin pronunciar una palabra.

Ursula dijo á Juan algo acerca de la inesperada visita de aquél.

—Ha venido á negocios—contestó Juan vivamente, y Ursula no insistió más.

Al poco rato Juan me llamó aparte y me hizo seguirlo al estudio.

—Cierra la puerta—me dijo.

En su aspecto conocí al momento que algo grave ocurría.

—Ahora te diré lo que pasa, Félix, si tenemos tiempo.

Mientras hablaba pareció que algún violento dolor, físico ó mental, ó ambas cosas á la vez le acometía. Corrí á la puerta, pero él me sugetó con una especie de terror, diciéndome :

—No la llares ; esto pasará pronto ; estoy ya habituado á ello. Dame agua.

Le alargué un vaso lleno que bebió con ansiedad, respirando pesadamente dos ó tres veces, y pareció recobrase. El color había vuelto apenas á su rostro, cuando oímos la voz de Matilde que gritaba desde la galería :

—¿ Dónde está Vd., papá ? Estamos esperándolo.

—Voy al momento, hija mía.

Dichas estas palabras con voz natural se volvió á mí y añadió con rapidez :

—Félix, necesito que no vayas á la iglesia ; dá cualquier excusa, ó yo la daré por tí. Escribe una carta con esta dirección y diciendo : “ El padre de Guillermo Jalifax estará en París sin falta dentro de una semana y responderá á todas las reclamaciones.”

—! Á todas las reclamaciones !—repetí yo, turbado.

Él me repitió lo mismo, palabra por palabra.

—¿ Te acordarás bien, Félix ? Recuérdalo, y deposita la carta en el correo antes de que salgamos de la iglesia.

En aquel momento oímos la voz de Ursula que decía :

—¿ Vienes, Juan ?

—Allá voy, mi vida. Ten cuidado, Félix ; es preciso que ella no sepa nada hasta la noche.

—Una palabra. ¿ Está Guillermo vivo y bueno ?

—Sí, Félix.

—¡ Gracias á Dios !

Juan salió del cuarto, y yo me quedé pensando que por malas que fueran las nuevas de que había sido portador lord Ravenel, y que presentí desde el momento en que lo ví, eran todavía llevaderas, puesto que Guillermo vivía y estaba bueno. Yo no podía imaginar una desgracia más grande que la muerte de aquel muchacho.

Salí á despedir la comitiva de la boda y á dar mis excusas por no poder acompañarlos ; sencilla comitiva compuesta en primer lugar, de la madre apoyada en el brazo de Eduardo, detrás Matilde, Jorge y lord Ravenel, y por último Juan dando el brazo á la novia. Los ví cruzar el jardín y el bosquecillo de hayas dirigiéndose á la iglesia.

Inmediatamente escribí la carta y fuí á ponerla en el correo, regresando y sentándome en el estudio. Allí me quedé pensando en el ataque que ví había acometido á Juan. ¿ Estaría realmente enfermo ? Nunca lo había oído quejarse y muy rara vez había guardado cama un día en años y años. Por otra parte, él no era hombre que tuviera secretos para las personas que lo amaban, á no ser que lo considerase de absoluta necesidad. Si estuviera seriamente enfermo de alguna afección, nos lo hubiera hecho saber.

Así permanecí hasta que oí tocar alegremente las campanas de la iglesia. La ceremonia había terminado. Corrí á la puerta para ver llegar la comitiva. Los novios venían delante escoltados por todo el pueblo de Norton Bury que los aclamaba. Al llegar á la escalinata, Juan se detuvo y dió las gracias á aquellas gentes que contestaron con hurras, y se oyó una voz sobresalir entre las demás, gritando :

—¡ Un viva al joven Guillermo Jalifax !

Ursulo no cabía en sí de gozo, y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—Contéstales, Juan ; y diles que mañana Guillermo les dará las gracias personalmente.

Juan les dió las gracias, pero en cuanto á la segunda parte, ó no la dijo, ó los atronadores gritos de la multitud no permitieron que fuese oída.

Durante este acto, y después en la mesa, Juan conservó siempre la misma aparente calma y dominio de sí mismo. Sólo en un momento, cuando todos estaban entretenidos con los novios, me dijo por lo bajo :

—¿ Hiciste aquello, Félix ?

—¿ Qué es aquello ?—preguntó Ursula volviéndose de repente.

—Una carta que le supliqué escribiese en mi nombre.

Juan ni pudo nunca, ni quiso que su fisonomía ocultase las emociones que experimentaba su alma. Cuando estaba triste, como cuando estaba alegre, nosotros lo conocíamos inmediatamente, pues profesaba el principio de que sólo obedeciendo á motivos poderosísimos debe el hombre cometer el más pequeño acto de hipocresía. Al oírle por lo tanto hablar á Ursula en aquellos términos, no pude menos de sentirme alarmado, y ella por su parte parecía también intranquila.

—¿ Supongo que será una carta de negocios ?

—En parte, sí. Ya te lo diré todo á la noche.

—Como quieras. Tú sabes que no soy curiosa.

Pero al poco rato se volvió otra vez, diciendo :

—Juan, si es algo que yo deba saber, no me lo ocultes por más tiempo.

—¡ No, querida mía, no !

Según eso, se trataba de algo que no tenía ya remedio, y que él quería tener oculto, siquiera por unas horas más, ante sus otros hijos, para no turbar la felicidad del día.

Se sentó á la mesa ; brindó á la salud de los novios y les

dió su bendición. Éstos, después de la comida, debían marchar á Norton Bury en donde tenían preparada su nueva casa y donde el antiguo molino estaba convertido en otra fábrica de paños más pequeña, que Eduardo inspeccionaba también. Al dirigirse éste al carruaje y abrazar tiernamente á su madre encargándole abrazase á Guillermo cuando llegara, ésta pudo apenas contener las lágrimas al verlo partir, y se volvió á Juan preguntándole :

—Juan, ¿ crees que el muchacho estará en casa esta noche ?

—No—contestó él muy débilmente.

—¿ Por qué no ? Debe haber recibido mi carta en tiempo. Lord Ravenel, creo haber oído á Vd. decir que no ha visto Vd. á mi hijo en su último y reciente viaje á París ?

—No, señora.

—¿ Ha oído Vd. algo acerca de él ?

—Yo . . . señora . . .

El joven, profundamente afectado, y no pudiendo ocultar su emoción, miraba á Juan, como apelando á su auxilio que no se hizo esperar.

—Lord Ravenel me ha traído una carta de Guillermo esta mañana.

—¡ Una carta de Guillermo, y no me habías dicho nada !
¡ Es bien extraño !

Creyó sin embargo, que sólo se trataba de alguna locura de muchacho, que al fin había confesado á su padre ; y con el instinto, peculiar á toda madre, de ocultar esa clase de faltas ante personas extrañas, no hizo más preguntas por el momento. Se dejó conducir del brazo por Juan al estudio, y una vez allí :

—¡ Esa carta, Juan ! ¡ Esa carta !—dijo con ansiedad.

Juan se la alargó, y ella, temblándole la mano, preguntó antes de desdoblarla :

—Supongo que no me anunciará que no puede venir, pues es preciso que venga.

—Lee—fué la única contestación de Juan, sugetándola por la cintura mientras ella leía.

La carta, según supe después, decía lo siguiente :

“ Mis queridos padres :

He consumado la infelicidad de Vds. Perdida la templanza en una casa de juego, é insultado por un hombre que se refirió á mi padre en términos que yo no debía tolerar, me precipité sobre él, y con algo que había en mi mano lo herí gravemente.

Es posible que á estas horas haya muerto. No lo sé.

Me embarco esta noche para América. Tal vez nunca más vuelva á ver á Vds.

Bendigan á su hijo

GUILLERMO.

P. S.—He recibido hoy la carta de mi madre. ¡ Perdóneme Vd., madre mía querida ! Yo no supe lo que hacía. Que no pese sobre mi corazón el dolor de haber despedazado el de Vd.”

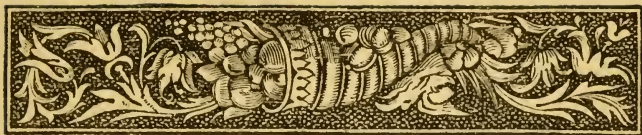
¡ Así fué en efecto !

—¡ No volver á verlo nunca !

Repitió varias veces estas palabras, completamente fuera de sí, y cayó insensible en los brazos de Juan, permaneciendo así varias horas, con cortos intervalos.

¡ De este modo acabó el día de la boda de Eduardo !





CAPÍTULO XXX.



ORD RAVENEL sabía, como conocían ya en todo París, la historia completa del suceso. El muchacho se escondió inmediatamente por temor á la justicia, y desde abordo de un buque escribió la carta que nos trajo la noticia á Beechwood, encargando á aquél que fuera portador de ella.

El hombre á quien había herido no era de la reunión de lord Luxmore, pero Guillermo había hecho conocimiento con él por medio de uno de los "nobles" amigos del conde. Era aquél un inglés, reciente heredero de un título de barón, cuyo nombre nos dejó sorprendidos, aunque al pronunciarlo Lord Ravenel, y al oirlo nosotros hicimos como si nunca lo hubiéramos oído anteriormente, y que no era otro que sir Gerardo de Vermilye.

Tan pronto como Ursula se repuso, Juan y lord Ravenel marcharon juntos á París. Era preciso no sólo hacer frente á la justicia, sino averiguar el paradero del muchacho del que no había más noticia que su última carta. Ursula apresuró la marcha de aquellos, quedando desolada y volviendo á cerrar el cuarto de aquel hijo, que con tanto cariño había preparado, corriendo las cortinas como si la muerte hubiera tomado posesión de él.

Pasamos días y semanas encerados en Beechwood, sabiendo que el immaculado nombre de Juan corría de boca

en boca dentro y fuera de la localidad, y era traído y llevado por los periódicos. Jorge y yo procuramos ocultar á Ursula que su hijo había sido proclamado en Francia y en Inglaterra, como un homicida, un asesino; pero nuestros esfuerzos fueron inútiles, pues no faltaron vecinos que por curiosidad ó simpatía acudieron á visitarla y se encargaron de destruir nuestros planes. Aquellos al fin fueron alejándose, dejándola sólo, excepto la pequeña Gracia Oldtower.

Juan, con su ausencia, parecía haberse llevado el alma de aquella casa, echándolo de menos á todas horas y con todos los motivos, y esta ausencia casi fué un bien para Ursula, pues aprendió á comprender que por muy queridos que le fueran sus hijos, el cariño de una mujer hacia su marido está sobre todos, porque es anterior al nacimiento de aquellos seres.

Gradualmente, y según iban llegando las cartas de Juan, con tanta ansiedad esperadas por Ursula, el consuelo y la esperanza iban renaciendo en el corazón de aquella triste madre, y cuando al fin aquel fijó el día de su regreso y lo vimos aparecer de nuevo, Ursula le esperaba con toda la casa en orden, y vestida y arreglada como una muchacha pudiera esperar á su amante. Al saltar de la silla de postas encontró á su esposa esperándolo en la puerta, y todos con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón, dándole la bienvenida, pues nada en la tierra equivalía al placer de volver á ver á aquel padre en su casa.

Juan estaba un poco pálido y desmejorado, pero no tanto como era de esperar. El primer choque del infortunio había pasado. Había pagado todas las deudas de su hijo, y salvado su buen nombre hasta donde era posible. Había sabido su feliz arribo al Nuevo Mundo, y había asegurado su bienestar allí. Nada más había que hacer por el pronto sino esperar á que el tiempo borrara aquella gran vergüenza;

y puesto que sir Gerardo de Vermilye se había repuesto de sus heridas y había venido á convertirse en un héroe de sociedad, las manos de Guillermo no estaban teñidas con sangre, y gradualmente se iría olvidando un hecho cometido por un joven en el ardor de la juventud, y lavado con el arrepentimiento y una amarga expiación. Juan volvió á ocupar su antiguo lugar rodeado por el resto de sus hijos, y aunque el golpe había sido serio, no era, afortunadamente, incurable, y aumentó, si se quiere, el amor á su familia, uniéndose más y más á su querida Ursula de la que parecía no poder estar separado un momento.

Á la mañana siguiente vinieron Eduardo y Luisa á aumentar la alegría de la casa, y después del almuerzo fuimos todos al jardín á donde al poco rato un criado trajo una carta para Juan. Era de lord Ravenel. Juan la leyó con más seriedad de la que acostumbraba emplear al leer aquellas cartas que durante el último año habían sido frecuentes. Matilde reclamó, como de costumbre, la carta de “su” lord Ravenel, pero por esta vez fueron defraudadas sus esperanzas. Juan estrechándola entre sus manos, se limitó á decir, suspirando :

—¡ Pobre lord Ravenel !

Éste anunciaba una próxima visita que sin saber por qué, imaginé no iba á ser agradable á Juan ni á Ursula.

—Juan—le dijo Ursula por lo bajo.—¿ Tuviste ocasión de saber de ella en París ?

—Nada absolutamente.

—Pero supongo que tratarías de informarte. Debe ser ya casi una vieja, ó tal vez haya muerto. ¡ Pobre lady Carolina !

Era la primera vez que en muchos años se pronunciaba aquel nombre en nuestra casa.

La reaparición de lord Ravenel en Beechwood, que pa-

recía serle á él muy grata, no lo era para mí. Su presencia había sido siempre un motivo de tristeza para aquellos padres. Los muchachos, sin embargo, lo recibían siempre con alegría, y él continuó haciendo sus excursiones diarias desde el triste y deshabitado Luxmore á que se mostraba poco afecto, á nuestra casa, fuera de la cual, según él decía, todo era para él “árido, monótono y vano.”

Cuando se retiró una noche, después de haber hablado con más vehemencia que de costumbre con Juan y Ursula acerca del sincero y profundo afecto que le inspiraban, no pudo menos de asaltar mi imaginación la posibilidad de hechos que parecían lejos de la sospecha de aquellos padres, y cuando al día siguiente se presentó lord Ravenel á la puerta de casa, no á caballo como otras veces, sino en su elegante y blasonado carruaje que rara vez usaba, á todos menos á mí causó una extraordinaria sorpresa, puesto que se había despedido la noche anterior diciendo que iba á emprender un viaje á París.

Dijo que había resuelto diferir este viaje, pero no dió explicación alguna sobre ello. Comió con nosotros, y después como de costumbre, dió un paseo con Matilde y conmigo.

Cuando á las nueve y media de la noche, hora señalada para que Matilde se acostase todos los días á fin de que se conservasen frescas las rosas de sus mejillas, ésta fué avisada al efecto por su madre, lord Ravenel se permitió intervenir diciendo :

—Matilde no es ya una niña ; y quien sabe si esta es mi última noche . . .

—¿ Su última noche ?—dijo Matilde prontamente.—Vd. volverá pronto, porque yo así lo quiero.

—Sí, Matilde ; yo también lo espero así.

Dijo estas palabras estrechándole la mano respetuosa-

mente, pero sin besársela como había hecho siempre hasta entonces.

—Acuérdese Vd. de mí, querida niña, y vuelva ó no vuelva, no me olvide Vd., como yo no la olvidaré.

Matilde se fué corriendo y casi llorando, y su madre trató de disculpar lo que llamó niñerías de su hija.

Lord Ravenel se quedó en silencio por un largo rato, al cabo del cual y cuando lo vimos levantarse, en nuestro concepto para retirarse, dijo, de repente :

—Señor Jalifax, ¿puede Vd. concederme cinco minutos de conversación en su estudio?

Los cinco minutos se convirtieron en media hora. Ursula no podía explicarse cual podría ser el objeto de aquella conversación.

Yo guardaba silencio, y al fin apareció Juan, solo.

—Juan, ¿se ha ido lord Ravenel?

—Todavía no.

—¿Qué es lo que tenía que decirte?

Juan se sentó á su lado, y ella comprendió en seguida que alguna pena lo preocupaba.

—¿Se trata de alguna nueva desgracia?—le preguntó con ansiedad.

—No, hija mía—contestó él, reanimándola con una sonrisa;—nada que debamos considerar como tal. Sencillamente me ha pedido nuestra Matilde.

—¿Para qué?—dijo Ursula con la mayor ingenuidad, pero pronto comprendió, y añadió :

—¡Imposible! ¡Eso es ridículo! Absolutamente ridículo. Matilde es todavía una niña.

—Sin embargo; lord Ravenel desea casarse con esa niña.

—¡Oh! Juan—dijo Ursula, no queriendo dar crédito á lo que oía—yo creí que ya habían concluido los disgustos

para nosotros, y que nos dejarían tranquilos con el resto de nuestros hijos.

Juan se sonrió otra vez, porque realmente el suceso tenía algo de cómico, pero pronto recobró su seriedad, viendo aparecer en la puerta de la sala á lord Ravenel que con actitud más firme que de costumbre y un aire que recordaba algo el orgullo de su padre aunque más caballeresco y menos ofensivo, se adelantó hasta donde estaba Ursula, y tomándole la mano se la besó respetuosamente, diciendo :

—Supongo que el señor Jalifax le habrá dicho á Vd. todo.

—Sí, lord Ravenel.

—¿ Puedo esperar confiado la contestación de ambos ?

Lord Ravenel esperó, no ocultándosele que entonces se trataba sólo de la aquiescencia de los padres, y no del más importante punto de la conformidad de Matilde, y aunque con su natural humildad, no se le ocultaba tampoco que el pretendiente no era simplemente Guillermo Ravenel, sino el hijo único y heredero del conde de Luxmore.

No hasta después de una larga pausa y de un pequeño cuchicheo entre marido y mujer, cuyas voluntades y pensamientos estaban tan unidos que poca discusión necesitaban, el pretendiente obtuvo una contestación.

—Me veo perplejo, lord Ravenel—dijo Juan ;—la precipitación con que Vd. . . .

—Perdone Vd. ; mi resolución no ha sido precipitada ; es el resultado de meses, y hasta puedo decir años, de meditarla.

—Doblemente lo sentimos.

—¿ Sentirlo ?

Lord Ravenel no pudo ocultar un movimiento de sorpresa, y Ursula pronunció algunas palabras acerca de la diferencia entre uno y otra.

—¿ En edad, quiere Vd. decir? Lo reconozco—contestó con tristeza ;—pero veinte años de diferencia no es una insuperable barrera para un matrimonio.

—No—dijo Ursula, pensativa.

—Y en cuanto á la fortuna ó el rango . . .

—Yo creo, lord Ravenel—se apresuró á decir Ursula con aire de la mayor dignidad—que Vd. conoce bastante el carácter y las opiniones de mi marido que no da la menor importancia á esas cosas, si Vd. alude á la supuesta diferencia que pueda existir entre el hijo del conde de Luxmore y la hija de Juan Jalifax.

El joven noble se ruborizó un poco, y añadió :

—Me felicito de ello, y permítame Vd. asegurarle que no habrá el menor impedimento por parte de mi familia. Mi padre desea hace tiempo que yo me case, y sabe bien que puedo hacerlo cuando lo tenga por conveniente, y que nunca lo haré sino por amor. Permítanme Vds. que gane el corazón de su hija, y en tiempo oportuno, su mano.

—Yo quisiera que Vd. nos pidiera otra cosa que fuese menos imposible.

—¡ Imposible ! ¿ Qué quiere Vd. decir con eso, señor Jalifax—dijo lord Ravenel volviéndose hacia Ursula, aunque no había sido ésta la que había pronunciado aquellas palabras.

—Digo, como mi marido, que siento que ese casamiento sea absolutamente imposible.

Lord Ravenel se puso alternativamente encendido y pálido.

—¿ Y puedo saber el motivo? Si es por su edad, yo estoy dispuesto á esperar dos, tres años, el tiempo que Vds. consideren conveniente ; y en cuanto á lo demás, ¿ sería tan gran infortunio para la hija de Vds. ser la vizcondesa de Ravenel, y en su día la condesa de Luxmore ?

—Lo creo firmemente. Y su madre y yo preferiríamos verla enterrada al lado de su hermana María, á verla condesa de Luxmore.

Estas palabras, por duras que fuesen, fueron pronunciadas por Juan con un tono de tan infinita aflicción, que en vez de ofender al joven lord le hicieron comprender que lo que pudiera aparecer un insulto ó una venganza, no era más que el cumplimiento de una dura necesidad.

—Perdóneme Vd.—añadió Juan—si he pronunciado alguna palabra que haya podido ofenderlo. Sería para mí motivo del mayor sentimiento que al separarnos por tiempo indefinido no fuese en el sentido de la más sincera amistad.

—¿ Por tiempo indefinido ?

—Sí, lord Ravenel ; yo no quiero turbar la felicidad de Vd. ni la de mi hija.

—No la de ella, señor Jalifax. Nada más lejos de mi ánimo que eso—dijo con sentimiento de profunda tristeza

Dirigiéndose á Ursula le dió las gracias por las bondades de que había sido objeto en aquella casa, y añadió :

—En cuanto á su marido, le soy deudor de algo más que afecto, y deseo tener ocasión de mostrárselo algún día.

Se despidieron con la misma ternura con que pudieran haber recibido á un futuro hijo, y al separarse él se volvió una vez más á Juan diciéndole :

—Si ella . . . la inocente niña que me quiere á su infantil manera, pregunta por mí, ó extraña mi ausencia, dígale Vd. . . .

—Nada. Eso es lo mejor.

—Tiene Vd. razón ; eso es lo mejor.

Y estrechándonos la mano á los tres sin decir una palabra más, montó en su carruaje y perdimos de vista aquella pálida, dulce y melancólica fisonomía.

Pasaron años y años antes de que nadie más que noso-

tros tres supiese cuán próxima había estado nuestra pequeña Matilde de ser vizcondesa de Ravenel y futura condesa de Luxmore.

No muchas semanas después de la partida de lord Ravenel, y casi olvidada la pena de su última entrevista con la satisfacción que produjo la primera larga carta de Guillermo recibida en aquellos días, leyendo Juan una mañana los periódicos, exclamó de repente :

—¡ Lord Luxmore ha muerto !

En efecto : aquel viejo malvado que todo el mundo empezaba á creer que no se moriría nunca, y que si alguien había probado ser nuestro enemigo, era él, había pagado su tributo á la tierra, pero si en vida teníamos motivos sobrados para huirle, despreciarlo y hasta aborrecerlo, no éramos los llamados á juzgarlo después de muerto. Nunca supimos, ni creo que nadie más que su hijo supo, la verdadera historia de sus últimos momentos.

Juan permaneció en silencio mientras el periódico pasó de mano en mano y discutimos la noticia, aunque con respeto. Matilde manifestó deseos de leerla por sí misma, pero Juan le dijo :

—No, hija mía ; la oirás leer, que es lo mismo.

Comprendí la razón cuando ví en el anuncio que, después de la larga lista de títulos que heredaba el nuevo conde de Luxmore, había lo siguiente :

“Tuvo igualmente una hija, Carolina, casada en 17 . . . con el caballero Ricardo de Brithwood, divorciados después.”

¡ Cuánto debieron haber amargado estas líneas el corazón del que aquella llamó una vez su “pobre Guillermo !”

Como curiosa coincidencia, unas líneas más abajo se leía entre las noticias de casamientos distinguidos :

“En la Embajada inglesa, en París, el barón Gerardo de Vermilye con la joven y linda hija de . . .”

No recuerdo el nombre, pero no era el de lady Carolina.

Aquella mañana fuimos todos á hacer una visita á la familia de los Oldtowers, Juan y yo en un carruaje los dos solos, y en otro detrás, Ursula, Matilde y la esposa de Eduardo.

—¡Pobre Matilde!—dije yo hablando de lo que hasta entonces habíamos puesto á un lado, como por tácito convenio;—qué agena está de pensar cuán de cerca pudo haberle concernido la muerte del viejo conde de Luxmore.

—En efecto; pero, ¿por qué la llamas pobre?

Yo no supe qué contestar, pues realmente lo dije como pudiera haber empleado otra palabra cualquiera.

—¿La encuentras pálida estos días, Félix?

—Podrá parecer un poco más pálida y pensativa, pero estoy seguro que no es desgraciada.

—¡Creo que no, gracias á Dios!

—¿No te has arrepentido nunca de lo que hiciste acerca de lord Ravenel?

—No; ni una vez siquiera. Me costó mucho el sacrificio, pero creo que cumplí con mi deber.

—Por fortuna, parece que él ha llevado bastante bien la contrariedad.

—Noblemente. Tengo una satisfacción al decirlo.

Así hablando, llegamos á la casa de los Oldtower donde precisamente acababa de entablarse una animada charla sobre el acontecimiento del día, acontecimiento sin precedente y que absorbía todos los de menor importancia.

—¿Ha oído Vd. hablar del extraordinario suceso referente á la familia de Luxmore?

—¿La muerte del conde? Sí; hemos leído la noticia en los periódicos—dijo Juan procurando cambiar la conversación; pero en vano.

—Esta noticia se refiere al actual conde, y yo en mi vida

he oído otra semejante. Su conducta demuestra una abnegación que se aproxima á la locura. Parece imposible que siendo tan amigo de la familia de Vds., no les haya informado del hecho.

La voluble lady Oldtower fué poco á poco diciéndonoslo todo. Parece que á la muerte del viejo conde se descubrió lo que ya se sospechaba; que sus deudas eran tan grandes como sus extravagancias, y que esto lo obligaba á vivir en el extranjero para librarse, hasta cierto punto del clamoreo de los centenares á quienes había arruinado y que sólo podían tener alguna esperanza de cobrarle durante su vida, puesto que todas las propiedades estaban vinculadas en su hijo. Si éste era ó no conocedor de este estado de cosas, nadie lo sabía, habiendo imitado en algún modo el estilo de vida de su padre, pero los hechos que sobrevinieron á la muerte de éste, hicieron innecesaria toda conjetura.

Parece que una semana antes, y por iniciativa del hijo, el vínculo fué anulado, haciendo vendibles todas las propiedades, y por consiguiente eficaces para el pago á los acreedores, lo que había convertido al actual conde, y por el "honor de la familia," en el heredero del título, y en un pobre, pues no puede llamarse de otro modo, añadió lady Oldtower, al hombre de su rango que se reserva una miseria de mil duros, ó cosa así, de renta, para no morir de hambre.

—Pero, aquí entra el señor Jessop, que nos puede decir lo que hay de verdad en ello.

—¡Oh! es la verdad, señor Jalifax; la pura verdad. Él estuvo anoche en mi casa.

Creo que nadie más que yo, se apercibió de una exclamación que hizo Matilde que se hallaba en un extremo de la sala.

—Sí, señor. Lord Ravenel, el nuevo conde de Luxmore, ha dormido la noche pasada en mi casa, y poco provecho le

reporta aquel título, pues se ha quedado voluntariamente sin nada, á excepción de . . . señor Jalifax, él me dió esta carta para Vd.

Juan leyó la carta que después pasó abierta de mano en mano de todos, y que decía lo siguiente :

“Mi querido amigo : ya sabrá Vd. que mi padre ha muerto. Quiero hacer saber á Vd., y estoy seguro de que no lo pondrá en duda, que cualquier noticia que llegue á sus oídos respecto al estado de los negocios de aquél, era completamente desconocido para mí cuando visité á Vd. la última vez en Beechwood. Crea igualmente que cualquier cosa que yo haya hecho, ó en adelante haga, los intereses de Vd. como mi arrendatario, que deseo continúe Vd. siendo, serán escrupulosamente respetados.

Mis sinceros afectos á todos los de su apreciable familia, y quedo de Vd. y de ellos siempre amigo

LUXMORE.”

—Dame acá esa carta, hija mía—dijo Juan á Matilde que había tomado posesión de ella como de todas las de lord Ravenel ; pero esta vez la entregó sin hacer objeción alguna.

—¿ Qué quiere decir, señor Jessop, acerca de mis intereses como su arrendatario ?

—Quiere decir, y me ha encargado que se lo explique á Vd., que se ha reservado la propiedad de las fábricas de Enderley cuya renta, que Vd. paga, será suficiente para su mantenimiento, y que cuando expire el contrato de arrendamiento, no será Vd. mortificado por otro propietario. Creo que este ha sido un gran pensamiento, señor Jalifax.

Juan no contestó una palabra.

—Hemos hablado largamente acerca de sus negocios, haciéndole yo observar lo anómalo de su conducta para sí y para sus herederos, pero me ha contestado que á nadie per-

judicará, puesto que no piensa casarse nunca. ¡Pobre muchacho!

—¿Está todavía en casa de Vd.?—preguntó Juan por lo bajo.

—No, señor; salió esta mañana para París, donde ha de celebrarse el entierro de su padre. Dice que no está seguro de lo que hará después. Se despidió de mí, y puedo asegurar á Vds. que no me gustó su aspecto.

El viejo dió por terminada aquella conversación, y nosotros hicimos lo mismo.

Un rato después, Juan y yo nos fuimos al jardín, y á los pocos momentos se nos acercó Matilde.

—He venido á ver á Vd. papá—dijo apoyándose en el brazo de Juan—porque necesito hablarle.

—Habla, hija mía.

Estaba un poco pálida, y su padre le preguntó si se sentía mal.

—No; pero me duele un poco la cabeza. ¡Esta gente de Coltham habla tanto! Necesito que me explique Vd., papá, pues no lo he podido entender bien, ¿qué es lo que estaban Vds. diciendo acerca de lord Ravenel?

Juan se lo explicó lo más sencilla y brevemente que le fué posible.

—Ahora lo comprendo. Quiere decir que aunque es conde de Luxmore, está completamente pobre, más pobre que nosotros, y que se ha empobrecido para pagar sus deudas y las de su padre, y no hacer á los demás sufrir las consecuencias de sus faltas.

—¿No es así?

—Así es, hija mía?

—Y ese es un acto noble, ¿no es verdad?

—Muy noble.

—¿Cuándo va á venir á Beechwood?

—No lo sé.

—¡ Es muy extraña su conducta ! Debería haber venido á vernos. ¿ Por qué no le escribe Vd. diciéndole cuanto nos alegraríamos de verlo ? Vd., que ayuda á todo el mundo, tal vez pudiera ayudarle. Él siempre me ha dicho que Vd. era su mejor amigo.

—¿ De veras ?

Juan se quedó pensativo. Indudablemente estaba pensando si debía decir á aquella niña toda la verdad, ó que parte de ella.

Matilde parecía sumisa, pero no satisfecha, y lo miraba de cuando en cuando, esperando que hablase. Al fin no pudo esperar más y exclamó :

—Estoy segura de que aquí ha sucedido algo extraordinario. Vd. no quiere á lord Ravenel como lo quería antes.

—Más, si es posible.

—Pues entonces escríbale Vd., y dígame que venga á pasar una temporada con nosotros . . .

—No puede ser, Matilde. Sería imposible para él, venir, ni creo que vuelva á visitar á Beechwood en algún tiempo.

—¿ Como cuánto ? ¿ Seis meses ? ¿ Un año ?

—Tal vez algunos años.

—Pues entoces tengo razón. Algo ha sucedido, y Vds. ya no son amigos.

Matilde hizo un movimiento como para retirarse, pero Juan la sugetó por un brazo y le hizo sentar á su lado, diciéndole con mucho cariño :

—Ven acá, hija mía ; no estés incómoda con tu padre.

—Yo no estoy incómoda con Vd. ; estoy ofendida. Dígame lo que ha sucedido entre Vd. y lord Ravenel.

—Te lo diré hasta donde pueda. Lord Ravenel y yo tuvimos una conversación de desagradable carácter, la últi-

ma noche que estuvo en casa, y desde entonces ambos consideramos conveniente que por ahora no nos visite más.

—¿ Por qué ? ¿ Pelearon Vds. ?

—No, Matilde ; no peleamos.

—Pues entonces, ¿ cuál es el motivo ?

—Hija mía, no me preguntes más, porque nada más te puedo decir.

Matilde se detuvo ante esta contestación y sólo preguntó humildemente :

—¿ Oyó alguien más aquella conversación ?

—Tu madre y Félix eran los únicos que estaban presentes, y nadie más la sabrá. Yo sabía que esto te había de disgustar, y por eso te lo he ocultado todo el tiempo que he podido. Ten resignación, y como una buena niña que eres, confía en tu padre.

Matilde se limitó á suspirar, diciendo :

—No puedo entenderlo.

—Ni yo algunas veces, querida hija mía ; pero hay muchas cosas en la vida con las que debemos conformarnos, aunque no las entendamos. Tal vez algún día las entenderemos.

Yo traté de apresurar la terminación de aquella conversación que comprendía estaba siendo muy penosa para Juan. Les hice darse un beso de amigos y los llevé á la casa, dejando para mejor ocasión reflexionar si debía hacer ó no partícipe á Juan de las dudas, mezcladas de ansiedad, que me asaltaban respecto á aquella niña.

Al poco rato nos despedimos, y regresamos todos á Beechwood.



CAPÍTULO XXXI.



ADA volvimos á saber de lord Ravenel, que inmediatamente después del entierro de su padre desapareció sin que nadie supiera su paradero más que su apoderado, que satisfizo á todos los acreedores, y á quien Juan pagaba anualmente las rentas. Juan le escribió varias veces, pero nunca recibió contestación, y sí sólo aviso del procurador diciéndole que habían sido recibidas.

Así se pasaron tres años de plácida y monótona calma para nosotros. Siete, casi, habían transcurrido ya sin que viéramos en aquella casa la alegre cara de Guillermo á quien extrañábamos más cada día. Su madre, según iba avanzando en años, se afligía algunas veces pensando en él, en términos que no son para dichos. Juan, viendo á Eduardo completamente engolfado en los negocios, y con Jorge hecho todavía un niño por su especial temperamento á pesar de ser ya un hombre por su edad, echaba de menos con mucha frecuencia á su hijo mayor, y solía decir con ansiedad: “necesito ver á Guillermo otra vez en casa.”

Pero no se veían todavía señales de que esto sucediese. Guillermo prosperaba en el Nuevo Mundo, haciendo una vida activa y laboriosa, y conquistándose un nombre honrado. Tenía un asociado en los negocios, según nos había escrito, que era además un verdadero amigo, y marchaban perfectamente, no siendo extraño que en pocos años pudiera

hacer una de esas rápidas fortunas que los hábiles hombres de negocios suelen hacer en América, y especialmente hacían en aquel tiempo.

Y no eran sólo los negocios lo que le ocupaba. Á imitación de su padre, tomaba parte en los asuntos políticos que á la sazón ocupaban á los hombres pensadores. Un gran número de datos comparativos respecto al trabajo en Inglaterra y en América, á la idea de la abolición de la esclavitud, y á otras muchas medidas de utilidad general ocupaban la energía del señor Guillermo Jalifax, de Boston, en los Estados Unidos de América; “nuestro Guillermo.”

—El muchacho está haciendo ruido en el mundo—me dijo un día su padre después de haber leído una de sus cartas.—No extrañaré que cuando vuelva, una diputación de su pueblo, Norton Bury, se le presente suplicándole el honor de que los represente en el Parlamento. Él lo haría mucho mejor que su viejo padre, sobre todo en lo que respecta á las señoras; ¿no te parece Ursula?

Ursula se sonrió.

Desde que pasó el bill de la Reforma, muchos de nuestros vecinos habían deseado que una persona del carácter, inteligencia práctica, é influencia en el país, como Juan fuese su representante en el Parlamento; pero con sorpresa de todos, y no menor de nosotros, nunca quiso aceptar. Públicamente no daba más razón para excusarse, que su convencimiento de que no podría desempeñar aquel cargo como hubiera podido en otro tiempo, y en su breve y sencilla carta de contestación, daba las gracias á sus “buenos vecinos,” deseándoles un representante “más joven y digno,” que no les sería difícil encontrar. Y en cuanto á nosotros, no era más explícito en los motivos en que fundaba su negativa.

—No hablemos más de esto, Félix—me decía un día en

que yo insistía en que debía aceptar ;—yo no he cambiado de ideas, pero las circunstancias hacen cambiar mis acciones. En cuanto á los deberes, empiezan en la familia. Créeme ; he pensado mucho sobre ese particular.

El tiempo transcurría mientras tanto. El padre y la madre se convirtieron en abuelos, y la pequeña Matilde en tía, que llevaba sus nuevos honores y cumplía sus nuevos deberes con el mayor placer y buen éxito. Había cambiado mucho en los últimos años : á los veinte parecía una mujer de treinta en todo lo referente á las ventajas de esta edad. Era sencilla, activa y discreta ; algunas veces meditabunda, ó acometida de accesos que en otro temperamento menos saludable podrían calificarse de melancolía, pero que con facilidad pasaban, siendo la felicidad de aquella casa, como hija única. Más de una vez pudo haberse casado, pues poseía innumerables atractivos físicos y morales además de su considerable fortuna, pero rehusó todas las oportunidades que se le presentaron, y en nuestro concepto su corazón permanecía virgen de toda pasión amorosa. Sus padres parecían alegrarse de esto, pues aunque nunca se hubieran opuesto á su felicidad en aquel sentido, preferían que fuese tardía en su elección y en cambiar el amor de ellos por otro no experimentado. Recuerdo que un día en que lady Oldtower, medio en broma y medio de veras, expresó su opinión de que mejor era hacer un matrimonio cualquiera, que quedarse soltera, Juan contestó muy seriamente :

—Mejor es no casarse nunca, que hacerlo de una manera que no sea la más conveniente.

—¿ Qué quiere Vd. decir con eso ?—preguntó lady Oldtower.

—Que creo—añadió sonriendo—que todo hombre y mujer en el mundo tienen su compañera y compañero predeterminado. Si el de Matilde viene, se la llevará ; y si no viene,

me consideraré dichoso viéndola permanecer una feliz solterona.

La primera interrupción de nuestro tranquilo reposo vino con el nuevo año. Ninguna Pascua habíamos dejado de recibir carta de Guillermo, y cuando llegó aquella y no la recibimos, y pasó un mes y otro mes sin saber una palabra de él, nuestra extrañeza y nuestra intranquilidad empezó á ser seria. Su madre empezó á desmejorarse, y la mirada de su padre comenzó á expresar verdadera ansiedad. Le habíamos escrito, como de costumbre, por todos los correos, y por último Juan se decidió á hacerlo poniendo la dirección á los Sres. Guillermo Jalifax y Cía., para que en el caso de enfermedad ó algún viaje repentino del muchacho, pudiera su socio, cuyo nombre nunca nos había comunicado, recibirla y contestarnos.

Por fin en Mayo llegó un día el ansiado correo de América y trajo un abultado paquete, cuyo sobre estaba escrito con letra desconocida para nosotros, que contenía todas las cartas que habíamos escrito á Guillermo, sin abrir, y otra muy lacónica de él diciendo que había resuelto regresar inmediatamente á casa, y que si circunstancias imprevistas no le hacían cambiar de resolución, en cuyo caso escribiría participándolo, se embarcaría en un buque mercante americano que estaba para hacerse á la vela, y cuyo nombre era *Las Estrellas y las Barras*.

—Ahora comprendo por que hemos recibido devueltas nuestras cartas—dijo Ursula.—Mi hijo está en camino. ¿Cuándo crees que lo veremos, Juan?—añadió con la mayor alegría.

—Los buques correos emplean sólo un mes en la travesía, pero estos mercantes emplean generalmente más tiempo. ¿Qué fecha tiene la carta del muchacho?

¡La miró él mismo, y vió que estaba fechada en *Enero!*

Todos nos quedamos suspensos y en silencio mas Juan fué el primero en romperlo al cabo de un rato, diciendo :

—Esta carta debió haber llegado á nuestro poder hace dos meses, pero con frecuencia ocurren estas demoras, y no hay motivo todavía para que nos alarmemos. Guillermo no dice qué día iba á salir el buque, y muy bien puede estar en viaje todavía. No nos dice el nombre de los dueños, pero escribiré al Lloyd y nos dirán lo que sepan. ; Ánimo, Ursula ! ; Pronto vas á volver á abrazar á tu hijo !

Pero la energía de Ursula empezó á decaer lentamente, no debido, como ella decía en broma, á la natural debilidad de su edad ya, sino á la pena que interiormente la minaba. Sus paseos se iban haciendo más cortos, y aunque persistía en querer seguir llevando el gobierno de la casa, éste vino á parar por entero á manos de Matilde.

La contestación del Lloyd llegó ; el buque *Las Estrellas y las Barras* debía ser de escaso tonelaje y poca importancia, y aquella compañía nada nos pudo comunicar acerca de él. Vino el verano, pero no Guillermo ni la menor noticia de su paradero.

Juan escribió á América tratando de adquirir noticias por todos los medios imaginables. Supimos al fin que el buque había salido de allí y que había sido hablado hacia la altura de las Islas de Barlovento, pero nada más se supo de él después.

Ursula se postró completamente, teniendo que guardar cama, y Juan parecía un fantasma, yendo de una parte á otra de la casa en los pocos ratos que se separaba del lado de Ursula que era su puesto casi constante. Yo llegué á creer en la posibilidad de un desenlace funesto, y ¿ qué sería de aquella casa sin Ursula ?

Llegó el mes de Julio. Nuestros vecinos, entre los que había muchos que sentían con nosotros, ya no se atrevían á

preguntar si habíamos tenido noticias de Guillermo. Hasta la linda Gracia Oldtower, que se conservaba bonita, pero no joven ya, y que había seguido demostrándonos el mismo cariño por tantos años, se limitaba, cuando venía, á dirigir una mirada de investigación al entrar, y suspirar tristemente.

Una noche, cuando aquella acababa de retirarse á su casa, después de haber pasado todo el día con nosotros, Matilde se sentó á mi lado en el estudio, que era la habitación donde entonces nos reuníamos. Oíamos de cuando en cuando las pisadas de Juan en el cuarto que en el piso superior ocupaba Ursula, y lo oímos leer ó hablar algunas veces. Estábamos en silencio, Matilde cosiendo y entregada á sus pensamientos, y yo á los míos. Ardía una lámpara en la habitación, y las ventanas estaban abiertas de par en par en aquella bochornosa noche de verano, cuando me pareció oír un ruido extraño en el jardín.

—Matilde, ¿no has oído rechinar la puerta del frente?

—No, Félix; yo encargué á Jorge que viese si estaba cerrada, antes de irse á acostar.

Al cabo de un rato se presentó una criada diciendo:

—Señorita Matilde, ahí hay un caballero que desea ver á la señorita Jalifax.

Matilde dió un salto en su silla, quedándose casi sin aliento.

—¿Lo conoce Vd.?

—No, señorita.

—Dígale Vd. que pase.

Ya el caballero estaba parado en la puerta. Era alto, moreno, y con toda la barba. Matilde lo miró, levantándose de su silla é inclinándose ceremoniosamente.

—Pase Vd. adelante. Mi padre . . .

—¿Matilde! ¿No me conoces? ¿Dónde está mi madre? ¡Yo soy Guillermo! . . .



CAPÍTULO XXXII.



GUILLERMO y su madre se hallaban juntos ; ella acostada en un sofá en su cuarto, y Guillermo sentado á su lado mirándola sin cesar. Había pasado con él dos días enteros para indemnizarse de ocho años de ausencia ; dos días que habían levantado una barrera entre el triste pasado y la indescriptible felicidad presente !

Sólo hacía dos días que teníamos á Guillermo otra vez entre nosotros, y nos parecían meses. Nos habíamos familiarizado con su seria figura, todos á excepción de Matilde que parecía un poco reservada y como recelosa, y acogimos con inexplicable gozo al grande y grave Guillermo, de casi treinta años ya, representando más de treinta y cinco y tan distinto del muchacho que se separó de nosotros, ocho años antes.

Estaba completamente cambiado, y había motivo para ello. Había sufrido mucho ; mucho más de lo que nos dijo, y que no supimos hasta bastante tiempo después. Había pasado por la pobreza, los trabajos, las enfermedades, y por último el naufragio. Nos escribió por el buque *Las Estrellas y las Barras* pero no se embarcó hasta quince días después, en otro buque que naufragó, siendo recogidos por un navío que cruzaba en dirección contraria, y desembarcando al fin en Inglaterra, con su socio, habiendo perdido cuanto tenían.

—¿Era inglés tu socio?—preguntó Matilde que escuchaba atenta el relato, sentada á los pies del sofá.—Nunca nos has dicho una palabra respecto á él.

Guillermo se sonrió.

—Ya hablaré de eso más adelante. Es una historia larga, y por ahora sólo quiero ocuparme de mi madre.

—Es preciso que ahora se ponga Vd. buena pronto. Nunca más volveré á separarme de Vd. ; nunca.

—No, hijo mío.

—No, Guillermo—dijo Juan entrando y mirando con satisfacción aquel grupo ;—es preciso que no abandones nunca más á tu madre.

—Ni á ella, ni á Vd.—contestó Guillermo con un tono tan afectuoso que pareció llegar al corazón de su madre.

Padre é hijo se pusieron á hablar de los negocios de la casa y de sus futuros proyectos, demostrando Guillermo una ternura como nunca había demostrado á su padre, y manifestándose éste orgulloso y feliz al ver otra vez á su lado á su hijo mayor, el heredero de su nombre y de sus fábricas, que en adelante girarían bajo la razón de Jalifax Hermanos, para que Guillermo ocupara el lugar que le correspondía y nunca más volviese á ser un hijo descarriado por el mundo.

Se oyeron unos ligeros golpecitos en la puerta, y cuando Matilde fué á abrirla, entró resueltamente una niña como de tres años gritando :

—¿Dónde está mi tío Guillermo? Yo quiero ver á mi tío Guillermo.

Éste la cogió en sus brazos y la besó. Detrás de ella entró su madre, Luisa, que le estrechó la mano con efusión, y por último Eduardo que se arrojó en sus brazos exclamando :

—¡Bien venido sea á esta casa el viejo, tanto tiempo ausente !

Cuando Luisa y Eduardo se retiraron, Guillermo empezó á contarnos la historia de su vida en América, y la de su compañero, que había regresado con él, y que como él había perdido cuanto tenía.

—Es más duro para él que para mí—dijo—pues es más viejo que yo. No entendía una palabra de negocios cuando se me presentó, hace tres años ofreciéndose como mi dependiente, y desde entonces ha trabajado á mi lado como un esclavo, siendo mi amigo más fiel y cuidándome con el mayor cariño en una enfermedad que pasó. Es un excelente muchacho, y si Vds. supieran . . .

—Bueno, hijo; haz que lo conozcamos. Invítalo á que venga. Matilde, acerca un tintero. Y ahora que recuerdo, nunca nos has dicho el nombre de ese amigo.

Titubeó un poco Guillermo, mirando fijamente á su padre, pero al fin pareció resolverse.

—No se lo he dicho á Vds., porque él me lo prohibió. Vds. lo han conocido antes de ahora, pero desde que fué á América ha cambiado por completo su antigua vida y renunciado á su título, llamándose solamente Guillermo Ravenel.

Semejante noticia, muy natural después de pensar en ello, pero increíble al principio, nos dejó á todos atónitos. En cuanto á Matilde, apenas pudo disimular la violenta agitación que se apoderó de ella.

Matilde lo amaba. Tal vez se imaginó desde un principio la verdadera causa de su alejamiento, y esto fué un motivo para que aquel cariño aumentase, como suele suceder. El noble acto de la renuncia de su rango y su fortuna, y hasta de ella misma en aras de su honor y de su deber, le hacían aparecer como un héroe, de que las mujeres son siempre admiradoras. Su ausencia pudo también haber contribuido á convertir lo que en un principio era el sincero afecto

de una niña, en el verdadero amor de la mujer. Matilde lo amaba. Cómo, por qué, y desde cuándo, nadie lo sabía, tal vez ni ella misma ; pero era una verdad que no se ocultaba á sus padres.

Estos, lo mismo que Guillermo, estaban profundamente conmovidos.

—Matilde—dijo Juan—¿quieres dejarnos sólo un momento ? Pero prométeme que no te incomodarás conmigo por eso.

Aquella, que estaba deseando irse, se levantó prontamente, y besando á su padre, le dijo conmovida :

—No, papá ; yo nunca puedo incomodarme con Vd.

—Ahora, Guillermo, continúa.

Éste continuó relatando, con su habitual franqueza, su historia y la de Guillermo Ravenel que había decidido irse á América á correr su suerte, cualquiera que fuese, con el hermano de Matilde, principalmente, según Guillermo descubrió después, porque era hermano de Matilde, y cuando más adelante, en un bote abierto, en medio del mar, se vieron tan próximos á perecer, le reveló todo el secreto. Desde entonces, más que dos amigos, fueron dos hermanos.

—Padre, ¡ si Vds. lo conocieran ! . .—dijo por último.

—Hijo mío, mi conocimiento, y mi juicio, parecen haber sido de bien poco valor en este caso, pues ha habido *Uno* más sabio que yo y que es el que decide todas las cosas.

—Padre, la decisión de Vd. en un principio fué justa, como el mismo Ravenel me ha dicho, añadiendo que no debía ser otra, y que lo que después ha venido á ser él lo debe á Vd. y á lo que sucedió aquel día. Aunque la ama todavía, y nunca podrá amar á ninguna otra, declara que la pérdida de ella le ha valido su salvación.

—Tiene razón—dijo Ursula.—No es digna ni de valor alguno la pasión que no puede resistir una prueba, por dura

que sea ; y yo he oído decir muchas veces á Juan que nunca el hombre debe decir que es demasiado tarde.

Juan no contestó, quedándose pensativo con la barba apoyada en la mano.

—Padre, he quedado con él en verlo ó escribirle hoy.

—¿Dónde está?

—En Norton Bury. Nadie podría hacerle venir, á no ser que estuviera cierto de que Vd. desca que lo haga.

—Pues yo lo deseo.

Guillermo saltó de alegría.

—¿Quiere Vd. que le escriba?

—Le escribiré yo mismo.

Pero la mano le temblaba de tal modo que no le fué posible hacerlo.

—Estoy poniéndome muy viejo, hijo mío. Veo que has vuelto á tiempo á casa.

Dijo que quería ir él mismo á Norton Bury á traer al antiguo amigo, pero Juan no se lo quería permitir.

—Le escribiré yo, padre. Es lo mismo que sea mañana cuando venga.

—No ; es preciso que sea hoy.

Y despidiéndose de Ursula salió del cuarto.

Juan estaba contentísimo. Decía que en aquel asunto, que le había preocupado por largo tiempo, había procedido como un gran diplomático.

—Es preciso que se casen inmediatamente, y él será nuestro socio en los negocios. Pronto se va Vd. á quedar conmigo sólo, pero no importa ; así será Vd. toda para mí, y yo seré un niño mimado y un feliz viejo solterón.

Ursula se sonrió sin replicar, demostrando que también ella se consideraba á sí misma una gran diplomática.

Juan regresó trayendo consigo á Guillermo Ravenel. Lo presentó primero á Ursula y luego se lo llevó á presen-

tarlo á Matilde que se había encerrado todo el día en su cuarto. Poco rato después ví á los dos, Matilde y Ravenel, pasear juntos en el jardín en el bosquecillo de hayas donde probablemente se referirían el antiguo cuento, más viejo que Adán, y que siempre es bonito y nuevo.

Aquella noche vimos reunidos á la mesa, á Guillermo, Eduardo, Jorge, Matilde, Luisa y Guillermo Ravenel, todos muy cambiados, pero todos vivos, espectáculo que no creimos haber podido llegar á ver, y que nos colmó de felicidad.

Concluida la comida, Juan condujo á Ursula á su cuarto diciéndole que aunque pareciese tan bien, era preciso que economizase su mejoría y su felicidad. Cuando volvió, estuvo hablando un rato con Ravenel, pareciéndome sumamente pálido y desfigurado, y muy poco después abandonó silenciosamente el comedor, dirigiéndose á su cuarto.

Yo lo seguí y lo encontré apoyado contra la chimenea.

—¿Quién es?—dijo débilmente.

Estaba lívido.

—Entra, Félix, y cierra la puerta.

Su voz era ronca é insegura.

—No te asustes. Esto pasará pronto. Yo sé muy bien lo que es.

Los dolores debían ser intensísimos, á juzgar por el sufrimiento que se veía pintado en su semblante. Medio desmayado como estaba, me sujetó para que no fuese á avisar á nadie, y yo recordé la escena parecida, el día de la boda de Eduardo.

Al cabo de algunos minutos los dolores parecieron mitigarse algo y pudo sentarse en un sillón. Le acerqué un vaso de agua que se bebió y le rocié la cara que estaba cadavérica. Aspiró fuertemente como si le faltara aire, y volvió á ser el mismo.

—¡ Ya pasó, gracias á Dios ! Es preciso, Félix, que ol-

vides lo que acabas de ver. Yo hubiera deseado que no hubieses venido.

—¿Pero qué es eso?

—Nada que sea motivo de alarma. Lo mismo de aquel día que tú debes recordar. Antes de aquel tuve un ataque, y después he tenido varios. Son unos dolores horribles, pero, como ves, pasan pronto, y no quiero que la pobre Ursula, ni nadie, lo sepa. ¿Me entiendes?

Tomó un libro y se puso á hacer como que leía, pero yo ví que no era así.

—¿En qué estás pensando, Juan?

—Titubeó un poco, como indeciso si debía decírmelo ó no, y al fin dijo:

—En tu buen padre. ¿Te acuerdas de cómo murió?

—Sí, me acuerdo; pero no veo motivo para que hables de eso ahora.

—¿Por qué no? Varias veces he pensado en la feliz muerte que tuvo, sin enfermedad ni dolores, y pasando instantáneamente de esta vida á la otra.

—Tal vez, pero . . . ¿por qué me hablas ahora de eso?

—Porque muchas veces he pensado que mi muerte va á ser semejante á la de tu padre. Cuando estuve en París hice que un médico afamado me reconociese y me dijese su franca opinión, la cual estaba dispuesto á saber. Me dijo que mi enfermedad era en efecto la que yo sospechaba, y su curación fuera del poder de la ciencia; que podía vivir veinte años más, y morir de otra enfermedad y hasta de vejez, así como podía morir en un momento, del mismo modo que murió tu padre. Aunque he tenido después varios ataques, siempre he podido ocultarlos á los ojos de mi pobre Ursula. Algunas veces casi he estado decidido á decírselo, pero luego he cambiado de idea, y desde que la he

visto tan enferma, casi he visto con alegría que no tendré que decírselo nunca.

—¿Será posible que prefieras. . .

—Sí, Félix ; preferiría que ella faltase primero, porque ella sufriría menos, ¡ y nuestra separación sería tan corta ! Este ataque ha sido más fuerte que los anteriores, y como no puedo considerarme nunca seguro, tengo tomadas todas mis precauciones. Rara vez voy á ninguna parte sin ir acompañado de uno de mis hijos, y para toda eventualidad, mira . . .

Sacó su cartera, y de ella una tarjeta con su nombre y dirección, y en clara y bien legible letra : “Llévenme á casa, y den la noticia á mi esposa con precaución.” Había también en la cartera un papel, amarillo ya y ajado, que era la única carta que Ursula le escribió antes de casarse y en la que ella le anunciaba su deseo de ir á verlo cuando estuvo enfermo. Miró á aquel papel, y lo volvió á colocar en su sitio.

—¡ Pobrecilla !—dijo suspirando.—Mucho me alegro de que Guillermo esté otra vez en casa y que mi hija Matilde se case tan á nuestro gusto. Como me decía Ursula esta misma noche, nos aflige hoy el más pequeño cuidado.

—Quién sabe, Juan, si todavía llegaremos los dos á ser muy viejos.

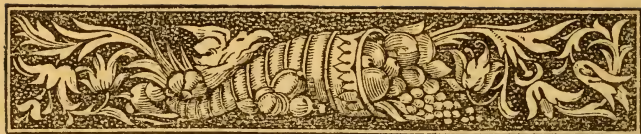
Se levantó y parecía completamente fuerte de cuerpo y de espíritu.

—Ahora, acompáñame á dar las buenas noches á los muchachos.

Estos reían y charlaban todos reunidos. Cuando todos se dispersaron, todavía permanecemos Juan y yo hablando un largo rato, como cuando éramos muchachos. Por último, me puso una mano sobre el hombro como era su costumbre, y estrechando la mía con la otra :

—Buenas noches, Félix—me dijo, conmovido.

—Buenas noches, Juan.



CAPÍTULO XXXIII.



VIERNES, primero de Agosto de 1834. Muchos en Inglaterra recordarán esta fecha que fué la del día en que aquella nación proclamó la libertad de los esclavos en sus colonias. Fué aquel un día feliz para Juan que pasó toda la mañana en el cuarto de Ursula,

llevándola al jardín en su silla de ruedas, después de comer, para respirar juntos aquel ambiente embalsamador del bosquecillo de las hayas y oír el suave murmullo de las aguas del arroyo, que aunque escasas, todavía amenizaban aquel sitio. Juan estaba acostado sobre la yerba, haciendo reír á Ursula con sus delicados chistes.

—¡ Ay ! Ursula—dijo, viendo pasar á lo lejos á Guillermo con su hermana, su cuñada y otra señorita que no era otra que Gracia de Oldtower—ya verás en lo que viene á parar ésto. Todos nuestros pájaros van volando, y pronto nos vamos á quedar sólo.

—No importa, Juan. Hubo un tiempo en que también estábamos los dos sólo, y éramos muy felices. Ahora lo seremos también, pues para nuestra felicidad nos bastamos el uno al otro.

—Así es, querida mía.

Juan vino luego á mi cuarto para llevarme á su favorito paseo de casi todos los días en la arboleda al pie de la montaña. Allí nos sentamos después de haber andado menos

que de costumbre, porque la tarde estaba calorosa y Juan se sentía algo fatigado. Faltaría como una hora para la puesta del sol. Otra vez volvimos á nuestra habitual conversación acerca de los tiempos de nuestra juventud, y Juan de sus proyectos para el porvenir. De la Quinta de la señora Tod vimos salir un grupo de nuestros muchachos. Luisa hablaba con aquella buena señora que tenía en sus brazos uno de los niños á quienes demostraba mucho cariño, aunque sostenía siempre que ninguno era tan bonito como habían sido los de la señora Jalifax. Eduardo conversaba con Guillermo, y detrás de ellos, una feliz pareja parecía no ver nada, ni ocuparse de nada más que de sí mismos.

—Me parece, Juan, que Ravenel y Matilde van á ser más felices que todos los demás muchachos.

Juan se sonrió, los miró por un minuto y se dejó caer de espaldas en la yerba mirando directamente al sol poniente. Se cubrió luego los ojos con su sombrero de paja, y cruzó las manos sobre el pecho en la actitud del que va á dormir.

Yo comprendí que estaba muy cansado, y no le hablé más. Eché sobre él mi abrigo, sonreía, como dándome las gracias con su habitual y dulce sonrisa.

Por espacio de media hora permanecí en silencio, mirando al sol que se iba ocultando pausadamente en el horizonte sin que la más pequeña nube empañara aquel espectáculo, hermoso como no había yo visto ninguno antes.

Matilde y Ravenel venían por la pendiente arriba en dirección á donde nosotros nos encontrábamos. Yo les hice seña de que se acercasen con cuidado para no turbar el sueño de su padre. Nos sentamos los tres hasta que vimos desaparecer por completo el sol.

—Me parece que se empieza á sentir fresco—dijo Matilde, después de un rato—y que debemos despertar á mi padre.

Se acercó á él y apoyando una de sus manos en las de aquel, que tenía cruzadas sobre el abrigo, dió sobresaltada, un paso atrás, exclamando :

— ¡ Padre !

Yo la separé á un lado, y levanté el sombrero de sobre la frente de Juan . . . su frente ; porque Juan estaba muy lejos. Había ido á unirse con aquél á quien tan fielmente había servido en vida y que lo llamó á su seno mientras dormía !

Sus dos hijos lo condujeron á la Quinta de la señora Tod, colocándolo en la habitación del piso alto, mientras yo me fuí á ver á Ursula.

Eran las diez de la noche cuando la dejé, rodeada de todos sus hijos, en su cama que parecía un lecho de muerte, pero relativamente tranquila. Volví á la Quinta Las Rosas y permanecí más de una hora con aquel querido amigo á quien no iba á volver á ver, y que conservaba su fisonomía tranquila y apacible, como si estuviera dormido.

— ¡ Adiós, Juan ! ¡ Adiós, mi querido hermano ! ¡ Esta ausencia no será muy larga !

Vino á mi memoria el recuerdo de nuestra pequeña María que había muerto en aquel mismo cuarto y en aquel mismo sitio, cuando sentí que alguien me tocaba en el hombro.

Era Ursula.

Cómo vino, y cómo se las compuso para evadir la vigilancia de sus hijos, es cosa que no sé ; ni cómo aquella criatura que durante varias semanas no había andado un paso, pudo venir hasta aquel sitio, en la obscuridad y sóla ; ni qué poder sobrenatural la sostenía allí, erguida y tranquila, mirando fijamente al cadáver de su marido.

— No está desfigurado, ¿ verdad, Félix ? dijo con voz

dulce y suave, y sin sollozar siquiera.—Una vez me dijo que en un caso como este, preferiría que yo no lo viera ; pero ya ves que puedo soportarlo.

Le cedí mi sitio en que se sentó, muy cerca de la cama, y transcurrieron como diez minutos sin que cambiáramos una palabra.

—Me parece que alguien está en la puerta. Félix, ¿quieres llamar á mis hijos ?

Guillermo entró en aquel momento y se arrodilló á los pies de su madre, rogándole que le permitiera llevarla á casa.

—Ahora . . . ahora, hijo mío. Entren todos, y miren á su padre.

Todos la rodearon, llorando, pero ella continuó hablando, sin derramar una lágrima :

—El mes próximo hará treinta y tres años, siendo yo una muchacha más joven que ninguno de Vds. ahora, que me casé con su padre.

Sus ojos demostraban una tristeza infinita, y sus dedos movían maquinalmente el anillo nupcial que se veía en uno de ellos.

—Eramos tan felices como Vds. no se pueden imaginar, y era tan bueno, y me amaba tanto, que me hizo buena á mí también, y por eso lo amé más y más. Su cariño fué siempre para mí la fortaleza, la esperanza y la paz ; el consuelo en la adversidad, y la dulzura en los tiempos prósperos. Mi vida ha sido feliz porque él me hizo suya ; y lo bueno que él fué, hijos míos, nadie más que yo lo sabe, ni nadie más que él sabe cuánto yo lo he amado.

Su voz pareció apagarse un poco, pero pronto se repuso, y continuó :

—Guillermo, Eduardo, todos vosotros, no olvidéis á vuestro padre. Vivid como él vivió en todos conceptos, y amad siempre su memoria, amándoos los unos á los otros.

Que ningún acto vuestro pueda haceros avergonzar algún día ante la presencia de vuestro padre.

Los besó á todos, uno por uno, y miró á su alrededor como echando de menos á su hija muerta.

—¡ Qué contento debe estar ahora su padre viéndose otra vez al lado de su querida María !

—¡ Madre ! ¡ Madre mía ! vamos á casa—dijo Guillermo sollozando.

Su madre se arrojó en sus brazos, dió otro beso á aquel hijo predilecto entre todos los demás, y repitió sus palabras :

—¡ Ahora, ahora, hijo mío ! Salgan Vds., que necesito quedarme sóla un momento con su padre.

Cuando salíamos todos, la ví volverse hacia el cadáver de su marido, y exclamar con voz débil como el niño que se acoge á unos brazos protectores :

—¡ Juan ! ¡ Juan !

Cerramos la puerta, y nos sentamos en la habitación inmediata, sin hablar, ni movernos.

Al cabo de un rato Guillermo volvió á entrar en el cuarto.

La encontró sentada en el mismo sitio en que yo la ví caer al cerrar la puerta, pero con su cabeza descansando sobre la cama, el rostro apoyado contra los cabellos de su marido, y un brazo rodeándole la garganta. Parecía que los dos estaban dormidos.

Uno de los muchachos la llamó, pero ella ni contestó, ni se movió.

Guillermo trató suavemente de levantarla, pero no pudo. ¡ Su madre, gracias á Dios, no era ya una viuda !

MISTERIO

*NOVELA ORIGINAL ESCRITA EN INGLÉS BAJO EL
NOMBRE DE "CALLED BACK"*

Por HUGH CONWAY

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR
JOSÉ MARTÍ

NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

HISTORIA
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tío, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres piés y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y hé aquí la *vera effigies* de mi tío. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi

maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godínez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entónces era el oírnos disputar. ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que no filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tio se le caía la baba, y se lisonjaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: Ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viaje te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tio proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo supe vencerme, y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enternecióse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduviéron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho ménos á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regaláron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

Biblioteca del Maestro.

UNA serie de libros de pedagogía, indispensable á todo educacionista. No está lejano el día en que los gobiernos todos de la América Española, comprendiendo que esta Biblioteca es indispensable á los Maestros, adopten una para cada Escuela, Instituto ó Colegio. Mientras tanto, los maestros que deseen conocer los métodos de Enseñanza más adecuados al progreso de los tiempos y aquellos sistemas más diversos y aun opuestos de todos los países, la enseñanza científica por decirlo así; lo mismo que cuantos deseen comparar, analizar, adaptar ó en fin reglamentar, ordenar la Educación, la Enseñanza y la Instrucción, tanto pública como privada, tanto elemental como intermediaria ó superior, necesitan y deben como una necesidad para sí propios y como un deber para el público, proveerse de esta Biblioteca cuyo mérito verdadero está hoy día comprobado por el hecho de estar adoptados muchos de los libros que la forman, como obras de texto en las Escuelas Normales de varios países.

Entre los libros ya publicados, mencionaremos los siguientes:

Métodos de Instrucción. POR WICKERSHAM.

La Educación del Hombre. POR FRÖBEL.

Dirección de las Escuelas. POR BALDWIN.

Lecciones de Cosas. POR SHELDON.

Principios y Práctica de Enseñanza. POR JOHONNOT.

Conferencias sobre Enseñanza. POR FITCH.

Psicología Pedagógica. POR SULLY.

La publicación de las obras nuevas para la Biblioteca del Maestro se anunciará en nuestro BOLETÍN á medida que se haga.

La serie de obras que forman la Biblioteca del Maestro se venden separadamente á \$1.50 el ejemplar.

[A]

GEOGRAFÍAS, MAPAS, CARTAS, ETC.,

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

La Geografía Científica. Un tomo de 171 páginas, con mapas y diagramas; encartonado y uniforme con nuestra serie de Cartillas de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

La Cartilla que hemos publicado bajo este título, por GROVE, es la primera de su clase en los países españoles é hispanoamericanos. No es la geografía de este ó de aquel país, ó de tal ó cual estado, sino la geografía propiamente dicha, la Geografía como ciencia; y bajo este punto de vista, no está lejano el día en que se comience á enseñar á los jóvenes LA GEOGRAFÍA CIENTÍFICA. Sin el conocimiento de los rudimentos de esta ciencia, ¿cómo se podrá jamás llegar con provecho al estudio y menos aún, al conocimiento de la geografía patria ni de la universal?

II.

Geografía Elemental, la Novísima, de Cornell. Traducida por VEITELLE, corregida y adicionada recientemente por varios profesores. Un tomo en 4º menor, 71 páginas, con nuevos mapas, muchas láminas. Undécima edición corregida. Encartonada. Precio, 30 centavos.

Obra adoptada como texto en las escuelas de varias repúblicas hispano-americanas.

La undécima edición, es más completa que todas las anteriores. Lleva al fin un *Cuestionario* de mucha utilidad práctica; y se la ha mejorado generalmente en la parte material.

En grandes cantidades, la facturamos á precios *netos*.

III.

Geografía de Smith, ó Primer Libro de Geografía Elemental, dispuesto para los Niños. Adornado con cien grabados y catorce Mapas. Por ASA SMITH. Traducido del inglés y adaptado al uso de las Escuelas de la América del Sur, las Antillas y Méjico, con Adiciones, por TEMÍSTOCLES PAREDES. La nueva edición

está adornada con más de 100 grabados, 18 mapas y un cuadro cromo-litográfico de las banderas de todas las Naciones. La obra ha sido enteramente refundida y arreglada por varios profesores. Es la única que conserva el plan original del autor y la ortografía Castellana moderna de la Academia. La nueva edición se vende á 50 centavos.

Esta obrita se ha preparado expresamente para el uso de las Escuelas Primarias. Examinándola, se hallará sumamente simple y fácil. Las definiciones de las divisiones naturales de la superficie de la tierra, son breves; las ilustraciones atractivas, los mapas claros y hermosos y el todo arreglado á la capacidad de los jóvenes estudiantes.

Los libros de Geografía de Smith que se han publicado en inglés, son las obras más populares para los niños en los Estados Unidos.

La Geografía de Smith publicada por esta casa, es la única autorizada por el autor. Multitud de ediciones inferiores y fraudulentas, se han hecho de ella; pero ninguna ha logrado los resultados que la nuestra, de la cual hemos publicado ya numerosas ediciones y cuya impresión se hace por millones de ejemplares.

La edición especial para la República Argentina, contiene un cuadro cromo-litográfico de Prohombres de aquel país.

IMPORTANTE.—Esta Geografía, si se ordenan grandes cantidades, se factura á precio *neto*.

IV.

Nociones de Geografía Física. Por ARCHIBALDO GEIKIE. Un tomo de unas 150 páginas, con láminas. Encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 20 centavos.

V.

Nociones de Geografía Antigua ó Clásica. Por TOZER. Un tomo encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

Aunque de ésta como de otras muchas de nuestras CARTILLAS, se han hecho traducciones y reimpressiones que abundan en el mercado á precios sumamente bajos; en nuestro deseo de completar la serie de CARTILLAS, que venimos publicando desde hace muchos años, y de hacer una edición legítima y completa, de una buena traducción castellana, hemos dispuesto llevar á cabo la de ésta obrita, que está ilustrada con mapas y arreglada á los Planes de Estudios de España y de la América española.

VI.

Libro Segundo de Geografía Descriptiva. Por D. RAMÓN PÁEZ. Destinado á seguir al PRIMERO DE SMITH. Adornado con doce grandes Mapas enteramente nuevos y multitud de grabados. Forma un tomo de unas 100 páginas grandes, y la NUEVA EDICIÓN DE 1886, no obstante las grandes mejoras, se vende al mismo precio de \$1.25.

Edición Enteramente Nueva, corregida y aumentada, conforme á los últimos datos estadísticos y cambios políticos, y arreglada al uso de las escuelas hispanoamericanas.

VII.

Geografía Superior Ilustrada de Appleton. “*La mejor de cuantas se conocen hasta ahora en español.*” Un hermoso tomo de 156 grandes páginas, con numerosos grabados y mapas coloreados, impreso en papel fino y satinado. Precio, \$2.00.

El libro ha sido escrito con un espíritu imparcial para los PAÍSES DE AMÉRICA Á QUE ESTÁ ESPECIALMENTE DESTINADO, y ni las antigüedades de sus primeras épocas, ni las maravillas y riquezas útiles de su suelo, ni su interés actual y porvenir, fueron desatendidos un solo momento en su preparación, compuesta en estricta obediencia con los adelantos de la *educación moderna.*

VIII.

Geografía Física Superior de Appleton. (GEOGRAFÍA FÍSICA UNIVERSAL.) Un tomo de 120 grandes páginas, con numerosos grabados, mapas de colores, diagramas, etc. Impreso en papel satinado fino y bien encuadernado. Precio, —.

Esta obra, escrita en inglés por los más notables profesores de la materia en los Estados Unidos, encierra todos los descubrimientos y adelantos hechos hasta el día en ésta ciencia. Está á la altura de las mejores obras de su clase escritas en otras lenguas, ventajosamente puede competir con todas, y *es la mejor que en su género se ha publicado en castellano.*

IX.

Mapas Mudos de Cornell. Juego de 13 Mapas Mudos, con los Lugares marcados con números en vez de sus nombres. Precio, \$15.00.

No. 1. MAPAS MUDOS (Pliego-doble), comprendiendo los Hemisferios Occidental y Oriental, Diagramas de los Meridianos y Paralelos, Trópicos y Zonas, los Hemisferios del Norte y del Sur, y las Alturas de las Montañas principales.

No. 2. LA AMÉRICA DEL NORTE.

No. 3. LOS ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ.

No. 4. LOS ESTADOS OCCIDENTALES Y CENTRALES, con planos grandes de las ciudades de Boston y Nueva York y sus alrededores.

No. 5. LOS ESTADOS DEL SUR.

No. 6. LOS ESTADOS OCCIDENTALES.

No. 7. MÉJICO, AMÉRICA CENTRAL, Y LAS INDIAS OCCIDENTALES, con planos grandes del istmo de Nicaragua y las Grandes Antillas.

No. 8. LA AMÉRICA DEL SUR.

No. 9. EUROPA.

No. 10. LAS ISLAS BRITÁNICAS.

No. 11. EUROPA CENTRAL, MERIDIONAL Y OCCIDENTAL.

No. 12. ASIA, con planos grandes de la Palestina y las Islas de Sandwich.

No. 13. ÁFRICA, con planos grandes de Egipto, Liberia y la Colonia del Cabo.

Cada juego va acompañado de una cartera y una clave.

CLAVE DE LOS MAPAS MUDOS DE CORNELL. Para uso del Maestro. Un tomo de 59 páginas en 12°. Precio, 50 centavos.

MAPA MUDO, No. 14, DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, con Clave especial. Precio, \$1.00.

X.

Mapa General de la República Argentina y Países Limítrofes. El ejemplar en papel cartulina, artísticamente coloreado, \$12.00.

XI.

Mapa-Carta de la Isla de Cuba. Con el mar y las divisorias provinciales en color, papel cartulina, \$8.50. El mismo, forrado en tela, barnizado, ribeteado, montado en cañas, \$10.00.

XII.

Mapas para Escuelas y para Oficinas en General.

Proyectados por Colton y Cía., Publicados por D. Appleton y Cía.

I. HEMISFERIO ORIENTAL cuyo tamaño es de 40 por 35 pulgadas.

II. HEMISFERIO OCCIDENTAL, de tamaño y condiciones iguales á los del precedente.

Estos mapas contienen, no solamente el dibujo principal, sino otros accesorios, colocados en los ángulos y espacios libres, cada cual completo en su género; como los Hemisferios Norte y Sur, los de agua y tierra, los del Atlántico y del Pacífico y otros que determinan las corrientes del Océano, las cuencas de desagüe, vientos dominantes, temperaturas, productos principales, etc.

III. EUROPA—cuyo tamaño es de 40 por 40 pulgadas.

IV. ASIA—de iguales dimensiones que el anterior.

V. ÁFRICA—de 40 por 35 pulgadas.

VI. AMÉRICA DEL NORTE—de tamaño igual al del precedente.

VII. AMÉRICA DEL SUR—de idénticas dimensiones que los anteriores.

VIII. AMÉRICA CENTRAL—abraza los tres canales ó vías interóceánicas.

Cada uno de estos mapas de las grandes divisiones del mundo, lleva perfiles que presentan las principales alturas de cada país, y otros hechos en analogía con la materia, todos ellos sobre la misma escala vertical para facilitar la comparación.

XIII.

Cuadros Murales, compuestos por MARCIO WILLSON y N. A. CALKINS, pudiendo usarse, bien por separado, bien como complemento del MANUAL DE ENSEÑANZA OBJETIVA de Calkins. La colección, montados en cartón. Precio, \$14.00.

Son trece cuadros de *Dibujo y Perspectiva*, *Líneas y Medidas*, *Formas y Sólidos*, *Colores*, *Escala Cromática* (de los Colores), *Zoología*: partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª; y *Botánica*: partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª. Todas las figuras de estos cartones, están coloreadas y sombreadas, y á su incuestionable utilidad reúnen las cualidades de adorno y belleza en los planteles de enseñanza. Son un medio eficaz para iniciar á los jóvenes en el conocimiento elemental de estas Ciencias, despertar en ellos el amor á estudios más completos de cada una de ellas y muy particularmente de la Zoología y de la Botánica.

XIV.

Cartones de Appleton para el Estudio y Práctica del Dibujo de Mapas. Arreglados para ser adaptados á cualquiera geografia y muy especialmente á la Superior Universal de APPLETON. La colección de cartones y diagramas con instrucciones completas, todo colocado en una cartera de papel, 75 centavos.

La serie se compone de seis diagramas con instrucciones para dibujar los mapas de la América del Norte, América del Sur, Europa, Asia, África y Australia, y quince cartones en los cuales los paralelos y meridianos, están calculados para construir los mapas siguientes:

- | | |
|---------------------------|---|
| 1. HEMISFERIO OCCIDENTAL. | 9. COLOMBIA, VENEZUELA Y
GUAYANAS. |
| 2. HEMISFERIO ORIENTAL. | 10. ECUADOR, PERÚ Y BOLIVIA. |
| 3. AMÉRICA DEL NORTE. | 11. REP. ARGENTINA, URUGUAY,
PARAGUAY Y CHILE. |
| 4. ESTADOS UNIDOS. | 12. EUROPA. |
| 5. MÉJICO. | 13. ASIA. |
| 6. AMÉRICA CENTRAL. | 14. ÁFRICA. |
| 7. LAS ANTILLAS. | 15. OCEANÍA. |
| 8. AMÉRICA DEL SUR. | |

Los diagramas, se han preparado con instrucciones para levantar las líneas de construcción, y en los cartones, los meridianos y paralelos están calculados para los mapas de las cinco partes del mundo; y el resto, para los de los países principales de América. Después de haber hecho dibujos aproximados, pueden los alumnos, provistos de ellos, reunir los resultados de sus estudios en Geografía construyendo mapas completos de cada Continente y de países especiales, y llenarlos con tanta minuciosidad como juzguen oportuna.

[A]

OBRAS DE HISTORIA NATURAL

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

El Reino Animal para Niños. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. Instruir Deleitando. Serie de Libros Primarios de EL REINO ANIMAL PARA NIÑOS. Arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, en las escuelas y en la familia. Cada cuaderno, contiene 6 hermosas láminas de colores, yendo en cada una numeradas las figuras de los varios animales; y 8 páginas de lectura amena, variada y progresiva, con una cubierta iluminada. En paquetes de una docena surtida (dos ejemplares de cada número). El paquete, \$2.00.

La serie se compone de seis libros ó cuadernos :

No. 1. ANIMALES DOMÉSTICOS.

No. 2. AVES MAYORES.

No. 3. ANIMALES DE CAZA.

No. 4. ANIMALES SALVAJES.

No. 5. AVES MENORES.

No. 6. CUADRUMANOS Y PEQUEÑOS CUADRÍPEDOS.

Recomienda Rollin que se enseñe á los niños la Historia Natural; pero del modo que conviene á su edad. “Llamo, dice, *Física de los niños*, á un estudio de la Naturaleza que no requiere sino *vista*, y que por lo mismo está al alcance de toda clase de personas, hasta de los niños. Desde la más temprana edad se les puede imponer á los niños; pero proporcionándolo á sus pocos años, y llamando su atención sobre lo que esté más á su alcance, ya sea en lo referente á hechos, ya acerca de las reflexiones á que estos den ocasión. Parece increíble el número de conocimientos agradables y útiles con que ese ejercicio continuado desde los primeros años y metódicamente, llenaría el espíritu de los niños. . . .” Un maestro cuidadoso, encuentra en este estudio el medio de formar el corazón de sus discípulos y de guiarlos á la verdad y el bien valiéndose de la misma Naturaleza.

“ El primer libro para instruir á la infancia, dice Figuier, debe versar sobre la Historia Natural; y en lugar de llamar la atención de las jóvenes inteligencias hacia las fabulas y cuentos sin doctrina, es necesario dirigirlas hacia los sencillos y verídicos espectáculos de la Naturaleza; tales como la estructura de un árbol, la composición de una flor, los órganos de los animales, la perfección de las formas cristalinas de un mineral, ó la disposición interior de las capas que componen la tierra que hollamos con nuestra planta.” Tal es el objeto con que el autor ha preparado estos libros, en los que ha reunido la instrucción, los ejemplos de moral y el deleite de la infancia.

II.

Nociones de Botánica. Por J. D. HOOKER. Precio, 20 centavos.

Esta pequeña obra, que forma parte de nuestra serie de CARTILLAS CIENTÍFICAS, contiene una serie de lecciones elementales sobre los caracteres generales de las plantas que dan flores; trata de la célula y los tegidos, del alimento y desarrollo de la semilla y de la planta, de la raíz, el tallo, las yemas, las hojas, la flor, el cáliz, la corola y de multitud de otros asuntos presentados de un modo fácil y sencillo. Se ocupa de los Jardines Botánicos para colegios, y da modelos para ejercicios de lecciones con hojas y flores.

III.

Libro Primero de Zoología. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Forma un tomo uniforme con la BOTÁNICA y la MINERALOGÍA del mismo autor; está ilustrado profusamente con hermosos grabados intercalados en el texto y elegantemente encuadernado. Precio, 70 centavos.

EL LIBRO PRIMERO DE ZOOLOGÍA que ofrecemos al público, está considerado como el mejor de cuantos se conocen, y el único de su género en castellano. El autor, elevándose á las necesidades de la época y á los adelantos de la ciencia moderna; ha puesto su obra á la altura de los tiempos y al alcance de la juventud. Conduce gradualmente, *de lo conocido, á lo desconocido por medio de lo semejante*, despertando el interés del joven, y á la vez deleitándolo con el estudio. No existe un libro tan ameno é interesante, ni tan apropiado para el estudio del reino animal; al que no sólo da á conocer en todas sus fases, sino que inspira en los niños el amor hacia los animales.

IV.

Libro Primero de Botánica. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

En esta obra, la BOTÁNICA está tratada desde el punto de vista del *estudio objetivo*, que tanto facilita á los jóvenes el conocimiento de dicha ciencia. Como en la ZOOLOGÍA y la MINERALOGÍA del mismo autor, el plan seguido en la Botánica, es *llegar á lo desconocido por medio de lo conocido y lo semejante*; empleando para ello, el estudio de lo que más pueda interesar y grabarse en la imaginación de los niños.

La obra, está ilustrada con numerosos grabados; tiene una excelente impresión sobre papel satinado y muy bien encuadernada; circunstancias, que como complemento á su selecto contenido científico, la hacen sin rival en su género. Es un tomo uniforme con los de ZOOLOGÍA y MINERALOGÍA.

V.

Libro Primero de Mineralogía. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

Este tratado de MINERALOGÍA, que con las de ZOOLOGÍA y BOTÁNICA por el mismo autor, forma un *Curso Completo de Historia Natural*; además de tratar extensamente de todo lo que atañe directamente á la Mineralogía, propiamente dicha, estudia las relaciones entre ésta y la *Geología*, y por lo tanto trata de los fósiles, ó sea de la *Paleontología*; siguiendo los principios más modernos en su parte didáctica.

La obra tiene numerosos grabados intercalados en el texto; es rica en estilo y asuntos interesantes, y se halla impresa en magnífico papel satinado y empastada en uniformidad con la BOTÁNICA y la ZOOLOGÍA.

* * *

Los **Cuadros Murales** de WILLSON y CALKINS además de otros asuntos, tratan tambien de la

ZOOLOGÍA en las partes 1^a, 2^a, 3^a, 4^a, y de la
BOTÁNICA en las 1^a, 2^a, 3^a, 4^a.

La colección de trece, artísticamente sombreados, coloreados y montados en cartón. Precio, \$14.00.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela *Misterio* * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

Nueva York: D. APPLETON Y CÍA., 1, 3, & 5 Bond Street.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela *Misterio* * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

FÁBRICA DE RELOJES DE WALTHAM.

AVISO.

EL gran éxito que ha alcanzado el Reloj de Waltham, ha inducido á ciertos fabricantes á presentar en el mercado un sinnúmero de imitaciones de aquel; y con objeto de engañar á los compradores han grabado en las tapas y planchas nombres de ciudades americanas, y de casas ó compañías fabricantes ficticias.

Los que así recurren á estos medios nada escrupulosos para poder dar salida á sus productos, prueban así de un modo concluyente la gran superioridad de los Relojos de Waltham y la falta de mérito de sus propias obras.

Los compradores deben por lo tanto cuidar de asegurarse de que las marcas registradas de la fábrica "*American Waltham Watch Co.*" ó "*Waltham, Mass.*," estén grabadas sobre la plancha de los relojes, pues sin la una ó la otra de dichas marcas ninguno es legítimo.

ROBBINS & APPLETON,

Agentes Generales de la

Compañía Relojera Americana de Waltham, Mass.

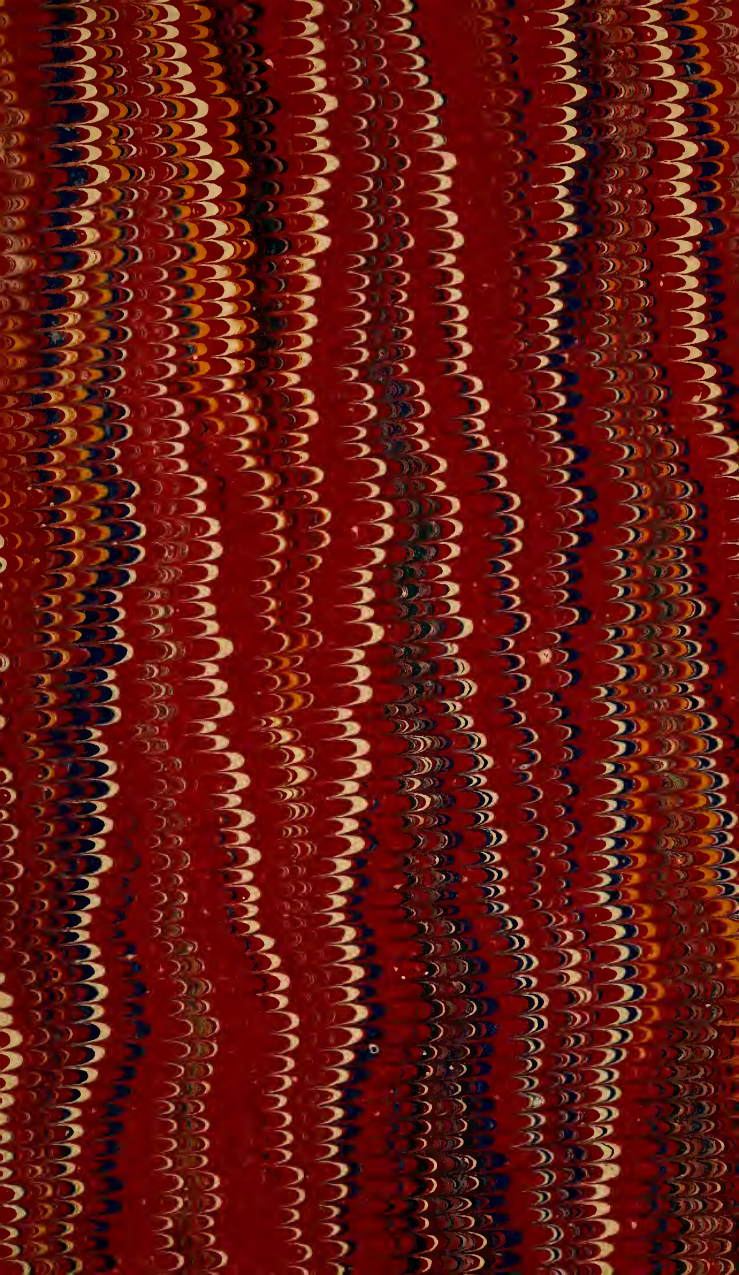
1, 3, y 5 BOND STREET,

(WALTHAM BUILDINGS),

NEW YORK.







LIBRARY OF CONGRESS



0 014 458 101 5